ANGEL DE ESTRADA (Hijo)

Formas y Espíritus

SEGUNDA EDICIÓN

BUENOS AIRES

1916

Formas y Espíritus

No.....

BIBLIOTECA "AMÉRICA"
DE COMPOSTELA

Donante Sr. Angel Estrada y cía

de Buenos Aires

OBRAS DEL AUTOR

Los Espejos
Alma Nómade
El Huerto Armonioso
La Plegaría del Sol
Los Cisnes Encantados
Cuentos
El Color y la Piedra
Formas y Espíritus
Redención
La Voz del Nilo
Visión de Paz
La Ilusión
Calidoscopio
Cadoreto
Pedro Goyena
Cervantes y el Quijote

EN PRENSA:

El Triunfo de las Rosas
El Sueño
Las Tres Gracias

ANGEL DE ESTRADA (Hijo)

Formas y Espíritus

SEGUNDA EDICIÓN

MARCA REGISTRADA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
AMÉRICA
SANTIAGO
ESPAÑA

BUENOS AIRES

1916

A

Tomás Eduardo,

dedica este libro su hermano

Angel

FORMAS Y ESPÍRITUS

UN CIGARRILLO

Ha venido del Cairo, de la tierra de los faraones, sombreada por tumbas de califas, cubierta á estas horas de hombres de diversas razas, en torno de ingleses turistas, de cónsul inglés y de gendarmes egipcios con uniformes de *policemans*. Ha venido... pero es menester encenderlo, en esta Buenos Aires, separada del lugar de su cuna por varios mares. El rubio tabaco, comprimido en su papel con perfume, da su espiral de humo, su bocanada de vida. Exageración? no creáis: la palabra «vida» está bien puesta. Al través de las suaves ondulaciones de la azulada blancura, surge una Isis misteriosa. Sobre su nimbo se levanta el templo de File. El calor abrumador de la atmósfera, se torna frescura entre los muros, cual si el poder del rito evocado fuera el de producir esa delicia de ambiente en la penumbra. Aprovechando del re-

poso y de la soledad, prendo un cigarrillo; y en la puerta, atraído por el resplandor del fósforo, aparece un árabe, que en mal inglés, me grita: «Es prohibido fumar». Tentado estoy de decirle que esa ley no es de aquella divinidad, puesto que los iniciadores de su culto, no conocieron el tabaco. Pero enmudezco, dejando el tema para Mark Twain, á quien se lo regalo de buena gana, si le interesa... Así, la bocanada de humo es de vida; pues los recuerdos son una de sus formas más encantadoras, ya que matan el instante que pasa, prestándole una luz que lo desvulgariza. Fumador impenitente, falté al respeto á la diosa, que iban á visitar las peregrinaciones desde los santuarios griegos... Pero pienso, ahora, que pude muy bien serle agradable. ¿No era ella la clave de todas las leyes y, por tanto, el signo de las armonías que rigen las relaciones de las cosas, al develar sus arcanos? Y este humo, ¿no parece, ingenioso y penetrante, iluminar los pensamientos más sutiles? ¿No tiene, de vez en cuando, hasta algo del reloj, que hace, con su acento, como visibles los minutos impalpables? Con cierta rabia, deploro no encontrarme frente al guardián y gritarle convencido: « Animal, el cigarrillo, para la inteligente Isis, es un verdadero incensario...»

Mi gabinete, en tanto, está lleno de humo. Hay fajas tirantes que convierte el sol en bastidores, donde cada nueva espiral entra silenciosa, tejiendo arabescos, que al girar sobre sí mismos crean matices. Y son tan

delicados los leves volteos de las girándulas desenvolviendo sus intangibles visos, que la palabra, si desea expresarlos, antójase entre ellos pesada como una araña que se empeñase en hilar con los transparentes, erráticos velos. Posadas en la mesa están las pruebas de un libro: *Formas y Espíritus*. Las veo al través del humo; son de un confidente íntimo que empieza á no pertenecerme, inspirando ya la melancólica inquietud de toda despedida. Compañero en diversas partes del mundo, de tantas horas, tristes ó alegres, va á partir; y mañana, en una vidriera, producirá al autor la extraña sensación de una virgen, que, caminando por un salón, se viese de pronto desnuda en un espejo. Eso es fruto del pudor del alma que se libra, al infiltrarse en las páginas, disfrazándose con ropajes distintos y que se ve expuesta así, al correr sola, á estrechar la mano culta del caballero ó á sentir el bofetón de la chusma. ¡Pobres libros! Dar tantas inquietudes, para vivir efímeros; se creen hechos por varios siglos de amor y sufrimiento, concentrados en una mente, y se desvanecen en un instante, como el humo del cigarrillo. Sin embargo, su destino no es terrible; al fin y al cabo, la muerte anónima es una atenta forma del olvido. En cambio, los inmortales pagan su gloria con algo de callejero que entristece. Hasta los más grandes.

Cuando en los discursos de ciertos políticos, á quienes el sufragio popular, con sus encantos, dió tribuna,

se cita á Homero, Aquiles pierde su virtud milagrosa y sangra, en vez del talón, del pecho. Horacio soñó levantar un monumento más duradero que el bronce, y lo consiguió sin duda. Oid los comentarios de ciertos profesores, y la admiración de ciertos literatos, y ¡pobre Horacio!, ó fué un poeta lamentable, ó es una víctima ilustre. Y desde griegos y romanos acontece lo mismo. Oh! Shakespeare, Racine, Cervantes!... Y las traducciones. Pensad en las traducciones. Horrible cosa sería la inmortalidad, si los que la gozan se levantaran y con la clarovidencia de la muerte les fuera dado leer extrañas lenguas!... Hay otros libros que no tienen más vida que la del autor, muriendo con él, y esos pueden tener la esperanza de una humilde gloria. Perdido un volumen, que vive sólo *físicamente,* en la balumba de las bibliotecas, cae á veces en las manos de un lector curioso. Si un rasgo, si una sensación despiertan en él algo de lo sentido en la viva realidad, ó con la luz del ensueño, quizás se pregunte: «¿quién fué este hombre?» Tratad de que vuestro espíritu, al que no le será posible decir «gracias» al amable desconocido, sepa al menos responder con las páginas, que fué un hombre que grabó en su escudo como divisa: «por el bien, la verdad y la belleza...» El cigarrillo me quema los dedos; lo había olvidado. Quiere indicarme que hay otros libros, que son un simple transporte, y que, fuego dentro del alma, no dejan en la red de las palabras sino es-

téril ceniza. Agradezco efusivamente, si á los míos se refiere.

Pongo lo que resta del importuno en el marco de la ventana. Parece la cola de un gusano de fuego, que se devora á sí mismo; ya está concluído; un soplo leve, y el polvo se dispersa, menos feliz que el de los faraones y califas, guardado en su país nativo bajo monumentos de piedra.

Mas en el gabinete sobrevive aún el humo, flotante espíritu, emanación del pobre cuerpo, consumido y disuelto. ¿Queréis filosofar? Os paso la pluma... Yo, en tanto, veo que las fajas, brillantes en el sol, terminan; que los arabescos volubles, irisados, son sólo un recuerdo; y que envuelve los últimos volúmenes de la biblioteca una masa que, en lo más alto, al hacerse homogénea, pierde en un gris uniforme su blancura. El armazón, cubierto con los múltiples formatos de las encuadernaciones más diversas, estuche del pensamiento que lucha en pos de nuevas formas, para engañarse á sí mismo sobre su variedad, reduciéndose al fin á enseñar «que es nuevo lo viejo olvidado», tiene por corona esa nube sin matiz, como el tedio. Que se abran de par en par los cristales, y entre á torrentes el aire y salga al espacio el humo encarcelado. Todos los colores del iris, concertándose en esas encuadernaciones, producen una monotonía desesperante; el espíritu embebido en la letra, no puede quitar á lo impreso su abrumador aliento de hastío.

Por el ventanal resplandece el cielo, atrayente, infinito, dominador, y acomete el deseo de fumarle como un cigarrillo, y de sentir en sus divinas bocanadas azules algo que nos acerque á Dios, transformando su misterio en sol del alma. Y antes de encender, para seguir en mis divagaciones, otro más humilde, compañero del recién fumado, perdón, oh! vosotros que dormís en los estantes, impecables maestros del medido decir, perdón por la enormidad de la última imagen!

BRUJAS LA VIVA

De pie sobre el muro de piedra del malecón del Rosario, miro con cariño el más bello rincón de Brujas. El canal que se hunde en el fondo se convierte, bajo mis pies, en un estanque, para correr, desviándose luego, hasta Nuestra Señora. El agua al frente penetra en el corazón de la ciudad, y el paisaje es encantador, hecho de piedra y verdura, de melancolía y pensamiento. Agrúpanse detrás de los fondos del Hôtel de Ville, los *estaminets*, con las galerías abiertas sobre las aguas. Las verduras de los olmos y los álamos, impiden leer en la torre octógona del Befroy las horas que indican números de oro, cual ideas de eterna juventud en la vejez gris del muro. El carillón, dócil á mi deseo, suena las seis de la tarde. Una campana colosal se rompe en los aires; los pedazos, con la vibración, engendran alas, las alas los sostienen flotantes, después se desvanecen sin dejar surco, convertidos en notas, que se llevan los espíritus de los invisibles cristales. El canal y las verduras de los árboles responden; las hojas, movidas por el aire tocan las aguas, que al contacto de esa caricia, se estre-

mecen como una piel voluptuosa. El sol se oculta tras las nubes, y la brisa vuelve á cada instante, repentinamente, haciendo pensar en un rincón misterioso, donde hubiera estado varios siglos dormida.

Al pie del Hôtel de Ville, Margarita de Borgoña, con el bonete de mármol, de que cuelga el velo, rígida bajo un palio primaveral de flores de rubí, marcha hacia el balcón que da al agua. Allí la espera un solio, cerezo vestido con la blancura de una novia, y también un jirón de hiedra pendiente del muro, simulando, para que se apoye la archiduquesa, un tapiz gótico. Los cisnes se deslizan por delante, y desde hace varios siglos, pues el pueblo fué condenado, por haber muerto á Lonchals, que en flamenco significa largo cuello, á mantenerlos en las aguas públicas. Siguiendo á uno de ellos, noble y magnífico, paso por frente al San Juan Nepomuceno, rodeado de ardientes cirios en el día, y llego á la alameda poblada de bancos, á la sombra de los olmos, sobre el canal que lame con sus ondas los viejos muros.

Los troncos, en su oquedad, muestran aún los verdines del invierno, y, en las ramazones que los bordan, hojas tiernas, donde la primavera es una esmeralda. Un clérigo se aleja leyendo su breviario, incomodado por humildes mujeres que quieren besar sus manos. Sobre las fachadas, más allá de los árboles, aparecen en retablos crucifijos y vírgenes. Las ventanas y puertas sigilosas del fondo de construcciones

alzadas sobre el canal, hacen pensar en una Venecia que ha perdido su manto purpúreo del Veronés, para ponerse, sobre humilde traje, la cofia casi ingenua y bonachona de una vieja de Pourbus. Sentado en un banco que se incrusta en tierra, cubierto de verdín en sus patas de mármol, como si la savia, después de obstinación de siglos lograra fecundar la materia rebelde, y aspirando lejos de las fiebres de las grandes ciudades, con el alma abierta á la paz, los pensamientos de vida adormecidos en las hojas, exclamo en alta voz: «¡Pobre Rodembach! Pobre admirable poeta! Brujas le niega una estatua; ¿y quién como él podrá decir el encanto melancólico de estos canales? ¿Quién podrá repetir las músicas de los carillones, que debieron de sonar en su alma, agitados por las alas visibles de las palomas y las invisibles de los ángeles pintados por los primitivos?»

Entonces oigo que alguien responde: «Vuestro poeta se equivoca.» Miro con asombro al que habla, sentado en el extremo del banco. No le había sentido antes, mas por su inmovilidad es como una estatua desde mucho tiempo allí clavada. El hombre deja de hablar; sin embargo, sus labios hacen un movimiento de rezo. Créese que sus manos repasan las cuentas de un rosario. Pero no! Las tablillas que recorre con los dedos no tienen nada que ver con *decenas* y *misterios;* parece tocar un piano raro, y de vez en cuando sonríe como á una música lejana.

Advierto en sus cuencas, inmóviles los ojos con fijezas de ciego, y su nombre, «Daignant», puesto en un cartel con letras obscuras, lo confirma. Comprendo que aquel hombre lee un libro; me doy cuenta del abismamiento y de sus imperceptibles sonrisas, cada vez que de su mundo interior, donde se desarrollan cuadros palpitantes en la sombra, le llegan, entre las armonías del estilo, los silenciosos encantos de un pensamiento viviente.

No me detengo y le pregunto: «¿Por qué Rodembach se equivoca?» Sin mirarme responde: «El libro que leo llámase *Brujas la Muerta;* y bien, su título es mentira.» «No obstante» — observo — «permitidme deciros que es difícil leer en un silencio mayor, á un paso de una plaza principal.» El ciego, después de hesitar un momento, abandona sus tablillas y prorrumpe así, más ó menos:

«¿Por qué Brujas la Muerta? Recorredla de un lado al otro. El burgomaestre mesire Anselmo Adornes, hizo el viaje á Jerusalén para reproducir el Santo Sepulcro. Id á la pequeña iglesia ojival, y lo encontraréis exacto, con el recuerdo de que sólo tres días fué ocupado, convirtiéndose el vacío en centro que encierra el sol del mundo. Brujas en torno, ha mantenido siempre viva la tradición de su gloria. ¿No fué belga el primer rey de Jerusalén, y no partió de esta ciudad, Balduino, el primer rey latino de Bizancio? ¿No trajo Tierry de Alsacia, conde de Flandes,

gotas de sangre del Cristo, y no se veneran aún en la capilla de su nombre? Mirad la fachada del Hôtel de Ville, con sus torrecillas góticas, y en el gris del templo contiguo las esculturas de todos los gentiles-hombres de Bélgica. Adentro, la Sangre está en un sagrario de mármol rodeado de vidrieras, donde resurgen los caballeros, que en la rigidez de la piedra, al aire libre, alzan sus espadas ó se apoyan en sus cruces. Así, en muda adoración del santo depósito — tal como Tierry al recibirlo de manos de Balduino, — parecen transformarse, con fluideces vaporosas, en el éxtasis ideal de las transparencias. Y así las tradiciones, renovadas, han nacido en tierra dura é ingrata, y cerca del cielo transfigúranse en los misteriosos ideales cristales, que alumbran los del templo mismo con un sol espiritual de gloria. No sólo los artistas, todos los fieles miran amorosamente los reflejos de los caballeros que bañan de juveniles resplandores el vetusto ceño de las esculturas, y ante ellos sueñan. Y Brujas ve y siente, porque quiere sentir y ver, más allá de la vida miserable, con la luz que penetra en el misterio y da á los hombres la virtud del sacrificio.

«Todo en la ciudad vive entre el encanto singular que le infunde la vibración de su espíritu latiente. Al recuerdo de las Cruzadas, y al depósito de la santa Sangre, se unen los prestigios de sus reyes y caballeros. Ved en Nuestra Señora las tumbas de Carlos el Temerario y de su hija Margarita. Contemplad las

estatuas yacentes, obscuras como la noche. Las estrellas de su sueño son los escudos con las divisas que surgen en los costados del sepulcro, y con el lapislázuli y los esmaltes, de atributos heráldicos, levantados por ángeles que mezclan vestiduras, manos y cabelleras, en decoración ilustradora del árbol genealógico de la casa de Borgoña. Mirad, ante todo, al rey, vistiendo cota de malla bordada de lises sobre su león echado; ved los guanteletes caídos para tener libres las manos que imploran en rígida plegaria eterna. Se antoja que va á levantarse cuando el órgano conmueva la nave y sacuda los ecos de la capilla. Si observáis al monstruo mudo, no os parece difícil, pues de su voz se espera el prodigio. Domina el coro, semejante á un monte erizado de trompetas. En su cúspide, un Crucifijo colosal toca el techo. Cuando la noche desciende y la luz se apaga, sólo se ve del martir en la penumbra, abierta como boca trágica, la herida del costado, sangrienta, que se resiste á la sombra. Y cuando suena el instrumento, es imagen de los salmos en que los montes claman, pues ese Gólgota estremecido es cumbre armoniosa y divina.

«Visitad la Catedral. Si os disgustan sus vidrieras encuadradas, sobre columnas y ojivas, que las suspenden en sus chispeos saltantes, sobre castillos de luces de bengala, reducíos á ver, con el amor de los fieles, el coro y el pavimento. Son extraordinarias las placas tumbales de cobre. Emergen burilados los ca-

balleros, con sus armas, y las damas con sus trajes de corte, ó velándose la faz para ocultar el llanto. Los detalles de un vestido, de un escudo, de una cabellera, resultan tan prolijos, revelan tanto amor en el arte de lo pequeño, que simulan placas de grabados. Así, las imágenes de los gentileshombres se fijan en nuestras almas, al resplandor del recuerdo, como aguas fuertes del sepulcro. Cruzad las puertas del coro, bajo la mirada del Ser Supremo que bendice, colosal, con el mundo en la diestra, al par que el viento hace del manto marmóreo, al plegarlo, una aureola; pasad bajo los ángeles que tocan la bóveda con sus cabellos ondeantes y baten el espacio, con sus alas inmensas, y reposaos entre las sillerías de grave majestad gótica. En cada una surge el escudo de un Toisón de oro, sostenedor — por gracia de Felipe el Bueno — de la cruz combatiente. Los frailes rezan, y la oración roza los cuarteles animados de los emblemas, y el collar irradiante que soporta al cordero heráldico y pascual, parece lanzar de sus mosquetes antiguas chispas. Ah! ya no eran los buenos tiempos de las Cruzadas, en que los condes de Flandes vendían sus bienes para comprar armas y caballos. Y — ¡benditas sean mil veces! — las hogueras posteriores, encendidas por duques extranjeros, ya que la existencia del hombre es pasajera, pero inmortal la vida de su alma. Era menester quemar y purificar por la salvación de nuestro pueblo, y que la sangre impura no corriera, sino

que, encerrada en sus vasos y consumida como un incienso sin nube, no dejase á las cenizas su mancha...»

La voz del ciego se ha hecho tonante; miro con asombro sus grandes ojos inmóviles, ardiendo en fiebre, y la expresión cruel de sus labios, que repentinamente derraman sobre el rostro una sonrisa de indescriptible dulzura. «En esta ciudad» — prosigue — «la fe convierte la tierra en diosa de ingenua gracia, y tiene sus himnos espontáneos, con los dulces versos que brotaron desde Asís á poner estrellas en los cielos de Umbría. Mirad en los retablos las vírgenes y crucifijos; leed un libro entre las verjas del jardín de Nuestra Señora: veréis palpitar frente á las imágenes los cirios que el hombre enciende, y rosales y enredaderas perfumadas ascender naturalmente hasta los pies del maestro y el manto de María, como una aspiración del suelo en que se cavan las tumbas.

«Oh! cuán bellos los rincones plácidos de esta ciudad única! Á las tardes, os llama el barrio de las Beguinas. Las viejas tejen encajes y al través de los vidrios de las casitas rojas de techo triangular, tal como en los cuadros de los antiguos flamencos, aparecen con su cofia, su gato y sus antiparras. Esta animación de la silenciosa vida que las figuras llevan en la paz de los museos, embebe el espíritu de pensamientos tranquilos. Las inquietudes se esfuman, son un lenguaje intraducible, entre las simples almas que nos rodean.

«Al otro lado del canal el Beguinaje se alza. Los

arcos de sus portones cortan el horizonte rojo, que con flúidos vibrantes y transparentes vaporiza lejanas alamedas: los árboles surgen y se pintan como lo real idealizado, á través de la arquitectura del hombre. Entrad en el gran recinto. El patio, circuido de las casas de las monjas, tiene el templo en su corazón; y tapizado de césped y de flores, bajo inmensos olmos, es el atrio de una región de bienaventuranza. El templo continúa el jardín; y el perfume del incienso sale y se mezcla al de rosas rojas que sonríen á su blancura. Y nunca silueta alguna exhaló sombra más intensa y más ligera que la de esos olmos; donde un pensamiento de savia humana luce transparencia de esperanza divina. Vive Dios en la paz, y las verduras de las hojas nos acercan á su deseada gloria; y las Beguinas, en las celdas, no columbran el cielo, *lo sienten,* como se abren en sus invernáculos flores con la caricia del sol, sin mirar bajo las teñidas vidrieras el esplendor de su centro... Salid á recorrer el canal. Por sobre los muros almenados, yérguense los almendros revestidos hoy de sus flores primaverales. El silencio es profundo en la hermosa soledad. La meditación detiene las aguas, que espiran sólo el murmurio de una plegaria. Los sauces se inclinan, dejando ver sus troncos al través de la lluvia de las hojas, con reflejos de tan juvenil verdor, que evocan grutas hechas por linfas movibles al retratar caprichos de esmeralda. Y las iglesias y los conventos tiemblan

en el fondo del canal, cuya tranquilidad de seda, convierte las púrpuras lejanas del cielo en moribundos pliegues de rosas. Después, la caída de alguna esclusa da cuerdas de cristal al espíritu de la tarde: las gotas, antes de ser murmurios abandonados al lago, se tornan, al sol, en diamantes, amatistas y rubíes. El lago que se extiende más allá del último puente, se llama de Amor. Lo turban en su tersura los lentos giros de los pelícanos, que nadan entre macizos de árboles en vaporosas lejanías de ensueño. Ya lo comprendéis!: no son cisnes los habitadores de esas aguas; ni Leda ni Lohengrin; ni las rosas de las ninfas, ni los azahares de Elsa. Los pelícanos, símbolos del amor divino, prestan al paisaje sus sonrosadas blancuras, hechas de nieve inmaculada y de primicias de aurora. Y para llegar hasta ahí, se cruza por los humildes muros del Beguinaje, los mejores para imaginar radiosos los muros de pedrerías, con siete fundamentos, de la Jerusalén celeste. »

Yo hago un movimiento para interrumpirle, pero me detengo cohibido ante su rostro transfigurado. Realmente sus ojos están lejos de su cuerpo; en la muerte de sus pupilas hay una resurrección; y cuando los vuelve á mí, tienen, sin mirarme, un resplandor que ve. Después prosigue cambiando de tono:

— «¡El museo! extraño museo, asilado en un hospital de cuerpos y de almas. Desde la cámara de los cuadros se mira á los convalecientes contemplando

el cielo por las ventanas abiertas. Al otro lado, en otra sala, los que se despiden de la vida lo pueden divisar también al través de los vidrios. Por el patio cruza á cada instante la nívea toca de una religiosa. Por la galería, al correrse las puertas, los lejanos rumores del órgano, conmueven el aire en que el incienso expira. Sobre el jardín, la torre de Notre-Dame proyecta su larga sombra, que el sol mueve, marcando las horas en un cuadrante engendrador de la esperanza, el dolor ó la muerte. Débese vivir bajo la influencia de ese hospital, para comprender cómo florecen al pie, afectuosas y adorables, las figuras de Menlink. Mirad sobre las hojas del tríptico del Casamiento Místico, al fundador, que surge rezando entre las primeras hermanas. La oración brota de sus labios, y si abrís las hojas, las escenas son como la realización de su ensueño entrevisto.

«En el centro, la Virgen madre resplandece con una bincha negra en la frente, y sus hermosos rizos de oro caen sobre el manto de púrpura. El Niño, con manos que requieren una lente para mirar bien sus dedos, diminutos cual las fimbrias de una flor, tiende el anillo nupcial á la virgen de Siena. Y la santa aparece de rodillas, vestida de princesa, con su manto forrado de armiño. Un ángel toca en su arpa y, con soles sobre el cuerpo, canta las bodas. Otro, vestido de un celeste aturquesado con vagos resplandores de oro, abre un libro sobre su pecho, emergiendo como un facistol

viviente. Santa Bárbara lee, con el cabello recogido en forma de natural corona. De pie, San José medita, con un compás en la mano, dulce y tranquilo, junto á San Juan, que muestra el báculo que lo acompañará en el desierto, mientras el cordero, embargado por la escena, también sueña y medita como una criatura.

«En otra hoja, el Evangelista inspirado en Patmos siente el espacio lleno de voces y lo ve relampaguear con sus visiones. Los caballeros, el dragón, los símbolos de las iglesias, los candelabros de los obispos, surgen entre pinceladas que se iluminan con sus mismos estremecimientos. Aquí, el artista ha tenido que salir del mundo real y vivir en el de la fantasía, obsesionado por los versículos del libro pavoroso. Pero observad en la tercer hoja la muerte de San Juan. Por la ventana abierta de un palacio, veréis, entre el Tetrarca y Herodías, danzar á Salomé: el palacio es un castillo gótico y hay casas entre los muros absolutamente flamencas.

«La «châsse» de Santa Úrsula, diminuta capilla gótica ilustrada, es para Brujas como el arca del pueblo de Israel, emblema de la alianza de la tierra con el cielo. Observad esa obra de amor, de fe, de hermosura, y en el peto del soldado que detiene á Úrsula veréis reflejado al que lanza la flecha. Es así el amor de la realidad, hasta en sus nimios detalles, fuente constante de lo ideal.

«En vez de pintar á Belén, que no conoce, pre-

ferirá poner á Jesús recibiendo cálices rebosantes de oro, incienso y mirra, en el marco de una ciudad belga. Los ángeles que en el mismo cuadro se arrodillan sobre el manto de la Virgen, donde el Niño se duerme, son hermanos del que toca el arpa y del que solivianta el libro como un facistol viviente. No son criaturas humanas, que sueñan y quieren ser ángeles; son ángeles, ó tal es el íntimo pensamiento que sugieren, capaces de convertirse en hombres. Bondadosos hasta la resignación, beben en nuestra mesa, tañen un instrumento en nuestros regocijos, se mezclan á la vida del pueblo humilde. Así nos acompañan, y no nos asustan con una divinidad inaccesible. El sentimiento que infunden es cariñoso y tranquilo. ¿A qué seguirlos entre arrebatos de imaginación, violencias, y sobresaltos?: deséase solamente que nuestra conducta sea honrada para que no se alejen. Recorred la Galería de Bellas Artes: encontraréis otros nombres, los Van Eyck, Van der Weyden, y en todos el mismo espíritu. Por ellos la seguridad del fin nos empuja, hasta que el alma sienta que una nota de carillón es el sonido material de un rayo de sol, su símbolo, cuando por libre resplandece cristalina.

«Pero antes, he ahí á la Sibila del maestro. Los ángeles se desprenden en las noches de los cuadros, y en los anillos de sus dedos ponen besos, como los verdaderos del día de su muerte. Un tul inconsútil le envuelve el cabello y pudo vestir el alma, que lo-

gró ser en el cuerpo la expresión de una pureza desterrada... Y los flamencos no olvidan los encajes de Ipres con sus rincones de idilio, que cubren los lechos donde se nace y se muere, y los circulares de Brujas con humos de espumas y vapor de hilos, no menos hermosos que los de Malinas, aliados de los de Amberes, por sus búcaros de flores; y todos tan infinitesimalmente inverosímiles, que es de preguntarse dónde están las manos que los hicieron, si no hay ojos para detallarlos. Son, á veces, imagen de los sudarios, tejidos celestemente para rostros cual el de la Sibila; y surgiendo de ellos el espíritu encuentra á los ángeles lejos de los cuadros. Los ángeles! Menlink pudo decir al mirarlos, acordándose de lágrimas del mundo para llorar de júbilo: son más bellos que los míos, pero su bondad no es más encantadora!

« Así — prosigue el ciego levantando el acento — se confunden las sensaciones de Brujas con ideas vencedoras de la muerte. Yo perdí los ojos siendo niño. Desde entonces guardo intacto el recuerdo de sus imágenes. Las miro radiantes, inspirado por el perfume del incienso, porque adivino una flor ó siento el murmurio del agua, ó porque la frescura de los viejos muros me penetra. Brujas es ciudad muerta, como yo soy ciego. No ve el resto del mundo y no le importa. Ella encierra en sí la armonía, que le canta su himno, y la losa de su sepulcro es cuna de estrellas. Id, extranjero que me escucháis, y decid á los

que tengan oídos para oir: «En Flandes hay una ciudad, llamada Brujas y que puede llamarse *Brujas la Viva.*»

El orador calla pavorosamente. Un temor religioso me penetra con su silencio. Ha dicho ciertas frases con voz tan melodiosa, que aun me parece seguir oyéndolas; y su rostro de estatua glacial, como si no hubiera proferido una sola palabra, brilla perfilado por rigidez de muerte. De esta rápida sensación de angustia, me saca un leve ruido de las aguas. La estatua se anima: «¿Es un cisne, verdad?» — «Un cisne» respondo. — «Un cisne negro, ¿no es cierto?» — «Un cisne negro», contesto. — «Es el de mi hora», agrega; y sin despedirse y sin hacer más ruido que á su llegada, aléjase por la avenida.

Le miro perderse á la distancia: «curioso personaje», pienso; y preocupado con la aventura, camino hacia el malecón del Rosario. El cisne negro se cruza con otros blancos, marcando al parecer horas diferentes, mientras el reloj da la nueva con el timbre de todas. La mano celeste se agita, rómpese la campana de cristal en los aires, y los arpegios, flores invisibles y vibrantes de no sé qué inmaterial jardín, caen sobre el agua. En el fondo profundo refléjase el cielo; las construcciones se miran y apenas tiemblan en el principio de la bóveda; la tarde la ensombrece gradualmente, y las notas, desde el infinito real, extínguense en el quimérico, descendiendo á lo descono-

cido, más allá de las entrañas de la tierra. De mis pensamientos me saca el arrastre estentóreo de unos zuecos sobre las piedras. Son dos mujeres del pueblo; y obsesionado aún por los acentos de la voz de mi nuevo amigo, les pregunto: «Decid, ¿sabéis dónde vive el ciego Daignant?» —«Bien se ve, exclama una de ellas, que sois extranjero»; y la otra añade, dejándome aún más perplejo: «Señor, hace quince años que ese hombre ha muerto!»

LA LIRA MARAVILLOSA

Un viejo poeta, filósofo y político, me ha regalado estas páginas. Las hago imprimir al pie de la letra. Dicen así:

No me acuerdo del nombre de aquel país, ni menos del de un rincón que abrigaba. Quizás no exista, y ha existido sólo un minuto, desvaneciéndose como una nube y dejando una eternidad de pena. No basta la felicidad que pasa y no se toca, aire respirado un instante y el cual no se colorea, por no dejarse ver; no basta la angustia de todo lo que viene del infinito, con el velo que á veces arde al contacto de la curiosidad, sólo para cubrir nuestros ojos con la espesa sombra del humo de su fuego; no bastan las cosas reales cuya hermosura hace sufrir, ni los signos impenetrables que encontramos en sus armonías; no basta la perpetua cruz naciente de nuestros sentimientos, en el contraste de afecciones que por su fuerza parecen inmortales, quebrándose en lo transitorio de la vida: es menester, para aumentar la humana inquietud, soñar con lugares lejanos, donde la

existencia es por sí sola un canto, mientras el contento brota naturalmente del espíritu para embalsamarlo. Después, la visión se desvanece y labra una fuente más de nostalgia. Y en uno de esos rincones sin nombre, de uno de esos países que no han sido, aunque, en los sueños, estén en el planeta, me detuvieron ocho hadas.

Los árboles nos formaban una circunferencia y quedé en el centro, sobre el césped verde, entre las flores que se abrían simulando piedras preciosas. El aire circulaba tan ligero, tan perfumado, que vivir respirándolo era una felicidad física. El día se antojaba un sueño del día de otras partes. Yo pensé: «hastiado de los ajetreos del mundo, de las luchas miserables, de los dolores ocultos que matan á fuego lento, se viene á tener un asueto en este círculo; colegial feliz que sabe el valor de unas cuantas horas sin cuidados, como que se impregna allá de todos los pesares del hombre». Aquel aire en la paz del ambiente hecho por los árboles, hechizaba pues el día como el agua del Leteo, y veíasele resucitar, vestido con un júbilo, que era su traje y su aliento, fulgurando como su diadema. Así, la inefable paz del parque se divinizaba, y ella penetró en mi mente y me libró de la memoria. Entonces, el alma se sintió ligera como el cuerpo, y la ventura del sano vivir, armonizándose con el contento espiritual, se hizo repentinamente como una sola partícula etérea, embebida de rayos de sol y de perfu-

mes de flores... Pero ocho hadas salieron, como decía, del retiro de las frondas, y eran hadas que hablaban, y eran, si no todas bellas, todas inteligentes.

«Estás — exclamó la más vieja, á ser posible advertir decaimiento en su juventud vibrante, — estás en el rincón del sueño de los ensueños. Todos los de los hombres vienen á dormir acá, y reposan, sin que su tranquilidad sea turbada por las visiones nacidas en el mundo, del febril, misterioso espíritu que vela sobre el cuerpo abandonado. Mira, la flor de ámbar, que se abre junto á un laurel, tiene el reflejo del cabello de Lucrecia Borgia, flor evocadora de su mayor hermosura, y que sin memoria es incapaz de inspirar un crimen. Esa enlutada, con negros pétalos de terciopelo, viene del ataúd de Ligeia, y la encarna, sin los gemidos horribles que la volvieron á la vida. Esa que toca casi tus pies, radiante de blancura, sin que la torture ya el recuerdo de Hámlet, sirve para la cita de un pensamiento de Ofelia y de un rayo de luna. Podría darte la clave de todas las flores, desde Eva á la Sulamita, desde Beatriz á la Gioconda, desde María Estuardo á María Antonieta; es decir, de las mujeres reales y fantásticas, que han hecho y hacen soñar á los hombres, y que hoy duermen en la gracia del símbolo. Siente la palpitación de sus sangres, sus leves respiraciones, toda su vida, se reduce al perfume; y los perfumes, mezclados, infunden al alma como un reparador letargo. Sólo un sueño les es posible á las

flores, y ya, sin duda, lo has comprendido: soñar que no viven, cuando en realidad no han muerto... Tú renunciaste á las luchas de intereses mundanales, queriendo crear con tu silencioso ensueño, templo y palacio, luz y corona. Y he ahí que el palacio se hunde, y el templo te inspira otro que tiene por pavimento una estrella, y por lámpara el sol y por bóveda lo infinito. Por eso te atrae el misterio, y desesperado escapas de ti mismo, y deseas rehuir la vergüenza de pensar, desde que el pensamiento perece en la cárcel de su propio límite... No te lamentes y respira las flores, vive en la paz de este aire; él te otorgará la suprema ventura.»

El hada desapareció, y comprendí que era la reina. Las otras quedaron solas, y más libres, se pusieron á danzar leves sobre el césped. ¿Cómo fué que una de ellas se acercó á mi oído y me habló, turbándome por su acento? Lo ignoro; pero su voz me penetraba, mi memoria encendíase y su hermosura maravilló mis ojos con sus armonías de animada estatua.

«Ea — dijo — yo soy madre de Venus, soy Eva; sé cómo se vence al hombre, y él sabe cómo es vencido, sin saber lo que yo sé: cómo se triunfa y se impera. Traigo aquí la cuerda que enseña el amor, pronta á vibrar en tu mano. La mujer, cuna de la muerte, caerá á tus plantas y serás un rey de la vida. Acepta mi presente; el renunciamiento es también quimera y el más estúpido de los sueños.»

La voz de otra hada se despertó, cual un eco de esa voz, enardeciéndose hasta transformarse en acento poderoso:

«Toma — exclamó — esta armoniosa cuerda enredada como una liana en mi cuerpo. Las virtudes serán exaltadas si tú conciertas tus palabras con la inspiración de sus vibraciones: cuerda maravillosa, tiene, siendo una sola, siete tonos distintos.»

Y su acento, propagándose en el grupo como luz que encendiera nueva antorcha, hizo fulgurar los ojos de la vecina con robusta llama, abismo en cuyo fondo se adivinaba un horror que atraía.

«Quita de mis senos y de mi vientre y de mis cabellos — murmuró — la cuerda que se me enrosca como víbora, y en sus sones hallarás la sensación de los vicios. Ella completará tu alma humana, dando al ángel la sombra del demonio, y mis siete notas serán en tu canto un nuevo poder de gloria, ya en el goce, ya en el anatema, ya en el arrepentimiento.»

La cuarta hada siguió con otra voz, nota que respondía en el arpegio general al acento de la segunda:

«No desdeñes lo que te ofrezco; es cuerda pesada pendiente de mis hombros como una cadena. Sus acordes son los más profundos, al propio tiempo que, por antítesis, los más hirientes: todas las despedidas desgarradoras y los dolores sin esperanza, todos los gritos de la pasión con los silencios terribles de la amargura, todos los sollozos, los ayes del alma

y del cuerpo, resuenan compendiados en su solo acento. Ella es la llama de todos los fuegos.»

Y la quinta, en un contraste como de la sequía desolante á la benéfica lluvia, ó del diluvio de lágrimas y de agua al sol que las evapora en la tierra y ríe en las almas, gritó:

«Recoge la mía, si puedes; te regalo la ligera cuerda que pone alas en mis hombros, siendo como una brisa al moverse en mis cabellos, y que si acaricia mis pies, los impulsa, y que si toca mis manos, les infunde gracia. Bendita cuerda, hermana de las mariposas y de los cóndores, pues tiene con el júbilo del ave libre, embriagada por su fuerza, el del insecto que salta de la flor al césped. Y tiene aún la sonrisa y la carcajada; los tonos de la felicidad y los acentos de la alegría; y su voz alumbra los cielos, se mira en las olas de los mares, enciende las piedras preciosas y hace una inmensa fiesta de hombres y mujeres, piedras y flores, aguas y bestias.»

«He aquí — prorrumpió la sexta — he aquí mi presente; también renuncio á mi cuerda y te la dejo.»

Y noté que su voz era raramente extraña, con dos tonos tan distintos, que en el uno dormitaban todas las iras y en el otro todas las bondades.

«Yo le he dado — prosiguió — la virtud de mi doble naturaleza. En sus acentos vibran crímenes, rencores, luchas de guerras, estruendos, y conmiseración, pie-

dad, casi ternura por el hombre, víctima de su alma, convertida por el instinto en garra.»

Como saltando sobre el silencio que siguió á sus frases, se levantó la voz de la última:

«Traigo para ti—dijo—la cuerda milagrosa del cantor, la que hace de todas juntas una potencia divina. El alma se confunde con el cuerpo y se place en la armonía suprema; sufre y le arranca sus lágrimas; goza, y le arranca su risa; y el llanto y la risa son voces llenas de inexpresables palabras. El cantor necesita la voz que responda inmediata á la idea, como el llanto al dolor, como la risa al júbilo. Yo soy el poder que liga todas las cuerdas; acepta nuestros presentes y vuelve a tu reino; la lira será tu alma misma, y tu alma será nuestra lira; en un sublime canto, hasta ahora no sentido, oiráse la vida plena, y por pedestal de tu estatua se te brindará el mundo.»

Entonces, la voz de las tentadoras alzóse en unísono coro y resplandeció aquel instante como un sol en mi alma. Y las hadas tomaron con amor sus cuerdas y construyeron una lira. Estremecido la vi, pensando en el silencio, que lleno de estupor en ella, esperaba una mano extraña para crear con su voz un nuevo universo. La lira alzábase por sí sola, y las hadas cortaron las inermes flores en donde dormían los ensueños de los hombres. Sufrí un momento, comprendiendo que era una profanación volver á la vida del dolor, á todas esas imágenes en dulce reposo.

Tentado estuve de gritar: «Deteneos. Quiero no salir de aquí, y ver las flores morir en la paz de sus tallos, mientras dulcemente embalsaman sus sepulcros. Dejadme aspirar sus perfumes: ¡bendita es la ventura del letargo prometido por vuestra reina!»

Mas allende los árboles estallaron voces ahogando la mía. Llegaban de ese mundo real que acababa de abandonar y al cual no quería volver. Percibíase el murmullo de la humanidad, con los distintos coros de hombres y mujeres, y después la fiebre de sus vidas era un solo concierto. Las hadas, al oirlo, respondieron: «Aguardad y sentiréis la voz maravillosa; en las cuerdas de nuestro cantor, los sueños de Dante, Salomón ó Shakespeare, son simples flores; esperad un momento y caeréis de rodillas...» No escuché más; mi talla se agigantaba; adelanté y pisé rosas y violetas: ¡quién sabe cuántos pobres sueños felices por dormidos! Así llegué á la lira, que crecía ante mis ojos, pasando por sobre los árboles y los montes, tocada por las nubes, queriendo apoyarse en la bóveda celeste. Y mis dedos, con un movimiento colosal, al rasgar el éter, engendraron el rayo en que desaparecieron las cuerdas.

Al volver en mí, me encontré frente á la reina de las hadas, sola, pues su corte había huído. Vi que en el rincón de paz brotaban de los tallos y sobre el césped nuevas flores; y ella, con una voz que no te-

nía nada de extraña, natural como la de la realidad misma, dijo:

«Cediste á la tentación; y bien, el castigo que te doy es muy simple: despertar.»

Y desperté, sin duda, y jamás he vuelto al rincón feliz, cuyo nombre no recuerdo, cuyo país he olvidado. La experiencia es buena maestra, pero no hay como ejercitarla: ¡qué importa que la lección perdure si la prueba no se repite! Con la memoria tan rebosante, que quizás del todo ni la muerte la anonade, pues flotará con el alma sobre el cuerpo; y lleno de las heridas de la lucha nunca cicatrizadas, sangrientas siempre, pienso hoy en aquel retiro, y la virtud de sus flores, que no aproveché, sirve para acentuar la silueta de la reina, reproduciendo el dolor de no haber reconocido la voz de la suprema sabiduría en sus amables consejos!

EL MÁRMOL MALDITO

En el Louvre, con un amigo, nos habíamos detenido frente al *San Juan* de Leonardo. Lo mirábamos en silencio. Mi amigo exclamó:

«No es tan popular como la Gioconda, pero inmortalmente hermoso. De Mona Lisa todo el mundo se acuerda; usted es uno de los últimos viajeros que la ha cantado en *El Color y la Piedra*. De este San Juan se habla menos, pero es extraordinario...»

El San Juan nos oía hablar en voz baja; diríase que le rezábamos, pero no tenía aire de creer en nuestras oraciones. No es el rudo profeta que se alimentó de langostas y miel silvestre: es el más bello efebo que Grecia pudo soñar, nacido del vientre mismo de la Gracia. El cuerpo, cubierto con la piel de león, desaparece abajo devorado por la intensa negrura del fondo. Mas á medida que el torso se acerca al rostro, el rostro lo ilumina. Uno de sus brazos surge, escorzándose, y levanta el índice al cielo. Los cabellos, en el movimiento de la cabeza, inclínanse ligeramente sobre el hombro. Su color, de un rubio

rojo sombrío, es casi una sombra con fosforescencias. Sus ojos y sus labios son dos abismos de misterio que callan la idea, y sin proferirla neta, sugieren encontradas sensaciones. Yo agregué:

«Alguien le hace un cumplimiento por su belleza, y él señala con un dedo la altura. *Id,* indica entre malicioso y sincero, *al mundo desconocido. Está lejos; la dirección de mi dedo es un poco vaga; pero hay allí una fuente. Quien beba de ella, se regocija en su alma, y el rostro adquiere una sonrisa iluminadora, velo maravilloso que transparenta la perfecta felicidad sin inquietudes.*»

Mi amigo respondió:

«Para mí, en esta figura se confunden la gracia de la mujer y la virilidad del hombre. Su sonrisa nace, como una chispa, de dos electricidades. Admiráis la luz, pero ya no podéis analizar en su brillo las dos corrientes. Comprendéis el fenómeno, pero ignoráis la causa: el gran Leonardo fué como una nube, como una fuerza de la naturaleza. Tomad un color, y la química os dirá que el antimonio lo ensombrece, ó que un inalterable azul tiene una base de cobalto. Pero tomad esa sonrisa y dádsela á los otros químicos á descomponer, y se perderán en análisis inútiles; hablarán de los efectos, sin definir la esencia. Para mí, San Juan levanta el dedo pensando: *no me explico la constante caravana de rostros pensativos y ojos escrutadores. No sé si soy en realidad*

como una esfinge, mas se que, como una esfinge, no puedo responder. Mi mundo interior está en mi rostro, que yo no he visto jamás en un espejo; y mi espíritu ausente es un vacío; luego, no me conozco... En el desierto, y en el Jordán, y en la prisión, cuando yo existía, por mi rostro pasaba un relámpago de ira, un rayo si queréis, todo, menos una sonrisa de gracia perturbadora.»

En nuestro diálogo se entromete el cuerpo del Baco vecino, sentado contra una gruta. En el fondo surge el paisaje de montañas azules, el mismo de la «Virgen de las Rocas», el que siempre pone el maestro, para que los ojos, fatigados con el esfuerzo del análisis en las figuras, escapen á reposarse en la lejanía. El Baco tiene sobre el cabello festones de pámpanos, sobre la cintura la piel de león, y en la mano un tirso. Sus labios y la sonrisa hacen pensar en San Juan; y, en efecto, es San Juan, metamorfoseado en Baco; pero éste no es el señor de las borracheras griegas, como no es aquél el heredero del espíritu violento de los profetas de la ley antigua; y ambos son sencillamente dos criaturas del Vinci, hermanos de la Gioconda.

«Tales cambios—decía yo, echando á caminar por la galería — resultan casi siempre picantes. ¡San Juan, que vivió de langostas y del agua fresca de los manantiales, convertido en el gran vividor, que conquistó las Indias! ¡El Júpiter de Roma transformado en San

Pedro! Pero el bronce de éste no puede quejarse: perfumado entre el incienso de los dos mundos, su puño oprimía el haz flamígero bajo César, y bajo León XIII ha perdido el pulgar del pie por el beso de los fieles...»

Una gran ventana se abre á la derecha, y una terraza se tiende hasta las rejas de un balcón dorado. Salimos á respirar el aire libre. De la calle llega el murmurio de los coches. Silenciosamente, ante los escaparates de los malecones, los estudiosos recorren los volúmenes. Más allá, sobre el Sena, algunos barcos se descargan; grupos de desocupados miran. En la otra orilla, la cúpula bajo la cual se reunen los Inmortales se eleva achaparrada, á la sombra del Panteón, que lanza la suya gigantesca, dominando un círculo de columnas. Vapores sombríos parecen petrificarse contra ella; y otros, blancos y ligeros, envolviéndose en sí mismos, arropan la cúspide en gasas de gloria, al par que un claro de azul más alto se funde á lo infinito. Así se nos aparecía ese París tranquilo *del otro lado del agua,* que se antoja pensar, soñar y rezar, mientras el de los grandes bulevares canta, ríe y se divierte. Mi amigo, tomándose de la reja con las manos, dijo:

«El Sena me recuerda las transformaciones de un mármol, menos célebres, sin duda, que las del San Juan ó el San Pedro.»

Á una indicación interesada de mi parte, respondió:

— Un tipo original, amigo de mi padre, de quien alguna vez he de escribir curiosos rasgos, mezcla extraña de bohemio y gran señor, hizo un viaje á Grecia. Careciendo de medios de fortuna, su mujer y su hijo consideraban al tal viaje como un disparate. Él, para consolarlos de las privaciones pasadas y del hambre en perspectiva, trájose un bloque de mármol de Paros. Sagrada reliquia del viajero, debía respetarse y no venderse, sin decirse que era quizá un emblema del pan duro. El hombre siguió viviendo como había vivido, entre maravillosos cuentos que encantaban los ocios de sus amigos con los prismas de su imaginación fecunda. Y á poco murió como también había vivido, en la más negra miseria, pero recomendando especialmente aquel milagroso mármol, que fingía, en su rosado resplandor, las venas con sangre de una interna aurora.

Su hijo, ya hombre, y á quien yo de muchacho conocí mucho, por la amistad de barrio que me ligaba al nieto, era semejante á él, pero con un siniestro resorte. Que la palabra no asuste: sí, siniestro. Víctima de una rara sensibilidad, artista por naturaleza, escultor por instinto, había heredado la paterna imaginación, mas no ya queriendo engañarse con los fuegos de artificio de la palabra, sino deseando consolidarse en las formas reales de la obra de arte. Al mismo tiempo que la exagerada visión, en donde faltaba la serenidad del equilibrio, tenía la pereza casi natural,

la indolencia característica de estos temperamentos. Procedía por descargas eléctricas: sus accesos de labor eran chubascos. Una idea, una concepción: dos días de trabajar sendas diez y ocho horas como un poseído febril, y en seguida, dos semanas de fumar la pipa como un bajá millonario. El célebre mármol de Paros — que mi padre recordaba siempre con sonrisa de enternecimiento, pensando en su fantástico amigo — empezó á obsederle.

Un día exclamó en su estudio, poblado de telarañas: «Ah! los miserables! he aquí su último descubrimiento: se puede pintar un hombre, esculpir una mujer, pero no un centauro, porque eso no es la vida. ¿Qué es la vida? Todo lo que nace de la imaginación está vivo. ¡Quién se atreve á sostener que era más el vientre de la lavandera de Shakespeare que la cabeza de Shakespeare! Hámlet es tan real como Carlomagno y es más real que Luis Felipe, un mediocre de quien nadie se acuerda. En los centauros creyeron los antiguos, creo yo; luego existen. Al modelar un hombre, le quito la palabra, lo transformo en yeso, lo adultero. Al esculpir un centauro que yo no he visto nunca, que ustedes ni el vecino vieron jamás, acentúo su vida vislumbrada. Resultado, la escultura de un centauro será siempre más real que la de un hombre. Y á ese fruto admirable de la imaginación, yo le conquistaré su derecho á la existencia. Pondré en el cuerpo del ani-

mal todo el vigor de la naturaleza, que lo consagra rey salvaje, y en el rostro del hombre toda la gloria del pensamiento. Así, el luminoso vigor de su expresión, se lanzará por los aires, como una antorcha, como un sol, por la elasticidad potente de las patas. Á mi centauro le observarán inquietas las nubes, pues saben que quiere quitarles el rayo; los árboles, al verle, sentirán su savia helada de estupor, comprendiendo que su verdura, convertida en leña, calentará sus máquinas. Ya les oigo decir: «precisamente ese rayo, ese vapor engendrarán su muerte»; pero no, mil veces no! Escopas era inteligente como Édison, y Édison, como yo, cree en los centauros; y si no fuese así, no hubiera realizado tantas maravillas. Y aun anhelará serlo él mismo. Sin duda, he ahí un sueño. Tener la cabeza del artista, y la pata del monstruo, que rompe, con sólo mover el vaso, un cráneo de filisteo. Y bien, mirad este trozo de mármol; mi padre, todo un hombre, lo sabía!: duerme en su entraña el centauro verdadero, el arquetipo. ¡Oh dulce, róseo, duro y blanco vientre!: el cincel va á perforarte, y te siento estremecer, clamando con un grito de gozo: *Era ya tiempo.*»

Y á pesar de su fiebre, el pobre fantasista, que soñaba en su obra perfecta, temblando con las olas vitales de su concepción, la veía salir confusa al romper los pedazos inútiles, que hubiera dicho Miguel Ángel. Una noche murió de un resfrío vulgar, mal aten-

dido, cuando ya en el desaliento se le había anticipado la muerte. Y se apagó sin dejar otra cosa entre todo lo vendido á usureros, que aquel centauro inconcluso, deforme, en cuyas venas ligeramente rosadas había una oculta aurora.

Imaginad mi amargura el día que mi amigo, el hijo de aquel grande artista incompleto, me habló de sus obras. Él era también escultor. El Salón le había recibido algunos trabajos en que una originalidad y un ímpetu indiscutibles animaban la materia.

«Ven—me dijo—á mi taller; está á bordo de una casa de baños.»

Sentí súbita inquietud, viendo asomar en su frase algo del abuelo; pero prontamente transformé la inquietud en sonrisa, preguntándole: «¿Á bordo de...?»

«Sí! de una casa de baños; ¿te parece raro? Pues es lo más natural del mundo. Soy un parisiense rabioso que gusta del agua y de los verdores. Me iría al campo y al mar, si no tuviera que dejar la fuente de San Miguel, los cantos de Saint-Gervais, las boticas de todos los padres y todos los tíos de la calle Saint-Jacques y del malecón Voltaire. No concibo que se busquen manzanas normandas, sino para dárselas á los gorriones del Luxemburgo. Y adoro el agua y los verdores. Como comprendes, un gran conflicto. Tú juzgarás de la solución.»

Llegamos á las proximidades del Puente Nuevo.

«Observa—exclamó—ese barco.»

Advertí, en efecto, una casa flotante, construcción de dos pisos, con balaústres de hierro, con columnas jónicas incrustadas en el maderamen, con el techo negro en que se abrían claraboyas fulgentes y chimeneas de cascos sombríos, bajo hileras de ventanas, luciendo matiz gris perla y cortinillas blancas, que miraban á una terraza, cubierta á su vez de cenadores hechos de plantas, entre dos grandes faroles.

« Y bien — prosiguió — ¿no te das cuenta ? » — «La decoración — prorrumpí — me parece trivial para un taller de artista.» — « Oh! — repuso — cómo se ve que no hay en ti, hombre del mediodía, un verdadero parisiense de raza. Escucha. Sobre mi casa flotante, por un buen alquiler me han permitido suprimir varias bañaderas, y en la popa, allende al puente, instalar mi estudio. Ahora, lee la enorme enseña: LA SAMARITANA. ¿Tampoco eso te inspira nada?» — « Nada » — repliqué sin comentarios.— « Avizora, entonces — me indicó — la última chimenea. » — « Lo que columbro — agregué — es una especie de árbol ». — « Es claro » — murmuró exaltándose; y después gritó: « La Samaritana es el Oriente, el maravilloso horizonte de fe, que todo artista alimenta en su alma. La mujer hace pensar en la fuente, en Jesús y en una palmera. No te burles; yo he decidido á mi propietario á erigir como chimenea de la máquina central ese signo gigantesco. »

Miré entonces con atención, y en efecto, al gran tubo de la estufa lo formaba un tronco de palmera, y á su casco grandes placas de lata, simulando hojas de árbol. No pude menos de sonreir, y Marcos exclamó: «Está negra de hollín y no la reconoces; sin embargo, vas á menudo al *Quai d'Orsay;* y bien, el gobierno hace eso, como Inglaterra y la canalla europea; este símbolo es símbolo político: convertir las palmeras del Oriente en chimeneas de fábricas para reventar á los obreros, y ensombrecer la humanidad, mientras ellos viven tranquilos firmando expedientes, entre el humo de sus mejores cigarros...» «Pero, hombre — le interrumpí — desde cuándo politiqueas?» — «Tienes razón, perdona y continúo: á la derecha, detalle filosófico...» Una tablilla azul, subía desde el agua, contra el gran muro, cubierta de números con dibujos de flechas doradas. He ahí — explicó Marcos — las alturas de las crecientes; la última, la más formidable, es de 1873. Yo me pregunto todas las noches si el nivel no se eleva cuando los infelices suicidas se arrojan...» Un velo de tristeza salió á su rostro, como si le naciera del alma: y yo, afectuosamente, exclamé, casi sonriendo, para no incomodarle: «en todo caso no es una nota agradable del paraíso de taller que me describías.» «Sin duda — me contestó — perdona, como la otra vez; pero ven, bajemos.»

Descendimos la gran escalera hasta el agua, y

dijo desde el puente que comunicaba con su estudio:

«En la línea de jarrones puestos sobre la baranda, las enredaderas desbordan en invierno y en verano. El muro y el muelle están revestidos de hiedra que no se marchita tampoco en el otoño. Así, la verdura en mi rincón de campo es constante. Después, esos árboles, como que el agua los baña sin cesar, son los primeros en cubrirse de hojas en la primavera.

«Á la izquierda, flanqueando mi taller, dibújase la mole del Puente Nuevo. Las flechas de la Santa Capilla y los conos del palacio de San Luis; más allá, parecen hender y esculpir las nubes. Y aquí, pasando los faroles, entre la negrura de los árboles, la ecuestre silueta de Enrique IV, habla al artista con los otros viejos muros, de la responsabilidad y de la deuda que tiene con la gloria, por ser hijo de Francia.

«No hay en el paisaje nada inútil; las cadenas ligándonos al malecón multiplican los murmurios al romper las aguas: los cimientos del puente, respondén, convirtiéndolas en impetuosas. Por la calle de los arcos, los coches y los ómnibus pasan con estrépito; la masa ciclópea se cimbrea; los ruidos se vuelven truenos apagados; se cree que toda la ciudad palpita en el movimiento; y así, sostenida por el macizo de piedra, se mece sobre el bullir de la corriente. Y así yo, al trabajar; en mi campo y ante

mi agua, siento siempre que el latir del corazón de mi París no me abandona. Y observa aún en las curvas del puente, las máscaras de Cerceau. Son un ejército, un pueblo entero; vociferan con los gestos del hastío y de la cólera, claman petrificadas, insomnes, día y noche; el chapotear del río no las adormece, el pasaje de los ómnibus las conmueve, y pienso que esperan para calmarse y caer en la paz venturosa, que en mi balcón resplandezca la obra de arte concluída. Porque aun no te lo he dicho: no, me callo, entra.»

Me tomó por una manga, cruzamos el planchón y la barandilla y dimos en el taller. Con inquietud vi el bloque del informe centauro, y en el otro extremo, en yeso, un esbozo de rostro. « Ah! — prorrumpió febrilmente aun más agitado que afuera, al tocar aquel mármol — ¿conoces el Sátiro de Hugo?» Y sin darme tiempo á responder: «¿No crees que es la apoteosis del lenguaje humano, el triunfo del verbo?» — « Sin duda » — respondí, turbado por el brillo de sus ojos... « Sábelo — prosiguió — el centauro, modificado, me resultará el Sátiro, con la lira empuñada sobre el verso final esculpido: *Place à Tout! Je suis Pan; Jupiter! à genoux*... Quién levante los ojos de la inscripción, encontrará en la estatua al coloso real y viviente. Evocará en torno de su grandeza al invisible Olimpo dominado, al dios supremo abatido, y á la Venus del amor temblorosa.»

Quise hacerle algunas observaciones: imposible. Hablarle de lo que cuesta á un arte el salir de sus límites: inútil. Convencerle de que no se puede esperar milagros en una celda de la Samaritana: tiempo perdido. En aquel noble cerebro faltaba un resorte, y al contacto de la fiebre, perdía la noción de la realidad, que recuerda de modo tan temible el mármol mismo, la materia más razonadora que el hombre.

Dos meses después, oíale desalentado, valerse de una imagen: «No temas, la estatua, irá sin duda; pero me pasa en el calor del trabajo lo que al lago en el frío del hielo. Entre cosas antitéticas, cuán sutiles son las relaciones de la naturaleza! La frialdad se aguza y el lago da su agua más cristalina; su superficie se congela con elementos de sus entrañas; y cuando en el máximum la lámina se endurece, el agua vive siempre abajo; pero los árboles y las nubes y los seres se dibujan turbios, informes en el espejo. Así, en el momento en que el calor me invade, y, más vibrantes, mis ideas se suceden, y mi concepción se materializa, entonces las formas en mi mente se tornan vagas, pierden su robusta vida, y exhalan... ¿cómo diré? una espectral... sí, una espectral tristeza.»

Yo, que la otra vez había tratado de disuadirle, quise darle la ilusión de mi aliento; y al poco tiempo, el hombre se iba á modelar templado por mi entusiasmo. Pero imaginad mi pena: quince días des-

pués, sin preparación, recibí unas líneas en que me avisaba su inevitable muerte. Y no olvidando los rasgos característicos de su espíritu contradictorio, mandándome un abrazo, añadía en tono burlón: «Cuando vuelvas al estudio, observa si el nivel del Sena ha subido.»

Corrí, en efecto, á La Samaritana: ¡ruda tarea la de sacar á mi pobre Marcos! Lo habían ya, enlazado, pero pesaba muchísimo; y no sé por qué me pasó por la mente un pensamiento: miré, y no estaba el mármol del centauro. Un amigo recordó haberlo visto una semana antes sobre la borda del buque, y que su carta contenía una alusión que no leyera emocionado. Me tendió el billete: «Con el objeto — decía — de evitar á otro el influjo de este curioso bien, herencia de mi abuelo, él me servirá de peso para hundirme.» El grupo comentaba entre suposiciones cómo se había realizado aquello. En silencio, sin oir, ni contestar, observé el nivel del agua que, naturalmente, no había crecido en las flechas del indicador. Al fin, el cadáver pudo extraerse y el bloque se quedó allá abajo. Quizás sea descubierto en un día de otro siglo, y quién sabe á qué poética y feliz leyenda dará origen.

La voz del relator se había hecho muy triste. «Ah! — exclamé yo, señalando desde la terraza los salones del museo — al lado de los que figuran en

ese Panteón de la pintura, cuántos otros sacrificados; qué interminable caravana de dolor y de martirio!»

«Pobre Marcos — repuso mi amigo: — él creyó concluir con aquel mármol maldito, sin pensar que era sólo un fragmento de la cantera inagotable!»

EL NARANJO

Trasplantado de España, creció bajo el cielo de Buenos Aires, en un patio de la casa de mis abuelos. Quizás porque extrañaba la tierra, desenvolvióse miserable, casi atacado de raquitismo, así como esos niños que concentrando en los ojos una reflexiva belleza impropia de la edad, tienen una infancia triste. En el naranjo, los ojos fueron tempranas flores, tan tempranas, que parecía darlas á destiempo y fundir en ellas toda su enfermiza savia, presintiendo que la muerte le esperaba en la próxima estación. Pero, poco á poco, los cuidados le hicieron olvidar el aire primero que respirara y hasta la vieja fuente árabe que mezcló su murmurio al de sus hojas recién nacidas. El agua que le echaban religiosamente, con cariños de manos de enfermero; la poda, que ponía en la tijera la solicitud de un médico amigo, convirtieron al débil en fuerte arbusto, y por último, un invierno benigno y una primavera mejor, le transformaron en árbol magnífico.

Desde entonces, con avidez, esperaba los nuevos

septiembres que le traían las golondrinas de Europa. Toda la belleza del cielo, toda la transparencia del aire, tenían por objeto engendrar el traje nupcial del árbol, sonrisa de gloria entre los muros amarillentos del patio. Los niños habían crecido con él; y para sus novias les sirvieron los azahares de sus ramas. Ya hombres, entregaron á sus hijos las cuatro ó cinco naranjas que producía y de que ellos lo habían despojado, con el mismo placer y á la misma edad. Varios ataúdes desfilaron después al pie de su tronco. Su sombra cayó furtiva sobre la negrura de los ébanos. Él también se despedía, armonizándose con los viejos retratos que presidiendo la vida luctuosa ó alegre, se impregnaban de las emociones del hogar, melancólicamente pensativos.

De tres generaciones había sido camarada, cuando empezó á reconquistar sólo la mitad de sus hojas en las nuevas primaveras. Su sombra fué más leve en las baldosas desgastadas por los juegos de otro tiempo; y más triste ante el rastro de los pies que ya no corrían. Sus pocas hojas que mostraban un verdor intenso obscurecido, sentían en la luz misma el germen de la muerte. Al marchitarse, su amarillo no llegaba á convertirse en oro; con un dejo del verde anterior, diríase entrecano, y dejábase arrebatar sin fuerza al primer soplo vivo del Plata. El tronco se hendió, para mayor miseria, ahora cuando no tenía casi copa que soportar; quizás el

recuerdo de la frondosa de otro tiempo le hizo romper su entraña imitando á los profetas bíblicos, que en los días de duelo desgarraban sus vestiduras.

Se le sostuvo con un barrote, y apoyándose en ese báculo, suavizó la dureza del hierro con la gracia melancólica de sus últimas floraciones. Á un niño se le ocurrió entonces el querer mandarlo al Paraguay, para que reviviera en hospitalario clima, y la gente rió por cierto de aquella forma ingenua del sentir. Su sombra, en tanto, daba pena; era un alma buscando su viejo cuerpo desvanecido. Alguien plantó allí una glicina; y la muleta de hierro fué envuelta. El árbol enfermo sufrió un asalto, y las flores azules, reminescencia del cielo, cubriendo el tronco y las ramas, lo embalsamaron piadosamente. Cuando cayeron, al fin de la estación, el naranjo no podía tenerse en pie, y la raíz sola, arrancando aún jugos á la tierra, con un último esfuerzo, ayudaba al sol, en cuyos rayos, para el árbol de la casa, había, con el amor de los vivos, el recuerdo del espíritu de los muertos. Resultando todo inútil, para evitar su completa degradación, el hacha de un joven jardinero, descendiente de quien lo cuidó en su infancia, lo abatió de un solo golpe.

El patio, desde entonces, fué el sepulcro de algo que había desaparecido llevándose muchas cosas. Un farol que brillaba en invierno al lado del centinela negro, y en estío á través de sus hojas, adquirió,

fulgurando libre en las noches, inusitado brillo, lleno de fuerza: se antojaba velar un cadáver invisible.

Después de ese otoño, el árbol reapareció ¡pobre viejo amigo! mezclado á la leña. Se le vió inflamarse en la chimenea como en el corazón de la casa, para transformarlo en viva llama. La muerte del patriarca era digna y gloriosa. Vibrante ráfaga consumió los trozos en un relampago: júbilos de niños, tristezas de hombres, palabras incomprensibles de antiguas voces, murmuraba el canto del fuego, con el alma de una elegía. Evocaciones, distintas, claras, acudían confundiéndose, cual los despojos, en un solo sentimiento, en una común hoguera. Á veces se animaban los retratos. Los gentileshombres españoles y franceses, desconocidos de sus nietos, y las damas de otros siglos, con sus trajes hoy exóticos, transplantados, como sus sangres, de Europa á América, estremecíanse al resplandor de los maderos. Creíase que iban á desprenderse de los muros para asistir al sacrificio y mirarle con el pensamiento. Entre ellos se estremecian también los de los muertos queridos, sin tener aún la pátina del tiempo, mas teniendo los colores que les prestaba el recuerdo. En una virazón de llama salieron del fondo de un alto espejo semblantes familiares, ayer en esa luna reales y vivientes, ahora más efímeros y fantásticos que las imágenes pintadas.

El último chisporroteo devoró el último leño. Una

tristeza hecha de agonizantes fulgores, se tendió sobre el rescoldo; y la obscuridad de la extinción del fuego, fué mortaja de las cenizas. Los niños, entonces, tomaron puñados de ellas, cual si fuesen las de un muerto sacrosanto... El destino dispersa á veces á los hombres, de modo que los ataúdes de los errabundos no se construyen con los árboles que dan sombra á las casas solariegas. ¡Qué importa! Si no todos pueden peregrinar, á semejanza de los Natchez, con los huesos de sus padres: todos deben recoger en el alma esas cenizas. Dondequiera que se plante la tienda, fecundarán el germen de nuevos árboles, en cuyas copas habrá frutos y flores, murmurantes con la armonía de las viejas y amadas tradiciones!

Á PROPÓSITO DE SADA YACO

Hojear álbumes japoneses, es para el espíritu, forma de encantador vagabundeo. Se vive en una civilización de ensueño, y se la ve resplandecer en la realidad con su prestigio exótico. Se cruza por entre los Budas hieráticos: mudas palabras de sabiduría brotan de sus gestos y emanan de sus actitudes, dando la suprema lección del renunciamiento. Alcanzar la extinción de la actividad sofocando el deseo, llegar á la certidumbre de no renacer, concluir con la ilusión de la vida, abismándose en la infinita substancia: he ahí lo que el sensato busca y anhela, he ahí la ventura del Nirvana, que explica al creyente el bronce sagrado de los dioses. Mas las figuras de los álbumes no siguen siempre los seguros senderos que, trazados por el príncipe Siddhârta, señalan en su reposo las estatuas. La actividad toma entre sus aspectos las múltiples perspectivas de la existencia. Conservan, á veces, de religioso, cual un símbolo, sólo la sonrisa, que no se dibuja ostentosa, pero que se presiente gentil: sonrisa obligada en el

japonés de antigua cuna, en todas las circunstancias, pues es forma de cultura y forma de belleza. Ella hace más gracioso el semblante, y por eso debe ofrecerse al interlocutor; disfraza un tanto la palabra y por eso la brinda también el que cuenta sus desgracias, ya que el código de la amabilidad refinada no da derecho á imponer ajenas amarguras. En el nuevo Japón, según se dice, todo esto desaparece, ante el viento occidental que barre con los trajes pintorescos las añejas costumbres. Y semejante comentario aumenta el placer del vagabundeo á través de álbumes, acuarelas, surimonos, pantallas y lavados á la tinta china.

Observad, por ejemplo, piezas de las colecciones de París: las mujeres de Hasunobú sobre altas sandalias surgen, cual de laca obscura, mientras las aguas en líneas giratorias tocan sus tobillos desnudos. Los peinados se yerguen en matas tupidas, los peines se clavan en las ondulaciones sedosas de azabache, y son saetas con puños de espadas que, sobre los rostros melancólicos, parecen martirizar negros corazones. Van tomándose de las manos las *geishas* bajo las túnicas flotantes, en amable camaradería, y las abullonadas telas suspendidas en las cinturas forman, al caer, enjambres de matices, en que hay flores tan inconsútiles que evocan almas de rosas aprisionadas en el tejido de verdaderos nenúfares.

Los grupos de Koriusai se pasean descalzos en

las salas liliputienses; aquí, murmurando canciones de amor, compuestas en las bellas noches de estío frente al mar de Sumiyoski, entre las melodías de los *shamisen* que ofrecen á los dedos de marfil sus tres cuerdas vibrantes; allá, yendo al baño con las toallas en la boca, mientras biombos y paneles animan una naturaleza de espectrales reflejos. Los rostros hechos por una sola línea delicada, semejan sueños de la seda que el papel torna tangibles, y con sólo la acentuación de los ojos, á gran distancia de las cejas, adquieren expresiones profundas. Los matices morales se escapan sutiles, mas se concentran casi siempre en tristeza que se ve, como en el fondo de un espejo, en el encanto de su serenidad contemplativa. En diversas actitudes elegantes, hacen resaltar un sentimiento que forma la atmósfera que respiran, viniendo desde lejano tiempo á impregnarse del ambiente del Japón. Y ese sentimiento es difícil de definir, algo como la inquietud de los que anhelan cambiar de climas, pensando en el rincón que quizás no existe, y dejan salir afuera, desde el alma, una sombra invisible, pero presente, leve como el reflejo de una nube sobre un cristal translúcido.

Esta impresión condénsase en una estampa de Harumbú. De las ramas materiales de un árbol escapan los colores que son el flúido espiritual de las hojas. El árbol se retrata en un río. En el cauce

hay una mujer en el centro de una barca, construída por un coral arrancado del fondo del abismo para incendiarse en un sol poniente. La mujer ha olvidado el abanico, que se antojaría inútil embeleco, en su mano, porque la gracia ha muerto. Abate los ojos hacia el reloj de arena que se le ha caído, causándole estupor, al advertir que el tiempo deja de correr, para que no cambie la tristeza del instante actual y se eternice profunda. El rostro que exterioriza el infinito del pensamiento sugiere la desproporción del cáliz de una flor condenado á encerrar toda la sombra de una noche. Y esa mujer, en la soledad impregnada de su mal misterioso, convierte con su expresión el río en un océano, dispuesto á salvar los límites de la tierra, si no puede ver en sus aguas el reflejo de los astros inaccesibles.

En las formas simples de este arte, prodigioso por lo perfecto, que da lecciones de dibujo á la naturaleza, siempre el mismo idealismo envuelve la verdad y, embebido en ella, sueña, florece y fructifica. Miremos las hojas aisladas de Kerzan. Una frase de Cuvier viene á los labios. Pero aquí no son fósiles los que reconstituímos con un hueso; son árboles que nacen de la hoja real, en el mundo de la alucinada fantasía. En los paisajes de Motonubu, los árboles pierden su potencia estival, se desecan con melancólica gracia; y se lamentan sobre sus esqueletos, las sombras de las ramas perdidas. Y en los paisajes

de verano, los árboles sueñan con otros árboles, y los árboles que se ven, son ese sueño en la plenitud de su gloria. Esta sensación la producen también los animales. Un monstruo acuático de Gakutei mueve verdosas transparencias; hay en el ambiente un matutino crepúsculo fingido por el encanto de frescas algas de oro. Y el monstruo, que medita cual el pintor, al explorar el mundo misterioso experimenta el deseo de vivir entre madréporas que engendren fragmentos de soles. Los faisanes y las aves del paraíso de Sosen, piensan en ellos mismos, cual un hombre ó una mujer, en un hombre y una mujer idealizados, y reflejando el movimiento del artista, se transfiguran en el animal superior de su propia fantasía. Los japoneses han sentido, con los ojos y el espíritu, estas aves que tienen en los matices las prodigalidades de un dios, y á la impresión del brillo de sus plumajes añaden la de infundirles un alma inspirada por la voz de los ruiseñores.

Todo se hace sugerente, y siempre con el triunfo de la línea pura. En un Motonubu de la escuela de Tano, el cielo no es más que un espacio gris de seda, y se convierte, azotado por las alas de las cigüeñas emigrantes, en un melancólico resplandor de despedidas invisibles. ¿De qué linterna mágica—donde copos de nieve, cuellos de cisnes, pétalos de lirios, se tornan en sudarios de cuerpos de armiño y almas de virgen—ha nacido esta luz espectral que envuelve las

aldeas de Hiroshigüe, olvidadas en el Nirvana del hielo, de todo rayo de matiz y todo caliente sol? Los volcanes de Hokusai, con sus rojos de mate cornalina y sus grises plateados, hacen sufrir, como cosas vivientes trasplantadas á la luna, donde la luz las enciende y la muerte del astro las martiriza. Y este admirable pintor, loco del dibujo, pues así se firmaba, que durante noventa años copió el mundo como un realista rabioso, de pronto rompe ó incendia un farol chinesco, dándole con el fuego ó la rasgadura aspectos pavorosos de pesadilla. Si estudiáis esos rasgos, es posible encontrar una simple caricatura de quién entre los dedos del artista, y al contacto de tan original procedimiento, dejó de ser un tipo de la vida contemporánea.

Las fiestas galantes de Toyoharu, tienen cielos negros, para que resalten mejor los fuegos de artificio. Las guirnaldas de los faroles en los jardines conducen hasta las pagodas por entre arcos triunfales de laca roja; y las cabezas emergen de las góndolas envueltas en una alegría de noche fantástica en que se besan los labios de una *geisha,* soñando con la hermosura de una hada.

Los parques de Schaustcho muestran á las princesas de sangre real recogiendo amapolas, al par que sus sombreros de sol forman un segundo jardín, donde las rosas, animándose con el movimiento, rememoran los versos de Djyutamati: « las fiores que no son amadas

de los dioses, no atraen abejas». Este Watteau japonés parece hacerlas acudir en enjambre y prestar á sus alas chispas áureas de la lámpara de un Aladino, que, abandonando á las huríes por un instante, desea perturbar con buen humor el reposo de los budas.

Más aristocráticas aun y más elegantes adelantan las curiosas criaturas de Outamaro. Si queréis no olvidarlas nunca, ved la mujer que, estando de espaldas, se refleja de frente en un espejo, al levantar el velo que cubre á su niño. En ella la tristeza contemplativa de que ha un instante hablábamos, se acendra, se ennoblece, se purifica; casi es, puede decirse, un adorno que sale de su alma, se enamora de su rostro y, no queriendo partir, se complace en una profunda caricia que acaba por inmortalizarla.

En otras figuras, el peinado de las cortesanas aderézase monumental, con algo de pagoda. En el cuerpo lánguido de una *geisha,* las flores se adormecen y pesan sobre los velos que la cubren, y esas mismas flores, en aquella que sopla una flauta de bambú, surgen espiritualizadas, deseando alas de mariposa para volar como las notas entre los pliegues de las sedas. Y así emergen, flores, mujeres, aves, árboles, la naturaleza toda, con una doble, robusta vida, en que el espíritu del hombre se mezcla a la creación, y la creación se hace sensible.

Las decoraciones de Sada Yaco, con sus bam-

balinas, sus cerezos, sus interiores de templo, sus calles de faroles chinescos, evocan los lugares enaltecidos por el arte japonés. Las disputas y los duelos en torno de la hermosa *geisha,* nos despiertan el recuerdo del paso del Onjikawa. Kyonobu, ha pintado esos gestos, esas acometidas, esos ataques, esos quites. Los hombres entre relámpagos se hieren en lucha fantástica, producidora de la muerte que va á transformarlos, por el renacimiento, en monstruos. El teatro exótico puebla la imaginación de figuras familiares, animándolas. Al ver destacarse en la casa de la *geisha,* las blancuras perladas del árbol en flor sobre la noche azul, creemos en la materialidad de un sueño, inspirado por los pebeteros de porcelana y bronce viejo, que dejan escapar de las fauces de las salamandras espirales de humo narcotizante. Los bonzos, en la decoración del templo, inmóviles, se antojan hechos con los oros de los jarrones sagrados, donde sobre fondos níveos buscan el supremo reposo los *Cheu-pa-loans.* Y Sada Yaco, entre ellos, cantando y danzando, es la *geisha* real, la imagen viviente de todas las acuarelas. Las ficciones aquellas pierden sus actitudes de pensativo misterio, descienden de sus biombos, abandonan sus pantallas, se estremecen en sus surimonos. Una ráfaga potente de resurrección las anima; se mueven ante nuestros ojos, con la sangre, el nervio, la fuerza, el amor, la gracia, el dolor y la inquietud de las pa-

siones. Nos enseñan cómo viven y cómo sienten y cómo mueren las gráciles figuras ensoñadoras, las muñecas gentiles del arte de los maestros.

Compréndese que los bonzos arrobados falten á la ley y no arrojen del templo á la dulce Salomé japonesa, que danza, obligando á perdonar con gestos de criatura inocente el sacrilegio de la seducción. Pero la guía otra idea: sorprender al amante que se ha refugiado allí con su nueva prometida. La escena resulta tan extraña—por los gestos y la mímica perenne de los actores, los cuales casi no hablan, y por lo gutural de sus voces como angustiadas por un sueño opresor—que es de preguntarse si en un vaso de Kien-long, no se nos ha dado el opio y el saké, que ponen en los ojos la ilusión real de una mentira maravillosa. Por el público pasa un estremecimiento. Brota por reflejo del rostro de Sada Yaco, quien ve á su rival y á su amante, y que de gata amorosa se transforma en tigre. Se precipita á la lucha; quiere asesinar á la novia; los guardianes del templo la rechazan. En un acceso de celosa furia, de pasión desbordante, al verse atacada por su mismo adorado, con un rostro de actriz trágica jamás visto, por donde cruza la agonía verdadera, en forma de horrible palidez, cae, pobre juguete de porcelana roto, dejando escapar el alma. No es la actividad engendradora del deseo lo que ha vencido, para anonadarse en el Nirvana: son, por el con-

trario, la actividad y el deseo causa de su muerte. Sin abismarse en la universal substancia, la pobre *geisha* renacerá, y no á imagen de las Bosatsu, vírgenes que vuelan sobre el jardín del Paraíso, con alas que hacen un viento de armoniosa alegría. Mas ¡oh! que el destino le sea clemente, y transformada por el martirio del amor, recuerde el árbol del bos-
que, cantado en el Sindamani, árbol que, teniendo á las estrellas por botones, produce el sol y la luna, como flores!

LAS ARAÑAS Y EL PIANO

Huyendo de Buenos Aires, con el estómago y el ánimo enfermos, me he refugiado alguna vez en un fuerte de las provincias de los Andes. Los indios, mansos, honrados, con un dejo quizás *de la influencia* civilizadora de los Incas en la sangre, hacen encantador un rincón, *en que no sé qué reminiscencias* de patriarcado bíblico dan singular sabor á las escenas argentinas. Y raro resulta en tal paraje, para un viajero desprevenido, oir, por ejemplo, en el silencio de la noche, un nocturno de Chopin. El dueño de casa, como aislado del mundo, á tres días de mula de la capital, es un inteligente arqueólogo, que ha leido á Darwin en inglés, á Fray Bartolomé de las Casas, en español, que sigue su misa en latín, que conversa con los indios en quichúa, y para estudiar sus cráneos, les catequiza el alma. Educado en su juventud en Óxford, no echa de menos á Londres, y vive con su biblioteca, pudiendo, á la sombra de las montañas, apoyar sus libros en los troncos de los algarrobos. El paisaje le ve encanecer en el trabajo

solitario, y no pierde la santa y bienhechora alegría, sin solemnidades de sabio, amable y espiritual, sano y fuerte. Sin embargo, en la noche á que deseo referirme, quién sabe de qué pendiente oculta del espíritu brota el misterioso signo que le mueve á leer música serena y dolorosa.

Repite la Marcha Fúnebre de Beethoven. Siento sonar su avasallante poder, que infunde frío: los acordes graves, profundos, insistentes, son el canto que saluda las otras notas que pasan, como intangibles sudarios del alma de los músicos muertos. De dolores, y de sueños, fué la esencia que vivió angustiada ó jubilosa, comunicándose con lo infinito; y la esencia divinamente renace, en recuerdo de esos artistas. Los sueños y dolores tuvieron alas más poderosas que sus fuentes para cruzar el límite del misterio: pero allá las perdieron; y al volver, su voz no trajo el acento de las ideas, muda quizás por el estupor de las claridades increadas. Veo pasar los sudarios inasibles de las notas impalpables, que se agitan como pañuelos en adioses, al son de los acordes augustos y profundos; y las almas transmiten á los sudarios el dolor de irse sin poder decir la inmensidad de su vida... De pronto, por el umbral de la puerta, se adelantan cuatro arañas, peludas, inmensas.

Imagínase la cicuta en una copa cincelada, sin horror; pero no un veneno transmitido por una forma de fealdad repugnante. Al hombre que caía como Sócrates, la

túnica le envolvía naturalmente en pliegues armoniosos, con una postrer gracia piadosa y triste, sobre un cuerpo incapaz de darle ya bellas actitudes.

No he tenido tiempo de pensarlo, cuando otras cuatro tarántulas aparecen. Luego forman docena. Vienen en parejas, como mujer y amante: en el umbral, deteniéndose, se inmovilizan. El viejo arqueólogo sigue llenando con la Marcha Fúnebre la soledad del fuerte. Á los ecos que despierta, los arrebata el estremecimiento de las hojas en los árboles, escalofríos de la noche, repentinos y sin causa. Repercute, al fin, la última nota, que la melancolía convierte en plegaria expatriada en su delicado dolor y en sus ideas de muerte, entre el lujo de las flores, el aire que restaura y la montaña que rasga el cielo con su verdura rebosante de vivientes fuerzas. Yo no hablo. Para con ciertas sonatas de Beethoven, el aplauso ó el comentario son una irreverencia. El sabio, que acaba quizás de llorar en él al artista, lo entiende también así, y, en silencio, se pasa el pañuelo por la frente.

Sólo las tarántulas se mueven, pero como público bien educado, sin hacer ruido. Por un movimiento de la imaginación inquieta, el pianista toca luego un vals de zíngaros. Es uno de esos valses que se creen en el deber de alegrar; y cuenta cosas para hacer reir, pero no aparta, semejante á una persona, los recuerdos que ponen como una sombra

en su acento, y deja escapar vagas tristezas expirantes en el tumulto de un giro, cuya alegría refulge con algo de un sol con lluvia. Las arañas quedan otra vez inmóviles, estréchanse las hembras contra los machos; se comprende que la música las ha traído, que oyen; y ya no parecen tan feas, y el hecho simple se convierte en espéctaculo.

Pienso que la palabra ha sido un refugio del hombre alejado de Dios y que, anterior al mismo *Fíat* de la luz, fué el del sonido. Así como la luz se embebía en las cosas y acusaba la plenitud de sus formas, las modulaciones del sonido eran las esencias transformadas de sus almas. Las cosas, al tomar un nombre, han perdido su verdadera significación en la armonía de lo infinito con la tierra. Al principio, el sonido, sin palabra, expresaba todo, por su variedad innumerable, como las ideas mismas, y en él flotaba, con su expresión suprema, todo sentimiento humano, fundiendo en Dios un gozo que lo hacía participar de su fuerza, sin temor a la muerte. De esos antiguos acordes increados, que estremecían á los astros, y repercutían en la tierra cual la voz de la flor, de la fuente y del ave, ha quedado esparcido como un murmurio: oid las olas del mar azul, en una riente mañana, y comprenderéis que a veces lo remedan las alegrías de las espumas... ¡La muerte! Su nombre está dicho: nace de la culpa y con ella el dolor. Se avanza hacia su signo, y la sombra, antes transparente,

se hace pavorosa: crea el misterio impenetrable, y el hombre, con su inquietud, se teje el manto que, invisible, le quita el don de los pasos festivos y ligeros. El infinito se vela; y la armonía increada, desaparece. Surge la palabra, que siendo manifestación de la vida, tiene por su impotencia el germen de la muerte. El hombre enano, llama al fenómeno, maravilla, y cuando siente mejor lo más grande, que es siempre lo más misterioso, la palabra, en lugar de acicate, es freno: á medida que se eleva, las expresiones se tornan más pequeñas, y el alma, como el cóndor, si quiere tocar las nubes, renuncia al espectáculo de las cumbres. ¡Oh, sin duda! No puede expresar, á veces, sus pensamientos y deja de mirar lo cristalino del arroyo, la gracia riente del árbol, lo pintoresco de un pico; y en el espacio siempre azul, uniforme y sublime, se hunde, sin distraer los ojos, tocando el ebrio gozo de la fuerza, en el movimiento de sus alas. La palabra, entonces, instintivamente se refugia en el canto; pero el hombre condénase á buscar las expresiones primitivas y bebe el dolor de haberlas sentido en un lejano sueño. Beethoven, Chopin, Wágner, fueron antiguos espíritus, llenos del recuerdo de esas armonías correspondientes á las esencias de las cosas, que hacían con un cántico estremecer un sol, al encontrar las notas hermanas de sus colores. Fueron ¡si! perseguidores incansables de las voces armoniosas, naturalmente, como es cristalina el agua:

voces palpitantes y ofuscadas por la palabra impotente y el sonido miserable, en la contradicción perpetua de tristeza y gloria que presenta el espíritu de todo artista... Las venenosas arañas han brotado después, del dolor y de la culpa, cuna de la muerte. No se concibe su fealdad, sino paralela al mal; parecen encarnar reflejos de la conciencia manchada. Se piensa en su vida anterior, luminosa y bella, naciendo entre las flores como mariposas de áureos gusanos. Hay el ave-lira y el cuervo, en el dominio de la belleza natural, como César Borgia y San Francisco sobre el mismo suelo de Italia. Los rayos del alma pueden hermosear el rostro del hombre; el insecto y el ave, sin alma, son formas físicas de sus pensamientos, malos ó buenos. Así, antes de la culpa, estas arañas venenosas, brillaban cual pedrerías animadas, surgiendo de cálices perfumados. No adquieren la palabra, pero sienten la música, con el vago recuerdo de su anterior naturaleza. A su esencia correspondían notas en la vasta clave, que era la ley universal, entre los astros, el cielo y la tierra. ¿Qué efecto llegará á producir en una araña la inefable augusta tristeza de la Marcha de Beethoven? ¿Qué efecto un vals y su tumultuoso rumor risueño? ¿No les será menos accesible el desalado lamento que el clamor festivo? La tristeza humana no puede conmover arañas felices en su fealdad repugnante. La melancolía reinó posteriormente á su metamorfo-

BIBLIOTECA
AMÉRICA

sis; por eso el júbilo de la música alegre, debe ser por el recuerdo lo que más ilumina sus negruras.

El vals sigue sonando... Evoco una piedra que cayera desde el manto de un ángel al seno de una fuente del Paraíso. Los reflejos concéntricos del agua divina, dan el modelo de las telas de las tarántulas entre las hojas de los árboles. El vals resuena siempre: observo aun más el curioso espectáculo de las arañas ensimismadas. Me parece que al influjo espiritual van á resplandecer en el centro de esos tejidos hechos con rayos palpables de sol, transformados por la noche en platíneos hilos de luna... En las notas resurgen tristezas que expirando en el tumulto alegre de las cadencias, vuelven á la realidad el alma. Y pienso que si alguna vez escribo tales sensaciones, tendré cuidado de advertir, ante la amenaza de una maliciosa sonrisa, que si el vals es para hombres y tarántulas, mi divagación es sólo para los mudos insectos.

UNA VISIÓN DE LUIS XVI

El arzobispo de Reims acaba de ungir siete veces, con el bálsamo sagrado de Saint-Remy, al rey de Francia. Luis XVI ha prestado juramento sobre los Evangelios. El mariscal Clermont-Tonnerre le acompaña, con la espada de Carlomagno erguida, perpendicular a su frente. El coro de la Catedral, en aquel instante, dibújase como la aurora vívida del nuevo reinado. Son las seis de la mañana y el sol parece nacer entre las vestiduras. Forman fondo en sus sitiales los canónigos, revestidos de casullas níveas, recamadas de perlas. El rojo purpúreo cardenalicio, entre los uniformes de los mariscales, no puede eclipsar á los pares laicos de Francia, que resplandecen coronados, cubiertos por el manto ducal violeta con vueltas de armiño. Un relámpago corre por los cuellos, sobre los collares del Espíritu Santo, y se concentra en la cruz de los pechos. Los pares eclesiásticos, de capa y mitra, arrojan sobre los báculos incendios de pedrerías. El rey, que lleva túnica, dalmática y manto, sentándose en el trono, hace

centro: el cetro de oro, esmaltes y perlas orientales en su diestra; la corona de Carlomagno en la frente, con áurea flor de lis enriquecida de zafiros y rubíes. En las tribunas de la nave, en torno de la reina, la corte aparece como en dispersas nubes de la aurora que se cierne sobre la ceremonia. El cardenal de la Roche-Aymón besa el primero la mano consagrada. En ella resplandece un anillo, símbolo de la alianza con la nación. El cardenal grita: *¡Vívat rex in æternum!* El órgano estalla en un cántico. Los pares se apresuran á saludar el nuevo omnipotente señor. En la cumbre del órgano, un San Juan añade también su voz, y su aliento doblega los cirios de nieve, en las arañas de oro, y desata las trompetas de los ángeles en la inmensa arquitectura de cedro. El duque de Borgoña se inclina ante el rey, que siente en la nave la palpitación de la multitud. Las oraciones se elevan en coro. Los perfumes del incienso dilatan los pechos oprimidos por la emoción y expanden sus blancuras. Al llegar á las vidrieras, las ondas, que hiere el sol, se convierten en nubes que reflejan sus matices. Las ráfagas del órgano, después de conmover, en los ábsides, las lises de oro reemplazantes de las estrellas, descienden invisibles alas sobre la corona de Carlomagno. Y al través de todos esos brillos, de nubes que ascienden y flores que bajan, de oraciones que vuelan y notas que son vientos de armonía, el rey cree que la paloma de

Saint-Remy resplandece inmaculada, trayendo el óleo para Clodoveo, como en el milagro de la leyenda.

El conde de Artois, representante del duque de Normandía, se inclina frente al trono. El soberano admira en un rincón de vidrieras, transparencias de mares misteriosos y desconocidos, y en otro un matiz azul que, siendo de la tierra enciéndese con la luz de un cielo más alto que el cielo: y mientras oros y púrpuras dan en los mantos y las casullas de los oficiantes un divino fulgor; ve también nieves inefables como de cumbres jamás holladas, venciendo en blancura á los armiños de los pares de Francia. Así, la aurora del coro y de las tribunas irradia en lo alto, donde en conjunción de mar, cielo y tierra, las cosas reales y soñadas se confunden en el poema de la piedra, penetrado de eternidad y sol, ligero y vibrante como un solo himno de gloria.

El duque de Borbón se inclina y besa la mano real. Luis oye siempre los cánticos. Las emociones han puesto el estremecimiento en sus labios, y en sus ojos la visión inspirada. Observa las dos célebres rosas del gran pórtico, que se adelantan en el flúido casi palpable, como dos astros. Quieren avanzar para formarle un palio. La primera tiene sus matices profundos que meditan, los destellos apagados de su fervor misterioso, la angustia de una expectativa; la otra, los contentos de una plegaria triunfal, y en torno de su azul dominante, y de coloración intraducible, algo de

un macizo de hojas secas, que en sus oros y púrpuras fueran heridas por el sol y se convirtieran en un rayo, sin perder en el nuevo árbol de luz que los reune, el recuerdo del matiz con que se marchitaron. Luis no piensa ya en eso. El príncipe de Condé le besa la mano, y entre las dos estrellas, los reyes de Francia desprén-dense de los vitrales. Les mira avanzar; traen sus emble-mas y vestiduras, y tejidos de rayos, impalpables, pen-sativos, extáticos, mudos, encienden en su mano el viejo cetro con el recuerdo de su vida. El órgano lo com-prende: sus notas más pujantes, arrebatan solemne-mente las plegarias, y en las espirales de perfume el espíritu de su armonía asiste á esta segunda con-sagración invisible. Entre esos reyes luminosos, ad-vierte Luis las sombras de los que no están en los vitrales; espectros en que aun la púrpura parece pesar, sin transformarse en haz de rayos. El duque de Char-tres — futuro Felipe Igualdad — se inclina ante el trono. Sobre el altar de mármol verde, sostenido por ángeles, chispea entre candelabros el Crucifijo. No hay allí otro símbolo, ni otra imagen, ni otro adorno. El Mártir sólo concentra la majestad de la ceremo-nia, y detrás, haciendo el fondo de su inscripción, metálico sol refleja los fulgores alumbrando su ago-nizante cabeza. Un beso se imprime en la mano real y Luis siente que le hablan; palidece como el Cris-to, y mira la tribuna en que está la reina.

Una hora después, al lado de María Antonieta, el

rey espera la voz que anuncie el real festín. En la tribuna de los músicos, varias cabezas emergen doblándose sobre los instrumentos. En los muros, surgen mudas las tapicerías, entre los retratos de los soberanos, y dejan aparecer en lo alto, sobre fondos de oro, la línea de los arabescos como camafeos de nieve. La bóveda ojival, pálida en su esmeralda, desvanécese como una alga marchita; sus áureas estrellas llegan á tocar los cortinados purpúreos que caen sobre las puertas de cedro, y á cubrir el gran escudo de turquesa con lises, que se dibuja como flor triunfal en el centro de la liturgia heráldica. La pétrea chimenea, recamada de blasones, corónase con Saint-Remy bendiciendo, y abre su hogar inmenso sin leña ardiente. En cambio, el sol de Junio entra por las vidrieras de colores, y sus chispas de júbilo frotan y encienden las viejas cosas. En el jardín del patio, entre los troncos de los árboles tallados en sus copas y cubiertos de yedra, se ha construído una galería. Allí se siente la marea del pueblo inquieto. La Catedral, impasible, lo sujeta, lo amuralla por el otro lado. El bullicio sube hasta los ángeles que despliegan sus alas, bajo la línea de baldaquinos, y roza al sagitario que en la cúspide del tímpano, indiferente y fantástico, ensaya herir con sus flechas las nubes revolantes. En tanto, el rey mira un tapiz donde Jesús nace y los pastores modulan sus villancicos en la noche idílica. Perseguido por una obsesión, dice á la reina:

«Entonces alcé los ojos á ti. Esa misma criatura feliz que nace entre cantos, resplandecía, transfigurada por una tristeza viviente, en el bronce del crucifijo. El duque de Chartres besaba mi mano; yo volví la cabeza, alguien me hablaba; las sombras de mis más cercanos abuelos, entre los reyes brillantes de las vidrieras, me decían en el oído, estremeciéndose, una sola palabra: *¡Perdón!...* ¡Perdón! Pero ¿por qué?...» En aquel instante, un fuerte rumor y después un frenético grito llega del patio: «¡Viva el rey!».— «Sire, antes del festín, mostraos», prorrumpe en una reverencia el conde de Artois. Luis asiente y se abre una vidriera: el grito se convierte en clamor delirante. Al cerrarse la ventana, la joven reina mira los retratos del Rey Sol y de Luis XV, y exclama sonriendo: «¡Sois vos, señor, el que debe pedirles perdón; ya lo veis, vais á haceros adorar de un pueblo que sólo los ha amado!»

LAS MONEDAS

Quizás para distraerme al esperar á un amigo inexacto, en vez de encender un cigarrillo, hacía maquinalmente saltar entre mis dedos tres ó cuatro monedas de oro. Pensaba en nada y en todo, teniendo por delante el lienzo blanco, que recibe, armonizadas ú ofuscándose, las imágenes de la linterna mágica que llevamos en el cerebro. Una moneda cayó al suelo, y al levantarla, su fecha, 1810, vista en una ojeada, me hizo colocarla atentamente entre las otras: su data era la de nuestra emancipación. Su oro pálido, desgastado, tenía no sé qué sello de nobleza; dijérase contenta de que se la mirara sin contar sus veinte francos. La dí vuelta con cierto respeto y surgió su efigie descoronada, con la cabeza de ayer, que hoy parece retroceder en los siglos, y sería la de un héroe legendario de Homero, si no fuese cuerda de bronce en la lira de Hugo... ¡Napoleón! ¡Quién pudiera escribir la historia de esta moneda! Aventurera, como su padre, ha viajado quizás los países por él vencidos; disco de oro, instable como la for-

tuna, con cuatrocientos sueldos de genio, acuñados por la gloria, ¡qué rincón de París no habrá recorrido! Hoy, la mano de San Vicente poniéndola en la buhardilla; mañana, la de Triboulet haciéndola descender á un antro. Gautier la llevó en su chaleco rojo en la batalla de Hernani, y cuarenta años después, teniéndola en el bolsillo, Dumas pronunció en Montmartre la oración fúnebre del grande artista. Con su valor comió, quizás Wágner, en la noche del fracaso del *Buque Fantasma,* y al irse, dejándole más en la pobreza, contempló la amargura del hombre que ha oído á Dios como un Moisés de la armonía. Con ella, Bismarck acaso compró en la Exposición un papel secante, que le sirvió para la tinta del telegrama de Ems. Rodó de un bolsillo perfumado en las Tullerías, y recogida por un ujier, proporcionó una orgía de cerveza, mientras llameaba el Hôtel de Ville... Para Rothschild un grano, para Diógenes una siembra; rodando como las olas, movible como las nubes, pero corriendo de mano en mano, siempre por una idea, hoy me mira indiferente, con la tristeza del tiempo pasado, pero con el orgullo de su cuna, con el desprecio de su experiencia, escéptica en su cansancio, implacable en su mutismo, Ashavero singular del brillo y de la miseria humana.

Á su lado, otra moneda más viva en su oro, muestra un Luis Felipe: el rey burgués, transformado, se perfila suntuosamente por su cabellera; y un Na-

poleón III, luce su perilla familiar, destacándose como un César coronado de laureles. ¡Éstas también tienen su historia! Y el silencio de los tres discos, á que la imaginación no puede arrancar una verdad, ni la voluntad una palabra, aumenta el silencio del cuarto donde se aguza mi espíritu, cortado por el tic-tac del reloj, que crece casi hiriente. El esperado camarada, al fin, llega; las monedas caen en mi bolsillo y salimos para el teatro. Si ellas han podido oir la *Dame de chez Maxim's,* ¿no habrán recordado estupefactas que sirvieron á Flaubert, para pagar el proceso de ataque á las buenas costumbres, por *Madame Bovary?* Pero yo las tenía completamente olvidadas, y he aquí cómo volvieron á la escena. El cochero, en la puerta del Café de la Paz, me devolvió una de ellas:

—«¡Señor, esto no vale; no es ni la sombra de un luis!»

Recogí la moneda.

—«¿Qué es?»—preguntó mi amigo, al tiempo que tendía la Libertad, Igualdad, Fraternidad, contenida en cinco francos.

—«Un Napoleón I»—le respondí. El cochero se cobraba; mi amigo añadió, sonriendo:

—«Ni la sombra de un Luis... retén el vuelto por la frase.»

Oímos desde el pescante un sonoro «gracias, mis príncipes»; los criados, por las dudas, nos hicieron ceremoniosas reverencias, y entramos coronados bien baratamente en aquella catedral de Reims de la república!

LA MANO

Sello de las razas, signo de los temperamentos; elocuente rostro sin ojos, impregnado de emoción, de voluntad; símbolo de la acción que no habla pero ejecuta; gesto del alma que acaricia, y siendo mudo hace enmudecer para comunicar mejor sus sentimientos; juez de las buenas y de las malas acciones, que da la muerte y salva la existencia, que maneja el fusil y la pluma y la guillotina; engendradora de bendición ó de anatema, como la nube, de lluvia ó de rayo; saludo de los que se van y de los que llegan, de los viajeros y de los moribundos; concentración de la vida, con bondadosa hermosura ó interna maldad en sus rasgos; reflector de los caracteres, fuente de meditaciones y de sueños: eso es la mano. De ella han nacido las obras de arte, y ella ha perpetuado los libros; imaginad á Dios un instante, y os será más fácil pensar que su voz es el trueno y sus ojos dos astros, que alcanzar á concebir sus manos. Pintores y escultores no son nada sin su ayuda, y en animarlas encuentran el mayor escollo de sus creaciones

como si el poder oculto que gobierna al Universo hubiera puesto en su reproducción trabas misteriosas. Y una ruda mano, apareciendo sobre una cortina, fantástica y aislada, da á Carlota Wihée ocasión de revelar su arte. Desde Dinamarca ha venido esta artista de país frío, a encontrar su armonioso compañero en un hijo de Marsella, Severin March. Y los dos rostros, el uno que se abrió entre las brumas del país de Hámlet, y el otro asoleado en la ciudad búllente del Mediodía, se juntan en una obra de Bereny, que es la expresión sin palabra convertida en drama.

Desde el principio se estremece en los violines el movimiento mecedor de una queja insistente, con entonaciones crepusculares. Los instrumentos están ocultos, y la música repercute como vibración de las cosas de la escena, donde reina la sombra. Espérase que despeje la lobreguez la melodía misma precursora del drama, engendrando una imagen clara y un pensamiento neto. De pronto, por el hueco de una ventana, apenas entrevista, pasa una mano, luego una pierna, y por fin un hombre, espectral y nebuloso como la visión del sueño de una mente enfermiza, que vagara en las notas. Los violines se funden con la acción y se embeben en ella, de modo que el argumento parece ser la música, y sus palabras los gestos de los actores. El ladrón saca del bolsillo una linterna sorda, y la pequeña sala se ilumina. Un es-

tremecimiento de la orquesta, le finge la presencia de alguien; después se serena; registra el cuarto vecino; observa el retrato de la bailarina, dueña de casa; ensaya sus llaves; se perfuma con las aguas del tocador; arranca á la campanilla el badajo; y, en su nerviosidad, le sobresalta su propia imagen, repentinamente reproducida por un espejo. La orquesta le hace temblar de nuevo; pero esta vez con razón; ocúltase tras una cortina purpúrea, y llega la ausente, del brazo de un joven. Desde aquel instante, todo es iluminado por el rostro de la mujer: en el mundo escénico no existe máscara más extraordinaria de expresión. El máximum de la vida en el silencio: una vida con sus ideas, sensaciones y sentimientos, se concentra en aquellos ojos que absorben toda el alma, para repartirla en los gestos. Mirándola, se piensa que los animales cobrarán antes de sonreir hasta el uso de la palabra: su sonrisa enseña que nada como esa manifestación acerca el hombre á su semejanza divina.

El galán le ofrece un soberbio anillo: la beldad lo rechaza mostrándole un tirador lleno de joyas. La cara del ladrón (Severin March) surge entre los pliegues del cortinado; y contrasta su mezcla de ferocidad y avidez con el mohín amable de la que pone en la puerta al joven señor. Éste, siempre esperanzado, olvida el gabán sobre un mueble.

Los violines repiten misteriosamente la entrada del bandido, para prevenir á la incauta, que tranquila se

desnuda. Su cabello rubio cae en rizos, y se dibuja en su esplendor aquella hija de la reina Holda, frotada á las parisienses más picantes del reino del asfalto. Pónese el traje de su próxima creación en la Ópera; se ciñe una diadema de flores, y sonríe a su hermosura, en un espejo. Del fondo inmaterial del cristal palpable, va á brotar el espanto; pero la mujer, estremecida por el ritmo cambiante de un lento vals, danza. El ladrón asoma cuando se aleja la nueva Salomé noctámbula. Sus encantos no penetran en el alma empedernida de aquel Tetrarca de raro cuño, que mata la ligera turbación de sus sentidos en la ferocidad que le infunde el apetito del robo. Por su imaginación cruza diabólica idea, y ocultándose tras la cortina, destaca una mano blanca sobre el fondo purpúreo. La mujer, arqueada, sonando los crótalos, animando la rigidez silenciosa de la línea del cuerpo, con gracia espiritualizante, se inclina sobre el espejo y da un ahogado grito. En el fondo inmaterial del cristal palpable, la mano terrible se mueve como una araña. Por lo irreal, teme una realidad más angustiosa: se le siente el ímpetu de darse vuelta, y el terror que la petrifica. Hiere el contraste de su cuerpo, convertido en hielo, con los colores ardientes que la transforman en racimo de oro y llama.

La estatua cae de rodillas. Una oración, mezcla de temor y de esperanza, escalofrío que la atraviesa, se resume en el temblor de sus labios. Los violines,

rezan también, y como un eco de sus voces, escúchase en la calle un canto. El joven regresa á buscar su abrigo; la mujer se pone de pie, se abalanza á la campanilla, que no suena, y más se aterroriza. Busca entonces la llave colgada junto á la mano siniestra. Decide danzar para distraer á ésta y robar aquélla, y la alegría de los violines despierta su sonrisa de júbilo, que se abre paso contrahecha, al través de su pavor y de sus lágrimas. Ora espelúznase contradictoriamente, cediendo á la esperanza y á la fatiga, ora funde fatiga y esperanza en su pobre ser, penetrado por la música que impele al triunfo y por el espanto que llena su espíritu. Se la acompaña en los trances de su sueño. No es que su arte le prohiba hablar, sino que, en verdad, la pesadilla ahoga la voz en su garganta. Y toda la cámara, sujeta á su emoción, se convierte en ilusoria, y danza en su torno, agitando macabramente una farándula de manos enloquecidas... Al fin, toma la llave y la arroja por la ventana. La orquesta exhala, en explosión, el gozo de la ráfaga nerviosa, que se va del cuerpo de la bailarina, le lleva su fuerza y la deja desplomarse. El ladrón acude, pero se encuentra al joven y un revólver le detiene. Cuando la mujer vuelve en sí, le perdona, y el bandido, despojándose de las pedrerías, huye hermoseando con una flor, que roba, la mano trágica. Un abrazo de gratitud sella el amor negado; el público aplaude, y los violines cantan las bodas de que el miedo ha sido sacerdote!

VAN GOOCH

Despréndense de la exposición de este artista impresiones perturbadoras en que hay profunda melancolía. La primer tarde de la primavera, marcada por el almanaque, en el día de su apertura, no es sino una prolongación tenaz del invierno. La luz, opaca, gris, entra á incendiarse en las manchas pujantes. En todas ellas estalla el estío de la Provenza. Los árboles, las aguas, los salvajes agrestes rincones entre peñas, todo fulgura, chispea y quiere enceguecer.

Pintado por el mismo, surge en un ángulo de la cámara el retrato de Van Gooch. En su rostro también se nota una antítesis, como entre el día y su obra. La concentración ceñuda del pensamiento, cava hondos surcos sobre una frente elevada. Brumas holandesas la cubren con el recuerdo de sombras siniestras. Los ojos febriles no expresan, sin embargo, inquietud ó amargura; tampoco se clavan en las cosas, torturados por el trabajo de analizar las sensaciones; ¡no! naturalmente, como grandes ventanas, se abren á las luces y á los colores, que en su cerebro se transforman en fiesta triunfal. Dijéranse ojos hechos al es-

plendor de Sevilla, de Argel ó Egipto. El cabello rubio y una ardiente rubia barba, prestan aún un golpe de sol á la frente misteriosa, en que la bruma no puede evaporarse.

El examen de los cuadros nos explica el contraste, y nos mueve á revivir la vida de Van Gooch. Por de pronto, su apellido parece concentrar un invierno del Norte, y su nombre, Vincent, puesto al pie de las telas, es como la vara mágica que hace resplandecer la orgía de los matices. Ved de su primera época, *El prisionero*. Un flamenco que se presume adicto del príncipe de Orange, gime en los calabozos del duque de Alba. En realidad, el artista resulta el aherrojado, y no puede respirar los interiores holandeses, aunque admire el genio de Rembrandt. Se le siente sucumbir entre las alacenas, deliciosas en los cuadros de un Van Ostade, pero abominables en la existencia diaria, mientras el reloj arquitectural marca las horas preñadas de hastío. Así, resuelve dejar hasta la naturaleza de su país á la adoración de los paisajes de Ruysdaël, y venirse á escuchar las cigarras sonoras, entre los árboles asoleados de la Provenza.

¡Esa región es su verdadera patria! Cuando las flores disminuyen, las hojas caen y el invierno lanza su muerte, aun quedan como recuerdos del otoño los racimos, que dan el zumo capaz de enardecer los cerebros con evocaciones estivales. Campos de amapolas, trigos y bosques, viñas, ríos y cielos, inspiran

al artista y le exasperan: su inteligencia irradia original esplendor. «¡Qué hermoso es el amarillo»! exclama, entre cosechas de espigas de oro. Y anhela «atacar la cuestión de ese amarillo endiablado, viéndolo todo en pleno azufre». El amor de los colores, se vuelve obsesión de su espíritu torturado. De su taller mismo, que lo alberga apenas algunas horas, pues su taller verdadero lo tiene en el campo, quiere hacer una decoración tornasolada. Allí los cromos refulgirán sobre fondos azules, desde el *veronés* más pálido al azul de rey, con efectos de vitrales de catedral gótica. Y con ingenuo entusiasmo prorrumpe: «Ya lo veis, nosotros los *toqués* podemos gozar con los ojos.»

¡Pobre artista! La *toquade* va á costarle la razón. Sus telas muestran, en el día gris, una naturaleza desterrada, violenta, casi en llamas. Vincent, dice la crítica, se distingue de los otros, de Monet por ejemplo, en que éste viene más ó menos del viejo Corot, en tanto que él desciende de Delacroix, de quien heredó, admirándole, mucho de su esencia. Pero no. Más vale decir claramente, á pesar de la relación anotada, que viene de sí mismo, y que su obra es fruto de su temperamento. Ese temperamento producirá también el germen de su enfermedad con el ambiente propicio para desenvolverla. Seguid paso á paso sus transportes vibrantes y apasionados, ó curiosos y sutiles, sus arrebatos de color y la acuidad morbosa de las sensaciones. Á veces, entre la visión

que se desarrolla y la vehemencia de su facultad creadora, hay un reposo; y brota, por ejemplo, lleno de serenidad, el puente de Asnières, tranquilo en el paisaje, vertiendo vibraciones de luz que son sangre del corazón idealizado de la realidad misma. En todos los cuadros de este género, una flor en un búcaro, un grupo de bebedores, una usina, las cosas adulteradas tienen en su fondo palpitante verdad. El artista les añade su acento personal, el resplandor de cómo él ha visto: la uva es la misma, el mismo el vino, y los efectos de las borracheras diversos, aunque sean igualmente reales.

Pero el espectáculo variado y soberbio de la Naturaleza, infunde fiebre á su espíritu tendido como un arco. Empieza á transformar con tal ardor todo lo que toca que caerá de la luz de la videncia á la sombra de la locura. Así estalla un instrumento por tensión de sus cuerdas, matando, al sucumbir, el recuerdo de sus viejas armonías. Si pensáis en el artista, esos matices febriles dan frío. Poco á poco se nota crecer su exaltación y las cosas la reflejan, impregnándose de sus emociones. Árboles y plantas piensan, sienten, sufren. Hay cipreses que en atmósfera resplandeciente surgen siniestros, como con un sueño abrumante que todo el fulgor del día no puede desvanecer. Ved cómo vislumbra una aldea. Cada construcción tiene un perfil cejijunto, pensativo. En el cielo maravillan las transparencias azules de sus no-

ches misteriosas y fosforescentes. Y en ese azul se compenetran mosaicos de *verdes* que son como matices religiosos de un rito indescifrable, y espirales de turquesas, engendrando una masa cósmica, en que la obsesión del oro estalla, y como no le basta con las estrellas, se transfigura en varios soles. Así, sus astros nocturnos evocan los esplendores del día, y el nuevo firmamento derrama multiplicada la luz, hasta convertirla en el delirio de las brillanteces.

Después, los colores le resultaron, sín duda, pálidos, impotentes, desangrados: sus manos, torpes, y los pinceles, ineptos. El imposible ensueño debió de aguijonear su fantasía, haciéndole creer que la copia de las cosas reducíase á débil y pobre empresa. Y entonces, exasperado, antes de hundirse en la locura, quiso tal vez crear en una vida nueva para los ojos, nuevos mundos, en que cada sol fuese la apoteosis de un color del iris... Volvemos á mirar su retrato. Aquel desconocido nos despierta honda simpatía. La turba observa sus cuadros, sin pensar que en su luz hay tristeza, en su mudez desolación, y en sus matices un drama. La vida le fué cruel hasta el último instante. No le hizo llegar ni el eco de un aplauso por sus primeras obras robustas, armoniosas, bellas; no permitió al maestro de tanto color, encender uno para despejar su sombra, mientras le murmuraba la muerte: «Ven, que es ya la hora de resucitar, en un cielo verdadero, igual al tuyo fantástico de varios soles.»

TRÍPTICO PROFANO

En la paz de la alta noche, la lámpara, cubierta con su pantalla, vierte explosiones de luz sobre el papel irradiante. Los muebles, los bronces, los cuadros del gabinete, sumergidos en la penumbra, se borran vagos; la lámpara misma parece alejarlos, para concentrar sobre la carilla de nieve toda su vida. Impoluta resplandece ésta, de modo tal que recuerda las hostias. El silencio religioso de su blancura infunde la inquietud de hacerlo huir con un rasgo de tinta. La más inmaculada idea mancharía, corporizándose, el transparente espíritu presentido en la entraña virginal. La pluma se nos cae llena de supersticioso temor. La mirada encuentra, desviándose bajo el círculo de la lumbre, otros dos brillos: el profundo de una mano de bronce y el vivo de una rosa saliendo de un vaso de Kœpling. La rosa es una simple hermosísima rosa, cortada por la mañana; la mano, con el índice erguido, tiene los cambiantes de su pátina, nacimientos de sombras, agonías de esmeraldas, besos de herrumbre. La penumbra de los

rincones atrae dulcemente los ojos para envolver en el duermevela de su discreto misterio. El alma se deja seducir, y en ideal atmósfera, dibújase y colo-réase con tres mujeres, un tríptico fantasmagórico. Se oye una voz en su centro,

BLANCO.

«Desconocida, eres un armiño. Tus ojos azules, del azul más puro, quieren hasta evaporarse en luz, huyendo de la materialidad del color. Eres un armiño; luego tu alma es blanca, y escapando del ardiente sol, aspira sólo á bañarse en la caricia casta de la luna.

«Conocida, eres siempre blanca: tu cuerpo blan-co; tu alma blanca: la apoteosis de la blancura. Blancura implacable. Tu amor es blanco cual el metal rojo que empalidece, crisol de todos los ardores, paroxismo del fuego. Tu desdén es blanco, cual la nieve convertida en hielo, en la más inviolada cumbre, y que, cual el metal blanco, quema. Entre ambas blancuras, tu corazón no brilla, y van tus víctimas, lo mismo las preferidas que las despreciadas, pen-sando en la muerte pálida, que da á los semblantes la vestidura virginal de los lirios. Y así tú, conocida ó desconocida, ángel ó demonio, resplandeces siem-pre en un círculo de blancura.»

También una voz nace en el ala izquierda,

VERDE.

«Tus ojos han hecho de mi alma una esmeralda de interno resplandor. Vienes á mí coronada de algas que traen la frescura de las olas, porque la armonía rige tu andar. Tus ojos verdes, y sus repentinos corpúsculos de oro, evocan los mares con chispas de estrellas. Movibles, animados por flúidas luces, reflejan lo infinito, y vagan en tu mirada los misterios del abismo con sus riquezas ignotas. Sangre melancólica de los sauces que inclinan sus hojas juveniles, sangre triunfal de los eucaliptos que yerguen á lo alto las viejas hojas, perenne verdura del ciprés que medita, eterna verdura del laurel que sonríe, todo bulle en las cien expresiones de tus ojos, y la esperanza de cien brillos se mueve en ellos, y en tus ojos se asoma también tu alma. Un alma revestida de la metálica verdura del bronce. Un alma sonora y oculta en la torre de tu cuerpo; un alma amorosa y mística, dulce y terrible; un alma que alberga el grito doloroso y la palabra consoladora; alma, en fin, que bebe en tus ojos las expresiones del árbol, el mar y la piedra, y da un son juvenil, mientras su bronce tiene la herrumbre secular que dignifica, el incienso de los ritos que perfuma y la ideal nobleza que lo convierte en augusto.»

Otra voz suena en el ala derecha,

ROSADA.

«He cortado las flores más bellas crecidas á las orillas del río, y son para ti, gloriosa virgen, que al fin del bosque, hecha por la nube del horizonte, resplandeces y me llamas. Pero ¿cómo llegar á tu palacio, si el horizonte huye cuando camino? Y ¿cómo ponerlas en tu mano, cuando tú no le abandonas para venir á mi encuentro? Y aun ¿cómo cantarte, si no puedo adivinar, en este crepúsculo, si la irradiación rosada de tu trono y el brillo de tus velos y el bermejor de tu rostro, anuncian el nacimiento ó la muerte del día? Ignoro si llegarás á mí con amor de mujer, con esa incógnita que también, como la luz á esta hora, puede resultar cuna ó sepulcro; no sé si eres sólo ilusión, mas no olvides que es el ensueño, sangre del espíritu y que mata cuando no encuentra forma. ¡Ah! ya el sol sale anunciando victoria. El fulgor de tu traje, desvanecido en la nube, empieza á ser mortaja. ¡Adiós! Pero que mis flores, arrojadas al río, floten y vuelen en la corriente allá lejos; quiero saber que con mis mensajes de color y perfume, desfilan frente á la nube donde gentil brillaste.»

Han hablado sucesivamente las tres voces á las figuras del Tríptico. Las figuras se mueven, reales y como flúidas, dentro de un marco que en la penum-

bra pone verdes crisoprasias, piedras de luna, corales rosados. Y las tres voces se confunden en armonioso acorde, llenan el silencio y arrobadas se escuchan á sí mismas. Cuando la nube se desvanece del todo, las voces mecedoras se callan, y su extinción me despierta. No puedo menos de sonreir, viendo que el Tríptico de la atmósfera ideal ha desaparecido. Restregándome los ojos, encuentro sus gérmenes en tres cosas: la hoja del papel, siempre blanca en su mutismo, pues al hundirse en ella no ha despertado, sin duda, la mujer fatídica, ondas concéntricas como en un lago; la mano de bronce con sus nacimientos de sombras, agonías de esmeraldas, besos de herrumbre, que señala el rincón donde brilló la virgen de la Esperanza; y la rosa que empieza á marchitarse y sale del vaso graciosamente, cual si quisiera seguir á la Ilusión desvanecida, sin decidirse á caer en su sepulcro de vidrío!

EL CASTILLO DE LA VENTURA

En aquella noche, no sé si consignada en el Calendario pero sí en el Tiempo, vislumbré con mi amada un castillo. Verdad que la comarca no nos era muy conocida; mas el castillo nos parecía nuevo y extraño. La sombra — nos dijimos — debe de soñar con otras edades. Después, añadió mi amada: « Aunque de aspecto siniestro, está habitado.» — «Sin duda, le respondí: diviso una llama en el ángulo del poniente.»

Allí la luna clareaba y la fría luz, en el cristal, ardía con la interna reverberación del fuego. La augusta paz de la mole, al aproximarnos, nos hacia un gesto y nuestros pies iban dejando atrás nuestras sombras. En las honduras de los fosos se adivinaba la vegetación salvaje; y como cruzáramos el puente, y aun el gran patio, y ningún rumor se oyese, mi amada y yo nos miramos con ojos de asombro. Una escalera, y nada. Un corredor, y nadie. Nuestras manos se oprimían y se contaban lo que pensábamos. Nuestros pasos no resonaban. ¿Qué genio oculto apagaba el

eco? Nuestros labios no se abrían. ¿Qué misterioso temor les ponía un sello?

Allá en el fondo, la tambaleante llamarada salía á morir en una boca de sombra. Esa luz fué nuestro faro en el corredor inacabable, donde nos perdíamos en un mar de conjeturas. Una vez llegados, vimos que el fuego, naturalmente ardía en la chimenea. Pero extraño calor despedían los leños, con el frío que eriza los cuerpos entre las alucinaciones de la fiebre. Y los leños ardían sin quemarse, y el fuego devorador, que no devoraba, ¡quién sabe por qué caballero fué prendido y quién sabe en qué día ya lejano!

Las llamas, al subir, oscilaban en los muros. Dilatándose, contrahechos, silenciosos, dibujábanse los retratos. Cada oscilación del resplandor intermitente de aquella única luz permitía un descubrimiento. Con cotas de malla, en trajes de corte, damas y caballeros, mostrábanse juntos y ausentes entre ellos mismos: sus ojos enigmáticos miraban desde muy lejos. El fuego seguía chisporroteante y mudo, completamente mudo, en su furor de ardores febriles. Los retratos resurgían por él, más mudos, y en un rincón el clavicordio aletargaba su voz en las redes de un mal sueño. Mi amada exclamó: «Tengo miedo.» — Yo respondí: «¿Por qué? ¿Sientes que el salón es extraño?» — Ella añadió, con el escalofrío del fuego en el alma: «Todo es raro: ¿de quién es el castillo? ¿quién lo habita?» — Repliqué

yo: «De nadie; el Silencio lo habita.» En sus ojos leí esta pregunta: ¿Quién es el Silencio?... El Silencio eran los cantos de otros tiempos, los halalíes de caza, el frenesí de los combates, la expresión de los gestos, la despedida de las almas, el murmurio de las palabras, las músicas de las fiestas, el tumulto de los siglos, las imágenes engendradas por el amor y la guerra, por la danza y el incendio; todo eso, condensándose á la vez en nube siniestra y jubilosa, embebiéndose en rayos de alba y en sombras de noche, para evaporarse luego, dejando el sentimiento inmaterial de una nada que es la muerte del ruido. El Silencio, señor sagrado de solemnidad augusta, era el castellano, y tenía con el mutismo de todos los sepulcros, la severidad de las cruces: grave, poderoso, supremo, parecía, no sólo ser la extinción de la vida antigua, sino ahogar la resurrección de la venidera... Mi amada me dijo: «¿Y nadie le acompaña?» — Yo respondí: «Vive con su pálido amor, sombra muda, la Muerte.»—Ella se estrechó contra mí, comprendiendo al Silencio; como si la vida en la soledad fuera imposible.

Los retratos nos miraban, siempre enigmáticos, y sus ojos concentrábanse más en su lejano pensamiento. El rumor de nuestras voces formaba imperceptible murmurio.—Yo dije: «Hermosa mía, el Silencio se inspira en su amada. La Muerte le resulta grata, fiel y dulce; confunden sus cantos que no suenan,

sus versos sin palabras, sus besos sin labios; y besos, cantos, versos, se abrazan en el Olvido.» Ella, entonces, con un movimiento familiar, pero de fantasma, tan extraña me parecía: «Fácil es, replicóme, destruir al castellano.»

Adelantóse hasta el clavicordio y puse mi diestra en su hombro. Las teclas se movieron sacudiendo el polvo de los años; las notas se despertaron, heridas en su noche, como restregándose los ojos en la luz de insólita mañana; y, estupefactos, respondieron los ecos. Ellos también venían desde el fondo de varios siglos. Los muebles, de talladuras en cuero, convertíanse en seres del ambiente sensibilizado. Nosotros sentíamos la inquietud del sacrilegio. Huéspedes, matábamos al hospitalario señor con la tortura de una larga caricia profanadora. Y en el mirar de mi amada sorprendí un fuego misterioso; alucinamiento suprahumano se infiltró en sus dedos; su improvisación era un sollozo y un goce con las angustias y transportes del amor que aspira á lo infinito; y vertiendo el himno febril de su espíritu y de su carne estallaron las cuerdas enloquecidas... Sintióse un grito desgarrador, un clamoroso frenesí, una súplica intraducible, y oprimiéndonos con terror, vislumbramos entre las llamas los labios estremecidos de los viejos retratos... Horrible frialdad nos penetró en las venas; yo debía de estar como mi amada, pálido cual un espectro: el fuego del hogar extinguíase

agonizante. Traspusimos el largo corredor y divisando las estrellas en medio del aire puro, dije á mi pobre compañera de aquellas noches: « Dos seres vivientes bastan, y ya este castillo deja de ser el castillo de la Ventura! »

LA SEPULTURA DEL GALO

Bañada por el sol poniente, abre inmensa boca y entre las ruedas de un carro de guerra, muestra su esqueleto. Al pie de un gran escudo labrado en cuero, que asoma entre urnas cinerarias, dibújanse, sobre una espada de hierro, arneses vecinos á vasos azules, donde un pedazo de cielo se debate en un crepúsculo subterráneo. La tumba forma un arco negro de tierra, cubriendo los restos del capitán, y sobre el arco aparecen los de un soldado. Así les junta la tierra en la paz, después de haberles unido la vida en el combate. Tienen un mismo sueño, y sus imágenes adquieren las formas de los despojos de hierro, de las armaduras comidas por los siglos, leprosas en su orín, miserables por estériles.

Las urnas cinerarias, de fuerte cristal, lucen verdosas transparencias: al abrirse la tumba, el viento aventó sus cenizas. No son, sin duda, frutos de amarga filosofía; pero al pedirles los residuos del polvo humano, sólo se encuentran sobre su cristal serpientes enroscadas. Con dibujos de líneas poco seguras, brillan en

el translúcido los reptiles, con fulgor, y parecen el postrer recuerdo engendrado por el hombre.

En el arco de tierra que separa los huesos blanquizcos del escudero y el jefe, una flor amarillenta brinda al sol su humildad sonriente. En un rincón una ampolla vítrea surge como un diamante que, labrado, ha sido vuelto á su primitiva cuna. Encierra lágrimas. La flor, en la tarde, inclina su melancólica gracia sobre el cristal, que en medio de la muerte representa la vida. Una gota del llanto de otros siglos podría rejuvenecer el frágil tallo, que ofrece la sonrisa amarillenta. Estas lágrimas sobrevivientes á los ojos que las vertieron, son como una voz resonando entre los huesos que en un tiempo se animaron con su verbo. Sobrecoge la soledad extraña del llanto, que materializa el dolor de seres fundidos en la extinción absoluta. El alma voló lejos del cuerpo á conocer el misterio supremo; se ignora todo del sepulcro, sin inscripción, anónimo; y no quedan de recuerdo sino lágrimas tan impensadas, que se fingen maravillosas. Se las ve con inquietud, como un símbolo impenetrable, y la sensación que causan sin hallar la forma de una idea precisa, espera la luz de un repentino prodigio.

De la inútil expectativa nos saca la desdentada calavera. A las cuencas de los ojos ausentes las anima invisible aliento de esplín que atrae al abismo de sus huecos, y la boca, en donde hay una mueca que los

siglos no borran, parece á la pregunta: «¿de quién es este llanto?», responder con el esplín de las cuencas: «de una mujer, de nadie». ¡Sí! otro es el sueño de la muerte en la caverna épica... El sol se hunde del todo en la planicie; un dolmen de bloques colosales, dibuja los contornos de hosca fortaleza. El espíritu que animó estos huesos, fué el de un salvaje ebrio de libertad: sus restos resultan más miserables si se piensa que, vivientes, reflejaron en su robustez el vigor de las encinas. ¡Las encinas de la Galia! En sus troncos vió aquel hombre á sus dioses esculpidos, y las ramas le envolvieron en sagrados murmullos. Sobre ellos también vió clavada en las noches la corona férrea que en el día erguíase en la frente de un Vercingetórix. Con sus hojas ornó los cabellos de la virgen, que al caer como una ala de amor, flotaban cual un pendón de guerra... Los huesos difusos pierden sus formas en la fúnebre vivienda; ampollas diamantinas, vasos azules, escudos de cuero, mohosas lanzas, todo se confunde en el mismo crepúsculo: la sombra penetra, desciende de los arcos, iguala y mata. Créese que un grito de rebelión va á desgarrar el silencio de su misterio: el patrio viento fugitivo, al zumbar en la boca, canta que no es posible la paz sobre la ósea insomne blancura, asilada en tumba construída tras el trueno triunfante de los caballos de César!

EL CLAVICORDIO

El sol llena el mustio salón, con su alegría: no se siente importuno, pues no sabe oir el luto de las cosas que piensan y no hablan. Y trae el júbilo del aire azul que acaba de hender, y el de las verduras del parque, que acaba de tocar. Las moléculas de oro del resplandor vibrátil, evocan, por un contraste, á las hadas tristes, infundiendo en un clavicordio los dones de la gracia muerta. Decir la sensación desprendida de sus viejas esculturas, imposible. Animar con el pensamiento el ropaje inconsútil de que se visten, ó sea la emanación de su propia vida, vano empeño. Imaginad un rayo de este sol deseando amortajarse en el perfume de una rosa de ese parque. El rayo y el perfume, embalsaman, iluminan, vuelan, y hasta las alas de un alma para ellos, serían alas materiales. ¿Cómo poder, entonces, dar á la sensación más fugitiva y leve que el rayo tangibles formas? La palabra necesitaría la virtud de un marchito pétalo de perfume moribundo, que sueña con el primer esplendor de la rosa!... Entre los pies del clavicordio

juguetean en un mar nereidas y tritones, levantando la caja de oro mortecino. Pero tienen, en su alegría salvaje, la irremediable tristeza de un juego bullicioso caído en la inmovilidad muda. Y la tristeza acrece, si pensáis que un día, animados con el prodigio sonoro del instrumento, semejaron sentir en los músculos la inquietud incansable de las olas.

En el salón, el clavicordio, se antoja en su sepulcro. Lo cercan la Noche y el Silencio; y duermen cuerdas en la sombra, tal vez como cuerpos que pueden soñar con sus viejas armonías. Sobre el muro está el retrato de la joven que fué su artista. Los ojos del pastel desvanecidos buscan en los aires llenos de sol, la elegía de los acordes, y encontrando el oro en gloria, quieren retroceder á su brumoso espectral horizonte. Detrás del clavicordio, los delfines, en el surco de los tritones, conducen la concha de Venus. La diosa, desnuda y triunfal, no nace allí: el fantasma de una *joven abuela,* amortajada más que vestida por sus mismos impalpables arreboles, sucede á la que tiene con la frescura del aire salino, la belleza del cielo y los misterios del océano... El fantasma es el mismo retrato, pero animado por un interno sol otoñal que lo hace resplandecer, y cuenta:

«Vien me dió un día un cartón con lápiz de tres colores. Era un campo donde los rosales lucían grandes botones como cantáridas, verdes. Un Amor, en el aire, les disparaba sus flechas ; y de cada botón

herido nacía una rosa. Yo dije á mi paje:—Para que Vien lo dibujara mejor, cuando trabajaba, suspiré; y ¿sabes lo que medito ahora? Escucha. Con la seda de mis gusanos tejeré un pañuelo, en que brillarán el Amor y los rosales. Después encerraré á los gusanos hasta que pueda lanzarlos al jardín, convertidos en mariposas. Di tú, mi paje (que te llamas príncipe de los rondeles); ¿hay en el mundo mejor destino, idea más gentil y más noble empeño?... — El paje respondióme: — Mañana iremos á los talleres de cristal... — Pasó la tarde, vino la noche, llegó el día, y recojimos entre la seda labrada, á los tejedores muertos: ni verían el pañuelo, ni echarían á volar. El paje exclamó: — No aumentéis el sufrir de vuestro pintor, que también se va la vida de un hombre en el amanecer de un ensueño.— ¿Vien? — agregué yo, —¿qué inventas y por qué me lo dices con esa voz? — Él respondió: — Silencio, señora.

«Alejéme abstraída, y olvidando los gusanos, comprendí que el príncipe de los rondeles sufría por los besos que no llegaban de sus labios á los míos, sin las alas que yo sola podía darles... Ved así en lo que pienso, al volver al sol bajo el influjo de mi clavicordio. La música, aun extinguida, ¿ha de sugerir siempre el sueño del amor?... Más natural fuera evocar, cómo el instrumento enmudeció desde el día en que caí, por una bala de los *azules*, en el castillo de mis abuelos, animando á los gentileshombres. La

criatura frívola resultó en la contienda una hija heróica de su raza. La Muerte que me quitó la sonrisa inspirada tantas veces por este instrumento, no pudo comprender si era en mis labios, de desprecio por ella ó de amor por la vida.»

El espectro se esfuma. Miro el clavicordio como el príncipe viajero miró á la Bella durmiente del bosque. Me parece maravillosamente embalsamado. Creo que si lo animara un viejo aire de Lambert, lo que fué fantasma, evocación de un retrato, sería criatura de nervio y carne, engendrada por el canto. Después, con inquietud casi religiosa, huyo de las teclas, temiendo poner mis manos pesadas, allí donde vaga como en sombra transparente el recuerdo de sus manos ligeras, y abandono el salón, deslizándome para no hacer ruido!

EL RELOJ DE BEAUVAIS

En la Catedral de Beauvais, la más alta del mundo y la más fina, cuyas columnas, al subir, parecen quebrarse, enzarzando vidrieras que se confunden á las nubes, se yergue un reloj que es como el altar de una capilla. En sus varios compartimientos se mueve un sistema de esferas. Los signos del zodíaco, las fases de la luna, el anuncio de los eclipses, las horas de las diversas partes del mundo, pueden allí consultarse. Á veces, un cuadro animado infunde vida á una indicación, y así hay barcos que se levantan en olas, anunciando las mareas de las costas de Francia. La arquitectura del mueble recuerda un templo gótico.

Al silencio de todo esto, silencio que asombra, lo ritman las oraciones retumbantes en el coro. Los canónigos despiertan los ecos de las naves como una espiritualización de sus cantos. Esos rumores, chasquidos de acentos, murmurios de plegarias, dan al reloj colosal y mudo en sus múltiples trabajos, un solemne aspecto de ser que piensa.

Pero suena la voz mágica de las Doce y se espe-

luzna de ruidos, y se cubre de figuras, animando el mundo inusitado que él mismo crea. En el centro brilla un Cristo con un cuadrante sobre el pecho. En su torno, sendas esferas muestran á todos los apóstoles, y así Jesús se convierte en alma y movimiento vivo de las horas de la humanidad cristiana. Los ángeles de las alturas mueven sus alas y tocan sus trompetas. Los moradores de las ventanas se evaporan dando paso á llamas. San Miguel, en una cúspide, prepara su balanza; la Virgen resplandece, y junto al Padre, el Hijo abre los brazos. Preséntanse justos y réprobos. La balanza del arcángel se inclina á derecha é izquierda. Se evoca la representación de un juicio final de los primitivos más primitivos de Pisa ó Siena. Los demonios empujan con tridentes á los condenados, los ángeles se llevan á los justos; los brazos del Juez se cierran; las llamas de los balcones desaparecen. El eco de las últimas campanadas se extingue, y el reloj cae en un mutismo más profundo.

Le dejamos para oir los cantos de los canónigos, que asaltan siempre las naves, y pronto se echa al olvido el juego infantil, y se piensa solamente en los curiosos, matemáticos engranajes. Los péndulos se agitan sin rumor, marchando en la calma que sirvió á los cálculos del artífice. En la existencia del reloj se exteriorizan leyes cuyos secretos arrancó el espíritu á las entrañas del silencio de los planetas. En silencio revienta la mies en los surcos, y silenciosa-

mente árboles y plantas se visten de hojas y de flores. La meditación fecunda es silenciosa: la voz del poeta, rompe á veces la suya, recordando él mismo el silencio del sol en el alba que despierta el canto de los pájaros. Y el reloj, reflejando el silencio inteligente del hombre, imita con sus esferas el silencio en que se elabora el fruto en la tierra, y el de los astros que marchan y vierten luz en el cielo: por eso, si se medita, adquiere más honda solemnidad. La estatua más bella, á medida que se torna más augusta, surge más silenciosa: y no nos sorprendería, si volviéramos, encontrar el reloj custodiado por un ángel con el dedo en los labios, imponiendo la mudez del Tiempo, que omnipotente pasa sin hacer ruido... En la nave se oye, entre los cantos de los canónigos, el responso de la muerte. Vemos un ataúd transportado en hombros de los sepultureros. Los clérigos adelantan sus velas encendidas; dos mujeres sollozan; varias criaturas llevan flores. Las violetas ponen en la frialdad del coro un encanto de frescura, que parece un sueño del día, transformado por los vidrios en crepúsculo que reza. ¿Quién es aquel hermano desconocido ante el cual no nos descubrimos por estar ya descubiertos? La muerte, señora y reina del silencio, mata toda etiqueta, y sin presentación nos hace saludar al que no hablará nunca. ¿Quién va en el ataúd? ¿Un joven, un viejo, una mujer, un hombre? La pregunta se pierde

sin respuesta... Las naves ignoran si es alegre ó fúnebre el canto que sus ecos desenvuelven, y los ecos, cargados de sollozos, tocan en lluvia espiritual las esferas, y sin turbarlas se mueven sobre las agujas indiferentes que concentran en el reloj el universo!

LA CARIÁTIDE DE LEDA

El nombre de Tesalónica traído desde lejos por impalpables alas, suena en un frío rincón del Louvre. ¿Se mece entre cesuras de dáctilos y yambos con rumores de bosques de laureles? No lo sé; pero la sola vulgar inscripción, en caracteres negros, sobre tabletas de tiza blanca: «Salónica, antigua Tesalónica», despierta misteriosa ráfaga, que abre á los ojos un claro horizonte.

Se alzan cuatro capiteles corintios, arrancados á sus columnas, caídos como fragmentos de aquel cielo, donde el mármol pentélico pone en el azul, sus ligeros resplandores de aurora. Mas estos capiteles exhalan los reflejos obscuros de la piedra de Eleusis. Sobre ellos se tiende un arquitrabe y sobre él cuatro cariátides yerguen la corona del «Palacio Encantado». Así lo llama la leyenda, aunque obligue á pensar en un templo, y repentinamente resume ambos caracteres, convirtiéndose en un símbolo.

Las cariátides están de pie, carcomidas por los siglos, devoradas por sus sombras invisibles y mor-

dientes, que mutilan las blancuras. Todas, en un movimiento inmovilizado, sostienen el peso, de frente y de perfil, vestidas y desnudas, con olímpica serenidad, expresión de la atmósfera que, al envolverlas, las hace sagradas.

La última cariátide, graciosa fantasía de un espíritu amable, hospeda en su vientre un cisne, el cual toca con su largo cuello sus dos senos, recostando la cabeza sobre el mullido pecho. Duerme allí, feliz, olvidado de todo, tranquilo y encantador. Mirándolo, se evocan risueñas fábulas; el dolor resulta engaño de la fantasía; lo único verdadero en el mundo, es que las rosas son más bellas en la estación de los besos. Todo lo que hay en los relatos griegos de frescura y poesía, forma al grupo un invisible nimbo. La estatua cumple serenamente, como cariátide, soportando la fábrica, sin alejar al blando señor que tiene en su cuerpo, lecho. Pero imaginemos que el cisne sueña, y lo que un hermoso cisne puede soñar entre los blancos frutos de aquel árbol de gracia. La divina Leda lo supo, y languideció... Ah! que las alas del ave pétrea recuerden á la estatua su viviente modelo; y el alma de mujer de la cariátide, perderá la impasibilidad de la diosa, y, humanizada, más real, si no más serena, y más bella quizá, si no más fuerte, precipitará el monumento que sustenta.

Y que no se crea imposible tal fantasía. El cisne ha soñado; el arte moderno le infiltró pujante ráfaga

de anhelos y de amor, de ideal y sufrimiento, de transportes y de vida. La mujer, á su vez, agitóse; despertándose, animó á la ninfa, y dejó tambalear y derrumbarse el arquitrabe olímpico. Así, transformada, renacerá en diferentes formas: hoy, bajo el peso de la noche de su alma, inclinando la cabeza donde duermen las agonías de un pueblo; mañana, en un rebato jubiloso de placer, graciosa Pietra Cámera, que se trasmuda en formidable bacante; después, estremeciéndose con el ímpetu arrancado de sus entrañas mismas para fundir dos almas en los labios... Frente á la «Noche» de Miguel Ángel, la «Danza» de Carpeaux, «El Beso» de Rodín, los hombres efímeros pasaron y pasan sin comprender.

Todavía están vivos los epigramas de los Rossi y Bandinelli, precisamente porque Miguel Ángel es inmortal; y aun visibles las manchas de tinta arrojadas á las estatuas de Carpeaux; y Rodín, indiferente, recibe periódicos que se deshonran maltratándole. *Ai posteri l'ardua sentenza.* Unos no la oyen, universal y gloriosa, porque han muerto; otros pueden esperarla confiadamente y ya en actitud de estatua sobre el plinto de las que crearon.

Si un día, en nuevos mundos, renacieran las imágenes entre los plátanos de una ideal Academia, creed que Platón las amaría á todas. Rodín, Carpeaux, Miguel Ángel, no consideraron lo que nace y lo que muere, sino según su regla de lo bello, lo que subsiste, lo

que es siempre lo mismo, expresando cual lo quería aquél, la idea y el poder de eso en la obra. Como las diosas olímpicas se encarnaban en los mármoles griegos, así las estatuas de estos maestros semejan mármoles griegos con el alma de seres modernos, que agitan las pasiones de los antiguos. El hombre, en realidad, no ha variado sino la concepción del arte. Platón encontraría en las estatuas la armonía de las suyas, pero convulsionada. Los grandes cinceles buscan la misma naturaleza, y las figuras vuelven á la misma madre, como los bloques de diversas canteras salen en realidad de la misma inmensa fuente. Cuando se ve trabajar á Rodín en su taller, sus dedos, que tienen ojos, se deslizan por el yeso, y sus ojos, que tienen tacto, parecen, lejanos, mirar en el más distante tiempo, como para sorprender la forma más cerca de su primitivo encanto... La Venus de Escopas es en su reposo la hermosura suprema del contorno con la serenidad divina del pensamiento. Las pasiones hinchan los músculos de la Noche, rendida en un sueño profundo, semejante al de la muerte, sueño que hace pensar en lo que habrá sido la agitación moral capaz de producirlo al convertirse en anonadamiento. El íntimo lazo está entre el cansancio de sus músculos poderosos, y el estado de alma que se trasluce en su frente, esperando allí, para revivir, el horror de una nueva aurora. Las bacantes de Carpeaux, desde los pies electrizados por el

placer de la danza, hasta la sonrisa semierrante, erótica, de sus rostros, plasman una viviente armonía. Tomad de Rodín el poema de bronce que colocará al escultor al lado de Dante, en las futuras edades: tomad esas puertas del Infierno y sus trescientas figuras bajo la mirada inmortal del Hombre que medita; allí encontraréis los cuerpos griegos, síntesis perfecta de la hermosura humana, poseídos por el horror, la inquietud, las angustias morales y los sufrimientos físicos, las pasiones y los instintos, en un estremecimiento que infunde, por la impasible carne marmórea, la vida palpitante del corazón, los nervios y el cerebro. ¡Ah! la serena concordia de un cielo asoleado y sin nubes, no significa que en el aparente desequilibrio con que ese cielo se agita en una tormenta, no haya de leyes y de fuerzas una armonía aun quizá más soberana.

El grande hombre, á quien las estatuas griegas proyectaron en las frases y en el pensamiento sus puras líneas resplandecientes, comprendería que es natural que el cisne haya soñado. Júpiter, quien, según el proverbio, si bajara á la tierra hablaría la lengua de Platón, tomó las blancas formas del ave. En él y en sus hechos, el filósofo saludaría la amplitud de la vida. Pero antes, en el bosque ideal trataría, á no dudarlo, de volver á la Venus sus brazos. Pondríala jubilosamente entre el Infierno, y la Danza, y la Noche, para que le recordase el mar con su

grandeza y su murmullo y el Olimpo con su hermosura y su sonrisa. Feliz de haber, junto á su señora y reina, cumplido un deber piadoso, se inclinaría sobre el pedestal de las otras estatuas, impulsado por un deber de justicia. Quiere borrar los rastros de la crítica contemporánea, y ante la blancura del mármol y el fulgor duro del bronce, exclama:

—El Sol se me ha adelantado: ¡el gran Dios de mi Heliópolis, evapora los miasmas!

EL MUSEO GRÉVIN

La Malmaison resplandeciente, en torno de Georges y del Emperador; el Zar de todas las Rusias, coronado en suntuosa basílica; palacios de África, especies de chozas lugubres, donde se martiriza bajo el ojo salvaje de Beanza, entre las palmeras languidecientes sobre los rojizos horizontes; los crímenes de la Revolución iluminados por la hermosura y el valor de las víctimas; aquí, con la cabeza de Lamballe, enhiesta en una pica, sangrienta flor empolvada, ante la cual se desvanece María Antonieta; allá, con el Rey que oye los rumores de París desde las alturas del Temple, y con Carlota y Marat en el asesinato y en el juicio; así empieza el museo. Son cuadros construídos por las figuras de cera, y de sala en sala cambian, apoderándose de la imaginación que se les abandona. Las máscaras de la Ópera, arlequines y colombinas, pierrots y tonnys, *preciosas* francesas y patricias venecianas; evocaciones de todos los países y todas las épocas; reminiscencias de los cuadros y las estatuas; la locura de una noche ataviándose en fragmentos de la historia; el júbilo aturdiendo al hombre y haciéndole olvidar la vida; los

cascabeles risueños al lado de los gemidos; el baile codeándose con el crimen, surgen en decoraciones pomposas y fantásticas.

La luz oprimida en los subterráneos, ya lanzada por las linternas de las prisiones, ya por los faroles festivos, ya por las arañas resplandecientes, parece soñar las escenas; y las dibuja, prestándoles misterio, ó las alumbra, detallando su realidad. Ella es la maga, en rincones de países exóticos, que rodean el cuadro contemporáneo visto en un sitio público, y el hecho célebre que nos hace trasponer el tiempo y vivir con otras ideas y otros sentimientos. Los contrastes sucédense desprendiendo sutiles sensaciones; así, ese cuento de hadas materializado ante nuestros ojos, y esa escena real que se idealiza al plasmarse, se tocan, comunicándose algo de sus distintos caracteres. Poco á poco empieza á envolvernos, á penetrarnos, el curioso ambiente, con la alucinación fascinadora de las figuras de cera. Todas aquellas de hombres que conocemos, se nos antojan un anticipo de la muerte: todas las de los muertos, adquieren una poderosa, ficticia vida. ¡Extraña resurrección! Las carnes descompuestas en los sepulcros, aparecen aquí como embalsamadas, por una virtud vital que de ellas fluye: las carnes de los hombres que acabamos de ver en una ceremonia, tienen un acento de bermellón, un rosado enfermizo, una sangre que se filtra como un arrebol espectral, con un reflejo

de tocador de sepulcro. Estas figuras son de muertos pensando en la vida, ó de vivos temerosos de la muerte. Á poco, se transforman en inquietante procesión, en donde los dos términos se funden con el brillo de una imaginación enferma. Cuando la muerte evoque la vida, en la profundidad de la sombra, á la cual no llega el perfume de las rosas reflejadoras del sol, puestas sobre la lápida, quizás el color que sueñe su antigua forma, modificado por el tiempo, tome el matiz de estos rostros de cera. Así, el escultor interpreta visiones del más allá misterioso.

Las figuras, después, se independizan y viven por sí solas. La sensación que dan, penetra sus acciones. No es el hecho viviente lo que realizan, sino que plasman su recuerdo. Carlota no mata al redactor del *Amigo del Pueblo;* no necesita ni rememorar el crimen, pues la obsesiona y la atormenta; y el cuadro que contemplamos es el de su imaginación alterada por la luz de la muerte. Hombres y mujeres tienen mucho de macabro, aun en la alegría de la fiesta. Mirad en un parque galante de Compiègne las estatuas de los dioses griegos propicios al amor, arrullados por las fuentes; aspirad el perfume de las plantas reales consteladas de flores, y sentiréis lo angustioso de la ficticia vida de los seres, sujeta á un sueño en que la felicidad no encuentra su voz, y teme encontrarla, por el horror de despertar, al oirla, otra vez en el sepulcro.

La inmovilidad es terrible. En vez de exhalar algunas figuras el pensamiento de la acción que ejecutan, se abisman en el misterio del por qué de su existencia. Otras nos persiguen con sus ojos entre el arrebol espectral, para librarse de sus ideas, descargándolas en las nuestras. Muchas vierten el hastío de su actividad que no cambia, como si en su rígida existencia, el gesto inmovilizador de su rostro fuera cárcel de su alma. Un Hámlet eleva las manos al cielo: se ha querido representar á Mounet-Sully, pero el taciturno actor es el príncipe verdadero, condenado á dudar en su reposo eterno, que deja por ello de ser reposo. En sus ojos se ahoga y agoniza la esperanza de encontrar el olvido. « ¿Quién podría tolerar tanta opresión, sudando y gimiendo bajo el peso de una vida molesta, si no fuese que el temor de la existencia de alguna cosa en el país desconocido, de cuyos límites ningún caminante torna, nos sumerge en dudas, antes de ir á buscar otras de que no tenemos seguro conocimiento? » Así piensa el Hámlet de Shakespeare, y este espectral, compendiando la sensación de las otras figuras de cera, dice que ellas se yerguen cual solución de su monólogo. Las angustias de un mal pagado amor, las injurias y quebrantos de la edad, la violencia de los tiranos, el desprecio de los soberbios, inquietudes, pasiones, todo revive, y su recuerdo anima á la muerte, y la duda consiste ahora, en si todo eso cesaría de perseguir como

una pesadilla del recinto cerrado, á poder respirar en pleno sol de existencia.

El sugestivo Hámlet nos señala casi la puerta de un corredor obscuro. «Oh vosotros los que entráis, abandonad la esperanza.» Con caracteres negros, resalta la inscripción del Infierno dantesco. Al pasar se ven fosforecer en el fondo, los ojos de llama roja del Cerbero, y las tres fauces de perro con que aullaba entre los glotones, víctimas del lodo y del granizo. Después surgen huecos formidables, inspirados por los tenebrosos tercetos, y los cuerpos de Francesca y Paolo, enlazándose en el furor del viento. Penden de rocas sobre antros los ladrones mordidos por las serpientes; los suicidas, aprisionados en árboles, confúndense con los troncos; y aparecen los herejes en sus fosos de fuego. Virgilio acompaña á Dante, y Mahoma desgarrado, hendido, muestra el corazón palpitante al aire, y en un horizonte fantástico, que no se ve en el canto, resplandecen las huríes animándolo con el resplandor de su propia hermosura. ¡La Divina Comedia interpretada en cera! Las imaginaciones del vengador, «hiena feroz que rimaba entre las tumbas», asaltan así; como si la sombra del recinto fuera creadora y tuviese genio. Repetid los versos cerrando los ojos, abridlos, y veréis que la idea no es mala, aunque después sonriáis, pensando, que un hachazo de sol caliente bastaría para derretir la visión de aquel infierno!

DIBUJOS DE INGRES

Extraordinaria es la colección de dibujos del museo de Montauban. Todo dibujo atrae por sus pensamientos íntimos. A un cuadro lo anima el deseo de abandonar el taller para ir á las exposiciones; se le siente, semejante al adulto ansioso de correr tierras y probar fortuna. Un museo separa á los padres de sus hijos; apila telas como en cementerios que cobran por ellas vida; y las vacilaciones de la concepción, las luchas que despertaron, los sentimientos y las ideas mecidas por el trabajo de los colores, cual con una música silenciosa, todo eso, se esfuma, y á la obra no se la ve ya brotada de laboriosos pinceles, sino natural como un árbol y como él inconsciente y hermosa. Los dibujos dan otra sensación; en su compañía se tutea á los mismos maestros, que, sombrero en mano, saludamos en el cuadro vestido. Ellos tienen en sus nervios vigorosos ó débiles, vibrantes ó amortiguados, la fiebre del taller, los entusiasmos y desfallecimientos del alma del artista, que contempla en sus rasgos el principio de su sueño. Aquí están, por

ejemplo, los que sirvieron á Ingres para la Edad de Oro, ó para su Jesús predicando entre los doctores. Las figuras se delinean entre rejas de cárceles. Cárceles es la palabra, aunque parezca exagerada. Llegar á la perfección de tales anatomías, vivir en la encarnizada lucha de estos colmenares de gestos, es trabajar con cadenas de preso, es renunciar al sol, á las distracciones, á la charla, y absorbido, no sentir el paso de las horas sino cuando la fatiga impone al cerebro las desolladuras del yugo.

Tratándose de Ingres, la frase *fiebre del taller* tiene algo de antitético, que por un instante derrota. No surgen los dibujos como los esqueletos de un bosque, próximos á sentir la ola de la savia primaveral, y á verter el esplendor de su manto de pintura. Los árboles, cuando se piensa en la obra del maestro, vislúmbranse fantásticos, y sus hojas y sus flores, cual hechas de nieve y agitadas por un cierzo glacial que es de vida. La esmeralda como el zafiro, la perla como el topacio, y aun el granate y el rubí de fuego, todos los matices, brotarán escarchados al conjuro del Aladino de lámpara polar, formando carnes, objetos, vestiduras. Aquí, la Odalisca sobre el lecho del harén, con su abanico de plumas en la mano; allá, la virgen bíblica derramando agua del cántaro, desnuda como una diosa griega; en la gruta, Edipo consultando á la esfinge; todas sus creaciones, evocadas por los dibujos, producen el extraño efecto.

Recordad la Coronación de Homero, y si queréis, comparadle con la Consagración del Emperador, cuadro de David, que se le avecina en el Louvre. La escena de Napoleón y el Papa, en el coro iluminado de Nuestra Señora de París, entre el clero y la corte, presenta una rara conjunción de magnificencias. La alegoría de la apoteosis de Homero, desarróllase al pie de un templo jónico. La Ilíada y la Odisea, y un grupo de genios de todas las edades, rodean al rapsoda. La severa y armoniosa compostura de los personajes trae el recuerdo del *decorum* antiguo. Evocan la serenidad contemplativa de las figuras de la escuela de Rafael, y parecen inmovilizarse, como el templo que les da sombra. En un rincón del horizonte un cielo azul helado, hecho por un flúido de acero, oprime á un resplandor de oro. Si miráis las vestiduras, pensaréis en los árboles de hojas de escarchas coloridas y flores de nieves iridiscentes; pero tanta frialdad es el brillo de un temperamento personal. En sus soplos enciérrase una voluntad apasionada y una fiebre de trabajo incansable y glorioso. Ved al ángel que corona á Homero. Las níveas alas sobrepasan el frontón del templo, y el espacio las aguza y las hiela; la vestidura clarea levemente, envioletada en los pliegues que imprimen gracia al frío que despiden; y al coronar la sagrada cabeza con manos glaciales, su pelo de oro congelado fulge como espiga madura sorprendida por un ideal invierno. El ángel, que trae

una palma, es símbolo también del arte del maestro. Los matices de su manto, que podrían ser mortaja de un cuerpo animado, dan la vida al cuerpo oculto, y son idea en su frente, tacto en sus manos, vuelo en sus alas. Y así, dicen que Ingres fué peculiar para concebir é iluminar las cosas. En la consagración de Bonaparte, donde se busca el triunfo del color, todo aparece rígido, con la frialdad académica; en la apoteosis de Homero, *la frialdad alumbra,* y los matices brillan como con los reflejos de un *sol nuevo.*

LA MARIPOSA DE TURQUESA

El poeta espera, de parte de los severos historiadores, la sonrisa que perdona, si les entretiene este relato.

En medio de un cortejo pomposo, Amílcar Barca ve enterrar su elefante de Getulia que, erizado de hierro, fué máquina de espanto. El héroe, sobre su torre, se creía en la cumbre de una montaña de gloria. El paisaje se dilataba á sus ojos; y al pensar en el combate próximo, el horizonte, fundiendo el cielo con la tierra, le mostraba confundidas la realidad y la esperanza. La torre, estremeciéndose en los movimientos de la viviente masa, era también un trípode de oráculo; la inspiración descendía, y el espíritu de Amílcar en un relámpago dominaba los peligros; descubría el punto débil, y armipotente cual un dios de la guerra, repartía feroz los rayos de la muerte. El animal adquirió celebridad, y cuando sucumbió, un temor supersticioso se apoderó del ejército; y como tenía de trono, de fortaleza y de templo, se supuso el favor de los dioses en el principio de un eclipse.

En su entierro pomposo, Amílcar sueña. Entre un himno de soldados y un canto de sacerdotes, figúrase escuchar lamentos y cadenas, al aspirar incienso, mientras un poniente de púrpura, concluye en sangrienta hoguera. Murallas, torres, pirámides, catapultas, simulan las nubes, compuestas por los humos y fulgores del incendio, al que da más claridad el clamoreo de las huestes, mezclándose, en salvaje sinfonía, con los bramidos de las bestias. Y en medio del otro extraño concierto, de dolor y de gloria por un elefante, siente el guerrero, al volver en sí, la acerba amargura de no haber hollado sobre su mole la Vía Sacra hasta la colina del Capitolio.

Los años pasan; Aníbal no olvida el juramento, que hiciera á su padre, de odiar á Roma. Triunfa en el Tesino y arroja las legiones allende el Po; ensangrienta las heladas aguas del Trebia y las risueñas linfas del Trasimeno; conmueve la Apulia; en Cannas su caballería númida es huracán de muerte; y el ojo que pierde, parece inmolado por uno de sus propios rayos. Roma entierra vivos á sus prisioneros; quema vivas á las vestales adúlteras; brinda holocaustos á sus dioses; los niños lloran, los cónsules no duermen, y las mujeres se antojan inútiles, en una ciudad en que el tumulto precursor de la defensa es espoleado por el espanto.

Allá lejos, en las provincias africanas, algunos mercenarios que escaparon un día á los horrores del Hacha,

profanan en tanto el mausoleo del célebre elefante. Quieren robar sus tesoros y romper sus huesos, pobres despojos, sin duda, de un recuerdo terrible. Y he aquí que, en vez de colmillos de marfil, encuentran raras petrificaciones, con brillanteces de cielo... La tierra apacible que produce la rosa, la manzana, la espiga; sabe que el hombre la riega de sangre, y le devuelve el rubí, gota endurecida y refulgente. Corre el llanto que la sangre derramada cuesta, y crea con el luctuoso carbón la apoteosis de la lágrima, en el diamante. Y ella misma, alquimista cuya ciencia es un abismo defendido de la curiosidad por el misterio, da á sus invisibles gnomos el poder de transformar el marfil en turquesa.

Los bárbaros no se dedican á estas reflexiones; ven salir de la sombra, reflejos del cielo del mediodía, en las defensas que en otro tiempo parecieron caer de la luna, y abandonando el mausoleo, exclaman atemorizados: ¡prodigio! Los sacerdotes las recogen, y Hannón, que cediendo á la fracción Barcina, decreta el envío de tropas á la Campania, quizás para hacerse perdonar sus miserias, se las manda á Aníbal.

El conquistador, al recibirlas, pide que le traigan un artífice. «Arrancadles un pedazo», dice, «construidme un anillo, y buriladle una efigie.»—«¿Tenéis alguna forma preferida? ¿Deseáis algún símbolo?» le preguntan. El héroe medita un instante, piensa en las

aves; y en vez de ordenar: «haced un águila», desciende á los insectos, y prorrumpe: «quiero una mariposa»... ¿Una mariposa? Oidle á él mismo en una fiesta de aquella Capua, fatal á su genio y á sus armas. Recostado en el triclinio, mézclanse á las rosas y á las hiedras de su frente, las violetas ya sin perfume, pero cobrando fulgor, en las amatistas ahuyentadoras de la embriaguez del vino. Acaricia los cabellos de una linda cautiva y dulcemente exclama: «Si! mi anillo es una mariposa y sin duda una mariposa bella. Pero ten cuidado, no la lleves a tus labios. El sueño sin sueños, puede nacer del encanto de sus alas.» Ella responde: «¡Curiosa sortija; tan débil insecto en dedo tan fuerte; tan suave destello azul en mano manchada por tanta sangre!» — «No presenta el color del cielo», interrumpe Aníbal; «evoca el matiz del Trasimeno, cuando bañas en él tus pies desnudos; y también el de tus ojos abiertos debajo de aquellas aguas; pues mi anillo presintió tus ojos y tu lago.» La esclava sonrie, y acariciando las rosas de sus cabellos: «Cómo se llama la piedra?»—murmura con gestos de infantil curiosidad. Él contesta: «No la creas piedra natural; colmillo es de un elefante. Su cuerpo formidable, convirtiéndose en mago de las profundidades de su tumba, transformó su arma terrible en un recuerdo del cielo. De su Fuerza ha nacido, después de la muerte, este color de la Gracia. Saludando el

símbolo, yo he mandado hacer con él la mariposa de mi anillo. ¡Quien combate vive, si triunfa y ama en el esplendor de su gloria! Mezcla á la hiedra de mi peinado una rosa más; adoro las rosas extranjeras, porque me parecen extrañas, y aspirándolas, la vida se abre á otro horizonte. Acaricia, si lo deseas, también mi anillo; ya lo ves, es digno de brillar en tu frente desde que brilla en mi mano. El día que la mariposa cese de tener el vigor del colmillo y la gracia de la turquesa, el día que Aníbal no pueda luchar y seguir amando en la gloria, ella abrirá sobre sus labios sus hoy plegadas alas.» ¿Plegadas? Sí! de esa manera se cierran sobre un aro de oro; y el héroe las mira amistosamente aunque estremeciéndose... Oid aún, si queréis conocer del todo sus virtudes.

El guerrero se ha refugiado en Bitinia, en la corte de Prusias. Roma, amenazada por los bárbaros del Danubio, decide su fin para estar más libre. El Senado da sus órdenes á Flaminio; Aníbal lo sabe, y ordena abrir en su casa salidas ocultas; pero en el momento de escapar, las encuentra cerradas, lleva á sus labios la mariposa, y el insecto tiende al suelo sus alas abiertas. «Concluyan los temores de los romanos!» — prorrumpe, y los fieles que se inclinan comprenden que ha bebido un veneno. Se propaga un silencio sepulcral, en que se adivina el paso de la muerte. El suicida, desvanecido, contempla en el

horizonte un poniente de sangre; las nubes simulan ciudades, catapultas, carros, y entre la imprecación y el lamento, les infunden realidad, himnos de victoria en lengua cartaginesa.

Aníbal va á expirar. Las alucinaciones le traen nimbos de apoteosis, y persiguiendo sus resplandores ve esfumarse el vuelo de una mariposa. Sus manos oprimen entonces una espada de turquesa; siéntese levantado por dos blancos colmillos, con un movimiento maternal, y hacia su padre Amílcar, que le espera radioso, avanza magnífico como un dios, sobre el espectro del elefante de Getulia!

UN RELOJ DE SOL

En una de las mesas del Café Napolitano bebía una copa de vino Mariani. Mi compañero, el viejo conde de Trencavels, exclamó: — « El ejercicio de la caza me ha evitado ese género de remiendos artificiales. » Por toda respuesta, observé la cabeza del octogenario; erguíase pujante sobre sus espaldas encorvadas, que parecían abovedarse para resistir mejor la mole del tiempo. Después callamos ambos. Tras de conversar, subir los Campos Elíseos, descender los bulevares, el cuerpo y el espíritu experimentan un reposo en el movimiento de la multitud. El domingo declinaba, postrado de hermosura; en su luz sentíase la fatiga de haber incendiado árboles y edificios; y la tarde no era sino el día, sintiendo, cual nosotros, el cansancio. El bulevar, con un último esfuerzo de vida tumultuosa, encauzaba y se llevaba los rumores de París, á un mar de calma. La turba, marchando en las aceras, desbordándose sobre ómnibus y victorias concentraba el júbilo del mes de Mayo en su sonrisa; y el cielo, que sonreía agonizante,

agitaba sus discos azules, como gotas de rocío, entre la clara verdura de los almendros.

El anciano rompió nuestro mutismo: —« Bueno resulta de vez en cuando, — dijo — mezclarse á esta multitud. Surge de pronto un París inusitado, distinto del que vemos desde nuestros coches; pero para ello se necesita ser como yo, un parisiense de ochenta años, capaz de edificar su castillo con asfalto de los bulevares.» Torciendo bruscamente el giro de su idea, exclamé: — « Sin embargo, señor, ayer mismo, alguien me decía en el Círculo, que ha habido en usted un señor de horca y cuchillo. » El viejo sonrió y creí advertir sobre el lomo pergaminoso de un libro de biblioteca gótica, el arrebol ligero escapado de la miniatura de un medallón. Al fin repuso: — « Siga usted por el bulevar y parecerá llevado en la ola de la muchedumbre. Admirará la belleza de la ciudad con sus rincones encantadores; pero remonte la corriente hacia el Arco, y después de un instante, fatigado ó furioso, entre encontrón y codazo, no sentirá placer ni en mirar la perspectiva de los Campos Elíseos. Luis XI vivió en mi espíritu en una época; pero se encontró allí con la herencia de mi padre, continuación de un caballero escéptico de la corte de Luis XV; los dos gérmenes, á causa del medio, han dado en mí sus plantas. De joven, de niño, casi, en un viejo castillo creció la primera, y en París se desenvolvió la segunda. Esta última ha triunfado;

porque su sombra no está del todo fuera de nuestro tiempo; y resulta más amable por ser más cómoda. El recuerdo de la otra no deja de tener su tristeza con la inquietud que lo ridículo despierta al evocarse. Y ya que ayer, á propósito de la *Ville Morte* de D'Annunzio, discutía usted, si en efecto el alma antigua puede encarnarse en personajes modernos, al contacto de un lugar propicio, voy á relatarle un argumento en favor de la tesis, el cual callé, ante lo numeroso del grupo, por la naturaleza del caso.

«Desde que tuve uso de razón, un viejo tío, el marqués de Nancy, y un preceptor encanecido en el seno de mi familia, fueron mis guías. Mi padre murió en un duelo injusto. El honor de una mujer pura, santo para él, le hizo perder la vida, en un movimiento impetuoso de su alma. Le administraron la Extremaunción, y tomó en las suyas una de mis manos. Sus ojos me perseguían; su voz no podía articular palabra. El dosel de su lecho severo y tallado, del tiempo de Enrique IV, le daba, sombrío, un aspecto más siniestro. Creí que me pedía venganza; me incliné á su oído y murmuré: — «Comprendo.» — Mi padre no respondió nada, y después de un rato, expiró.

«Los retratos de mis abuelos, en la capilla mortuoria, velaban el cadáver. El espectáculo de la muerte no les atraía; al volver al mundo se fijaban en la vida, y sus miradas, como saetas, empezaron á pe-

netrarme. Comprendí que ellos también clamaban venganza ; y con un ardor que secó mis lágrimas, renové mi juramento.

«Mi tío se antojaba uno de los retratos, descendido, pero despojado. Vagaba como un espectro que busca eternamente su armadura perdida. En el fondo de su alma había amado quizás á la reina guillotinada. Desde entonces, y después de las guerras, nadie pudo sacarie del castillo. Su dolor, oculto, pero aun grande, le daba las apariencias de ser viviente, impidiendo que le lustraran como á un yelmo enmohecido. Este personaje no estaba llamado á disipar mis ideas. Había, además, querido verdaderamente á mi padre y la eterna separación lo abrumó de tristeza. Hablaba siempre usando los tiempos pasados de los verbos; sus labios parecían, así, sólo animarse con una gramática de historia y de leyenda. Á veces, su palabra me sugería la visión de un puente levadizo. Por él llegaban, reyes y caballeros, con sus armas y divisas; los abuelos hacían piafar corceles; y la voz del marqués, entonces, no era la que correspondía á su rostro, no brotaba de sus labios; era, sin duda, la voz de los retratos. Y á ellos se dirigía, naturalmente, como si fueran sus efigies de personas tan conocidas suyas como la de mi padre, flamante en los muros. Yo me sentía crecer, hablando como mi tío: con impetuosos arranques, desenvolvíase mi alma, que en el silencio esculpía mi rostro á semejanza de

los antiguos gentileshombres. Debía, físicamente, parecerme á los óleos, y me lo atestiguaban los únicos espejos no deteriorados del castillo, ó sean los petos lucientes de las armaduras.

«Mi profesor, gran amigo de mi tío, quizá nació entre un reloj de arena y un alambique, olvidados por un alquimista, en la torre norte de Arvesaux. Si alguna vez va usted por allá, no deje de mirar la maciza torre; no le falta una sola piedra de las de hace quinientos años; el sol, si posee memoria y goza con ella, debe familiarmente dibujar su sombra al abrazar la mole como en otro tiempo. Mi preceptor vivía en su cámara mayor entre sus libros. Cada libro tenía por sus aventuras una historia independiente del texto. Sobre este tema, el hombre aquel encontraba sutiles pensamientos que se animaban en sus labios, donde besos apasionados ó alegres no dejaron jamás un recuerdo. Fuera de la biblioteca, su existencia habíase reducido á vigilar el castillo en las luchas legitimistas de la Revolución; después, vuelto á su encierro, cada volumen le ofrecía una forma de felicidad en el desenvolvimiento silencioso de su espíritu. Su voz era sorda, acostumbrada respetuosamente á hablar entre espectros. Y yo veía los salones, los vastos corredores, los adarves, todo, repleto de gentes de armas, en que dominaban los reyes de Francia. Con tal ardor mi maestro evocaba, que llegué á creer que, congregados en torno de

la chimenea de la torre, los aparecidos le referían por las noches, los hechos que él me relataba por las mañanas. Este hombre, como mi tío, hablaba de la Francia, con un acento que usted ha notado en mí, algunas veces, y que es como la hiedra que enlazándose á la encina, bajo las actuales ramas podadas, toma naturalmente algo de la majestad del viejo tronco... Mi infancia no podía tener mucho de alegre. Los criados, todos ancianos, vagaban abrumados por el respeto de aquellos muros, donde cada salón se antojaba la capilla de un templo. No conocí más ternura que la de mi nodriza, también forma de la tristeza: el rostro de la madre ausente parece asomar entre los pliegues de la cofia, con algo de pastel desvanecido. Vivía así, sólo hallando la sonrisa de algún poeta latino, que mezclaba las alas de sus dáctilos y yambos al rumor de las abejas en el parque. El afecto de mis preceptores contribuía á la ruda atmósfera. La mano de mi tío, sobre todo, mano glacial, me daba la sensación de un guantelete de acero al tocar mi cabeza. Mis paseos en el campo se detenían siempre en Carcasonne; y las torres y almenas de la ciudadela gris, en torno de la catedral, me salían al paso, viviente visión de los sueños forjados en el castillo.

«No es extraño que mi vida fuese una constante alucinación, lejos de la época de reyes burgueses zaheridos por el marqués, quien, como soldado viejo,

sólo me dejaba, de lo contemporáneo, hablar de Napoleón, para el cual empleaba dos palabras: genio y bandolero, unidas por el broche de oro de una espada. Los personajes del castillo se adelantaban, para mis ojos, desde el tiempo desvanecido, como una irrealidad real, así como mi imagen, con una realidad ideal, se alejaba al retratarse en el brillo de las armaduras. Y mover mandobles, vestir corazas, probar yelmos, no era fantasía, era tan natural en mi vivienda, como comer ó bañarse.

« Mi tío, con un pie en la tumba, aun tenía músculos de hierro, y al tirar las armas, elásticos y casi juveniles. Me daba lecciones, y no me hubiera consentido otro maestro. Sobre el panteón donde reposan los antiguos caballeros, en el salón vecino a la capilla, se había construído la tumba de mi padre. La estatua yacente, vestía un arnés completo, y vi al rostro bien querido, no como el de un muerto de nuestros días, sino como el de un guerrero de otros siglos. El tiempo presente, hundiéndose en el pretérito, evaporaba la realidad, y al besar la frente de piedra, mis labios fríos decían una oración con la fe de los cruzados.

« Un trébol enorme abríase en ventanal sobre el parque y el cielo. En la mano de la estatua se erguía una espada, perfilándose recta sobre el inmenso claro de luz. El sol, surgiendo en el oriente, al tocarla, arrojaba sobre el sepulcro, convertido en cua-

drante, una flecha de sombra. Así, vislumbraba un símbolo: la espada inútil tendida, el brazo rígido dando una orden, y la flecha marcando el paso de las horas que clamaban venganza. Y todos los días el tumulto de la lucha, el chasquido de los floretes, los gritos y respuestas, despertaban los ecos. En el panteón retumbante, las efigies querían sacudir el rígido sueño de la muerte, tentadas por la facilidad de tener prontas las armas. Retornar á la vida en medio de los combates, ¡qué épico contento, después del continuado, miserable reposo! Yo me enardecía, aun cuando estaba casi extenuado: la sombra en el cuadrante emblemático adelantaba desde la espada imperiosa su ceño fijo. Y llegó lo que debía llegar: cumplida mi mayor edad, mi adversario, más viejo, se encontró frente á mí, como mi padre frente á él hacía diez años. Y aconteció lo que debía acontecer: una profunda herida lo mandó en pocas horas al sepulcro. Yo volví al de mi padre; lo encontré cubierto de flores, y, por primera vez, mi tío me besó en las mejillas. Debí ausentarme; quise conocer la capital; usted puede imaginar lo que pasó: la vida de la corte se abrió á mi paso; mi nombre, mi fortuna, aun mi belleza, hicieron lo restante.

«Volví á los cuatro años para cerrar los ojos del marqués. No hallé al castillo perfumado y sonriente, envuelto en los recuerdos de mi infancia: se me apareció inhospitalario y triste... Fiel á la memoria

de mi padre, comprendo hoy después de setenta años, que no me exigió venganza: quizás, murió perdonando y pidiendo perdón al Dios propicio á su nombre desde las guerras del Santo Sepulcro. No guardo rencor, sin embargo, al tío que me inició de ese modo en la vida. Sin duda, que por mi orden, no se le esculpió una estatua medioeval; pero sí le coloqué un retrato de la reina, amada por él idealmente, para que, en las noches frías del panteón, sintiera abiertos sobre su tumba los grandes ojos azules. Evoco siempre afectuosamente al preceptor que me enseñó la historia de Francia; pero ya ve usted lo que son las viejas torres y sus ecos: ellas hicieron de mi primera juventud un espectro con una mancha de sangre, y una sombra con el alma de un loco.

«Apareció después mi escepticismo, destinado á cultivarse como amable flor conciliadora que puede también ser espada y escudo, entre tronos volcados, repúblicas muertas y renacientes, sociedades cultas y corrompidas. Y al fin, lejos de la sombra feudal, siguiendo la corriente, edifiqué con asfalto de los bulevares mi hotel, que encierra colecciones góticas...»

El crepúsculo se convertía en noche. El mozo del café, cortando comentarios, exclamó: — « Señores, me voy á comer; paguen ustedes á mi colega.» El viejo Trencavels dijo: — « Hay que retirarse, pero no olvide que el miércoles es usted de los míos. La

condesa nos tiene una novedad: Ivette Gilbert declamará un monólogo.» Agradecí y añadí sonriendo:—«Creedme, señor caballero, que en lugar de acudir á la cita, estrecharía con más placer la joven mano de vuesa merced allá en el «castel d'Arvesaux», después de la lección de armas, que despertaba los ecos de los sepulcros. Y aun con amor le traduciría al francés, bajo la sombra de las adustas torres, un capítulo de don Miguel de Cervantes, quien perdió una mano en Lepanto, y salvó la otra, para escribir uno de los libros más admirables de este mundo.»

EL ALTAR DE LAS SIRENAS

Se alza la aurora y el peñón ostenta el rosado resplandor de un traje de virgen, hecho de luz y vapores. Por un puente natural, de grísea contextura, el mar sube y escapa. La espuma, temerosa de morir, se escurre y persigue la ola materna: surge de su entraña en la ondulante curva de la diáfana esmeralda y es su nívea flor, el sueño inmaculado, el iris efímero. Así, en la cresta, fulge un instante, produce el extraño efecto de nieve hirviendo, y tiende su sonrisa, que el sol engendra y el viento mata. En el islote, hay algo más consistente que la espuma, más real que la luz, más vivo que la roca. Como flotantes cabelleras que caen cuando la onda no las levanta, ved las algas. Sus verduras lucen encantador rocío en las humedades salinosas, y reflejan en su verdor y en su sombra, la vejez del fondo del mar y la juventud eterna del alba. Brillan, además, corales, que se suponen apagados en el seno profundo por el agua, y encendidos en vivo fuego, al contacto del sol; conchas de nácar vertiendo en sus

perlas, las lágrimas de haber dejado los nativos misteriosos palacios; arbustos iridiscentes que, en la profundidad de un crepúsculo de fábula, tienen del vegetal y del hombre, y que, más sensibles en el gran aire, sienten estremeciéndose, como con el movimiento de un pez, la caricia voluptuosa de una mano.

En el estéril peñón no nace un rosal: el viento no puede despetalar una flor suya. No abriga ningún ser, ni siquiera se abre en sus noches el ojo sangriento de un faro. Las algas infructíferas son sus únicas habitadoras, venerables melenas que resguardan la roca ó le fingen un pensamiento, ó que se abandonan al mar para sentirse mecidas por infinitos murmurios. ¿Por qué en el peñón las madréporas, los corales y las perlas, hacen soñar con albas de extraños acuáticos senos, que encienden misteriosos soles? ¿Y cómo pueden surgir en la roca esas matizadas sonrisas, que al bañarse en las espumas lloran el esplendor perdido de sus reinos inviolados? He aquí lo que las olas dicen á los albatros, y lo que ellos no oyen, dándose á picar los nácares sin comprender que la hermosura no alimenta.

Sobre los henchidos lomos de las altas mareas, las sirenas, en volubles teorías, se encadenan á las fosforescentes algas: es la procesión de las hijas del ensueño. La peña brilla en sus ritos como el altar de la luna, y el astro que atrae y levanta las aguas,

eleva sus almas con tierno encanto. Desde allí le contemplan en la alta noche. Las olas, plateándose, exhalan fervorosas plegarias, vagos himnos de amor, tristezas que naciendo del mar, tienen insondables abismos; y las sirenas sienten la indefinible inquietud de los anhelos martirizantes. Más allá de su reino, la vida ignorada debe expandir maravillosas sensaciones nuevas. Las colas necesarias en el océano, pero que les impiden saltar á las orillas, les pesan como impregnadas de realidad y amargura. Ellas no se preguntan si, observando al astro, hay quienes piensan, á esas mismas horas, en palacios de corales y bosques de acidias, y quienes sueñan con su mundo misterioso, ansiando una existencia fugitiva como la espuma, pero sin angustias como la ola. No. Y aun por librarse de la inquietud de su curiosidad, capaces serían de no temer el dolor. ¿Qué aspecto toma la luna si se la mira aspirando las rosas de los jardines? Las montañas y llanos, que el astro les permite vislumbrar, ¿cómo se presentan, bajo el sol, al otro lado de las arenas? Y ante todo, ¿qué brota de la palabra humana?; y sobre todo, ¿el beso de un hombre podría engendrar en sus almas una estrella?... Las soñadoras sirenas siguen adorando la fuente de lumbre, pues les hace imaginar los encantos de otro reino. Más tarde el astro palidece. El horizonte se sensibiliza; en su oriente se pintan franjas de débil matiz. Las hijas del ensueño se hunden en el mar; no esperan que

nazca el odioso sol, y al huir, derraman sobre el peñón madréporas, perlas, corales. El astro de la vida, que no conocen, mata sus anhelos, y cuando surge, los tributos á la luna parecen, al reflejarlo, las sonrisas de la aurora. El navegante pasa, los ve y medita. Las olas se extinguen y sin cesar renacen. Donde puso una sirena su cola, pone el barco su quilla. Así, los seres fantásticos y reales se antojan unidos por un murmullo y separados por una espuma. Y un nuevo día se abre sobre la edad de la tierra, astro indiferente que silencioso, va con su carga de hombres y de sirenas, confundiendo sus sueños y sus ansias en el mismo fatal movimiento que lo impulsa por el espacio!

EL PIERROT FÚNEBRE

Cantan los ruiseñores entre los árboles del boscaje del rey. En la fuente del Estío los amores levantan sus pámpanos. Las carpas, inquietas en el gran estanque, saltan y juguetean. Los rosales, cargados de rosas, se arquean al peso de su leve gloria, como el hércules Farnesio que, reproducido, se apoya allí en su clava, agobíase al peso de sus músculos; y la estatua y los rosales simbolizan la estación, mejor que la fuente: todo es fuerza y gracia, en los céspedes y en los árboles. El sol se pone tras la cortina viviente de verdura; hachazos aquí, lápices allá, dibujan en sus claridades deslumbramientos de oro. Y se oyen los arpegios de una danza, y á la fiesta convida de modo singular la tarde. Las de los bosques de Fontainebleau y Compiègne, acuden á no dudarlo, pues la hermosura de aquella es la de varios ponientes, muriendo en un solo letargo de apoteosis. Las nubes pasan saludando á los árboles, inclinándose tenues, con sus blancuras sonrosadas, y perdiéndose lejos de Versailles, en el teatro quimérico del horizonte.

Y la fiesta es fiesta de la tierra, entre las columnas de Proserpina en torno del busto de Girardón. Las parejas se saludan reverentes, y son máscaras precursoras de la noche. Las casacas claras que vierten la alegría de sus flores de durazno, con el suave brillo de sus tintas de gargantas de paloma, y los trajes rientes de las mujeres, bajo las cabelleras empolvadas, han desaparecido, dejando á cada persona la elección de un traje histórico ó fantástico. La gavota suena y hace callar á los ruiseñores. En las aves hay algo de despecho: ellas no necesitan instrumentos para poblar los boscajes de encanto. ¡Ah!—piensan:—«charlad y divertíos; si el placer galante llega á convertirse en pasión viva, ya vendréis lejos de violines y violoncelos á pedir á los peculiares trinos, el alado acento que añade á la palabra lo que calla, si el beso no la ayuda...» Y danzan las parejas la gavota. Gavota simple, compuesta de un grano de belleza, de un cetro de elegancia, de un sol de gracia. Gavota con reverencias á los pensamientos que llegan venturosos, y con despedidas á las horas que pasan sonrientes. Gavota que puede ser danzada por todas las edades, al son de acordes que viniendo con olas de un mar de amor infinito, mueren con sus espumas ante nuestros ojos, sin ir más lejos. Gavota cuyos compases tienen á un tiempo tristezas que sonríen y júbilos que sufren, símbolo gentil, al parecer, de todas esas mujeres, las más alegres del mundo, y que

llevan en plena juventud los cabellos blancos de las ancianas... La princesa Lamballe da, con el ardor de su sangre de Italia, existencia á un traje de Colombina, y el poeta no sabe, si en sueños, es él el mismo Pierrot que la acompaña.

El Pierrot le dice: — «Adorada mía, estoy vestido de luna, porque la luna parece un astro muerto; y te adoro porque tú te antojas un astro vivo.» — «¿Y á las otras damas las desdeñas», — responde la joven — «señor adulador, no es cierto?» — «Ah, no! enriquecen sin duda mi reino, pero tú las eclipsas, pues eres graciosa entre todas las mujeres, y el encanto de tu blanco cuello atrae como el abismo... Huyamos de la fiesta: los ruiseñores nos llaman; ese boscaje está poblado, y en sus voces la voz de la noche se alza triunfal sobre las ruinas de la tarde... Huyamos, alma mia; envuelto en la tristeza de la luna, soy el verdugo, que danza entre vosotros...» La princesa tiembla; y reconoce en los ojos del disfrazado, y en su porte, al Maestro de altas obras, que una vez le enseñaron como curiosidad, y grita y le delata. Después, dos caballeros le prenden y lo entregan á los suizos cercanos. Tranquilamente, sin defenderse, el Pierrot exclama: «¿Por qué arrojáis á vuestro invitado? Yo desciendo en un rayo de la luna hasta vuestros lechos y me duermo en vuestras frentes, mis dulces señoras, y sueño con lo que vuestra alma puede soñar asomando por los labios

entreabiertos, y nunca nada me dijisteis. Y hoy, porque en pleno día me aparezco, armáis ruido de armas y venís á prenderme!»

Alguien dice: «Lo creo loco.» Y como á tal le llevan, y después le aherrojan. Él sonríe, y la tranquilidad de su sonrisa da pavor á aquellos que le aconsejan: «Tened cuidado, podéis perder la vida.»—«La vida?—responde:—¡qué sarcasmo! Si de ella me alimento! si de su muerte resultan mi cuerpo y mi alma...» La fiesta se había interrumpido un instante, comentándose la intromisión del Pierrot estrafalario. La princesa aseguraba lo perfecto del disfraz, y lo admirable de la expresión del rostro, maestramente fingida. Un suizo llegó de vuelta. «Y no estará ebrio?» — le preguntaron.—«Ah, no!»—respondió el guardia;—«es un pobre loco, pues dice ahora que es la Muerte misma, y canta sin cesar: «Te adoro, porque eres la más graciosa entre todas las mujeres y porque de nuestras nupcias brotarán ideas, sueños y sentimientos, hijos alados que besarán las nobles frentes.»

Entonces, decidióse que la locura consistía en seguir pensando en el loco, y prosiguió la fiesta. Un minué grave infundió vida á las últimas luces de la tarde. La princesa Lamballe ensayó el primer paso. Las parejas se inclinaron cadenciosas entre la languidez de los moribundos fulgores. En el fondo de la alameda, el horizonte parecia teñirse en sangre. Al pasar en los giros de la danza por ese claro abierto,

las figuras, resaltantes sobre el carmín, dibujábanse netas. En el crepúsculo del boscaje cerrado, tornábanse después misteriosas, y sus palabras arrebola-das cobraban sentidos más tiernos. La sonrisa se abría en los labios cual el color de una flor brillante, pero buscando las almas, moría como su íntimo, sutil perfume; y los ruiseñores, ya más seguros en la penumbra, sin hacer caso de la orquesta, llenaban con sus dulces trinos la majestad de las frondas!...

TROFEOS DE SOLDI

Un cuadro, en un museo, representa la imagen ideal de una existencia apacible. En Reims, en el fondo del Hôtel de Ville, la tranquilidad de esa vida duplícase. De vez en cuando, un visitante se decide á cruzar las salas. Los paisajes de Corot abundan, con sus cielos inconfundibles, entre algunos de Díaz, de aquellos que apasionaban las crónicas de Baudelaire, en los tiempos de Ingres y Delacroix. No llega de la calle un rumor: si rueda repentinamente un coche, los árboles, en las lejanías pintadas, parecen estremecerse; un formidable Tarquino, en tela de no sabemos quién, suspende sorprendido su puñalada, y Lucrecia, en un respiro, alza los ojos... Después, todo cae en el más profundo silencio, y nuestros pasos despiertan ecos en las salas solitarias.

Pensemos en los esfuerzos que estos cuadros significan, en las ideas que mantuvieron irradiantes, en los júbilos que dieron sus triunfos ó en las amarguras infiltradas por sus fracasos, y nos encantará la paz en que se adormecen. Triste, más triste que la

plaza de la ciudad provincial, rebosante del hastío de su existencia cotidiana, es este museo; pero, al menos, la multitud odiosa no hace llegar a los cuadros la imbecilidad de sus murmullos. Viven en silencio, mirándose los unos á los otros, buenos y mediocres, malos ó excelentes, todos en una franca y afectuosa camaradería. Tras de luchar por los ensueños de sus padres, retíranse á brillar tranquilamente, sin que la piedra descortés rompa la armonía de las aguas. Y así parecen tener en el rincón de un claustro, la virtud de un espejo y reproducir en calma profunda las imágenes de los artistas muertos, embasteciendo sus matices con un interés piadoso.

En el centro de las pinturas, una panoplia, como altar del templo, yergue las armas de Perseo y Belerofonte: antójase un canto épico fundido en bronce. Las imágenes del hijo de Júpiter y Dánae, y del nieto de Sísifo, se dibujan, colóranse y palpitan. La evocación de luchas y destierros, les acompaña. El placer en que reviven en la memoria se mezcla á la melancolía. En las mañanas de invierno, entre los viejos claustros del lejano colegio, aprendimos absortos, sus difíciles nombres, porque con espadas maravillosas abrían sendas de luz en reinos ignorados. La infancia fantástica del pueblo griego es el encanto de la infancia en todos los pueblos. Cautiva el espíritu naciente que en su robustez será conquistado por Fidias y Platón, y modifica la fisonomía de los profesores. Si el vuestro fué

un viejo gruñón ó un joven fatuo, olvidadle; ¿cómo no creer, a través de los años, amable y resplandeciente al que por la primera vez, os pronunció el nombre de Apolo?...

Á Perseo venciendo á la Medusa, libertando á Andrómeda, volviendo á Grecia y matando, sin querer, á su abuelo, para morir por la venganza que tal homicidio acarrea: á Belerofonte en sus ataques á la Quimera, caballero en el Pegaso minervino, flor de la sangre de la Medusa muerta; y después viajero del Olimpo, en el corcel, que se convierte en constelación, mientras él cae á tierra y no muere, para vivir errático con la perenne pena de su empresa frustrada: así se evoca a los héroes delante del trofeo, embutido de imágenes y labores, bajo la hermosura de su resplandor artístico.

En el centro de la espada, un monstruo retuerce su cola de serpiente; desea quebrarla, pero en ella se corta, y los estremecimientos de cólera dolorosa, concéntranse en su lengua, que sale violentamente, vibrando como una flecha. La lámina de la espada semeja ancha hoja de árbol, donde se imprimen figuras. Ayer, la hoja fué riente y llena de gracia; hoy, se transforma en ceñudo bronce al contacto de la Medusa, cuya mirada, cuando mira, petrifica. De las figuras se escapa el sufrimiento de tan terrible muerte, y el mismo monstruo, más que por el filo, puede inmovilizarse aterrado ante su propia acción, cual ante

un soplo de sus entrañas. Entre los gavilanes del pomo se dibuja Andrómeda. Por un detalle de bella fantasía, los hierros faltan en la roca. El cabello la cubre, y creemos completar la fábula soñando. Nuestra Andrómeda emerge, esclava de su hermosura, en el peñón de Palestina. Con su cabellera le ligaron pies y manos; Perseo destrozará, pesaroso, esas gentiles cadenas; y cuando se rompan sus grillos, que son manto de gloria, los mórbidos brazos quedarán libres, para enroscarse al cuello del libertador.

En el escudo surgen recias labores, coronadas por las serpientes, y en el centro de un bajo relieve, Belerofonte se prende de las crines y de las fauces resoplantes del Pegaso, que hiende las nubes acercándose á las estrellas, mientras el jinete siente ya el vértigo de la caída. En cambio, matando á la Quimera, en el mismo Pegaso triunfal, que le presta sus alas como un nimbo, resalta sobre el inmenso casco donde se esculpe la Medusa, añadida por Perseo en la fábula.

Y estas armas no parecen la espada diamantina de Mercurio, el casco de Plutón, el escudo de Minerva, prestadas por los dioses á los héroes. En sus fraguas las forjó Vulcano, para recordar, después de sus triunfos, sus hazañas, y lejos del apacible y poco heroico museo provincial, brillarán, si no se oponen los miembros del Hôtel de Ville, en la próxima gran fiesta del Olimpo!

EL MONUMENTO DE BARTOLOMÉ

Los cipreses se dibujan melancólicos. Los plátanos forman avenidas. En el dominio de la muerte, el sol sonríe. Los sepulcros, á la izquierda, á la derecha, al frente, arriba, abajo, por todas partes, emergen, trepan, escalan con sus cruces el cielo. Los pájaros sacuden quiméricas redes sonoras de alas y de cantos. Y la tumba de Bartolomé, el monumento que la vida levanta á la muerte, conmemorativo de la legion anónima, se yergue al pie de la colina con magnitud de templo.

Rodeándolo, destácanse cuerpos de triunfales desnudeces. La naturaleza estallante, comprímese en la hermosa elegancia de las líneas, que esculpen vigorosamente las almas mismas de las estatuas. Construyen una monumental guarda griega, desprendida de un friso desterrado. Pero no llevan frutos á Eleusis, cantando á Ceres, que madura el grano en la felicidad del esplendor de sus músculos; ni al paso de las panateneas buscan la sabiduría en los extraños ojos de Minerva; ni inclinan, como en los funerales de

Alcestes, niños puros sobre la palidez de una frente; ni con ramos de oliva y ánforas rebosantes de agua cristalina y miel sabrosa, nos hacen recitar los versos de *Les Érinnyes:*

« Femmes, sur ce tombeau cher aux peuples Hellénes
« Possons ces tristes fleurs auprès des coupes pleines.
« L'offrande funéraire est douce à qui n'est plus. »

Es la cadena, inmortal por renaciente, que el sufrimiento eslabona y la muerte desune. Es la nueva humanidad, concentrando todos los dolores de la antigua en el umbral de la tumba. Un hombre, de pie, da la espalda estremecido, y una joven se reclina en el costado de otro que se doblega, á su vez, sobre una mujer arrodillada. Aquí, una cabellera, como discreto pañuelo de hermosura, cubre un rostro bañado de lágrimas. Más allá, una cabeza ausculta el interno silencio sepulcral, y unas manos que se crispan, clavan en el friso las uñas. En el suelo yace una víctima desplomada; los músculos, fundiéndose en suprema desolación, han perdido la energía. Una criatura, al ver llorar á un compañero, solloza; otra, con la intuición de una experiencia horrible, eleva gravemente una plegaria. Un hombre, tratando de olvidar su dolor, conduce á una mujer tambaleante, y la última, no adelanta, se vuelve, mira la luz, y arroja al aire un postrer beso. En un instante, se supone que las parejas elegidas en una ciudad que sucumbe, bajo altas

implacables maldiciones, llegan expiatorias y trágicas, á enterrarse vivas en el sepulcro.

Ya dentro, la Esposa, de espaldas, apoya su mano en el hombro del Esposo. Los cuerpos, soberanamente bellos, se comunican al tocarse en una sola atmósfera de dolor. ¿Son Adán y Eva?... Á las puertas no está el Arcángel de espada de fuego que les impidió retornar al Paraíso. Pero la cadena de sufrimientos, el grito mudo, y por eso más terrible, de la prole retorciéndose en el zócalo, es un ¡ay! que se clava en sus conciencias. Si buscáis el eco, encuéntrasele en el temblor convulsivo de las espaldas, fruto de la estrangulación de un supremo sollozo. En él vibra el reproche de haber animado a quienes se juntan en procesión para llorarse á sí mismos. En la ayuda que se prestan, se advierte el reflejo del abandono en que se encuentran: saben que existen, porque aun sufren. Abajo, una mujer sostiene en sus espaldas la lápida, y deja deslizarse, por sus muslos, un manto. Los esposos resurgen, acostados ya, en la infinita paz. Las cabezas, enlazadas por el mismo sudario, ofrecen en el olvido igual rigidez. Una criatura yace entre ambos, y, sobre su eterna sombra, irradia una luz. ¡Ah! el símbolo del sentimiento inmortal; de la perenne virtud, que transformando los cuerpos en savia, llevará á los vivos á coronar sus afectos, con flores de plantas, nutridas por sus antepasados. El amor no ha muerto y presidiendo la renovación

de la vida, mira desde el sol, y canta en sus rayos... Sobre la inerte tumba, donde el poema se esculpe, resplandecen los céspedes en un techo que es á un tiempo palio y aureola. Entre la aterciopelada esmeralda, los rosales dan sonrisas como descendidas del cielo para perfumar el aire. Baudry, que tuvo en su paleta una cuna de auroras, y Musset, á quien pone el estío, en su raquítico sauce, algunas hojas, observan muy cerca de allí, con los ojos pensativos del mármol, la procesión de los dolores, que ellos sintieron brotar de sus almas, como agua natural de su fuente. Después, se dicen que ya han descansado mucho, y ante el sol y la verdura, parecen llorar el no poder sufrir de nuevo entre las rosas!

MANUFACTURAS DE BEAUVAIS

Los hilos, tirantes de la suelta trama, avanzan hacia el artífice, á cada golpe de pedal. Los dedos, pacientes arañas que tejen la tela, anudan esos hilos con las hebras de seda, y un peine de marfil las consolida, ajustando los nudos. El dibujo del cuadro se ve abajo, á través de la obra, y á las espaldas, la pintura completa. El artífice debe volver los ojos para buscar los colores, que realzan los contornos vislumbrados. Un espejo interior le muestra el frente de su trabajo; de sus dedos, al parecer, sólo sale el reverso. Así se extienden sobre los hilos iridiscentes espumas que, aglomerándose sin sentido, condensan un mundo de medias tintas. Un mundo!... La expresión no exagera. Hay en un solo modelo sesenta y cuarto verdes distintos, y otros tantos azules, desafían las múltiples gradaciones del violeta. La visión de un poniente, en bosque otoñal, hará mover las arañas, con cincuenta rollos de sedas, que ponen en un rincón enjambres de infinitesimales gamas. Los talleres se suceden, mostrando á los artífices doblega-

dos, en largas líneas, ante los bastidores. No se oye una voz; aquello es más silencioso que una colmena; no tiene su alada rumorosa ebriedad. Sobre la red de los hilos en tensión, las espumas de seda, semejan vegetaciones marinas informes, con barbas leves, que la humedad fecundara en las rocas. Pero mirad por los espejos, y de confusas concepciones de matices mezclados como al azar, veréis surgir la idea clara, convertida en un macizo de flores, en una cacería antigua, en una fuente donde se baña una náyade, en cualquier célebre tela.

A la manufactura de Beauvais se la conoce desde 1664. Acaba de producir, sin decaer, para la Exposición de fin de siglo, el símbolo del año. Las Cuatro Estaciones concedieron á los dedos expertos el secreto de sus atributos, animando las formas de su reinado. El tiempo se encargará de infundirles el aliento irreemplazable que toca los colores; que elabora para la posteridad una mayor belleza; que á la caricia de la luz actual en los relieves la muestra como evocación de la luz pasada; pátina no vista por el autor, imagen sutil de un sudario, amable por melancólico, y hermoso por noble, añadido á su obra cual si fuese el de su espíritu viviente alzándose sobre su cuerpo muerto.

Á un viejo que lleva dos años en un trozo de un metro, le pregunto cuándo concluirá, y me responde que aun le falta el doble. La paciencia se mezcla á

esta obra de benedictinos del ensueño ajeno. ¡Sí! ellos idealizan las creaciones de otros, y el matiz, con un alma más tenue y fina, hace que una rosa, por ejemplo, dé la sensación de ganar en perfume lo que pierde en brillo.

Por el espejo del viejo artífice veo asomar los ojos picarescos de un mono bajo un yelmo que lo cubre. Es una antigua fantasía de Coypel sobre el *Quijote*. El tapiz, obra maestra, de fineza y expresión, se confunde casi con la pintura. Don Quijote fué un mono vistiendo la armadura de Amadís de Gaula. ¡Cómo han cambiado los tiempos! Hoy honraría la imitación del sublime chimpancé, y quien la hiciese con entereza merecería la inmortalidad. El amigo que me acompaña, dice: «El Emperador Guillermo, famoso Quijote del derecho divino, ¿no ha acabado por lucir en el asunto Krüger, á través de una armadura de héroe de los Nibelungos, su rostro de mono lamentable de la jaula de Chamberlain?» Y sobre esta reflexión de actualidad, pues el Presidente del Transvaal, rechazado de Alemania, está ya en Holanda, dejamos el batallón de arañas, en las colmenas silenciosas, tejiendo matices nuevos, á la sombra de los muros vetustos, que construyen patios venerables!

LA DIANA BORGHESE

Diana, diosa de la antigüedad; Borghese, nombre que es, por antonomasia, el de la galante princesa Paulina: así, ambas inscripciones se juntan en el plinto de la misma estatua... Casi tocando un tronco de árbol en bronce, aparecen sus pies con sandalias, en que apuntan las alas del talón de Mercurio. Sus pantorrillas, vibrantes, nerviosas, vense rodeadas de perros, ágiles, esbeltos, que hasta quieren perseguir sus flechas en el viento. Sobre el cuerpo todo, se pliega una túnica de alabastro, transparente al dibujarse, más que túnica, camisolín de muselina. En su palidez se infiltran luces verdosas, que mueven acentos amarillos, cual de aguas vislumbradas al través de topacios. Sobre su cabello, de gracia arcaica dividido sobre la frente, destácase altivo y puro el cuerno de la luna. Y en ese cuerno, el rielar de una fuente sagrada ha puesto fulgores áureos, y los reflejos parecen construirlo, con un solo rayo. Desnúdos, salen por entre la túnica los brazos; y alza el uno el arco invisible, y descarga el otro la flecha. El recuer-

do, entre un soplo de antiguo clasicismo, canta á los brazos de la virgen yerta, que no abraza con amor, pero que mata con ira... Miremos á la cazadora casta y fuerte, según el espíritu de esta estatua.

El Renacimiento, cuando da á las formas griegas resucitadas, el nuevo soplo de pasión que es sangre de su vida, esculpe soberbiamente. Pero cuando interpreta la antigüedad y traduce al italiano el griego de las diosas, multiplicándolas en mármol, las adultera. Acteón, sin temor, puede acercarse al baño de Diana. Su jauría amordazada no ladrará. Sus brazos tendidos indican solamente el movimiento del arco, como símbolo de que lo renunció al dirigir su última flecha. Esta diosa ha oído un cuento de Boccacio, sonriendo a la nueva habla. En su peinado zumban y se enredan las abejas de los panales del Petrarca. La luna, astro de castidad, ya no cincela sus formas frígidas, ni da al mármol la apariencia de una estatua de sepulcro. No recuerda melancolicamente el bosque griego, porque el espejo de su alma se ha turbado y retrata otro que imagina, poblado de capitosas flores. Su cuerpo es negro como la noche, y de su sombra surgirá el sol de un nuevo día.

Á su lado, compañera de destierro, está Minerva en pórfido rojo, sentada sobre un trono, alzando una mano en actitud de dictar una sabia lección: pero Diana no la ve ni la oye. Piensa, desde el frío salón del Louvre, en los templetes reflejados al sol por las aguas de su

parque en Roma. Evoca los conceptuosos discreteos, las sonrisas de las damas, los cantos de los galanes, las relaciones á media voz de la última cena; oye entre los boscajes el rumor de las músicas, y dice al visitante desconocido: «Suerte extraña la mía! Hoy que mis pensamientos han cambiado, los faunos han muerto!»

EL MOISÉS

Oigo, en un extraño sueño, la voz primera sobre el Caos, y la luz es gloria de su idea, y la Creación es su palabra: Dios contempla sus cosas y las llama buenas. Después, en el reposo del séptimo día, piensa que su grandeza no debe excluir el encanto. Mira resplandecer el sol, y crea la sombra de los árboles. Permite á las aguas que están en las nubes visitar su obra, y nace la grama. Dios se regocija entonces: comprende que no habrá pensamiento suyo sin fruto. Y la sombra del árbol, por ser hija de su mente, se hace llena de frescura; y porque su espíritu flota sobre las aguas, el mar y el arroyo se vuelven espejos del cielo; y las estrellas vierten un resplandor de paz, porque no ignoran que allá arriba se inventa el sueño para el hombre fatigado.

Y soñando columbro al pueblo de Israel, que, sabiendo buenas las cosas, suspira por ellas. Ni la sombra de un árbol; ni el cristal de un arroyo; ni una ave, ni una flor: muerte y soledad... Pero Moisés ha oído en el monte la voz que tenía á la luz por acento de su gloria,

y la ha oído no creando nuevas sombras de árboles colmados de gracia, sino tonante con el trueno, y cual si debiera también *verse,* refulgiendo con el relámpago. Después el pueblo escucha el eco de la voz en los labios del Profeta, que á pesar de su furor, engendra la esperanza, y en la nada del desierto las arenas esteriles se convierten en ondulaciones de mieses de oro y en muros de vides escogidas.

Y soñando, veo á Miguel Ángel. El artista advierte en su mente la columna de fuego conductora de Israel en la noche del desierto; y con ese divino resplandor —llama y alma— cree encontrar en un bloque, petrificada, la nívea nube que en el día señalaba la ruta. Entonces, ante el mármol estremecido, exclama al aproximar sus manos: — « Señor, ¿es ya la hora? » Y con temor religioso, rompe la materia, y con palpitación augusta surge un hombre. Los recuerdos soberanos le abruman. Moisés, sin desquiciarse, oyó la voz que, en el principio separó las aguas y formó el cielo y la tierra, y el bloque debe transfigurarse en el Profeta, escuchando esa voz que al mismo tiempo lo petrifica y le infunde espíritu. El artista piensa también que en el séptimo día Dios hizo en su fuerza, por amor al encanto, la sombra de los árboles, y de la majestuosa vestidura saca juegos de graciosos pliegues, ondulantes a la evocación del viento sagrado que conmovía los montes. Como los ojos de Moisés reflejaron con el júbilo de hablarle á Dios la

amargura de no pisar la Tierra Prometida, los marmóreos ojos concentran la noche y el alba, la tristeza de la sombra, ensoñadora al poblarse de astros, y la alegría de la luz que despierta las transparencias del infinito. Y los miembros del gigante, si se pone de pie, le servirán para aguantar un mundo, donde será leve la eternidad, pues proclama que su fortaleza se ríe de la muerte.

La muerte, silenciosa y soberana, no responde: espera. Veo en mi extraño sueño á la Europa agitada mientras el Asia vomita hordas coléricas, innumerables, bárbaras. En Roma se detienen y atizan sus furores: Alemania, Inglaterra, Francia, el mundo, se reduce para ellas, sin distinción, á esa cruz que toca el cielo en la cumbre del Vaticano. Amarillentas turbas, escupen la hiel de sus entrañas contra el Cristo, inocente, en su bondad, de las espadas que fueron y de las espadas que llegan. Los templos son cuarteles; la Ciudad Eterna puede vestir, como Nínive, el saco y sentarse sobre la ceniza. La bóveda de *San Pietro in vincoli* se ha hundido: Moisés brilla entre escombros. Silencioso como el cielo, y como él inalterable, ve en la luz de los espacios una sola nube pasajera; y su manto pierde repentinamente, bajo el azul, el viejo aliento, y el sol parece reconquistar en su cuerpo un imperio. Tres bárbaros lo observan. Le creen un monstruo en el quebranto, sin defensa, mudo, y evocan con sus gestos reales el horror de las fantásticas más-

caras de China. La ola crece y ondula: les irrita el ídolo grotesco; la orden de un capitán resuena tonante, y espoleados por el placer del sacrilegio, impelen un bosque de picas. Un relámpago hiere, un trueno retumba, los guerreros se abaten; se levantan y miran que el rayo divino no ha dejado á su furia vestigios de la estatua... Yo, en tanto, me despierto con un diario caído á los pies, sonrío á mi propio sueño y vuelvo á leer los telegramas que á estas horas, sin duda, recorren el mundo: «Los boxers atacan la legación de Inglaterra. Parte del pueblo está con el príncipe Tuan; el grito de la multitud es: *¡abajo los europeos!;* y á los europeos empieza á abandonarles la esperanza. »

LAS CAVAS DE POMMERY

Docenas de toneles, rebosantes de vino, traen á un inmenso salón el resultado de la última vendimia. Las chispas del sol, enterradas en las uvas y diluídas en el mosto, viven en los ventrudos ataúdes. Un turbio licor es el recuerdo de la madurez opima y se le mira correr con cierto respeto: no en balde el grave Noé, salvador de la raza humana, lo consagró bajo su tienda. Es turbio, sí, el chorro amarillento; pero se le ve con el espíritu de fábulas graciosas: no en balde Anacreonte, bajo el cielo ático, cantó sus alegrías a la sombra de los pámpanos que festoneaban los templos. Y eso que el grave Noé y el ligero jónico ni sospecharon siquiera el fulgor de esta espuma de oro. ¡Espuma! Pero esperad; el laboratorio del sol reside en las entrañas de la tierra.

De las inmensas pipas de cedro centenario, labradas con dibujos del tiempo de los reyes, armorial de su raza, ved caer por los bitoques de plata á los juveniles recipientes la áurea rica sangre de los antepasados, convertida en infusión que hoy ennoblece,

tonifica y perfuma. Luego, atados á cadenas, se hunden los nuevos barriles en la profundidad de la sombra. Adiós, por varios años, la fecunda campiña y el sol de Francia.

Doscientos escalones nos llevan á las calles, especies de túneles, que se comunican con un enjambre de grutas. Cada calle lleva el nombre de una ciudad: Edimburgo, Moscú, Roma, etc.; falta el de Buenos Aires. ¡Oh ingratitud!, no podemos menos de exclamar, pensando que en sólo una Nochebuena, el nombre de Noël, pronunciado en todas las lenguas del mundo, salta alegre ó triste, entre el chispeo de miles de las doradas botellas... Aquí las vemos apiladas en anaqueles, y erguidas como trofeos en la sombra. Más adelante nos envuelve, y nos penetra, un tumulto ensordecedor, entre las linternas que agujerean la masa. Los gnomos de aquellas concavidades, disimulados en los huecos, impulsan las ruedas infernales. Giran al impulso cajas, en donde hay sendas botellas, añadiendo, al aullar de los engranajes, el desesperante clamor enloquecido de cien mil cigarras. Chillan extrañando el calor, coléricas se chocan, en invisible batalla, y la estridente ferrinchanería parece limar las piedras y hacer, con el ruido, irrespirable el aire. De las botellas así sacudidas se desprende un asiento y se las coloca en otros estantes, el tapón hacia abajo. Aquí reposan tres años. Cada dos días, sin embargo, hábiles obreros las tripudian, como trompos, sobre la

horqueta que las yergue. Algunos subterráneos llénanse, por eso, del murmullo de un movimiento, semejante, por lo suave y rítmico, al de poleas ocultas en cilindros. La botella deposita, al fin, una especie de bola de jabón, resumen de impurezas, en el gollete. Entonces, los destapadores, de un solo golpe, la limpian, y cierran definitivamente su cuello.

Los licoreros, de seguida, según que el vino sea lo que se llama « para Rusia ó para Italia », infiltran el azúcar dulcificador del liquido. Alguno no recibe ni un átomo quedando en su carácter de reseco, pronto á herir gargantas de piedra, con papel de lija. Á un paso, el taponeo de las máquinas permite ver el alambre que se enrosca y teje el esqueleto de la mitra, popular en ambos mundos. Después, las cadenas recogen los cestos llenos de botellas, y torna el vino al imperio del aire, como alzado por el centellante espíritu de su espuma.

Se piensa en el opaco licor recientemente traído de los lagares. El agua turbia del pantano sube en vapor blanco y vuelve del cielo en agua que rocía nuevas flores y madura nuevas espigas. El subterráneo es la nube de la viña; en vez de ascender, baja el líquido á la sombra. Allí, los gnomos, entre las linternas, lo clarifican, lo perfuman, lo transforman en destellos que sueñan con el sol primitivo de la uva; y sale en gotas de oro, fecundante como la lluvia, á despertar nuevas fantasías, abrir espirituales flores, y

hacer decir á un poeta: «*Le vin exquis rend le cœur généreux.*»

Pero, de los muros, las esculturas nos responden. En el laberinto de túneles, grandes bocas, horadan los techos á cuarenta metros y el día desciende con algo del cielo. En los altos relieves, las figuras inmensas y blanquecinas, al contacto de la luz cerúlea, adquieren espectrales reflejos. Cortinas labradas cierran un cuadro, donde hace centro una mesa: sus candelabros simulan las luces chispeantes que gotean, y en las flautas de cristal, las gotas quieren cambiarse en chispas. De pie, un gran señor, bajo su peluca, dice un brindis, por nadie oído, sobre el tumulto alegre del festín, entre los besos empapados en vino. Ninfas y faunos, en otra gruta, aunque lejos de las pelucas con polvos de las damas y de las casacas con perlas de los caballeros, como antiguas fuentes de esas orgías, precipítanse á coronar á Baco; cortan racimos de las vides, y el espíritu de su júbilo salvaje, se escapa alerta de sus cuerpos desnudos. En tanto, llega, aplastándose en la espectral blancura, el rumor de la colmena de los gnomos, incesante, bullente; y el destino de los miles de botellas que van á derramarse por el mundo, alumbra repentinamente las cavas.

Se piensa en la farsa universal de los brindis, en el hombre degenerado en histrión, copa en mano, ya que el uso ha querido que una espuma fugitiva y

mentirosa sea el eterno sello de votos y juramentos. Se piensa en los obreros muertos por las enfermedades de tan rudo trabajo, para que regocijen sus vidas, turbas de rastacueros imbéciles y de elegantes vacuos! Se piensa en los desgraciados que abdican la conciencia, matando la voluntad en el vicio. La imagen de un genial borracho nos recuerda uno de sus cuentos, especie de símbolo amargo de sí mismo: el hombre ebrio que evoca el barril de amontillado en la cava-panteón, y no siente que su enemigo le encadena tapiándole con huesos humanos el nicho. Cuando cobra su voz normal y, horrorizado ante la verdad, grita, ya es tarde... Salgamos del subterráneo, diciéndonos que sin embargo el hombre es el delincuente, y que Dios ha hecho muy bien en crear la vid y la uva, transformada por Pommery en la hija más espiritual del sol y de la tierra!

LA TRAGEDIA

En las Tullerías, algunas hojas resisten en el árbol al cierzo. Otras que vuelan, se visten con oro y púrpura, matices copiados al horizonte, y así las hojas se infiltran de su sol perdido para siempre. El crepúsculo de la tarde, que es el otoño del día, y el día de otoño, que es el crepúsculo del estío, se armonizan en un instante. Cual cuerpos marchitos dejando escapar sus almas, las hojas crujen bajo nuestros pies, y al fin de la alameda, irguiéndose sobre el tapiz melancólico de la fiesta concluída, se ve una estatua. Teme la sombra, se cubre con su manto, y el último rayo del sol que acaba, entre los árboles, de iluminar al Louvre, donde viven los mármoles griegos, apunta en la cadera, gracioso: así, antes de morir, resurge gloriosamente.

Una mano crispada de la estatua levanta y pliega su túnica. El rostro de innumerables años, mustio en un perpetuo insomnio, se contrae con angustia. Lo más desagradable de la expresión, luce en una sonrisa, que desea crecer, y se ahoga en el torturado gesto.

Sobre el flanco aun brilla el sol, y el beso de su rayo parece engendrar la curva. ¿En qué piensa el extraño viejo? La risa, ¿puede ser cuerpo del alma de un ignorado martirio? Por un pliegue del manto, escápase un seno, firme y blanco. ¿El centenario irá á morir, dirigiendo, con su sonrisa, á la muerte una burla sarcástica? La respuesta nos la da un dedo juvenil, que emerge sobre el plinto, y en que se adivina la uña sonrosada, palideciendo á causa de la savia marmórea. Y al girar en torno de la estatua, como si le arrancáramos el manto, surge un mórbido cuerpo de mujer. Elévase soberano aquel trofeo de gracia y de vigor. Echa la cabeza hacia atrás, y el movimiento deshace su peinado. Los senos se erigen turgentes. Una máscara antigua, clavándosele casi en la garganta, le forma con el brazo que la guinda, escultural aureola. Así nace del engaño la fuerte y extraña sensación.

La estatua tiene por nombre La Tragedia. ¿La mujer, en su juventud, siéntese ya vieja, ó el viejo sueña con su cuerpo juvenil en un martirio que la máscara materializa? ¿Hay en su vida un dolor que simula el placer, ó un placer que engendra el dolor? Ella responde, en su torturante mutismo, que es arpa hecha de una sola fibra.

Al volver á su frente la siniestra expresión de la faz añeja sonríe siempre y se encarna feroz en el cuerpo. De esta suerte lo corona la sonrisa angustiada, como fruto lugubre de todo el árbol. La curio-

sidad nos asedia. Si hablara, ¿escucharíamos la voz de la mujer ó del hombre? ¿Ó, como dos llamas y como dos notas, en un único acorde y en una única hoguera, al impulso de una única fiebre, formarían una nueva voz sin sexo?... La tarde muere: el invierno respira ya triunfal en sus sombras, y el otoño se amortaja desvanecido en sus luces. Las penumbras que avanzan, acentúan violentamente las siluetas. El rayo de sol se ha evaporado en los flancos de la estatua, y el cincel penetrante del aire la entrega más intensa á la noche, que la convierte en macabra, sin traerle en sus alientos paz con sueño!

LAS HADAS

En letras rojas de rubíes semejantes á astros en el seno de la noche, un anuncio: *Le chaperon rouge*, resalta en las alturas y es fuente de curiosidad que acaricia muchos sueños. El Châtelet ofrece la *féerie* á niños chicos y á niños grandes, porque allá van hijos y padres, y aun aquellos que, sin serlo, tienen ojos, adoran los colores, y á menudo, engañados por la ilusión del teatro, dejan que las decoraciones irreales penetren en el espíritu y hagan de las suyas... ¡Cómo no saludar al buen Perrault!

Si, castigado por sus debilidades, creyó deber defenderse, pudo decir al Guardián del cielo: « Señor arcángel, dejadme pasar. Veo que tenéis una espada en la mano, y en la vara mágica que esgrime la mía, algo del relámpago de esa espada se transformó en sonrisa. He pecado, pero he sido víctima de mis culpas: olvidadlas. En cambio, hice el bien: ¿la amable fantasía no resulta forma de cariño al hombre?... » El arcángel se sintió más que embarazado, al oir la voz intercesora de la Bella Durmiente, con un rumor

de frondas del bosque armonioso; y la de la Caperucita, evocando, con el rojo de su toca el único modo como aquel hombre concibiera el fuego del infierno; y la de Cenicienta, que ponía en la nube, sin rasgarla, su zapato de cristal, flotante en su hermosura. Embarazado, sí, por las tres voces, hasta que la Omnipotente, que fué melancólica entre nosotros, dijo revelando en el acento el recuerdo del habla de Galilea: « Yo di con un acto un precepto: *Dejad que los niños vengan á Mí;* haced pasar al hombre que supo convertirlo en cuentos de hadas!...» Una vez en el teatro, los muchachos, tan desagradables cuando recitan gracias ó fábulas aprendidas, transfigúranse con los ojos abiertos y el espíritu absorto, en el público más encantador del mundo. Es la sensación sorprendida en su amanecer, empapada en rocío, fúlgida, fresca, perfumante como una rosa en su tallo.

El célebre cuento se desarrolla entre bailes y fiestas que las hadas ofrecen á la Caperucita, víctima del lobo; la recepción de los Insectos y las Flores forma, en el jardín ideal, el prólogo del reinado del Abanico. En un día extraordinariamente caluroso, Eva lo inventó echándose aire con la hoja consabida. Desde entonces, quedó consagrado, y, multiforme, es el espejo del carácter de las mujeres. Uniéndolas en todos los tiempos, ha terminado en cetro frágil y voluble, y terrible por lo voluble y frágil. El aire que agita mueve apenas un velo y más poderoso

que el viento desata tempestades. Pero la historia y la filosofía están en el Châtelet fuera de su lugar, y se piensa sólo en lo admirable de la decoración. Jugando los abanicos con las épocas más distantes, envuelven la imaginación en maravillosa red de anacronismos. Las plumas que encienden los aires levantando áureas partículas de los cofres de la Reina de Saba, se mezclan á las pantallas españolas y á sus claveles hechos con sangre de toro, pero de un toro muerto por Goya. Los pomposos abanicos del Rey-Sol, los extraños del género de Boticelli, los coquetos de Luis XV, los magníficos de Venecia, todos, como epitafios alegres de las fiestas que no pueden revivir, anímanse entre los tétricos de templos búdicos, los bárbaros de países negros, y los más modernos, con visiones de vampiros que chupan macabramente, bajo la luna, sangre de cadáveres. Y el fantástico enjambre, no sólo deja adivinar espectros de mujeres muertas, sino que acusa cuerpos de vivientes, y acciones, sueños, vidas, giran sobre su frágil eje, substituído al del mundo, mientras el cielo se abre también como un abanico, y manda lluvias de flores, coloreando la nube de la apoteosis. El cuadro cautiva, sobre todo á los niños grandes. El hada que preside la fiesta, incomodándose por el calificativo, abandona el escenario, y me dice en mi butaca:

«¿Por qué niños grandes? Si se cree en nosotras, no es porque el niño, que no ha muerto en el hom-

bre, resucite en el viejo; es sencillamente porque las hadas existen. Estás en el país de Viviana, de Urganda, de Morgana, de las inmortales madrinas, que, vestidas de blanco, como las druidesas, llevaban coronas como las Parcas. Desde que éstas presidieron el nacimiento de Aquiles, fué de nuestras artes brindar dones á los poetas y á los héroes. Las sucedimos, y amables como el país que nos adoptaba, nos vestimos de encanto. Somos buenas y somos malas; pero siempre malas, por causa de los hombres. Somos inmortales, no sólo porque Titania puso flores inmarcesibles en el volcán ardiente de Shakespeare, y porque Ariosto convirtió su lengua en una doble armonía, bajo el velo de Melissa, y porque Spenser, en su siglo hizo una epopeya con nuestras vidas; no sólo porque Maury cuenta que hasta Montesquieu se divertía leyendo nuestras historias al escribir sobre las leyes, quizás porque en esas leyes perseguía un espíritu, y nosotras somos el verdadero espíritu, cuya luz nace en un par de alas: ¡no! somos también inmortales, por la simple razón de que no nos extinguimos: se cree que la luz eléctrica nos mata; ¡grave error! Cuando nació Oberón, una de nuestras abuelas olvidada en la fiesta, resintióse y le condenó á ser enano. Así nos vengamos del hombre; ya no nos invita, pues nos niega, y su alma, por nuestra sentencia, no mide más de un pie, ¡pobre gigante! En cada foco eléctrico se asila una hija de Urganda, que

sabiendo el secreto de la luz, lo oculta. Pero benevoléntes siempre aproximamos el destellar de sus fulgores al de la luna, comprendiendo la tristeza del hombre, en medio de su poderío. La tristeza brota de la perpetua contradicción en que vive. Si no sabe lo que es la luz, ¿por qué no cree en nuestra existencia? El día que, á más de sus efectos, conozca su naturaleza, nos anodará en las lámparas; en tanto, reímos en ellas como en las nubes que engendran el rayo, y en la piel eléctrica del gato, que lame, sin saberlo, nuestras plantas. Y grande será la ingratitud de Édison si olvida al coro invisible de madrinas que rodeó su cuna, y el invisible beso que recibió en la frente.

« Existimos también, porque hasta las pasiones humanas que más alejan al hombre del niño, y más le apartan del encanto de nuestros velos, han hecho nacer una hada nueva. Los viejos muros de este riente lugar, fueron otrora manchados por la sangre y estremecidos por los sollozos. La Bastilla se levantaba muy cerca de aquí. Cuando un hombre salía salvo, era que un rey nos había escuchado. Pero, al fin, nos fatigamos y decidimos abandonarles; y el pueblo, al no encontrar ya en sus piedras el reflejo de nuestras flores, tiró al suelo la corona. Después, Napoleón la alzó en su espada para ceñírsela, y volvimos, creyéndonos ingratas, á rodear á nuestra tierna madre, la dulce Galia. Así hallamos, sorprendidas, tras de ver muchas cosas, y ser el alma de no pocas, que todos

aquellos crímenes nos habían dado una compañera, favoreciendo la forma de un espíritu soñado en nuestros jardines. »

Á este punto del discurso, sonreí; entonces, ella aceleró el tono para lanzar más pronto la prueba.— « Antes — prosiguió — á las muchachas ahijadas que soñaban con un príncipe, les traíamos un príncipe. Hugo, que odió á los reyes, nos adoraba; y por hacer feliz á su Lisón, nos pidió creáramos á Gallus. Hoy, más modernas, ayudamos á los hombres que no son héroes, ni sabios, ni poetas, ni emperadores. Así, nuestra hermana más joven, á un curtidor de cueros que anhelaba fabulosas riquezas, le murmuró: « No te ocupes en eso; saluda la estrella que enriquece por mi influjo la cuna de tu hijo. ¿Qué quieres para él?... » — « Señora — respondió el pobre hombre, — que se abrace de igual á igual con un rey de la tierra ». — « ¿Cuál es para ti el más poderoso? » — exclamó el hada. Después de un instante de meditación, se oyó su respuesta: « El Zar de todas las Rusias ». Pasaron varios años, y mientras París, casi loco, entre castillos de colores en donde el presidente Félix ponia aceite y nosotras fantasías, aclamaba á un emperador de aquel pueblo, nuestra hermana dijo á un humilde muerto ya dormido en el cementerio: « He cumplido mi palabra; ¿por qué no has esperado? » Y yo te repito, joven incrédulo: — « ¿ves cómo aún existimos? »

« Señora — respondí — tornad al escenario. Que se agiten de nuevo los abanicos; mis ojos, cansados, necesitan de vuestras gracias para afrontar el espectáculo del mundo. Tenéis razón; el hombre se muestra infantil al no creer en las hadas. Y perdonad mil veces, yo no conocía á la Democracia en su carácter de hermana vuestra; la creía una Parca de Goya manchada en sangre ». Ella añadió dulcemente: « Poderosa hermana sin duda, pero informe; recuerda á las sirenas que tienen cola; á menudo palidece la hermosura de su rostro; y es que el apéndice bestial se vuelve contra ella, clavándosele como un cruel cilicio. Mas, silencio; ahí entra el viejo Rochefort!»... Y la gentil charlatana de un salto prodigioso se volvió al bosque de la Caperucita.

LAS NUBES

Los plátanos del bulevar de las Capuchinas no se ven: mi ventana da sobre una terraza que intercepta la línea de sus esqueletos. Llegan solamente los ruidos de los coches, al parecer, marchando sobre una alfombra. Llueve á cántaros, á torrentes; el cielo se ha decidido á morir, á derretirse, á deshacerse, en un abandono de infinita desolación. Tras los vidrios, la terraza se abre en la altura, al espacio sin límites, y se adelanta como hacia un mar ignoto; la lluvia, perforando el brillo de su mármol negro, reluciente, clava agujas que se disuelven en gotas. La masa anónima de agua, después, se mete lastimera en una canal, y rueda á la calle. Al mismo tiempo corre por entre la pizarra y el cinc de los techos apiñados. Pica las claraboyas, lava sus cristales, que imitan placas de hielo, repiquetea, humea y escúrrese por el extravagante bosque de los caños. Yelmos de guerra, tocas monjiles, cofias de Alsacia y del Eure, bretonas y normandas, gargullas góticas, máscaras chinas, extraños monstruos, fingen y coronan los fantásticos

árboles de las chimeneas, que se clavan en el espacio, sin más savia que el humo, hundiendo sus raíces en el fuego. Aire estéril de cosa abandonada en luto abrumador, tienen todas; y más aguda tristeza las que disparan sus flechas á un blanco incierto, con violencia inmóvil. Su hastío se junta al cielo por la red de las aguas. Curioso es el espacio. Una masa gris mueve, á un lado, su lentitud de molusco; otra, al otro, su agilidad de leve vapor, abriendo ventanas sobre un golfo de duelo angustioso. Aquí, la lluvia semeja la disolución de un monte obscuro; y allí, una cascada de diamantes en fondo argentado. Más lejos, combínanse las nubes como telas, tendidas hasta transparentar la trama de sus hilos, que se rompen; y en el claro surgente de una perspectiva de teatro, vuela un cirro de nívea gloria. En otro rincón, repentino punto marcado en el mar sin vallas, llueve con telones que se gradúan, y suben y bajan, más profundos, más translúcidos, fugaces como el viento.

Pienso, á través de los vidrios, en la historia del agua. De los lagos de turquesa, de los pantanos turbios, se eleva á metamorfosearse en nube: hija del sol, busca su trono, y no pudiendo alzarse hasta el pie ígneo del Padre, lo obscurece. Transformada en vapor ligero, vuela: la mariposa y el cóndor bebieron de su primitiva frescura, y en su triunfo evoca la gracia del insecto y el poder del ave. El agua humilde, bella y casta, es bella nube, nube casta; pero

su humildad se convierte en orgullo, al recordar que es hoy lo que ayer reflejaba. Otra nube se acerca revolviéndose, ondulante y silenciosa. Ella la columbra: ¿habrá nacido en su lago? ¿Llevará en sus entrañas la misma agua cristalina? ¿Ó brotó de otro lejano manantial?... Pasa sin que acierte á reconocerla en el inmenso azul: y una primer tristeza empaña el jùbilo de su blancura.

Veo también la nube, rozando los montes en las cumbres más altas, que apenas son su pedestal, ó sobre el Océano, entre dos infinitos, bogadora sin vértigo, que teniendo un cuerpo y un alma, representa la nada, y con todo, sonríe rebosante de vida y matiz. Va pensando quizás en las estrellas, que vió palidecer en el alba, sonrosándose como un coral nínfeo, empurpurándose como un rubí incandescente, y alegre como un heraldo del sol. Mas el sol se hunde en las aguas, y la nube, que no pudo subir hasta su gloria, cree fácil seguirlo y alcanzarlo. El matiz se va con la luz de las moléculas del vapor, como un perfume del grano que se quema, como una idea de la palabra que vuela, como la sonrisa de un rostro que se enluta; y envuelta en la sombra de su propia entraña, pierde el rumbo del astro... Impelida por el viento, se funde con otras nubes. Armonizándose todas, cubren el espacio: el escalofrío del relámpago las estremece; sienten con terror su propia fuerza desconocida, y lanzan sublimes el rayo para morir

miserables. Se desgranan en gotas, vivas partículas que al caer apura la muerte. ¿Vuelven al lago hospitalario, que hace de su sepulcro una nueva cuna? ¿Resbalan por el cáliz de una rosa, donde la luz puede animar su agonía con un iris? ¿Ó van á clavarse en la arena estéril de un desierto?... Mientras imagino las metamorfosis, escampa. Los diamantes líquidos del balcón de la terraza, en arabescos y guirnaldas, descienden y se apagan, estirados al peso de su propia vida. Parecen, por un contrasentido, las últimas luces de un castillo de fuegos artificiales.

Vuelvo la vista al cuarto. En un espejo se hunde la desolación del día, tejiendo en el quimérico fondo su impalpable sudario. Las altas cortinas del lecho se adormecen bostezantes en el aliento invernal. Y surge sobre la estufa una piedra recogida en el Mar Muerto, al lado de una lámpara de las excavaciones de Luksor, bajo el facsímile de un convento de Sicilia, codeándose con un retrato que tiene por marco los ombúes de la Pampa. La tristeza del espacio se apodera del espíritu, dominado por la imagen invisible del viento, genio que no deja envejecer en los paisajes la sombra de su tienda. Triste está tambien la mesa donde han brotado tantos de mis poemas; fosforescencias que brillaron en la sombra íntima, antes de nacer, y que se entenebrecieron al vivir en la palabra... En el mármol obscuro de la terraza, por la indecisa profundidad que el brillo finge,

cruza la imagen de un pájaro. Pienso, no sé por qué, en la paloma errante del Arca, anunciadora del descenso de las aguas, y en el nacimiento de la hierba, efímera como el hombre; y la nube que el hombre, rodando sobre la ola, llama buena hermana, resplandece aún más quimérica en la fugacidad de su historia!

LA ISLA DE JUVENCIO

A la sombra de los árboles, en el parque, me encontraba por aquel entonces, con dos ancianos. Mis largos y mudos soliloquios se referían al problema siempre nuevo, aunque viejo como el mundo, de la felicidad del hombre. Quizás para resolverlo, me pasaba las horas hojeando á los filósofos, mientras ambos viejos, en el banco de enfrente, daban curso á su apacible, interminable charla. Generalmente, el varón ponía en su palabra propósitos serenos; la muerte, que acompañaba ya sus pasos parecía alumbrar su espíritu con luz penetrante.

La imaginación más ó menos aburrida de mis filósofos, me abrumaba á veces, pues al fin todo sistema no es sino formas de imaginar, así se le llame fruto de la profundidad del pensamiento como de la potencia del análisis. He tenido siempre la mala costumbre de escaparme de los libros para contemplar las imágenes que sugieren. ¡Cuántas veces ante parábolas que, por lo transparentes, evocan el hilo que incita á beber, por su hermosura espiritual, la

flor perfumada, por su dulce armonía, el acento de Galilea, he dejado de penetrar en la doctrina, extasiándome ante la cisterna donde el camello se abreva, el lago donde se mira el cielo, la rosa de Jericó, y en fin, la figura de Jesús, á la cual da viviente realidad el tono de la voz adivinado en las palabras! ¡Cuántas veces, desde una página de Platón, sin fijarme en los vidrios helados por el invierno, he sentido las brisas frescas del Pireo, más allá del Acrópolis, despertando murmurios en los primaverales laureles de Academus! ¡Entonces, imposible leer ni meditar! ¡Envídiase la suerte de aquellos oyentes de palabras divinas ó sabias, que encontraron en la conversación la más amable maestra y que pudieron á semejanza de los pájaros alimentarse de las mieses y contemplar al mismo tiempo el sol que las fecunda!

De los libros filosóficos, en los que Schopenhaüer quitaba á la idea toda sonrisa y en los que Nieztche me divertía con el ajedrez de sus paradojas y el brillo de sus imágenes, me apartaban de vez en cuando, en el parque, los viejos, que me intrigaban y me hacían huir de la lectura. El verano reinaba en su esplendor, y juveniles mariposas, hijas de la estación, se mezclaban al zumbar de otros insectos menos hermosos, tejiendo redes de vida en el aire impalpable. Mis vecinos saludábanme al irse; alguna rama verde, rebosante de savia, les rozaba el rostro; en delicada armonía se alejaban; y la tarde

moribunda, sobre los ilegibles caracteres de mi libro, murmuraba en el rincón de verdura, cual recogiendo los indulgentes pensamientos del anciano. Después dejaron de venir. Pasó el resto del estío. Los días, acortados, impregnábanse de la voluptuosa ternura del otoño, que aparentaba convalecer de una enfermedad, cuando estaba agonizante; y en uno de los postreros, vestido de luto, apareció, en el banco, una de sus figuras familiares. Había envejecido más, si le era posible envejecer, como una nieve que palideciese. Acostumbrado á creerle evocación de mis libros, supersticiosamente leí aún, por ver si la otra figura lo completaba. ¡Ilusión vana! El anciano seguía solo, real, de carne y hueso. Le dirigí al fin la palabra.

«¡Ah! no—me respondió prestamente, comprendiendo que presentía su soledad y que la imaginaba llena de dolor.—¡Ah! no; mis labios no hablarían, si ese rudo dolor existiera, convencido de que no deben decirse palabras de tristeza en un mundo en que un pensamiento sonriente es una buena acción». Luego, recogiéndose en sí mismo, meditó un instante, y añadió:

«Hay una extraña isla en medio del océano. Surge de pronto: tres peñones la anuncian. Labrado por el aquilón, curtido por los mares, toma el primero, á la distancia, el aspecto de un castillo feudal en ruina. Los otros dos, yérguense, cubiertos de ver-

dura juvenil, frente á la reminiscencia de las construcciones efímeras del hombre. El anillo turbulento del mar los ciñe y renuévase en el chispeo de las espumas. En tanto, la isla lanza su pico central, cuna de su más bella vegetación, que empieza con las algas humedecidas, y sube al cielo cual una esmeralda con irisaciones de trigos y de flores. Desde el buque se aspira, al paso, un perfume de tierra, penetrante, que perturba la salina inmensidad. Á sus pies, el océano en una de sus mayores profundidades tiene los bancos de corales más rojos. En un cantil del extremo, perforado, fórjase una gruta en que el mar entra y sale al otro horizonte. Podría hacerse un extraño comercio de corales arrancados por las sirenas al banco, y de flores ofrecidas por las hadas de la gruta.»

«Creo conocer la isla — exclamé yo, interrumpiendo al anciano, — y la he visto en una tarde maravillosa, que mostraba de un lado, trás la lluvia, un arco iris flotante y marchando como una tromba. Esmeralda tallada, tal como decís, erguíase sobre el fondo de un cielo rosado, que era como una ágata flúida, espiritual, inefable; y en su centro redondo, transparente casi, la luna, hostiario ideal, surgía en baño que perfumaban rosas divinas, al desangrarse en luz. ¡Y pensar que aquello asila un presidio! ¿No es así?»

«Desde el momento que la habitan — respondióme el anciano, — no puede ser mi isla: sólo yo la he

conocido. Digo mal; allí fuí de joven con mi bien amada. Allí viví frente á dos infinitos: inmóvil el uno, inquieto el otro; aquél, como altar en cuyas aras se encienden el sol y la luna; éste con el rumor de todas las oraciones, gemidos, inquietudes, cánticos de placer, transportes de vida del rebaño humano. Nuestro amor, hasta entonces, en el brillante marco del mundo, se había animado entre la música, los versos y el arte. Elegimos aquella soledad, que el mar y el cielo hacían honda y sublime, y la soledad se animó con nuestros dos seres, y la isla, que hasta ayer fuera un cuerpo inútil, palpitó de pronto como si encontrase su alma. Después de un tiempo, nuestros libros se agotaron; no nos llegaban rumores de las ciudades; el piano perdió sus cuerdas. Bach, Beethoven, Wágner dejaron de animar el rincón elegido. La última hoja de papel dada al viento, se llevó los últimos versos, y la tinta secóse como gota de rocío que sobre una piedra se evapora estéril... Entonces, el océano profirió otros acentos en intensa soledad, y fué su voz la única música, con las palabras sin sentido, que eternamente anuncian una palabra de supremo poder. El cielo tuvo profundidades de color, cuyas transparencias más las espiritualizaban los ojos de mi amiga. Las nubes forjaban poemas de luces y colores, que veíamos abrazados, hallándoles nuevas interpretaciones. Y adoramos á Dios con transporte que transformaba la vida

en cosa inmortal, pues no se concebía la muerte de fuerzas capaces de aquella vibración. Así supimos que el amor era como el agua de los mares, eternamente joven y fresco, ocultando abismos y reflejando el cielo. Y como yo no pudiera verme jamás, ella no me dijo que mi rostro envejecía. Y como ella no se mirara en otro espejo que en el de mi espíritu, yo callé la aparición de sus canas. Y la tierra nos daba siempre sabrosos frutos, que yo cultivaba y veía nacer como mis antiguos poemas: ¡bendita sea la fuerza! Y ella regaba los rosales que había plantado, y las flores abríanse como las notas de sus antiguos cantos: ¡bendita sea la gracia! Así, en nuestros labios pudo vivir la sonrisa resucitada de Adán y Eva, cambiando el dolor en inquebrantable ternura. Y ella murió un día sin creerse vieja, y la cubrí bajo sus rosas, como si fuera joven, y no me desesperé sobre su tumba, comprendiendo que la felicidad de muchos años hubiera gemido ante mi rebelión: ¡ingrato!

«Pasó luego un buque, y agité el pañuelo: los hombres, al recogerme, exclamaron: — «¿Cómo un hombre de tu edad en esta isla, y solo?» Contestéles: — «Mi edad la ignoro, y solo no he vivido». Me preguntaron con quién, mas no quise responderles; me tendieron entonces un espejo, y murmuré simplemente: — «En la isla no los había». Después añadí: — «El amor eternamente juvenil, como el agua,

refleja sobre abismos el cielo; pero basta uno de vosotros, y con cristal y azogue, hace ridículo y efímero lo que la Naturaleza canta perenne y único.» Me creyeron loco. ¡Loado sea Dios, que ha dado al hombre la felicidad! ¡Toda amarga filosofía muere al pie de mis pensamientos, como los jirones de la espuma dispersa!

«Al bajar del buque en el continente, me sentí de veras decaído. Mas evoqué la isla lejana, su vegetación y su tumba; y el perfume de aquellas flores me mantiene intacto. ¡Oh! creedme, amigo mío, cuando mi espíritu deje el achacoso cuerpo, no tendrá que preguntar la dirección del sol, el rumbo de la otra alma, ni substituir con alas nuevas las suyas fatigadas...» Y el amable viejo se alejó sonriente; y la tarde extinguíase del todo; y las hojas secas descendiendo, no parecían tocar sus canas, sino caer sobre mis sabios libros deshaciéndose en mis manos!

EL ALFANJE DE NÁCAR

Las pantallas de los focos eléctricos proyectan un día artificial por los anémicos pétalos de anémonas de tules delicados. El ambiente se tamiza; la luz vibrante, contenida, misteriosa y discreta, brota así á través de las flores, como engendrada por alas de luciérnagas fantásticas. En un rincón una mesa de jacarandá, ostenta un escudo grabado, en cuyos cuarteles los crisantemos se convierten en estrellas. En el centro del escudo, dibújase una mujer que las acuarelas de Outamaro hicieron concebir á Ritzou, en forma de alto relieve. El peinado, en bucles, tirante sobre la frente, surge concluído en un moño, que pende de una espiga de cabello. El rostro de marfil, casi de cera, tiene ambos ojos oblicuos, abiertos por el pavor, sobre una mancha de sangre, la boca. De las amplias mangas flotantes surgen las manos, finas, largas, lívidas, tendiendo en noble actitud un alfanje. El puño de nácar sale de la saya, plegada en inverosímiles ovillos, sobre el nudo abultado de la cintura. Así parece brotar del cuerpo mismo de la mujer, que

trata de ofrecerlo con gracia, atenuando el pavor violento de sus ojos. La mesa es la de trabajo de un escritor amigo; y la mujer, compañera, entre sus *dijes artísticos*, *de sus días laboriosos*, me ha contado su leyenda.

En tiempos bien lejanos, creíase un rey, en su reino, el más hermoso de los hombres, y, sin duda, su soberana hermosura, hasta evocaba un más allá inaccesible. La realidad es fuente de lo irreal, y su belleza exaspera la imaginación, pudo decirle cualquier filósofo; pero él les había expatriado del reino, por aburridos. Y las mujeres, después de amarle, perseguían sueños imposibles, entre luces verdaderas, impregnadas de fantasía. En una tarde de Abril, llegó de un país vecino un joven, bello como el rey, y que traía en los ritmos de sus cantos, cual las golondrinas en sus alas, la primavera. Las frágiles, diminutas pero vibrantes muñecas de la corte, sintieron anidar los poemas en sus almas. El poeta, incauto, hechizado por el ambiente donde su genio se desplegaba, encontró los resplandores que hacen estrellas con las rimas. ¿Que por qué incauto? Escuchad y veréis. No tardó el rey en darse cuenta de lo que significaba, en su corte, aquel Orfeo de marfil; las mujeres le tocaban como al cuerpo entrevisto del ideal despertado en otro tiempo por su propia hermosura. Era inútil que el monarca complicase los sabios mátices de sus trajes; en cada imaginación había

un nuevo altar; su esplendor agonizaba. La armonía perdíase en su voz; la ternura en sus ojos; y en sus labios, el beso pasaba como música sin eco. Y cuando se convenció de que también su princesa favorita miraba agonizar su esplendor, dejando sin eco su canto, ordenó á su chambelán que le trajese al poeta.

La misma princesa alargó, llenos los ojos de pavor, pero con noble actitud, digna del aire de su amado, al verdugo, encubierto bajo la máscara del dragón de tres bocas, el yatagán de cabo de nácar. En un relámpago, rompióse el hilo de aquella vida, y el rey alejóse entregado á cruel contento, mientras las mujeres precipitábanse á empapar en la sangre cosas de su uso.

Cuando empezaba la decadencia del nuevo favorito, pues sus poemas despertaban intangibles coros, superiores á él mismo, entre los boscajes hermoseados por sus reflejos, y entre las nubes abrillantadas por sus alas, el celoso rey se dictó su propia muerte. El chambelán, estremeciéndose de terror ante el ceño del soberano, se vió obligado á narrarle hechos, frutos inusitados del milagro.

El pañuelo de Fuzi-Yama, que tocó la sangre, despide, en sus penetrantes perfumes, las virtudes de las hierbas que encantan los sueños. Las trece cuerdas tendidas del koto, que pulsa Susambó, y donde una gota de sangre cayera, tienen en sus vibraciones

el acento de una voz pasada en llanto. Un arbusto, regado por la misma sangre, produce rosas extrañas que transforman sus rojizos pétalos en pétreos destellos de granates ardientes. Los ojos de la princesa Utosey, que reflejaron la última mirada del moribundo, vierten la tristeza luminosa de un intenso crepúsculo, evaporado en una transfiguración de éxtasis. La imagen del poeta surge maravillosa en el fondo de los espejos, y las flores, el koto, el pañuelo, aumentan su resplandor sobrenatural, entre cantos que, evocando los extinguidos, parecen nuevos, con la luz de un nuevo sol y de una nueva luna, en paisajes creados como esos astros, por el transporte de las notas.

El rey oyó en silencio, devorado por el dolor, ante aquel enemigo, inmortal, invencible, impalpable, que él solo no podía revivir, y á quien hubiera martirizado sin matar, á poderlo hacer, y al fin abdicó el trono, perdiéndose en tierras ignoradas.

Tal es la leyenda de la princesa del Japón, brillante en el centro del escudo. Yo le he preguntado, aun á riesgo de fatigarla: «Ya que tan amable has sido, contándome tu historia, dí si eternamente ofrecerás, con ojos de pavor y con noble actitud, tu yatagan de nácar». Ella me ha respondido: « No olvides que tu amigo hospitalario me trató como á una obra de arte, y no olvides que sus versos cruzan sobre mi cabello el vuelo de sus rimas. Por eso, con gratitud,

le tenderé siempre el yatagán de mi cuento, para que mate la realidad que, antes de morir, exhala el alma del ensueño ! »

EL POZO DE SOMBRA

Camino de Jerusalén iba el extranjero, y cerca de la puerta de la ciudad, vió á numeroso concurso circunvalando un pozo. Era ya la hora del sol y resplandecía un campo de lirios. El recién llegado se dirigió al grupo, sin pensar esta vez que ni Salomón en su gloria, se vistió con tanto primor como los lirios aquellos, los cuales no labraban ni tampoco hilaban y solamente florecían. Y he aquí que uno vociferaba: «¡Oh! la simple»; y otro: «¡Oh! la raca»; y prorrumpía un publicano: «Excúsate». La mujer contestó: «Si conocieseis lo profundo del pozo, no haríais así trabajar á vuestros esclavos; ¡bajad y comprenderéis!» El publicano agitándose colérico le echó al rostro: «Tu alma sí que es un pozo de sombra». De en medio del concurso partió una fuerte risa, y la mujer, penetrada de dolor, respondióles: «Ni soy pozo, ni soy simple, soy caritativa». Entonces se oyó que alguien murmuraba: «Mujer, dame de beber de tu cántaro». Los ojos del gentío convirtiéronse al extranjero. Repuso ella: «Señor, voy á botarlo al

agua». Añadió él: «¡Cómo! ¿ignoras que está lleno?» Y ella, así que lo halló rebosante, al descenderle de sus hombros, movida de admiración, dió grandes voces y exclamaba: «¡Milagro!» La burla se tornó tumulto, y la gente gritaba: «Miradla, ahora, loca». El viajero, alejándose, levantó el tono diciendo: «Descended á su pozo, vosotros mismos, que en verdad, en verdad os digo: es allí el manantial más fresco y desde su sombra se ven, antes de la tarde, las estrellas!»

EL RAYO VERDE

El vapor *Jarra* se desliza por sobre un mar admirable. La hora reina tan bella en el cielo y en el agua, que impone á los pasajeros su silencio. La luz, en la cubierta, esculpe las figuras inmóviles, y, un grupo forma cuadro: una donosa niña española, su gobernanta inglesa, el comandante y un fraile capuchino. El sol se hunde y lo observan con entusiasmo: casi toca el mar y lo afrontan sin miedo; quizás el astro consiente en perder fuerza, para dejarse admirar en su hermosura. Con cierto orgullo se posan los ojos en el dios humanizado, soberbio al expirar, y que al descender del trono en el fin de su caída derrama langüidamente luz acariciante. El agua, recibiéndolo, conviértese en un sudario rojo: no evoca una catástrofe de sangre, es de púrpura: el mar enseña que, para amortajar los soles muertos, necesita el manto de los emperadores vivos. El comandante exclama:

— Miradlo fijamente. Cuando el último punto de su disco desaparezca en un débil relámpago, se engendrará el rayo verde.

El apacible capuchino, la niña sonriente y la inglesa, limada, al parecer, por los años, clávanle sus ojos. Pienso en el resultado de aquella larga despedida, que cual la de un ser querido, rematará en el adiós de un brusco beso. ¡Sí! brusca despedida, para acabar de una vez! Y magnánimo, porque fué grande, melancólico, porque fué hermoso, aun puede al morir, no olvidar la esperanza. Las volubles aguas se acercan hasta tenderle el murmurante espejo de su onda, y él les confía el furtivo mensaje de su rayo.

—¡Atención!—dice, á intervalos, el viejo lobo marino. La inmensa bola de fuego roza ya el último límite y su incandescente cristal incita á perseguir, en los aires, los talleres del celeste Murano que la crea. Después, una pequeña nube en franjas amoratadas, intensas, la intercepta, la corta en diámetro, le sirve de aro y la convierte en un simbólico Saturno. Así desciende ese efímero avatar de una antigua gloria; dilata luego el disco inferior, que se baña, alarga y disminuye en volumen; da la impresión de que cede el metal purpurescente, y al derretirse casi, detiénese, cual inmensa lágrima en el borde de un invisible párpado ciclópeo. Un aliento humano, con el númen de países orientales, corre por sobre las ondas, llega á tocarle, y su postrer metamorfosis le muestra suspendido aún, evocando el chinesco farol de una astral fantasmagoría.

—¡Atención!—Esta vez el movimiento ávido de

las miradas, sigue á la voz del comandante. El capuchino avisora fijamente, y la niña, al poner en sus ojos un interés lleno de curiosidad, muestra, sin querer, como el reflejo de una ansiada golosina. Su gobernanta, apoyándose en la borda, emerge romántica y más lamentable que el pabellón de popa, desteñido por las lluvias, desflecado por los vientos, pero lleno de una nobleza de que ella carece, al caer de su asta siguiendo al día. Yo también miro intensamente. El astro, á medias sumergido, muere en el más profundo silencio. Bañándose del todo en las aguas, parece ahora ensangrentarlas. Evoco el ruido de los ataúdes que la onda, al abrirse, traga sobresaltándose. El sol, majestuoso, se hunde sin turbar la calma de la superficie, rebosante de beatitud, sin un murmullo; y así, comparado al hombre, se antoja verdadero dios de fuego, incorpóreo, solamente alma, idea; esplendor divino que fascina y no enceguece... La niña lanza un grito; me distrae; vuelvo los ojos á las aguas y ya el sol se ha ido. ¡El rayo verde! En su azul mirada aun fulge para darle vida, mientras el violeta da muerte á las púrpuras del mar. Ella sola lo ha visto. La inglesa, ante su gozo, sufre decepcionada.— «Dura la mitad de un segundo y hay que aprovecharlo» — agrega el marino veterano; y en tanto los labios del monje, domador de otras tempestades, se extremecen.

— «El *Ángelus*, Padre» — exclamo. — «Sí» — me

responde. Luego añade en voz baja, de modo apenas perceptible: «Mi oración sea por la bella criatura; ¡que la mujer no mate en sus ojos la felicidad de este recuerdo!...» Y en la dulce sonrisa del viejo, encuentro por un instante también un rayo, que es en la tarde mi rayo verde.

LA ÚLTIMA PRUEBA

¡Madama se muere, madama ha muerto!... El movimiento célebre del orador, acaba de producirse en el palacio de la princesa. Y la princesa, pálida, mostrando su palidez ideal, de muerta que anhela ser hermosa aun más allá de la vida, con transparencia que llora sobre el puro perfil, inclínase sobre sus almohadones. ¿Cómo? ¿ha muerto?... La confusión se vuelve tumulto en el rincón de paz, hecho para dormir y soñar, en el rincón de amor, hecho para amar y vivir, y las rosas de los pintados cupidos caen en lluvia desde sus nubes. Parecen querer tocar porcelanas, telas, cacharros, dijes, que conservan el recuerdo de las manos para siempre dormidas. ¡Madama ha muerto!... El palacio entero se estremece bajo el azoro de un viento que cruza y deja la horrible verdad. Pero ¿verdad? ¡no! La princesa tiene aún el calor de la vida y no se atreven sus doncellas á punzarla. «Id á avisar á Monseñor», prorrumpe una; mas ¿cómo, si vive, decir lo contrario? La predilecta entre todas acerca á la mujer divina,

por bella, un espejo, y viendo que no despierta y que no sonríe á la imagen, grita; y en sus ojos la estupefacción es ahogada por el llanto:

—¡Avisad, sí! ¡la princesa ha muerto!

MUÉRDAGO

Nieva. El fuego de la casa me mira como á un extraño. Los ruidos de afuera, sofocados por el algodón de la nieve, se extinguen en los cristales. El repicar de un templo vecino tirita en el aire, y desciende por el caño de la chimenea á calentarse al amor de los tizones. Noël en los espacios; Noël en los altares; Noël en las almas. Las voces, exaltándose sonantes, vuelan en la noche con alas de alondras. El fuego del hogar se vuelve mi amigo: fulgores azules, violetados, rojos, agitándose en su propio giro, se confunden en haces temblorosos, se besan con lenguas crepitantes, y en acordes de luces, forman cánticos efímeros. Sobre el gran espejo, se trenzan graciosos ramilletes de ramas de muérdago. La luz artificial baña la luna, y en su fondo se reflejan los microscópicos frutos; apíñanse por centenas entre las hojas de esmeralda, en los unos como granos de rubí perfumados, y en los otros como perlas alabastrinas rebosantes de incienso. Tienen así de la piedra preciosa, los hijos del aire, y con la vida de la naturaleza un perfume de templo. Chisporro-

tean, en tanto, entre los rojos tizones, las renovadas llamas, y una azul domina, y lengua lírica del fuego, habia y cuenta:

«Bajo su blanco capuchón, hundiendo su báculo en la llanura helada cubierta por espumosa alfombra, el buen viejecito Noël miró desolado los esqueletos de los árboles. La virtud de sus maravillosos ojos no bastaba á reanimar las almas; los niños descubrían en sus manos el juguete encantador; hombres y mujeres las miraban siempre vacías. Ni un árbol con fruto, ni una planta con flor; por todas partes los fúnebres sudarios de las sábanas de nieve.

«Pero una vez encontró la procesión espectral de los últimos druidas. Pasaron al borde de la ruta, internáronse en el bosque de encinas, y en torno de los troncos su religioso himno, dijo á los vientos y á las nubes: *¡cantad el muérdago sagrado!* ¡El muérdago sagrado! Como respuesta á la voz, las nubes se abrieron, y un pálido rayo de sol vino á colorearse y perfumarse, en ramos de perlas y rubíes, surgentes de las níveas estalactitas. Y aprendió lo que era el muérdago, al columbrar en la robustez de las encinas un dulce fruto lleno de gracia. Los pájaros, labradores del cielo, que le alegraban la ruta, no espantados, sino atraídos por su capuchón, ponían en los troncos el germen del parásito. Después vió los esqueletos ateridos de perales y manzanos que llevaban igualmente el traje artificial, os-

tentando también en su verdor sonrisas de perlas y de rubíes, de dulzura y de perfume.

«El viejo se dió cuenta, en medio de la muerte helada de las cosas, del porqué de aquel fruto inusitado. ¡Gloria á Dios en las alturas! Noël en los aires: campanas con alas de ángeles, alas con cantos de alondras, cantos con júbilos del cielo... Noël en las almas: ¡paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!... Desde entonces el peregrino trae la concordia de sus ojos paternales, y bajo el níveo capuchón, y entre las amplias mangas, los juguetes gentiles y las sonrisas del muérdago. Hombres y mujeres toman su rama, y cuando el anciano se aleja, la rama, como recuerdo de amor del árbol de su báculo, se abre sobre el brillo de los espejos...»

Así la voluble llama azul, lengua lírica del fuego, cuenta la historia de la insólita, primaveral enredadera.

Miro el enjambre de sus guías hechizadas, que amables manos colocaron ante la luna del extranjero; los frutos rojos y perlados, evocan las flores que consumieron para existir, y la luna al hacerlos en su fulgor, más leves, más bellos, más espirituales, parece realizar sus sueños. ¡Almas amigas á quienes Noël deja su simbólico ramo,—casi matiz de la nieve sobre el esqueleto del árbol,—os deseo que el fruto de gracia nacido en la fuerza, encuentre en vosotras mismas, si sueña con sus flores, el cristal que transforma su madurez en la juvenil sonrisa perfumada!

EL BONZO

El ídolo brilla; dos cabezas, que no se ven en su espalda, escoltan á tres, cuyos sendos ojos producen impresiones diversas. Pueden ser de tres dioses. La Tristeza anima á uno; el Hastío no está lejos del segundo; el tercero presenta la Angustia. La música sacerdotal, monótona, exasperante, sin hermosura, arrastrándose por tierra, no encuentra alas en el pergamino ni en el bronce... Observa al extraño ídolo, un bonzo en aislamiento, y en su mirada hay casi rencor. La danza de sus compañeros empieza, y parece la continuación siniestra de un movimiento que no ha cesado. Siniestra, porque resucita en sí misma, para vivir en un círculo, que la mueve en la tortura de su nada simbólica... Él, aislado y abstraído, oye la cantilena, siente la danza, mira al ídolo. ¿En qué consisten sus acciones y su fin en la vida? Un rostro con su gesto, mezcla de hombre y de monstruo, le dice, tristeza; el otro, angustia; el otro, hastío. De pronto, en la puerta de la pagoda tenue temblor murmura: «aquí está la planta, el rosal

que dejó la misteriosa extranjera, no pudiendo entrar en el templo.» ¿Es el acento de una flor?... Los pétalos de una rosa agitándose frescos, purpúreos, perfumados, siguen susurrando, con una caricia, más que voz, el alma de una voz:

—Pobre bonzo, bebe mi gota de rocío.

EL HIJO PRÓDIGO

El duque de Losac, en su castillo, acababa de morir de una enfermedad contagiosa. La capital del reino le había considerado el rey de la moda. Con su muerte, más de una corbata caía en desuso, más de un caballo cambiaba de propietario. El frac rojo de los concursos hípicos podía seguirle en el entierro, como traje de parada y pendón de gloria. Sin comprender los altos deberes de un gran nombre heredado, ni siquiera tuvo el recurso de la espiritualidad; su impertinencia fué siempre tonta y agresiva. Sabía que á sus abuelos los armaron caballeros en una de las cruzadas: ¿en cuál? era mucho preguntarle. Es cierto también que los astros no son menos astros por ignorar el lugar de su origen: les basta recorrer el espacio resplandeciendo... En tanto, por el espíritu de sus contemporáneos había pasado, como por los espejos del club, proyectando una silueta elegante: id á preguntar á las lunas si se acuerdan de ella. Pero aquel imbécil, adulado á su modo, llevó invisible esquila cual pastor de un devoto rebaño con

seudónimo de corte; por eso sorprendía la ceremonia de su sepelio.

Sólo visitaba su castillo en tiempos de cacerías, y preparando una, le sorprendió la contagiosa enfermedad y la muerte. El médico imperioso ordenó un entierro inmediato. El maestresala se evaporó, y los demás criados, después de hurtar lo posible, siguieron sus patillas sacramentales. Encajonado en un humilde ataúd de la vecina aldea, yacía en el profundo foso el gentilhombre, y el cura se encontraba sin defensa, en medio de una rebelión de campesinos. Imposible contenerlos: vano era explicarles que el duque ignoró siempre la continua explotación de que fueron víctimas. El portavoz respondía que la responsabilidad no cambiaba; que un gran señor debe conocer á sus súbditos y brindar el pan como un buen padre con afectuosas palabras. Y los sublevados, en medio de otro numeroso grupo, que sin manifestarse, quizás por temor á la muerte, tampoco desaprobaba, querían dejar insepulto el cadáver.

Vengan á buscarle, gritaban. Llevénselo á la capital, al cementerio rebosante de estatuas y de palacios; que torne, putrefacto, al teatro de sus brillos. En nombre de este monstruo invisible é insaciable, se nos ha esquilmado; nuestro sudor sirvió para charolar sus botas; nuestras manos convirtieron los campos en minas de oro para sus queridas. Que vuelva ¡sí! á su reino. Aun en medio del parque cas-

tellano, nuestra tierra es poco digna de encerrar al verdugo: su abrazo le resultará demasiado plebeyo... El rostro del cura se iluminó con inspiración súbita. Tomó la cruz de manos del monaguillo; pasóle el hisopo con que iba á bendecir, y abrió los labios; todos se callaron.

« Silencio, mis feligreses — exclamó — deteneos. Sabéis que he bautizado á vuestros hijos; que he impuesto la Extremaunción á vuestros padres. Sabéis que me siento á vuestra mesa y que no he visto el comedor de ese castillo; y no ignoráis que el cura de la parroquia no penetró nunca en su capilla donde uno de mis abuelos, humilde cura como yo, codeóse con el gran Bossuet, invitado por un conde de Losac. Sabéis que este joven, á quien Dios perdone, no conocía el rostro del pecador que os habla; pero á la sombra de la cruz que alza mi mano, os juro que digo la verdad.

« Se os ha esquilmado, sea: en nombre de un desconocido, sea; mas la muerte, que Moisés tornó sublime en un monte, y Cristo divina en otro, acaba de hacer de este señor un propietario. Viene por la primera vez á trabajar entre nosotros. ¡ Oh ! ¡ la muerte equivale á la nada ! murmura el mundo, sin comprender, hijos míos, su supremo espíritu. Pensad que vuestro amo dió á Dios su alma, y sólo Dios es dueño de ella, y pensad que su cuerpo es lo único aquí existente. Pues que baje á la tumba y procuren

sus despojos átomos de vida á las plantas, y que adorne con una flor su morada, el novel labrador de la tierra. Mañana, cuando exprimáis las uvas en los lagares, cuando almacenéis las espigas en las trojes, su espíritu, errante entre vosotros, quizás sufra por no poder decir su arrepentimiento. Tarde supo las virtudes de la madre dadivosa, tarde conoció el placer del nacimiento del fruto, tal como nace en el rostro que se ama, de un beso una sonrisa. Echad sobre el cadáver, además de la tierra, el generoso olvido; permitid que entre á su seno como amo y señor; no le arrojéis el día que la muerte, enviada de Dios, le otorga por la primera vez el derecho que engendra la posesión y el trabajo...»

Las paladas cayeron, el cura bendijo con el agua santa, y todos, persignándose, se retiraron en silencio!

MADRIGAL MELANCÓLICO

¿Que por qué mi espíritu no se abandona, entregándote la llave del cajón secreto? Porque el amor que causa tu hermosura se llama sufrimiento. Porque tus ojos verdes, cambiantes, lucen expresiones inasequibles, y loca idea sería la de recoger sus chispas. Porque, cuando hablas, se imagina la serpiente del libro santo, cuyo rastro no se puede seguir entre las piedras, y el reptil, aun sin veneno, no embelesa. Porque los movimientos de tu alma evocan el ave de intangible vuelo, en cuyas alas se quisiera ondular como fuerza y vida. Porque hay en tus silencios pausas profundas que mi espíritu llena de infinitas cosas, y quizás tienes, entonces, la frialdad de una princesa yacente de tumba gótica. Porque, de pronto, recuerdas estalactitas de hielo que, derritiéndose, descubren al sol un rosal florecido, rebosante de gracia; tal se sueña cuando por las líneas hieráticas de tu mármol, cruza un invisible flúido, sale un impensado soplo, y tu rigidez se funde en misteriosa sonrisa. Porque de embeberme en esos

tus silencios, que tornan los matices de tus ojos más profundos, vuelvo como de una noche con el alma cubierta de astros. Y entre los astros, luego brilla glorioso y único, diamante azul constelado de oro, el que podrá ser tu amor siendo tu espíritu; pero su reflejo en mí, esquivo como todo reflejo tiembla y me huye. Después, fatigado, alzo la mirada y comprendo que lo impalpable, á mi alcance con quiméprico fulgor, es estrella arriba con brillo real... Prosigue tu camino. De lo inaccesible brota la inquietud, y la inquietud nos separa; el terror de perseguir lo infinito, nos aleja; en ti, el misterio de la mujer se hace abismo. Saludémonos como dos barcas amables al cruzarse, ya que no podemos fundirnos en el mismo mar como dos olas!

EN LA ISLA DE SAN LUIS

El Sena, desviándose, forma entre altos muros un profundo foso, donde fuman las chimeneas de las barcas, que son inmóviles construcciones. El agua verde, espesa, como aceite, copia en temblores sombríos los esqueletos de los árboles. En la plaza, Carlomagno, domina á sus guerreros, armados de hachas y lanzas, y empuña el macizo cetro, colosal sobre su caballo. Su negro bronce atrae el cielo; acercándole, lo obscurece; y los gorriones saltan de su cabeza al césped, rejuvenecido por las humedades de Diciembre. El rey, ostentando la majestad de su raza y de los siglos, resiste al tiempo que, cruza más ligero que un ala, y cae más pesado que una cadena.

El París de la isla, lleno de nobleza antigua, elévase, sin dejar ver el horizonte en que se dibuja la torre de Eiffel. Nôtre-Dame alza sus dos torres, su flecha central, los santos en sus baldaquinos, la procesión de sus reyes, las gárgolas, los endriagos, la grandiosidad penetrante de su piedra dignificada por el misterio. La niebla se acentua, crece, ahogando el

sol, que, ya náufrago, vierte inútiles rayos, que no la horadan. Los árboles, como encajes negros, se funden en el condensado aire flúido, y la estatua emana el mutismo de una conspiración sigilosa. Los faroles se encienden en las callejas, y todo, envuelto en la bruma, parece, avanzando hacia la Catedral, recibir de la gran masa el manto del reposo. Si bajo el hálito de misterio que cubre maternalmente el barrio sonara la hora de la queda, ó en nombre de Enrique IV se notificase un bando, el paseante no se asombraría. En el viejo París, en aquel momento, la vída moderna se antoja un anacronismo... Recorro los escaparates de los libros, sobre el puente. El chalán que me conoce me sale al encuentro, pero lo evito, murmurándome á mí mismo: No, mi buen amigo; hoy miro y paso. Sé que en las minas de tus tesoros antiguos tienes *Le sorcier de Cytère,* con el azul camafeo de un galán que tira de la oreja á su dama, realzado por la aplicación del encaje real, volumen encantador, espectro pimpollecente de otra época. Sé que las *Heures Gothiques*, y sus labores de oro en obscuro cuero, labradas á punta de hierro, guardan el recuerdo de la sombra del capuchón del fraile, quien las leyera hace trescientos años. Sé que de este modo, al lado de la sonrisa gentil, ofreces el gesto pensativo, en curiosos contrastes; y que el mundo moderno lo mezclas á los pasados siglos; pero tus estuches evocan sepulcros de cadáveres

incorruptibles, que no mueren plenamente, para poder causar mal; y así, alquimista tranquilo y negociante feliz, brindas el licor de la vida, sin diferenciarlo del veneno de la muerte. Y también por tu comercio se siente, lo que no hemos vivido, y al prever lo que no se vivirá, se piensa que vendes tus libros, de pie, en el inconmovible malecón, á los viajeros que como flechas se van en los vapores del Sena... Sí, hoy nada de lectura. El paisaje de la tarde penetra el alma, con la melancolía de las piedras seculares. Quiero correr libre, desde la ciudad muerta á la ciudad animada, quiero engañarme en la alegría artificial, que nos evoca los meses del estío, como si su sol fuese á ungir entre las flores, las imágenes de una eterna ventura!

EL BOSQUE ARMONIOSO

El bosque sagrado yace en la noche, tan sin susurros, que es imposible imaginar en él una rama con hojas. Un arroyo que lo atraviesa, late cual su corazón, y parece querer atraer los ojos al suelo. «No busquéis — murmura — la copa de los árboles, apenas visibles á estas horas. La tiniebla envuelve en el misterio la belleza de sus trajes, y os hace pensar, inmaterial y ligera, en el enigma de la vida, encerrado en la sombra profunda y material de la tierra. Yo arrastro el eco de la voz del alma de esa sombra, y por ello cubro con manto rumoreante el bullir del germen desenvuelto en las raíces.»

Los Peregrinos del Ensueño no oyen la voz del arroyo. Meditabundos, sin sentirse los unos á los otros, ausentes entre ellos mismos, mas fieles á un solo fin, reposan. Nadie duerme, y el febril insomnio infunde inquietud á la falange: aguzándose en el murmurio del agua, el silencio ahóndase, y los desvelados temen llenarlo con el latido de su angustiosa expectativa. La tiniebla arropa las ramas, como los bra-

zos de un bosque petrificado; pero los viajeros tienen conciencia de no errar: en las copas residen las fuentes de la armonía; las aves del bosque encierran en su voz el divino secreto.

Un tenue brillo del horizonte conviértese en vasta claridad de la tierra. Los peregrinos empiezan á esbozarse envueltos en vestiduras blancas: ligero resplandor rosado anuncia en las nubes, y en ese blancor, el despertar del mundo. Ellos, sin observarse, alzan los ojos, y las ramas se estremecen. El gorjeo de los pájaros semeja garrula brisa. El arroyo que, dibujándose, indica ya su propio curso, exclama: «Son los hijos de la selva. Cada uno encuentra en su árbol el ritmo natural, como en un instrumento. Ante la belleza de la verdura, el hombre sonríe y el ave canta; pero vosotros no miréis la copas para cambiar vuestra sonrisa en coro. Las hojas no caminan en los aires, ni se parecen á las nubes. La nube al menos vuela, se deshace en lluvia, y su muerte trae vida; engrosa mi corriente, y yo corro por el centro de la tierra.»

La voz parlante no es escuchada por los peregrinos, aunque los murmurios de sus palabras coloréanse con las aguas, vistiéndose de matiz purpúreo. La brisa sonora de los pájaros se infla y se transforma en ráfaga. La selva toda tiembla, y tres amplias vestiduras maravillan en los aires, formadas por las luces nacientes y las sombras expirantes. Los peregri-

nos caen de rodillas. Los mantos evocan caudas de cometas, y sus destellos fúlgidos engendran espirituales alas, para agilizar el vuelo. Se mueven en amplias curvas, cubren de graciosos juegos la rigidez de los troncos, y visten á tres hadas que muestran liras de dos cuerdas, y, como en una sola, las seis cuerdas estallan. La séptima la construye el sol en las vibrantes hojas, elevándose como un rey, que arrastra y unce á su carro la aurora del horizonte.

Los peregrinos se ponen de pie. Al inmovilizarse en el éxtasis de la penetrante armonía, ávidamente sus ojos absortos siguen el ondular de los mantos. Los árboles exultan. El canto de frondas y aves responde á las cuerdas, se mezcla á sus arpegios, y todo se confunde en un himno. Las hadas avanzan siempre, sus colores palidecen en la radiante luz, y envolviéndose los rostros, acaban por evaporarse en el triunfo de la gloria solar. En el bosque queda el prestigio del hechizo que lo convierte en altar de tres Gracias: la Imaginación, la Nota, la Rima. Las ramas caen, y los peregrinos cortan, para sus frentes, hojas en que el secreto del canto resplandece y vibra. El acento apacible, casi vergonzante del arroyo no se ha oído entre los transportes. Los peregrinos se ponen en marcha. Moribundos gorjeos, desmayados sones, ecos aun conmovidos por la sorpresa del prodigio, les renuevan la visión de las hadas, y después se dispersan á los cuatro vientos

del mundo..:. Los años correrán sin detenerse, los viajeros sufrirán la tristeza de haber oído una vez la voz del bosque. Las hojas, separadas de los árboles, marchitaránse luego, y secas, se transformarán en polvo. Las frentes, sin su frescura, perderán la serenidad, los ojos la luz, los labios la sonrisa. Alguno recordará, acongojándose, el murmullo de un arroyo, apagado por el himno de la aurora, latiendo cual corazón oculto del bosque. Pensará entonces en la tierra, que pudo renovar en distante país un árbol del rincón sagrado. Y coronando su idea, aparecerá una nube que no se asemeja á la hoja, pues lleva la vida en su muerte; mas al deshacerse en lluvia, en vez de una semilla, le dará el peregrino á barrer con dolor, el polvo seco de su estéril reliquia!

LA SOMBRA

Bajo un sol de verano, una fuente reflejando al poeta. En el aire, un soplo ondulante de amor y de fuerza, una voluptuosidad ardiente y fecunda. En los céspedes, la alegría del oro solar que por entre los árboles tiende sus fajas, vivificando el hechizo de la verdura. La tierra, mojada por los surtidores de agua, en giros pintorescos, exhala su perfume. El poeta siente ese aliento mezclándose al de rosas y jazmines. Los sutiles hálitos le sugieren tumultos de ideas desvanecidas, como suspiros, en alas de los deseos. Después, transportes de inspiración que se reducen á nada sin objeto; horizontes dilatados por la luz penetrante de las cosas; interiores bellezas que hacen hasta de una brizna de hierba un ser que sueña; vislumbre vaga de un mar entre ceñudas rocas, que pueden decir una gran palabra; la inquietud espiritual que se enciende y palpita porque los céspedes están regados, y los rosales sonríen en flor... El poeta mira su sombra en el agua, desprendiéndose de sí mismo, temblando en la trémula transpa-

rencia. Sus propias sensaciones parecen producirla: es la espectral pintura que engendra el soplo de los perfumes. La respiración de las flores se acrece en la brisa y acentúase más su impalpable vida. Observa la sombra al poeta desde el fondo de la fuente, desconociéndole: él sonríe, y ella repite la sonrisa con un gesto que se aleja moribundo. Pero cuando se inclina inmovilizándose, la sombra se vuelve contorno de un alma y reconoce al hombre pensativo. Así exhala su esencia penetrante que sube, y es ahora ella la que parece petrificar el cuerpo vivo en armonioso misterio... En tanto, el sol da más languidez á sus discos de oro, que resbalan entre las hojas, y caen sobre los céspedes como frutos intangibles. El agua sigue humedeciendo las verduras, que contestan á sus caricias con el efluvio de sus desmayos. Y el poeta, á la visión de su sombra, síntesis de todo, mientras sus labios tienen sed, la mira gozar de la frescura bajo la red de los murmurios; y mientras sufre con el anhelo—que carece de alas y aspira á lo infinito—la ve en el firmamento del cristal, estremeciendo á las nubes.

Entonces, meditabundo, dice: «¿Por qué no hablas? Cuenta ese impalpable, pero visible, y ese quimérico, pero real viaje, ¡oh mi sombra!» La sombra no responde, transfórmase; terrible se yergue, y cruel, se deshace en carcajadas. Y ríe sin descanso, y despierta ecos, y el poeta siente que es su propia alma

la que no se fatiga de reir... El perfume del césped, ahuyentado, huye, y el de las rosas, despavorido, se desvanece, y el brillo de los discos solares se borra, y conviértense en gotas de agua de pozo, las lágrimas de júbilo que pendían como diamantes de los árboles!

EL BUCLE

En el salón un olor tenue, voltejeante, anuncia la vida estéril de las cosas en la penumbra: se abre la ventana, las cosas se despiertan, y olvidadas del sol en medio siglo, se miran extrañándose. Cada una ve que la vecina ha envejecido, sin preguntarse por su estado. La luz, al entrar, choca, abrasa sus superficies, penetra en sus intersticios, separándolas por un instante: después restablece su armonía en un silente acorde para los ojos. Y es que sorprende sus almas, las exterioriza, y al colorear sus ideas, las convierte en una sola, que tiene por voz el extraño perfume del Tiempo. Por la ventana abierta se va esa voz al parque, piérdese en el inmenso azul radiante de eterna juventud, se lleva la vida de los viejos objetos, y les arranca su espíritu, dejándolos en inmovilidad de muerte.

Un pastel de Greuze, sobre un jarrón de porcelana, corona un reloj sin cuerda. La hora que el azar señaló, y que al salir de la sombra á la luz, no se anima, se envuelve en misterio. El retrato representa

una vieja dama. En su frente, sus cabellos tirantes forman un nimbo de nieve, plata y polvos. Bajo sus finas cejas, sus ojos resplandecen, y en los labios de escarlata la sangre agoniza. «Sus ojos resplandecen», es un modo de decir: en realidad adivínase que fulguraban; y en los tonos del pastel, los encajes del seno escuálido, y el rostro, quieren, evadirse, envolverlos y apagarlos, y no pudiéndolo, los arrastran al fondo de los años, como estrellas en niebla pensativa. El poeta contempla á la vieja dama, y sus labios le murmuran: «La existencia se parece al Tiempo: toma su inmensidad ligera, transformándose en abstracción independiente, y así como las horas hacen al Tiempo, malo ó bueno, los hombres dan á la vida su tinte alegre ó doloroso.»

Se comprende que la dama vivió amando, y es más melancólico el recuerdo porque la realidad fué muy buena; por eso sus rasgos irradian dulzura; flor marchita que, al acordarse de sus perfumes, cree vestirse de sus antiguos colores... En un cajón del mueble vecino se halla un paquete de cartas. La caricia de la luz languidece sobre su aroma, brisa sutil semejante al aliento de un alma. De los caracteres amarillentos, brotan palabras de fuego. El espíritu de las palabras levántase sobre la escritura, cual si vertiese el rojo de un desvanecido poniente sobre las hojas secas de un bosque... La dama surge en el muro, con el pelo blanco. Los besos de aquellas lí-

neas, los gritos de amor, las intimidades rebosantes de ternura, no pueden volar á sus labios: sus alas mueren en el transporte amordazado de las palabras escritas. Y en un sobre hay un bucle de pelo; el amante, al morir, lo devuelve. Compréndese el dolor de los labios del retrato, la contracción de amargura que los años deshicieron en melancólico murmurio.

De pronto estremece al bucle, curiosa inesperada sensación. Él simboliza el recuerdo feliz; su oro de Venecia, gloria del Ticiano, brilla intacto. Su perfume indefinible, es el mismo de las cartas, pero más penetrante, y embalsama rayos de un sol muerto, y los rayos sueñan, sin duda, con la vida de toda la cabellera. Al alzar los ojos, vese al áureo sueño del bucle, convertido en las canas del retrato. Se medita en el misterio del cabello, no emblanquecido porque se retiró á tiempo de su materna savia. Á semejanza de la hora inmóvil del reloj, señala un instante de ventura fugitivo con el esplendor real de un contento. Palpita, se dibuja y bórrase para siempre, la relación sutil de la péndola inmóvil y del pelo invariable. Pero sobre todo ello vuela el Tiempo, que, inmaterial, no pinta y encanece, y apenas toca y cava las arrugas de una frente. La dama repite: «Las horas le hacen malo ó bueno; los hombres dan a la vida su tinte alegre ó doloroso»... El bucle de oro parece animarse, resucitar su rayo, sentir como realidad la

cabellera soñada, y poner en los labios agonizantes del retrato, púrpura de amor que después se extingue en indescriptible sonrisa!

EL LLANTO CORROSIVO

He aquí el sueño de una criaturá seráfica, que al despertar sobre su zarzo, diciéndose que el Amor no florece en el infierno, comprendió que el numen del mal había querido extraviarla.

. . . . . .

Sol de blancura, pureza ideal entre las realidades del claustro, era aquella santa enferma. El espíritu maligno, que había hecho lo posible por perderla, acabó por transformarse en su Cristo y descendió de la cruz. La mujer asistió á la transfiguración del amado en un joven resplandeciente, y dijo mirándole: «Señor, yo besaba tus pies y tus llagas en el sufrimiento, pero no quiero besar tus manos en la gloria; vuelve al cielo, me contento con ver como fulguras en tu grandeza...» El demonio desapareció, mientras Jesús resurgía nuevamente en la cruz, cubierto de sangre.

Las tentaciones se acabaron. La muerte cerró los ojos de la monja y llenó de lágrimas los de sus her-

manas: la que se iba, les causaba el primer dolor. Sobre la ciudad tendióse una neblina, y las estrellas, para recibir la ardiente alma, adquirieron, entre los húmedos cendales, un nimbo. Las compañeras levantaron el cadáver; la celda quedó sola. El demonio no la abandonaba, pensativo. Aquel rostro de casi inmaterial belleza no lo volvería á contemplar; la bienaventurada no pasaría por la región de su odio. Sufría realmente de su impotencia tentadora: el infierno, sin ella, iba á parecerle vacío; y el recuerdo de tanta santidad le atraía: abismo al que le inclinaba el vértigo de una desconocida sensación. Advirtió sobre un misal el pañuelo que velara el rostro de la religiosa: sensible á los perfumes, lo tomó para conocer el aroma de un rostro virginal que se marchita, y repentinamente, sorprendido, lo vió dibujado en la tela. Era un prodigio. Los ojos abiertos, reflejaban ya la luz inmortal en que el alma penetrara, y el rostro perdía la edad, avanzando al seno de una resurrección en cuyo brillo el Tiempo resulta juventud acumulada... Satanás levantó el pañuelo robado, sin temblar ante el sacrilegio, creyéndose feliz, por la calidad del tesoro. Con él llegó á sus reinos infernales.

Cruzó entre los ejércitos de condenados que formaban pueblos. Hombres y mujeres le rendían homenaje, en vez de insultarle, degradación que sellaba su oprobiosa miseria. El rey, oprimiendo el pañuelo ple-

gado, iba á ocultarse en uno de sus retiros, por entre la balumba de los suplicios. Indiferente, pensativo, caviloso, dejó abrirse la tela, y el rostro seráfico resplandeció como un sol en las tinieblas de las conciencias. Un ¡ay! humano, desgarrador, estalló en los ámbitos, á la vista de ese rostro del imperio divino... Concentración de los dolores de ia tierra, aquel ¡ay! regía sin el grano de esperanza, que se mantiene en el mundo, como el de trigo, incólume bajo las más implacables nieves. El clamor era tan formidable, que los astros no daban la idea de extinguirse por ser ya el alba, sino de palidecer emocionados ante el grito de la suprema desolación. Satanás vió pasar, en torbellinos, á los réprobos que habían robado, á los herejes, á los homicidas, á los traidores, á todos con el mismo estremecimiento. La tiniebla de la noche, aislaba en aquellas regiones, haciendo que las almas al sentirse solas reflejasen los dolores ajenos. El alba ponía en presencia los rostros, ya desconocidos, por la renovación del continuo eternal movimiento; y como cada uno descubría en el vecino la causa de su angustia, la luz desataba odios implacables... En vez de las acostumbradas, contrarias maldiciones de ese tumulto, hoy oía Satanás á su pueblo armonizando en cruel lamentación. De aquellos que pasaban, sólo simpatizaba con los condenados por orgullo; pero repentinamente le nacía un inusitado sentimiento de misericordia. Las angustias de todos, se resolvieron

en él: ola indómita, castigada por los restos del mismo buque náufrago que arrastraba.

Sentóse en una cresta de monte, sobre el turbión de los torbellinos fatales: el vocerío proseguía, pues de ese lado veíase aún el resplandor del pañuelo. Su principio de sentimiento transformóse en honda turbación, y abarcó el infierno, que parecía no tener horizontes, con ojos llenos de extraña piedad. Ya que la imagen aumentaba el sufrir, debía ocultarla; cambió de cumbre, y el clamor se aplacó como un trueno que desmayara en sus ecos.

Miró el rostro de la santa. El grito aullante de los réprobos se había definitivamente ahogado en su dolor mudo. Su concentración era un silencio tan enorme que mataba todos los ruidos. Satanás volvió á mirar la imagen. El recuerdo del ángel de otro tiempo surgió en su alma como una luz que, al extinguirse, la convertía en infinita sombra. Entonces, desprendiéronse gruesas lágrimas de sus ojos y cayeron ardientes sobre el pañuelo. Lloraba, contemplando los vapores ideales de unas nubes más altas que el lugar habitual de las estrellas, y que semejaban velos de inmaculada nieve, guardándoles un sitio azul en la expectativa de su fulgor de oro.

Al poco tiempo, no encontró en la tela el rostro de la bienaventurada; lo había borrado el llanto, y pensó: «Ha desaparecido para que no lo toquen mis lágrimas». Después se preguntó si á fuerza de tentar

no sentía una de las formas de tentación como propia enfermedad; la pureza de la monja, venciendo su perfidia, había perfumado su alma. Se puso de pie agitando el lienzo del milagro, fruto de la fuerza que nunca podría vencer, y se lanzó con más odio al mundo, á inspirar el robo, el homicidio, la lujuria, la traición, la calumnia... Pero decidió no arrastrar á los hombres, prestándoles las alas que desafían el misterio de la muerte y que engañan, purificando, al parecer, el aire que envenenan; no perderles, en fin, por el nefasto amor, que le había dado un instante de compasión, haciéndole llorar en pleno infierno al antiguo ángel del Empíreo!

EL RUISEÑOR INDISCRETO

En el jardín, canta el ruiseñor, invisible entre las ramas de un árbol que, tocado por la luna, se construye una sombra. De lejanos rincones de la memoria, brotan imágenes que son para el solitario paseante fragmentos de vida. Algunas vienen envueltas en tules glaciales; otras, ardientes, traen reflejos de invisibles hogueras. Después reinan las de la infancia, vestidas de blanco con el traje de su alma.

Al comulgar con Dios en aquel día, besó todas las flores, sintió en sí mismo cantar todos los pájaros y chispeó en sus ojos un rayo de todos los soles. Y el Dios lo era de la Creación en hermosura y del Calvario en amor, y el amor con la hermosura, le comunicaban un esplendor de incomparable pureza. Cuando una mujer le dió el primer beso apasionado, también de blanco vistióse, y halló fundidos en esa inmaculada blancura, todos los colores que embellecen la vida; y de blanco la vió partir para siempre, y los jazmines que perfumaban el sudario, renacieron en su espíritu, cubriendo la muerte de sus ilusiones.

Así, desde la más antigua sensación divina al sentir la omnipotencia, fué la blancura compañera inseparable de sus pasos, hasta convertirse en su claro de luna interior.

Y el ruiseñor canta en el claro de luna verdadero, sobre el árbol, y en el brillo sepulcral á que el pájaro da su voz, las imágenes fugitivas, se hacen de carne y hueso. Llegan alegres y sollozan. Parten tristes, y al alejarse, ríen. El júbilo y el dolor renacen en un círculo, agrandado por el golpe de piedra que ha roto la armonía del lago. Lago dormido era el alma: ¡ah, el canto perturbante! El desfile se anima. Ningún gesto tiene palabra y todo gesto es acento de un grito mudo. La luna las alumbra, y la tristeza melodiosa del ruiseñor en vano quiere volverse expresión de su violencia torturada. El paseante se enternece de mirar él mismo las imágenes, como si no fueran sus hijas. Y esas imágenes son sus Afectos y sus Pasiones, ya llevando vida solitaria, ó buscando, para vivir, el calor de otras existencias. ¡Curiosa linterna mágica! En el fantasmagórico cuadro, las ráfagas de pasión que cruzan, se impregnan repentinamente de sangre, de alegría y amargura, de calmas é inquietudes, y repentinamente se evaporan como chinescos espectros. Sus afectos y sus pasiones resultan nada: un vestiglo y una sombra, la línea proyectada sobre el suelo por el humo que, ascendiendo, se funde con lo infinito. Y

el ruiseñor torna á desprender de su cascada de cristal arpegios que se convierten en notas, de la misma luz que canta para brillar divina.

Otras imágenes de ideales, vaporosas vestiduras, se adelantan, esbozando profundas reverencias. El paseante no se atreve a preguntarles por qué no hablan en su ceremoniosa etiqueta, pues cree ver en la severidad de sus actitudes un reflejo de su duelo. Aunque el animado movimiento parece en algunas alejar el dolor, se les hiela la sonrisa. ¡Ah! Sus Sueños tomaron, al salir, vida propia, y después de pasear sus emociones bajo diversos climas, le reprochan su nacimiento. ¡Vivir! ¿Y para qué?

Entonces, los evoca en su principio y los mira como sombras inconscientes de un caos. Muchos, cobran formas que palidecen, semejantes á bujías en el esplendor solar. Pero una mujer de nieve, que oculta realmente el fuego capaz de fundir el bronce, avanza, los toma de la mano, y, á su contacto, el color se hace palidez y la palidez blancura, la sangre que animó sus miembros se les convierte en hielo, el contorno vagaroso se consolida, la cabeza inmovilízase en actitud inmortal, y resplandecen las estatuas.

Ved otros sueños, palpitantes como el agua, movibles como el viento, persiguiendo luces para ostentar sus colores, dejando de ser ilusión, entre fantasmagóricas perspectivas, que los transforma, con su

engaño, en vivientes realidades. Así, en quiméricos parques, en alcázares y templos, en ríos y océanos, viajeros de todos los países, habitantes de todos los reinos, ávidos de todos los aires, mujeres y hadas, sirenas y espectros, seres y cosas, en la plenitud de una existencia artificial, despiertan las campanas del culto del amor á la hermosura, que unen el cielo y la tierra.

Á su conjuro, un insólito personaje, agita las fibras de las plantas, donde se estremecen las flores; y conmueve las nubes que inclinándose le cubren de palios, contentas de ondular en el suave viento de la armonía. Las fuentes le retratan, ansiando ser ríos para correr con su reflejo en un transporte de gloria; los hombres y las bestias, oyéndole, sienten palpitar en una cambiante vibración, toda su vida; y el tumulto de las propias imágenes, de sus sueños, sale de sus labios febriles y prodigiosos. ¿Es un aede antiguo, un trovador medioeval, un obrero de yunque, fuego y rimas? En su conmoción: « Soy yo mismo — se dice — Orfeo vive en mí, entra en mi alma, y la hace resplandecer ». Y los versos cimbreantes, centellean, se inmovilizan, rugen, sollozan, iluminan con el color de los paisajes y seducen con la serenidad de la piedra.

Mas, de pronto, sus ideas sacuden las palabras; huyen de su red como de sudarios de muerte y rompiéndolas, buscan infinitas alas. Después, al sen-

tir que sus imágenes se vuelven corazón de la onda armónica, en donde se transfunden en ráfagas de notas, en lluvias de arpegios, en el rapto único y triunfal de un ritmo que lleva en su ápice al mismo Dios que lo engendra, exclama: « Mi alma es la hermosura. Ella es la que varía, se colorea, se esculpe, y sueña y canta.»

Repentinamente, el ruiseñor enmudece. Los últimos trémulos trinos, en vez de mezclarse á la luz de la luna, se evaporan, se difunden y expiran en su gloria inmaterial. El paseante presencia también la huída de su mundo, borrado por maravillosa mano, y sólo le queda lo rígido de la estatua, mientras el color que se va, impone tétrica sombra, y las voces que se apagan siembran mudez eterna. ¡Ah! ¡el ruiseñor! No le bastaba gemir en el árbol y ser alma de la tristeza del claro de luna. Vertió las notas en su lago dormido, en el abismo, que conquistara el reposo, olvidando su existencia. ¿Por qué remover las antiguas voces? ¿Por qué recordar, pensar y soñar? ¿Por qué reunir esos verbos que hace rimar el sufrimiento?... El paseante suspira por las imágenes de sus Sueños, y encuentra, como de sus Pasiones y de sus Afectos, solamente fantasmas. Son también la línea que extiende una nube sobre la estéril arena al perderse en lo Infinito. Pero ¡ay! más difícil aun es encontrarla. No refleja al sol en su gloria: todo eso se reduce á la sombra de un

humo, proyectada por el brillo de un rayo de luna!...

El ruiseñor cantó sobre el abismo. ¡Maldito ruiseñor desvelado! Y el paseante mira al cielo, para él otro abismo, pues busca entre las constelaciones la estrella que no existe. En un reloj da una hora grave, que parece venir desde el fondo del más lejano tiempo, y ese ligero soplo de alas cae como una cruz sobre sus hombros. «Adelante — se dice; — en marcha». Y parte, casi sonámbulo, con los pies fatigados, con la sombra tras el color, el silencio tras la armonía, y el mutismo tras la palabra. Cree que su cabello ha encanecido en aquel minuto, enterrando su juventud bajo su blancura de muerte. Cobra horror al sol, ya pronto á levantarse de las sombras del horizonte, á refulgir en sus miserias, y murmura una oración impotente, queriendo detener el curso de las estrellas y la movilidad de la luna!

LA CHIMENEA TRÁGICA

Ved en Brujas, en la gran sala *échevinale* del Palacio de Justicia, el gran cuadro que representa el antiguo Concejo. Los jueces, de pie, vestidos de negro, sin más blanco que los encajes de cuellos y bocamangas, lucen sobre las espaldas sus largos rizos. Rodean una característica mesa verde, y la que sirvió de modelo se encuentra en el otro extremo del salón. Sobre ella está el mismo tintero de la pintura: especie de monumento en bronce, suerte de una fuente bautismal gótica.

El salón, tallado en cedro, tiene un grave banco en círculo, invitando á sentarse, y se complace en el silencio, ya que no puede contar las memorias interesantes de lo que ha visto. Cuatro inmensas tapicerías ponen en los muros, un mistério verdoso de hoja que al marchitarse, alejándose de su ideal verano siente que un espíritu meditativo, infiltrado en su desvanecimiento, no la dejará morir del todo. El león de Castilla y el águila imperial se mezclan en sus tramas á flores y frutos de la tierra, en co-

munión pictórica con alas de ángeles del cielo. Los retratos de reyes y caballeros, diseñan armaduras en vez de lucir mantos de corte, prestos á dispararse al combate desde sus fondos sombríos. Dos relojes, labrados en los paramentos, yerguen la esfera negra, de números áureos y flechas sangrientas, evocando así las horas que sobre el luto de Flandes eran doradas para la gloria del Imperio. Cerca de un ángulo la chimenea esculpida celebra aún la batalla de Pavía. Adán, con su maza de gigante; Eva, con hojas y flores en la cabellera, parecen forjados en el profundo hogar, por fuego de otros tiempos. Sobre los mármoles obscuros de las columnas, ángeles de mármol blanco ofrecen frutos; la historia de Susana desarróllase en bajos relieves; y arriba, en el último cuerpo, Carlos V, pisando leones y tendiendo el mundo y el cetro, recibe á la procesión de reyes, encabezada por Fernando y Maximiliano de Austria. La sala señorial y augusta, en torno de la chimenea, busca la voz, que ha muerto como su fuego sin dejar ni cenizas, por fuerte y devorante.

—Toda chimenea — murmuro — reclama la leyenda que inspira.

— «Sí — me interrumpe el cicerone, — y aquí en Brujas más de una posee antros misteriosos que la imaginación llenaría sin temor, pues la realidad de sus memorias sobrepuja á los sueños.

« ¿No habéis visto la del castillo Gruuthuse, que

se comunica con Nuestra Señora por una logia? Pues bien, desde la logia, donde se asistia al oficio divino, podía un señor subir a lo alto de la chimenea. Allí se había hecho fabricar una especie de confesonario. El cariñoso calor del fuego en el invierno despierta, con el bienestar del cuerpo, la intimidad de los espíritus, y nada mejor que uno de esos escondites para sorprender las indiscretas conversaciones de los guardias. ¿Que hay una conjuración? Qué sitio mejor para oprimirse naturalmente y contarse las cosas de cerca, sin más testigo que la llama, en cuyas cenizas va á sepultarse el secreto!..

Pero el señor aquel no sabía (y débese añadir que este ascendiente no tiene nada de común con el noble Luis, protector de las artes, y conde de Wínchester, que sembró el bien con sus riquezas); no sabía que su escondite era conocido. Fatigados sus guardias de aguantarle, esperaron la partida de su hijo á Gante. Entonces, aprovechando una alza brutal de los impuestos, amotinaron á los vasallos.

«Anticipadamente, tapióse el corredor que por el muro de Nuestra Señora iba á la torre, y el otro, que daba por un subterráneo, al campo. Los alabarderos que repelían el ataque, se declararon impotentes; el gentilhombre tuvo que huir: trepó á la chimenea, y la puerta cerróse para siempre, resonante como la terrible de una tumba. Corrió la voz de que se había ahogado en un canal, y el hijo, al día si-

guiente, le hizo cantar sus funerales. Figuraos á la víctima, oyendo, enmurallada, el clamor de los salmos, mientras entre inútiles gritos, respondiendo al canto de su muerte, pugna por agarrarse como con garfios á la vida. Vedle huir de los acentos, y retroceder ante un fantasma que, evocado, se adelanta, cual si no brotase la alucinación de sus entrañas mismas! Arrástrase por la galería hasta el salón de la chimenea. Percibe vaga la mofa de sus feroces verdugos, y sacude en vano la puerta, maldiciendo á la canalla, sin pensar en sus culpas... Mas, de pronto, le envuelve el calor de los muros que tuesta el reflejo del hogar ardiente. El señor, inconfeso, se acerca al trance fatal; no se ultima por no perder más á su alma, y en la sombra del recinto su conciencia le recuerda sus crímenes con rasgos fosforescentes, y quien no tembló jamás en las batallas, vierte el sudor del espanto. Apenas, del mundo, le llega, la intangible visión de su vida antigua y el viento envidiable que pasando los hierros dĕ lejana buhera sale á echar al libre espacio su elegía zumbadora... Todo esto me estremeció la mente, cuando asistiendo, en mi primera juventud, á las reparaciones del castillo, saltó una piedra y cubrióse el obrero de un polvo blanco: ¿Cómo, cal? — exclamó un joven arqueólogo, abriendo tamaños ojos. La pregunta no quedó más de un minuto sin solución: tras otro golpe cayó á nuestros

pies una calavera. Evocamos entonces la vieja leyenda convertida en historia por aquella boca sin voz, é ilustrada por dos cuencas vacías que debieron reflejar, llenas, el martirio de la locura...»

El guardián acabó su relato creyéndome convencido... No hay música que se sienta tan intensamente, como aquella de un artista muerto que ya no puede repetírnosla: no hay cuadros, para que el espíritu sueñe, como aquellos de un crepúsculo, vislumbrado en paisajes que no volveremos á visitar; y no hay para encender la imaginación ¡oh mi buen cicerone! como una chimenea en donde no arde el fuego desde hace varios siglos!

NOCTURNO

El barco navega; el mar gime. Colgada del cielo, en el centro de la noche, resplandece la luna. Si una nube la envuelve, camina ligera con sus cargamentos de montañas, al parecer, leves como de plumas. Si se detiene, inmovilízase y platea las vastas aguas temblorosas...

Dice una voz:

«Bogaba con la virgen núbil en el lago amigo; el aire era tan translúcido, que el cielo parecía otro lago. Miraba palpitar en la lámina profunda, real y quimérica, fantásticamente las estrellas, y alcé los ojos creyendo que los suyos, astros para mí en la tierra, reflejábanse en las transparencias del firmamento. No pensaba que nuestro mundo, lleno de los hombres y de sus dolores, contemplado desde allá, era pequeño como un diamante, que apenas puede servir de adorno para una frente.»

El coro:

«Amor, amor.»

Otra voz:

«Yo vi la luna, en noches como ésta, llenar el valle, y esculpir los peñascos y los árboles, espiritualizando los contornos con esfumino ideal, que da al verde palidecido, y al blanco calcáreo, opalización inefable. Vi alzarse de todo inquietas aspiraciones: se sufría ante el vago ensueño de las cosas. La creación entera, exaltada en el flujo de nueva vida, reflejaba la angustiante sensación de lo Infinito. Su inenarrable transporte, y su onda de universal melancolía, fundiéndose en un firmamento vacío, se presentaban como una forma de la muerte. En el silencio augusto, parecía miserable la idea del bullir de los gérmenes; y los insectos se aprovechaban del tierno encanto de la luz, para mezclar sus amores al tibio ambiente. Entonces, huyendo de mí mismo, me abracé á mi querida, me refugié en su seno. Con la emoción de su beso, quería olvidarme del alma; y lleno de temor supersticioso vi que sus cabellos, más negros que la noche sin luna, arrojaban sobre el suelo sombra, que era el principio de una eternidad de sufrimiento.»

El coro:

« Amor, amor. »

Otra voz:

«Yo he admirado la luna á través de la ojiva del convento, y así la admiro siempre. El astro, que tiene la aureola de Jesús, me hace pensar en las inmacu-

ladas tocas de lino, en las mujeres de alma ideal, en las hostias, en los cirios, y en la muerte salvadora, que es pálida. Sus montañas son fantasías de nubes de incienso: ¡ah!, feliz del peregrino capaz de ascenderlas y tejerse una mortaja con la fría luz, eterna gloria del casto espíritu!»

El coro:

«Amor, amor.»

Dice un rayo de luna:

«Vengo á morir sobre la tierra. ¿Por qué me ofrece siempre las ruinas, el campo, los sepulcros, el mar? Nunca un regocijo. Donde hay fiestas, me atacan las luces de la alegría, triunfan y me arrojan. Nací en un astro muerto, pero quisiera vivir, y esa esperanza forza mi vano ensueño. Yo no puedo fecundar las simientes ni conozco los colores de una flor: ¿mas, que os lleva á imitarme? ¿No distinguís los matices, porque vuestro aliento, como mi luz, con sólo acercarse, los transforma y entristece? ¿Cuando los ojos llegan, murmura vuestra alma, es tarde ya?... Tenéis el sol, amadlo. Los que idealmente recuerdan á una mujer, los que gustan delicias en su beso, los que la olvidan en la seráfica paz del claustro; todos, en fin, creed en la aurora y cerrad la ventana á la luna. Pero el sepulcro, la ruina, el mar, me atemorizan menos que vuestras frentes; el pensamiento me hace revivir en ellas; se dobla mi angustia y considero

placer lo que llamaba agonía, brillar en los montes y en los lagos de mi muerta cuna!...»

Los peregrinos no oyen, siguen con sus recuerdos y sus sueños, mirando las aguas, el firmamento, el astro, hasta que las nubes echan su telón, y dicen: «Basta por hoy; el espectáculo, para ser gratis, duró bastante!»

EL CABALLERO DE LAS FLORES

La pureza indecible de aquella alba, tal como en el cuadro de Rochegroose, hacía creer en el alumbramiento de uno de los primeros amaneceres del mundo. Más allá de la pradera se divisaba, en los lindes del bosque, un castillo. Reinaba la época de alegres y sangrientas cacerías, alternadas con sangrientas y, estamos á punto de decir, alegres guerras. La fama de Merlín era real y no quimérica, y muchos de sus discípulos vivían entregados á descifrar la lengua de los astros y las virtudes de las hierbas. El castillo, el bosque, el prado, tenían también su hechicero, que mezclaba al terror de sus misterios, la gracia amable de sus fábulas. Y en aquel amanecer de incomparable pureza, se lo encontró en el bosque un joven que llevaba en la diestra una lanza y una flor en la otra mano. El mismo aire que movía el leve vapor de nieve de ligera nube en el cielo, jugaba con el haz de plumas de su casco de bronce... Bruscamente preguntó al viejo: «¿Por qué el perfume de esta flor acabada de arrancar me

da tristeza?»; y el viejo respondió con la narración que, quizás un poco adulterada por la memoria, repetimos:

«Entre los genios de la comarca había uno, más raro, más impalpable, más luminoso que sus colegas. No se le conocía vivienda y gobernaba el prado. Ya en el bosque se sabía la construcción de un castillo, por hombres recién llegados; pero él lo ignoraba, y huraño, no veía á sus vecinos. Muchos de éstos pensaban que el alumbramiento de un prodigio lo obligaba á su existencia errante. Hasta creyeron sorprenderle arrojando polvos sobre la tierra, y reconocíanle una forma superior, que apenas vislumbraban; pues así como ellos eran invisibles para los humanos, había otros genios superiormente maravillosos, de invisibles atributos para su naturaleza. Y he aquí, en verdad, lo que sucedió en el amanecer de la nueva primavera.

«El rey del prado, bajo el aspecto de un caballero, tiene en el rostro intensa palidez; la extraña palidez de un muerto, recibiendo el tambaleante aliento del alba. Es el fruto de constante vigilia aumentada por angustioso insomnio. De pronto, sus grandes ojos abiertos empiezan á combatir la palidez mortal. Brilla su frágil coraza hecha de armaduras de insectos con prismas resplandecientes. La savia del paisaje, palpitante de frescor, corre por sus miembros, y él, emblema de juventud, sonríe con gracia.

Una plegaria quiere brotar de sus labios, cerrados por la caricia de un soplo inspirante. El verde prado va hasta el horizonte, que le envía el oro de la naciente gloria solar. Los brazos del caballero se tienden, y pronuncia al fin la palabra del conjuro. Esta vez, confiado, espera.

«En su torno hay cimbreantes hojas esmeráldicas. Hay flores sangrientas, caprichos de fantásticas heridas; hay flores de nieve que conservan en el alba el beso del último plenilunio; hay flores que ofrecen topacios, á los rayos del sol, semejantes á sepulcros dignos de su cuna. Las hay de todas las formas y de todos los matices. Hay tentáculos trepadores que, no teniendo árbol donde enroscarse, ni muro que tapizar, se revuelven como serpientes, acariciándose á sí mismos. Entonces, cada flor abierta en las matas produce algo intangible, compuesto de las transparencias de una gasa, ó de luminosa flexible cera, que al soplo vivificante del aire penetrado de matiz, se corporiza en contornos de mujer. Una de ellas, avatar de una sola blanca rosa, le habla al oído, mientras flotan sus cabellos rubios, prismas de color capaces de volar sin disolverse. El caballero, que no oye, ya no sonríe. Genio del prado, desea convertirse en soberano de los genios nacientes de las flores, sin pertenecer á ninguna.

«En tanto, levantan otras pétalos sangrientos en cabelleras como guirnaldas, con el perfil de aire lu-

minoso aprisionado entre los tonos vivientes, tan etéreas, que una espada, sin sacarles sangre, las puede hendir, reflejando la luz evaporada de las heridas. Al moverse en su gracilidad, simulan brisas que tocan las flores aun no transfiguradas por el prodigio.

«Á poco, el conjuro estremece la planicie entera. Algunas mujeres conservan, de la flor originaria, un cáliz en la cabeza, para perfumarse con el turbante insólito. Perdidas entre las hierbas, dejan ver muchas los trozos de sus cuerpos blancos y reflejos violáceos, purpúreos, amarillentos, de las flores no transformadas que las entrecubren. Muy cerca, un busto, tiende el haz de brillos de su carne seráfica, y húndese en los altos céspedes, prestándoles el chispeo de sus matices. No lejos, un rostro primaveral, luce el cabello de canas de un jazmín, y buscando su cuerpo, se hallan macizos de violetas. Y así, en esa confusión de luces y transparencias, de luminosas carnaciones, de reflejos de prismas, de cabelleras tenues y hojas flexibles, no se sabe dónde empiezan las flores y dónde las mujeres.

«Mas todas elevan los brazos al caballero impasible, mientras sus ojos llenos de luz, se absorben en lo infinito. Algunas, que pisa, se retuercen, crispando por entre los céspedes las manos, como náufragas que luchan bajo el mar. Muchas le atraen con negligencias ensoñadoras, dejándose cubrir por las

suaves caricias de las hierbas. Otra emerge hincando las rodillas sobre simples flores, en firme y ondulante movimiento escultural, con carnes más animadas, más reflejadoras, más juveniles, y, sin embargo, moribundas en su misteriosa languidez. Parece, en silencio, demandarle perdón por el atrevimiento de quererle seducir; encantadora ante sus ojos, es muda; pero una cómplice, con espontánea gracia, murmúrale algo al oído, cual si el genio debiera mezclarse al destino de la que vive en el transporte de su agonía.

«Él, impasible, espera que se dilate el prodigio hasta el término del horizonte. Aspira á imponer á los genios de las flores el yugo de su hermosura y su adoración, como amable y único monarca. No quiere amar á uno ó admirar á otro; todos le son igualmente simpáticos. Los colores, los movimientos, las voces, representan soplos de su fantasía. En éxtasis, ante su propio ensueño, goza de la ebriedad inefable de su fuerza, y no advierte, hasta sentirla cerca, la cabalgata que sale del nuevo castillo. Coagúlase la savia oculta de sus matices en el frío del terror de los hombres desconocidos; les ve adelantar, y entre la angustia de toda separación que quiebra una vida, levanta la palabra del conjuro y renuncia á su imperio. Se agitan los espíritus alados de perfumada brisa; las flores en la pradera pierden sus seres, quedan temblorosas, y el hálito que se va, deja á cada cáliz un suspiro. El genio, con los prismas

de su coraza, pierde la luz de sus ojos, y en haz palideciente, se extingue, cual llama de bujía, en la atmósfera del sol ya alto, que dora los cascos de los rudos caballeros...

«Han pasado los años—añadió, al terminar, el discípulo de Merlín.—Se abren y mueren flores, y nuevamente abiertas, vuelven á marchitarse. Pero cada planta de la pradera guarda el recuerdo de la mujer que la hechizó por un momento. Y cuando algún joven corta una flor del tallo y aspira su perfume, siente la tristeza de un vacío, que engendra el repentino amor de una cosa desconocida!»

CENDRILLÓN

El último de los hijos de maese Federico ha muerto en una catástrofe. Un parte, con la lista de las víctimas, se lo anunció; y su mujer acaba de recibir una carta, posterior al fatal telegrama. Lleno de salud y júbilo, les escribe el sargento aquel, fuerte y hermoso. El padre, enérgicamente, abandona á la pobre madre, gimoteante en el lecho. Para Navidad, que se aproxima, ha prometido diez muñecas, de las mejores suyas, gloria de Nuremberg, de las que llevan pelo verdadero. El hambre espía á la puerta, y hay que olvidarse del llanto. El artífice empieza á tararear, pues desde tiempos inmemoriales, en aquella casa, sus abuelos, no han construído de otro modo una muñeca. Tiene algo de tenebrosa la canción del viejo y aparece tristemente raro, en la tarea trivial de embellecer el esmalte de una criatura de crin. Acentúa su tarareo para alejar sus ideas; mientras adorna con encajes el vestido, pone un cinturón, ó añade un moño. Las demás muñecas muestran sobre un anaquel, sus sonrisas esteriotipadas, felices en la frivolidad que las anima, y llenas de una gracia tonta

que baña un rayo de sol, tienden sus brazos rígidos, á intangibles visiones cercanas, con dedos que indican puntos distantes. La lámpara alumbra un rincón, lanzando al techo un círculo blanco. En el muro del fondo, una sombra crece, se mueve, adelanta, retrocede, después se inmoviliza. Las penumbras del tugurio exhalan escalofrío de tristeza. La vieja ya no llora, y su forma inmóvil abísmase más en el dolor de su alma. Parece una buena hada, á quien la pena convierte en bruja; ella, desde el lecho, debe de infundir á las muñecas virtudes y dones, y las ya concluídas, rozagantes, desean verse libres de tales lutos, para realizar sueños en las cunas felices.

El hombre se da un golpe en la frente. El esmalte está terminado, los bellos ojos azules de la muñeca contrastan con sus dientes, en hileras de perlas: pero su calvicie es lamentable, y el pelo se le ha concluído. Debe entregarla al día siguiente: la sombra en la pared pierde su inmovilidad, y una voz murmura: «Toma de mis trenzas»... Maese Federico vuelve con un mechón realmente de nieve, cual si una savia helada de amargura lo hubiera emblanquecido. Lo sumerge en las copas de tinte, y sale transformado en manojo de rayos. Esa evocación del sol sobre el albo pelo, se asemeja á la oración dolorosa del viejo. La bruja mira la muñeca concluída, ve el áureo nimbo del infantil embeleco, siente sobre su piel las canas, y ríe de extraño modo.

* * *

¿Quién dice que las cosas no son, en las armonías de los hechos, predestinados espirituales detalles? El destino es inspirado artista. Preguntad quién fabricó el sombrero inverosímil de un tipo que pasa. Nadie lo sabe. ¿Por qué lo eligió el personaje? Otra incógnita. ¿De qué azotea, árbol ó astro, cayó un día sobre su cabeza, exclamando: «aquí estoy», como el capitel precioso de la columna? Igual misterio. Pero no habrá dibujante capaz de idearlo mejor, pues el buen caricaturista estudia la *fantástica realidad,* sabiendo que el destino que empuja las cosas, sonríe en la sombra á los encuentros providenciales. También á ratos su buen humor inteligente deja de ser risueño, y se arma de cruel ironía. Así... pero escuchad mejor. Ha llegado el día de Noel: un enjambre de criaturas revolotea en torno de un pino trasladado á París desde los Alpes, y cubierto de juguetes, en el Palacio del Hielo. Sobre la pista helada, los trineos van y vienen, rebosantes de rostros sonrientes. Tíranse á la suerte las muñecas de Nuremberg, y los palmoteos resultan salvas. Entre los niños franceses hay algunos extranjeros; y á una preciosa criatura americana, tócale la más linda muñeca. Temblorosa, la estrecha emocionada contra su pecho, con el movimiento natural de una madre, y á nadie se le ocurre pensar que ya en su gozo se abre

el germen de un temperamento, destinado á ser la fácil presa de los dolores humanos. La fiesta prosigue su curso. El Todo París en miniatura encántase en el desfile de los cuentos de Navidad, en cuadros vivos. La orquesta regocija el espacio luminosamente brumoso, donde el fulgor níveo, azul, de las bombas eléctricas, confúndese á la reverberación lechosa del hielo. Pero la niña no quiere quedarse, sino llegar á su casa con su tesoro; ya le ha puesto á su muñeca un nombre: Cendrillón.

Sí, Cendrillón. Pero no la Cendrillón llorosa, frente al fuego extinguido, cubierta de andrajos; sino la arropada de sol en la noche, la elegida por el príncipe, la digna de amor porque ha sufrido. Y la criatura besa su áureo pelo deseando darle en el estrecho ambiente del coche, calores más íntimos. El padre la abandona un momento en busca de su equipaje. Á los ojos hechos en el Palacio al fulgor de las bombas eléctricas, los sorprende la luz acerada de la tarde entre los plátanos escuetos. Y la niña, al ver el día que dejó radiante al entrar, extínguiéndose al salir, no comprendiendo que el sol se vaya, estando ella tan alegre, pregunta:—«Papá, cuando el sol se cansa, ¿duerme?»—«Sí, hija mía»,—le responde el padre, sonriendo,—«para soñar en ofrecerte un nuevo día más hermoso.»

* * *

¿Por qué Marta, en su estado de dolor, se empeña en abandonar á Buenos Aires por su quinta de Flores? Es aquella misma niña de París, que, hoy vestida de duelo por la muerte de su padre, tiene treinta años, y varias existencias de amargura. Vive separada de su marido, que la traicionó con su mejor amiga. Su pobre ser puro y enfermizo, hubiera soportado todo de aquel hombre á quien amaba, menos su cinismo en el ultraje. Le quedaba un refugio, su hijo; y con él, casi moribundo, marcha á encerrarse en su viejo jardín. En la casa nació ella y murieron sus abuelos; y allí su padre á raíz de la desaparición de su mujer, empezó á rodearla de los mimos que lo convirtieron en el gran cariño de su vida. Entregada á sus continuos viajes no había vuelto á Flores, y de pronto se alzó en su espíritu esa imagen, como si el espectro de su infancia, conservado entre los árboles, fuese á salvar á su hijo.

La tarde que la recibe, de rara hermosura, luce placidez de antigua diosa, soñando reinos maravillosos, al pasar por la tierra. El aire, envuelve los objetos, en su hálito tibio, toca los rostros, llega á las nubes, y sonríe á su voluptuosidad ligera. En las proximidades de la quinta, los jardines han cambiado. Libres de sus cercos de maraña, muestran, entre verjas, sus geométricos parques. Las figuras de césped,

rodean los molinos que se yerguen, girando alegremente como colegiales en recreo. Marta sufre una impresión penosa al no reconocer las calles. Felizmente, divisa pronto la línea de ligustros, trenzados con alambres, y cubiertos, cual siempre, de grandes moscas negras zumbantes como abejas. ¡Ah! sí, detrás sonríe el espectro de su niñez, embalsamado por los rosales y los jazminez, bajo la sombra de los paraísos.

El corazón le palpita, en el portal de madera, en donde se enrosca una cadena. Varias mocetonas salen á su encuentro en torno á una vieja italiana; vienen ruidosamente, y al ver la elegante señora, deteniéndose contrariadas, retroceden con timidez vergonzosa. Ella saluda á las compañeras de su infancia; les estrecha la mano, y la vieja italiana, encontrando el espíritu de su raza: «¡Oh!—dice entre aspavientos—cómo ha embellecido la niña». La niña, entonces, se dirige á los chicuelos, que se ocultan en las piernas de las madres; pero una voz la distrae preguntando, en francés, desde el coche, si debe despertar á la criatura. Marta responde que no, y manda se la baje cuidadosamente; las mujeres, se abren á su paso, y miran el pequeño ser, envuelto en el misterio de las palabras que no comprenden, como si fuera de superior naturaleza. La madre, oprimida, le sigue; y en la escalinata del chalet, al sentir en su rostro las guías de los jazmines, desbordán-

dose del techo de cinc, se pregunta por qué ha venido á envenenar más sus dolores y acrecer más sus angustias. Óyese una tos y arrastrándose como una foca lamentable, se acerca un perro. Ella se detiene, inclínase, le toca el cuello, lo acaricia; la pobre bestia abre sus ojos, en que parecen pesar el sueño, el tiempo y el aburrimiento. Marta, exclama: «¡Leal! qué nombre bien puesto, mi buen Leal...» ¿Es ilusión de su mano? Cree que su voz lo ha estremecido. ¿Es ilusión de sus ojos? Cree que Leal, juntando lo que le resta de vida, en un esfuerzo desesperado mueve penosamente la cola; no puede afirmarlo, porque las lágrimas le obscurecen la mirada.

Deja al niño en el lecho, y sale al jardín. No es posible que una sensación muy natural de pena destruya la ilusión de su esperanza. Aquellos árboles, tan unidos á su corazón, darán á su hijo la robustez de su savia. Está precisamente ante una enorme araucaria que evoca el día de su nacimiento. Cada año prestaba al tronco un piso más de verdura, y se yergue cual magnífica pagoda. La mujer y el árbol se han encontrado al fin, frente á frente, en el esplendor de su vida. Algo de dulce amistad baja en su sombra, y su impalpable caricia inspira sueños felices: los pájaros, que saltan entre las grandes hojas, murmuran que el enfermo va á curarse. El techo de la glorieta, podrido por las lluvias, se ha derrumbado; pero la red de su enredadera, que

subía á hermosearla con un manto, hoy cubre piadosamente su miseria. ¡Sí! todo habla de afecto en aquella casa de sus padres. Un ajetreo metálico, la saca de sus ideas: y el cencerro avanza, y su corazón late; y oye al cencerro antiguo, al de siempre, un poco más bronco. Y sin embargo, los cencerros no lloran, luego no viven, y no puede enronquecerlos el sufrimiento!

Llega al cerco y atisba. Una vaca, á tardo paso, relámese de vez en cuando el hocico, con lengua húmeda y rosada. No es el viejo chalán, ya sin duda dormido bajo los grandes eucaliptos del cementerio del Bañado; ni es la Carmela, con la mancha en triángulo sobre la frente, y un cuerno roto... Pero Marta hace detener al hombre. «Mi hijo se muere —grita;—la leche de vuestra vaca va á levantarle. Pronto, pronto...» El hombre, perplejo, llena su vaso y ella gozosa ve cómo humea la bestia, derramando un olor de salud, cual vaho de heno caliente. Y corre con la leche, se precipita y despierta al dormido, que la abraza con un afecto casi pegajoso. Viene de un lejano país desagradable, de pena y de abandono, y se refugia en el seno salvador. Marta le dice palabras cariñosas, de dulce gracia, en donde el acento de la ternura transforma en realidad el deseo. El niño toma al fin la leche, y pesando en las faldas maternales, vuelve á cerrar los ojos, acariciado por su perpetua somnolencia. Aquélla mira el vaso va-

cío y no se explica ahora, ni por qué su contento, ni por qué su esperanza.

Contempla la quinta á través de los vidrios. Los altos pinos y ligustros hacen una sombra espesa y el sol que, al morir, riela en el leve temblor de las hojas, como sobre láminas de agua, fíltrase abajo en lo que semeja una gruta y enciende una flor de sangre sobre las verdes malvas... La mujer vuelve los ojos, y una idea como un relámpago, se escapa de una cómoda. ¡No está allí Cendrillón! ¡La pobre Cendrillón olvidada, que espera el sol del júbilo! ¡Cendrillón, con su cabeza de oro, y sus ojos negros: Cendrillón, la iluminadora del momento más feliz de su vida! ¡Ah! ¿por qué no dársela á su hijo como novia ideal de la niñez, hada propicia, ave de la salud en un nido de inocencia? Abre el cajón y la halla. En su traje, los colores no han muerto, y conservados en la sombra, le visten de lumbre la ilusión. La pone junto al enfermo, pensando en su alegría al despertar, y de pronto palidece. Se restrega los ojos estremecida por el último rayo de sol que alumbra al niño y envuelve la muñeca. Cendrillón cubierta de canas, la observa, extraña, fantástica, terrible; no se pregunta qué es aquello, ni cómo pudo ser; comprende que en el más venturoso minuto de su existencia le brindaron un don funesto. Adivina en la novia que quiso ofrecer á su hijo, un símbolo sobrenatural del dolor, que viene á llevársele sin ense-

ñarle nada de la vida; y en el sueño de la criatura, ve sin esperanza el primer beso de la muerte. Anonadada, contempla la sombra profunda bajo los árboles, en donde ya el rojo de la malva se ha extinguido. ¡Ah! el sol no duerme para soñar un nuevo día más hermoso, como le dijo, ocultando quizá sus angustias, en aquella tarde su buen padre. Ahora bien lo sabe; va á refulgir, en el otro hemisferio, sobre nuevos dolores concebidos en la sombra; pero ignora que al bañar á Nuremberg, entrará sonriente en un tugurio, donde vive una pareja que feliz se abraza, sin acordarse de sus antiguos moradores, fabricantes de muñecas!...

AGUA FUERTE

En el oriente, el horizonte convierte su claror difuso en intensidad penetrante. Su luz empieza á ser caricia; impregna las cosas con un flúido que las anima y con un cincel que las esculpe. Es el crepúsculo del alba y se confunde en este momento con el de la tarde. La tristeza del invierno los aproxima, dándoles igual apariencia. Del uno brota la fulguración triunfal del día, del otro su muerte completa en la sombra. La luz huyente de aquél, en adiós de moribundo, exhala un soplo febril, concentración de vida, que se junta toda para aniquilarse: la luz de éste muestra el estremecimiento del cerebro creador, irradiante en el silencio del pensamiento, con la concepción llena de angustia, hasta brillar esplendorosa. Mas en la primera hora, ambas impresiones se compenetran, en un crepúsculo que no las define.

Poco á poco, el tambaleante claror avanza. Llega mortecino, aunque en realidad nace. Al tocar una montaña, un árbol, una casa, se despierta, el choque lo anima y el empeño por dibujar lo revive. Así, por

quimérico engaño, parece que no es la luz la que hace el día: el alba independiente baña las cosas en que ayer ella murió y las transforma en su cuna. Cada árbol semeja un sepulcro que ilumina su propia resurrección... Después, se sensibiliza; tiene un tacto espectral; enseñoréase de los valles, y con expresión inquietante, hiedra quimérica del aire, encuentra en todo objeto su misteriosa savia.

En ese oriente en que el fulgor tira á violento para olvidarse de sus propias frialdades, Venus, único luminar, vela resplandeciendo: lágrima maravillosa de rocío, transfigurada en plata eléctrica. Sobre la penetrante acuidad, se la ve en la marcha del tren, á través de las ramas de los árboles. Abanicos de leves fibras destacadas en sus películas ligeras, penachos erguidos, caireles cadentes de arañas fantásticas, pasean al astro entre la confusión de sus redes, que, con el estremecimiento del camino, le dan un temblor, alargando sus contornos. El bosque concluye, y sereno, brilla inmóvil, como si para mirarnos pasar se elevase sobre los montes. En el paisaje opuesto, ya toda sombra vacila, huyendo del alba que la invade. El lucero va desapareciendo á medida que en esas lejanas pendientes se dibujan más vivos los árboles: es luz evaporándose en la luz y, rey del cielo, dilátase en la pureza de su propia gloria, sin entrar en la sombra. Su muerte sutiliza su cuerpo, hasta convertirlo en alma, y el alma, trans-

parencia inefable, se disuelve en el brillo de la aurora. Los árboles, en las montañas, por contemplarlo, se acentúan en un esfuerzo; y él les infunde la oración que levantan, aspirando en su nacer á ese ideal astro que expira. Quizás en la Naturaleza, va á ocultarse su recuerdo; así, en pleno triunfo del día, murmuran las hojas cosas sin sentido en que vibra la luz del invisible planeta. El astro lo sabe, y en la tarde vuelve á presidir la agonía de las ramas, diciendo á los nidos que no tiemblen de horror, pues en su culto se encierra la promesa de la aurora. ¡Reloj que cuentas, cintilando, las palpitaciones del corazón desvelado, que ligas á los hombres con las flores y las aves, y las aves y las flores con el cielo, derrama sobre el mundo tu bondadosa influencia, vuelve al pecho sufriente el gozo, y haz del amor una bendita lumbre y no un infierno sin esperanza!...

Cuando muere completamente, los montes destacan sus bases sombrías, y en sus cumbres un sudario gríseo, se vuelve blanco, después, platíneo, por último deslumbrante. En la planicie, los árboles proyectan una visión, que la sombra ha forjado entre su aliento de nieve y que el día torna en realidad. Los espectros negros de hace un instante, se visten de filigranas de cristal, y el sol, que puntea tras un celaje violeta y oro, les presta, con sus destellos, fantásticos frutos y quiméricas flores, de oro y violeta... El tren, arrastrándonos lejos del sepulcro de Venus,

continúa volando, imagen de lo fugitivo, como el agua que corre, la nube que pasa, y el inquieto espíritu que todo lo refleja!

LIBÉLULA

Tentada por una flor, la mariposa se enamoró de la vida. Olvidó á sus hermanas, y en su propio espíritu halló la fuente de los reflejos ideales y de las cosas imposibles. Pero esas cosas estaban tan cerca, que daban sombra á sus alas; lo malo era que, más rápidas que sus alas, huían al ensayar un vuelo. La mariposa se dijo: «No importa, así es la vida»; y el perfume de la flor siguió inspirándole las quiméricas imágenes.

Pero prontamente la vió marchitarse; y sufrió mucho, y luego exclamó: «¡El dolor! eso es también la vida.»

En la otra mañana miró un botón abriéndose en el mismo tallo que ya no recordaba la antigua rosa, y lo imitó pidiendo á la nueva sus perfumes. Al fin, acabó por adorar todas las flores. El jardín fué su reino y el firmamento brilló también como un jardín cubriendo el mundo. Las nubes aproximábanse al horizonte de fuego, para revelar encendidas sus floraciones fantásticas. Mas flores y nubes eran efímeras. La

pobre libélula, ebria de ambición, ideó crear rosas, jazmines, violetas, infundiéndoles algo que les confiriese la inmortalidad.

Ante lo inútil de ese deseo de su inmenso amor, la pena quitó á sus alas la gracia gentil de sus giros. El sueño no tocó más sus párpados: en otro tiempo el alma del sol se lo dejaba como un consuelo de su ausencia. Servíale por entonces de lecho un macizo de lirios. Elegía los de nívea cámara y nervios de oro, porque al amanecer encontraba allí gotas de rocío. Bebíase unas, para dar la bienvenida á la luz, y otras para volar alegremente. Y desde esos cálices, donde ya no podía dormir, vió los millones de estrellas transformando el firmamento en jardín de flores maravillosas. Su sueño no había sido ilusión irrealizable; el prodigio de la bóveda se lo mostraba, misterioso y magnífico. La sombra no engendraba la muerte; el sol alumbraba los parques de la tierra; pero al irse, el otro jardín resplandecía por sus flores, que palpitando como sus alas, eran sin duda inmortales.

Observó los lirios y las vecinas rosas: ella, pobre y miserable criatura, no podía transfigurarlos. Creyó advertir en los perfumes vagabundos entre la brisa de las hojas, un tímido reproche. Mas, de pronto, quedóse helada. Un lirio colosal, un mirasol blanco, quizás un jardín de ideales telarañas que enredaban vapores de alabastro, surgió de entre los árboles, y ascendió á los cielos. Las estrellas palidecieron de

emoción, como ante un rostro querido y no esperado. La mariposa, sintió que en su quimérica fuente, el reproche de los perfumes, se hacía tristeza. ¡Oh! sí, aquel astro cargado de lirios de la tierra iba á sembrar sus nieves en el firmamento; y á dejarles en la palpitación de sus alas, vida inmortal. La tristeza de la mariposa exhaló un aliento de muerte... Abajo, las blancuras del macizo se prestaban sus espíritus, tejiéndose sudarios impalpables. El perfume de las rosas atrayendo los ojos obligaba á ver la palidez de los lirios; y los rayos de la luna de flor á flor, reflejábanse en los matices, para morir perfumados. La mariposa, desfallecida, sintió su ser más leve que un leve y frágil vaso de amor, lleno de angustias exacerbadas. Los lirios la despreciaban ya, y quería extinguirse antes de que, por el otro lado, una luna purpúrea, siguiendo á la blanca, se llevase un cargamento de rosas. Abrió bien los ojos; y en un cáliz en donde los rayos níveos reverberaban, bebió el zumo, con la esperanza de que la melancolía de la luz le hubiese puesto veneno... La pobre soñadora tuvo una oración fúnebre impensada. Un poeta, al siguiente día, alzó el frágil cadáver, y exclamó, después de echarle una de esas miradas en que se unen por un momento las bestias y los hombres:

—Las cosas de la Naturaleza; ¿á qué dar alas á un gusano?

EL CARILLÓN Y EL POETA

Por el año de 1576, en la muy noble Gante, el pueblo, alborozado, congrégase en iglesias, calles y plazas. La guardia española, vencida en la ciudadela, se retira sin armas, después de brava lucha, y la ciudad, libre, celebra la *Pacificación,* proclamada días antes, entre los cañones del combate y el júbilo de las campanas. Raro fué sin duda el acorde de esos tumultos, llenos de contradictorios gritos: en el trono del Hôtel de Ville, se firmaban los artículos; y en el fuerte de la puerta de Amberes, enardecíase la lucha. Los tercios españoles podían reñir allí, evocando la sombra de Carlos V, que alzó la fortaleza; y los soldados de Flandes, bajo la silueta del *beffroy,* símbolo de la responsabilidad de sus deberes, y del amor de sus derechos. Los alegres sones de los campanarios dijeron luego la decisión del Congreso, y palabras de ira, cañonazos, ayes, voces de mando, mezcláronse á sus tañidos en algarabía, rebosante de los cuidados de los hombres que dispersaba el viento con más presteza que las nubes.

Hoy, la angustiosa expectativa y el duelo de todo el país, cúbrese en la ciudad condal de un manto de gozo nacido en la esperanza. En la plaza de San Bavón se reunen los capitanes de los cofrades de San Jorge. Llevan trajes de gala, y sobre el pecho las placas del dragón en centro de oro, con los brillantes de una cinta purpúrea que exorna una estrella. Tienen en los combates el privilegio de marchar al frente de las huestes; blandiendo el terrible *goedendag*, pica y maza, terror de las caballerías; y en la paz organizan los concursos de tiro.

Un gran torneo inaugura los espectáculos. Ya han llegado también los contendores de la cofradía de San Sebastián; lucen el collar de los leones que alzan arcabuces, y que, engarzándose mutuamente, terminan en un broche de oro: corona y cruz, sobre un pájaro de esmalte.

Pero el dragón de San Jorge, brillando en todas partes, es un buen presagio de triunfo para los suyos. Ved la maza inmensa del *beffroy*, cubriendo el carillón de oblicuas celosías; pasad los cristales sombríos del octágono, que al parecer dejan translucir una tormenta que encerrara la mole; alzaos sobre la torre diminuta, erizada de hachones de piedra mística, y en la cumbre de la flecha lo encontraréis dialogando con las nubes y los vientos. Corred los ojos, por el amarillento cuadrado de San Bavón, hasta sus conos terminales, y lo veréis queriendo cazar

nubes que le manda el compañero de altura en el dominio del vértigo.

La copa del premio, cincelada por Juan de Wees, ostenta en sus relieves la historia de un tocador de zampoña. Un tigre se lanza contra una princesa; un caballero no puede detenerlo; el músico tañe su melodía; la fiera la cree voz de la dama, y, mansa, se acerca al ruedo de su vestido. Los tiradores piensan ya a quién brindar la maravilla del orfebre si la conquistan, pues con ella consagrarán á una mujer, reina de la Corte de Amor.

La lucha será muy breve. Un grupo de damas acude á los primeros puestos. Sobre las líneas de la torre de San Bavón, que vistas desde la plaza, constituyen un triángulo, hay tres halcones. Los escuderos tienden á cada contendora arcos y flechas, y ningún halcón cae. Las aves no se están quietas. El viento les riza las plumas. Las nubes pasan sin cesar, distrayendo los ojos, y el tiro se hace más incierto. De pronto, el público contiene el aliento; el primero y segundo halcón se han desplomado: abajo, esbelta en su traje azul de áurea filigrana, los pechos oprimidos por el largo talle artificial, flotante la cabellera rubia de hebras de sol, fría como una Diana imperiosa, los ojos azules clavados en la altura, se yergue la hija del conde de Hainaut. En el palco donde preside al Tribunal el decano de los tiradores, alguien exclama: «Sólo la infanta Isabel se

nos mostró en Bruselas tan diestra, aunque no tan bella»; y es, en efecto, maravillosa la hermosura de la mujer. Para la última prueba, la más difícil, por el sesgo de la dirección, espera impasible espiando al ave. La nervosidad del bullicioso pueblo flamenco, contenida, se convierte casi en desasosiego: su dama de honor, sin poderse reprimir, le dice: «¿Qué esperáis, señora?» — «Á que acaben de pasar las nubes» — responde. Varias huyen impelidas por el viento, hasta que el azul intacto del cielo brilla ante los azules ojos de la dama, y el halcón, moviéndose sobre el fondo fijo, cae al golpe de la flecha, engendrada, al parecer, por la conjunción de ambos esplendores. Las aclamaciones estallan; el decano se quita el sombrero, reune a los jueces y declara que la condesa merece el premio, pero que su habilidad puede ser igualada. Entonces, un heraldo invita á los caballeros y á los miembros de las cofradías á seguir el torneo; y cofrades y caballeros responden: «Dad, en nombre de San Jorge, la copa á la condesa.»

La comitiva marcha hacia el castillo de los condes de Flandes: la dama premiada debe naturalmente presidir la Corte de Amor, y se dirige al *Mercado del Viernes*. El castillo se mira en los fosos profundos llenos de agua, que tantas veces ha enrojecido la sangre, prestando el más armónico espejo á la obscura muralla. Pero á esta hora las tapicerías descienden de sus almenas como pabellones de júbilo.

Las líneas de las almenas desvíanse formando en las barbacanas círculos, para encerrar las plataformas de los adarves, semejantes á imperfectas conchas marinas, que simulan carros de guerra. Y en cada una de ellas, se yergue un estandarte, y son cual un transporte multiplicado de la piedra, que se apiña como guardia del macizo central, donde el León de Flandes brilla en el escudo. Allí, en la altiva cumbre, se encuentra, en su definitivo trono, el flavo de Tierra Santa, arrebatado á las armas de un Goliat sarraceno, por Balduino el Valeroso, nuevo David de Occidente. Las salvas de los cañones saludan á las cofradías, y el Conde encabeza la procesión, camino de la gran plaza.

En sus ámbitos se acrecienta el hervor humano. La gente se amontona entre los triángulos de los caballetes, cúspides del paralelogramo puesto de punta, que construye la fachada de los edificios. Las ventanas rebosantes también, muestran principalmente mujeres y niños. El sol caído baña de lleno una de las líneas de casas, y los frontis brillan con resplandor rojo de borra de vino que arde. Los hastiales surgen cual hechos en sus aristas, de lenguas llameantes, transformadas, al temblar, en amarillentas de azufre. En el fondo, Charder ha construído un arco de triunfo. Los caballeros esperan al Conde de Flandes. Purpurescente gradería roja lleva al enorme estrado, donde está su trono y el de la reina de la

Corte de Amor. Los arcos negros, sobre las columnas blancas, imitan los monumentos de San Bavón en sus combinaciones marmóreas. Pero funéreos en el coro, expresan, ó debieran expresar aquí, júbilo y esperanza. El artista se ha dicho: «La libertad nace, como la resurrección, de la muerte». Y el arco negro y blanco, que recuerda túmulos de gloriosos obispos, y los granates de las tapicerías, incendiados al sol como las hogueras del Duque de Alba, van á estremecerse y á ser extinguidos, dejando nueva luz de concordia y tolerancia.

Sobre la mayor altura, estatuas de mármol, contentas de respirar el aire, se recortan en el fulgor que las abrillanta. Conducidas en triunfo por amigos de los escultores, arrancadas al fondo de los talleres como á los hierros de las mazmorras, simbolizan virtudes que se alimentan del rumor de los grillos martirizantes.

Bajo sus plintos se incrustan escudos y esbeltas ánforas con florecidas plantas. Gante, célebre por sus guerras, es también la ciudad de los invernáculos. Los hombres, de rudo y turbulento carácter, se dedican amorosamente al apacible cultivo. Así, dentro de obscura prisión, hacen pensar las flores en el sol que no se ve, aunque ilumine el mundo; y en la tristeza de las casas, cerradas por las conspiraciones, se abren como gentiles sonrisas. Cubren después los sepulcros de los muertos en las con-

tiendas; y lejos de la alegría, nacen ya con gracia trágica. Hoy, en un momento de esperanza, como estrellas en profusión, seducen y animan el cuadro de los festejos.

Entre sus colores se destacan retratos de famosos caballeros. Resplandece Juan Borbunt, que mandó en Courtray las tropas de la ciudad, y arrebató espuelas doradas al enemigo. Á su lado se estampan, más modernos, los condes de Egmont y de Hornes, supliciados en Bruselas; y, en falange, los antiguos señores de Gante, en torno del escudo de campo azafranado en que se dibuja el león negro de las Cruzadas.

El público se arremolina en redor del arco y de un *beffroy* de artificio que reproduce el verdadero. Los grandes fieltros chatos se mezclan á las cofias de las mujeres: las damas encaminan á los sitiales reservados, sus altos embudos que echan sobre los hombros, lo mismo encajes en cauda, que el cabello distribuído en guedejas. Los caballeros, de purpúreos mantos, guardia de honor de la tribuna, montan alfanas níveas. Á la izquierda, los yelmos de combate forman con las armaduras tinieblas aceradas y bruñidas, al enfrentar las púrpuras ardientes. Y el sol, brillante en las telas, dice al bosque de armas de fulgor extinguido, que para esplender sobre aquella sangre del matiz glorificado, es preciso salir antes de la sombra del cautiverio.

Llegan los señores al frente de las comitivas, que dirigen los cofrades de San Sebastián y San Jorge. La turba saluda á los más populares y queridos. Las capas cubren las ancas de los briosos corceles; y colas y crines, con polvos iridiscentes, se armonizan á los colores de los trajes. Los síndicos de los Oficios, sobre la severidad de sus negras hopalandas, ostentan el rembranesco sombrero de alas enormes y una sobrepelliz blanca de encajes de Malinas. Sus caballerías, en obscuras gualdrapas, lucen las espumas de caprichosos bordados. Especies de lictores, á pie, con túnicas amarillentas, llevan fasces evocando á Roma, lejos del sol latino. Sus maceros adelantan cetros erguidos, salpicadas las albas dalmáticas de leones negros y rodean al Conde de Flandes, que trae el capelo rojo cardenalicio, de gran Toisón de Borgoña. En la zona del sol, es ascua de oro, desde las espuelas al cabello, mezclando la púrpura y los fulgores, que también envuelven al corcel, de cola y crin doradas. El pueblo le aclama. Una vieja, en un rincón, bajo su papalina y sus anteojos, lucha con dos perros que, peleando entre sus piernas, no la dejan ver, y un muchacho, Brueghel, de la mosquetería de un tinglado, pierde el espectáculo del cortejo, por apuntar el croquis de la escena. En las ventanas, los pañuelos palpitan como alas de palomas; cesan los vítores, y el Conde ocupa el trono de la Reina. En tanto que los trovadores se aprestan, la multitud, que

no puede acercarse á la Corte, oye los humorísticos discursos de los charlatanes de pie sobre toneles. Los hábiles juegos de los juglares divierten otros grupos, y al son de flautas y tamboriles, hay parejas que empiezan la danza.

En la tribuna, la Corte de Amor, esplende. La hermosa Condesa no ha querido fijar tema, y cada mantenedor cantará según la inspiración de la hora. Un ejemplar del célebre tulipán de Von Baerle, será la flor natural del premio. Entre las rosas florecientes en enormes abanicos, el tulipán ambicionado se alza obscuro sobre la hermosura de la Reina, cual mariposa de duelo. Sin embargo, latirá de alegría el corazón del poeta que alcance aquel raro símbolo de gloria. Y la joven señora, la Diana flamenca, conocida como estatua de hielo, por su salvaje amor á su libertad, hace la seña del ritual, con manos, que acarician, al parecer, un arco de caza invisible. Los trovadores vibran; y más de un caballero empuña el laúd y deja la espada. La tarde avanza ya; y las estrofas y las flores añaden al hermoso día, el prestigio de sus voces y matices, impregnándose de la gracia, de todo lo bello que muere soñando.....

....

El torneo va á concluir: falta el último mantenedor, un gentilhombre. Su brazo, sostiene el laúd, vendado: lo pulsa con visible esfuerzo para sonreir; sufre de la herida conquistada en el asalto del fuerte;

y la suavidad de sus sones no calma el dolor de sus nervios. La Condesa, sin duda, no ignora que el recuerdo de su efigie inspiró las temeridades de su heroísmo.

El caballero improvisa: «Un rey ha nacido, un emperador famoso. Viene al mundo en medio de una fiesta: quizás por turbarla, acongojando á su madre. Las violas y flautas, á la distancia, se mezclan á su primer lloro: nace entre dulces sones el implacable guerrero que acabará en el Yuste, oyendo vivo el *réquiem*, fraile imperial, que consagrará al canto de la muerte... Pero en tanto, la fuente de San Bavón, ó sea un mundo azul lleno del agua de vida, espera sobre sus ángeles, al niño. El agua del Jordán va á humedecer la cabeza que ya mira el orbe, y el carillón, en lo alto, cerca del cielo, estalla en su música.

«Gimen abajo en la profunda grave campana, los anhelos de los hombres, y de pronto, como flecha que se clava, vibra y se rompe, el cristal de una nota aguda da en invisible blanco, deshaciéndose en cascada. Esa voz responde á la esperanza. ¿Viene de lo infinito ignorado, ó de inmaculada nube? ¿Es eco del corazón jubiloso que canta real, ó quimérico son del espíritu que sueña? El trovador no lo sabe... La voz retorna y esta vez despierta un enjambre zumbante de abejas divinas, que le descubren en las alturas el dulce reino por el cual ha suspirado. La bóveda azul sonora, recibe el asalto

de los arpegios, y pone en sus quebradas alas, transparencias ideales. Así vienen á morir en el mundo, semejantes a sudarios de espíritus angélicos, que por ellos flotan sin rozar el suelo, deshilándose en los aires. Las palomas que siembran en el espacio purezas de nieves invioladas, las golondrinas que le comunican el acento de las primaveras renacientes, se estremecen de júbilo en la armonía vibrante. El alma va y viene entre los pájaros y halla burdos sus vuelos persiguiendo los ágiles acordes: las pasiones de la tierra, los cuidados, las amarguras, la vida y la muerte, todo lo que encuentra en un tañido, inmaterial expresión de lo infinito del anhelo, toca á la divinidad en milagroso rapto. Hasta los duelos más hondos se vuelven murmurios como oraciones que celeste fuerza convirtiera en nube de incienso, con perfume que es felicidad y con blancura que es gloria... El mismo arcángel de espada de relámpago, que echó á Eva y Adán, á las rutas del dolor, penetra en la torre y recuerda en los repiques de cristal, la limpidez de los primeros cielos espejeantes en las pristinas aguas. Y evoca todo lo transparente, como las criaturas, que, aspirando flores y comiendo frutos, reflejan á Dios y á su obra en el espíritu sin mancha. Y ese canto de las campanas es el canto de la perfecta ventura, la red bulliciosa que une al cielo con la tierra, tejiendo la invisible escala de Jacob perdida... Mas, ¡ah, señora! volvamos al

baptisterio: ya el niño imperial se llama Carlos; ya el agua ha caído sobre su frente, y por eso el carillón resuena. Y si un ángel no estremece su máquina prodigiosa; tampoco está el cielo azul, pues una tormenta vela los espacios. Y he aquí que el gran carillonero, por mirar el séquito, levanta las defensas. Y el instrumento estalla en más vibrantes transportes; y el trueno retumba envolviéndolos en fragores; y las nubes se disuelven á torrentes entre el ziszás de los relámpagos. Y la más alta campana, aquella que parece de fuego, por la exaltación de su gloria, la que transformó más sentimientos en su celeste ardor, la que lanzó más ideas en su loco entusiasmo, recibe lluvia fría y se quiebra y muere, porque perder su voz es acabar con su alma... El trovador combatiente en la expectativa de su esperanza puede hoy, señora, decir su canto. Olvida los dolores de su brazo, y el júbilo de su triunfante hueste, para elevar, como el carillón, que se olvidaba de Carlos, un himno de éxtasis al cielo. Que no caiga de ese cielo una palabra terrible como la muerte; que, más feliz que el noble metal sonoro, en vez de la lluvia helada, encuentre el rayo de sol que da á la nota el rumbo del firmamento.»

Un aplauso tonante cubrió los últimos versos. La joven Condesa, impasible, cogió el negro tulipán, y el silencio se hizo profundo. El trovero gentilhombre

contempló en la efigie de la mariposa enlutada, todos los colores del iris, al llegar á su laúd. Y repentinamente, con frío, vió que alejándose recobraba su negrura, en el pecho de la joven. Mas la Diana de hielo, sonriéndose por la primera vez, le tendió el premio del orfebre que la había consagrado reina. El caballero, ignorando si era para él, lo tomó casi con tristeza ; mas el buen pueblo flamenco prorrumpió en alegre grito: «Recíbela; la copa de Juan Wees tiene á un tigre domado por el canto!»

LA MOMIA

El sol se despide besando las caras de las pirámides. Sobre la arena del desierto levántanse los monumentos que, creados por la vida, condensan inmortalmente su fugitividad, al ser un himno de piedra á la muerte. El oasis, allá lejos, dibuja el bosque de palmeras, cuyas raíces se hunden en las enterradas ruinas de Menfis. El cielo, serenamente azul, cubre de igual esplendidez la desolación arenosa y la fertilidad cautivante, inclinándose sobre el Nilo, que tiende á la distancia su sonrisa de gloria.

El sol agoniza y un resplandor de oro empenacha la amarillenta faz de las pirámides. Después se envuelven todas en la misma luz, destinada á extinguirse en la sombra, que ha muerto en el mundo más ruidos, creciendo inmensa al ser, con su silencio, sudario de antiguas civilizaciones. Por la abertura del techo de un sepulcro, el último fulgor de la tarde, fíltrase también en el vago misterio, y los ojos esmaltados de un dios exhalan en la penumbra su postrer expresión religiosa. Así, el sol de nuestro tiempo re-

vive como hace treinta siglos, y su brillo juvenil, al expirar, evoca su propia vejez, que al parecer lo mata. En tanto, ante nosotros se abre un abismo.

Cavado en la arena y en la tierra, hundiéndose en profundidades que dan vértigos, nos atrae, y en el fondo, el sarcófago de una princesa, reproduce su cuerpo esculpido. Como á Sat-Hathor, á Merit, á Nebheteplykrot, jóvenes y bellas, sus joyas la acompañan en su petrificado sueño. Pendientes de cornalina, pectorales de lotos, lirios y turquesas, collares de antílopes, cartuchos de un rey quizás amado, jeroglíficos votivos de materias labradas, ponen en la sombra sus juegos de luces y dan á la hierática rigidez, con pintorescos contornos, un soplo de gracia evocadora de la vida. Un beduíno, descendiendo como un gato que estuviera allí en su propio hogar, barre la arena acumulada sobre el túmulo.

El granito gris pizarra, al recibir la luz ya expirante, luce destacados los rasgos de la princesa, imagen que lucha por conservarle el *doble*. ¡Sí! ¿Por qué no creer, como un buen egipcio, que la partícula aun existente del espíritu no abandona el cuerpo, juvenil por su vida y secular por su muerte? (¡Hace treinta siglos que murió a los treinta años!) ¿Y por qué no creer que hasta bañándola en su lumínea substancia la acaricia con sus alas de pájaro? Hermes la defendió, en la tiniebla, contra el asalto de los malévolos genios, alejándola de la tenebrosa ribera

y fundiéndola en la luz increada. Pero ella adoraba la hermosura de su cuerpo, y abandonó las artes del enviado de Osiris, anhelando revivir en la plenitud de su esplendor la antigua forma en donde era su alma como la lámpara de un templo. Su *doble,* desde entonces, lleno de la esperanza mágica, entrevista en los ensueños de la isla de File, vigila allí, aguarda el prodigio, y hoy nos invade con su místico misterio, y nos obsede con su presencia invisible. Los ejércitos del Faraón no pasan, vivientes sólo en los muros historiados de los templos; no mueven los esclavos los himnos de las arpas; los aromas se desvanecieron para siempre en los trípodes; los ibis no tienden más su vuelo en un espacio que desconoce lo sagrado de sus alas. Pero ella, la momia de carne y hueso, vendada por el lino inmortal que casi la ha convertido en estatua, aun espera la resurrección, y duerme silenciosa. La noche reina ya en el antro sin brillo, y los ojos adivinan en el cielo á la luna. Isis, la luz creadora, que poseía el júbilo triunfal del sol, debió de tener su misteriosa tristeza. Debió, reflejada por el hombre, enseñorearse de la fuerza que engendra la flor, con la melancolía de no hacer de su aroma un aliento que inmortalice sus colores. Así la luna, esparciéndose afuera, y dando al foso una atmósfera casi azulada, parece tocar el velo de nuestra Isis ideal, resplandeciendo también divina.

La arena ha vuelto á tenderse sobre el rostro de la

escultura: se le limpia, y el gris pizarra se transforma. Alzamos los ojos; la luna, por una alta arista del antro, avanza, y el cielo, lago de turquesa profundamente crespuscular, se cubre de un ligero temblor de aguas de oro. Los ídolos alzan sus cabezas de animales, ennobleciéndose en el ambiente donde la sombra se convierte en plegaria de luz melancólica, y en sus ojos hay un evaporado brillo de azul incienso. Vapores tenues velan á ratos el cielo, y el rostro de la princesa se ensombrece: después se alejan, y el granito se anima con esplendor misterioso.

La fisonomía atrae, cual flor de lumbre en que se espera sorprender el reflejo de la sonrisa de un alma. Se persigue en su frente y en su toca, en sus labios y en todo su cuerpo, una fosforescente irradiación que sueña, y esos sueños encienden el perfume de los fantásticos lotos animados por la luna en el lago del espacio. Y al fulgir el astro plenamente en la altura, cuando el foso, lleno de su fantasmagórico influjo, parece concentrarse para ascender adorando, el semblante cambia en expresión dolorosa su infinita dulcedumbre. El aliento abrumador de treinta siglos de tristeza, se escapa de su pétrea contextura.

«¿Por qué ese afán de revivir — pensamos, — venturosa durmiente, si tus palacios yacen bajo tierra; si tus ciudades no existen; si tus templos ofrecen sus colosos destruídos y sus columnas degradadas; si el Nilo fecunda flores que ya no adornan los pa-

trios cuerpos distribuídos en los museos de Europa, pues las palmeras se dibujan sobre profanados sepulcros? » Ella, pensativa, nos responde: « Levantarme como encarnación de un mundo desvanecido, cubierta de todas mis joyas, animadas en mi cuerpo, con la gracia arcaica de las mujeres de mi tiempo; marchar sobre las ruinas de lo que conocí para sentir la explosión de lo inusitado, y sin perder mis antiguos atributos, amar y hacerme amar, obligando a que mis amantes sueñen con una maravillosa edad, y encontrando yo en sus realidades un verdadero sueño ¡qué admirable sensación! ¡qué extraordinaria forma de la vida!...» Y el espíritu que acaricia los miembros de la momia, condensando en esos pensamientos su última fuerza, evapórase, al fin, en la azul atmósfera, y deja sobre la sonrisa una sombra. Entonces se hiela su expresión, petrificándose; la escultura cae en la suprema muerte; bórrase para siempre la dulzura de sus ojos, clavados en la ruta del *doble* que se lleva la esperanza del renacimiento; y con dominante impulso, imprimimos nuestros labios en sus pétreos labios, fuentes de un hondo frío, que como un agudo puñal, nos atraviesa el alma!

EL INÚTIL SECRETO

Almanzor, reinaba sobre una rica región del remoto Oriente, como varón fuerte y bello, sabio y magnánimo. La experiencia le había curtido, y la amargura de las amarguras, le tenía triste para siempre. Ignoraban los vasallos de qué modo, en uno de sus viajes, conoció á la cautiva que lo convirtió en esclavo. No era realmente hermosa aquella mujer: frágil como una muñeca, tenía las vibraciones de un halcón de caza. Sus ojos, abismos de luz verde, no necesitaban del antimonio para agrandarse; y estremecían cambiantes, como el ópalo pequeño, como el mar inmenso. Sus labios rojos también atraían propicios al beso, como á los helechos las grutas húmedas. El pelo rubio, corto, de efebo, le tendía ondas sobre las sienes y serpientes de oro, inseparables, encontraban allí su cuna, al propio tiempo que su aureola. Todo capricho en su boca se parecía á un decreto. El rey se preocupaba ante sus lágrimas sin causa, y no hubo una sola de sus fantasías que no cumpliera. Al mago Nekir se le desterró por dar

un consejo que ella juzgó malo, y pudo considerarse feliz salvando su cabeza. Una tarde, en el torneo de las flores, donde cada vasallo presentaba las suyas y entre las cuales el rey elegía la reina del año, la inquietante concubina dijo:

—Señor, yo también entro en el concurso; tengo en los flancos mi flor: ¿la aceptas para tu palacio?...

El rey, con emoción, declaró el caso á los jueces del torneo. Las vírgenes que llevaban lirios mantenedores en las cabelleras, inclinaron los marmóreos cuellos en un saludo. Las mujeres lo deciden, concluyeron los jueces; y jueces, vasallos y vírgenes, mientras las flores caían en lluvia á los pies del trono, entonaron el himno de la triunfante flor humana.

El país entero comentó el hecho en los bosques y en las plazas; en los ejercicios de la guerra y en las fiestas de la paz. El rey anunció á la favorita: «Si me traes un hijo heredero, te prometo y te juro que el harén será suprimido.»

Cinco meses más tarde, luciendo dalmáticas de púrpura, bordadas con las flores del torneo, y al son de trompetas que brillaban con las mismas flores esculpidas, los heraldos proclamaron á los cuatro vientos del reino, que había nacido un príncipe. «¡Cómo, ¿no es princesa, y es flor?»—preguntaban los niños. «Es un príncipe que parece mujer» —les respondían por disculpa; y sin saberlo, se

profetizaba. Lydio iba á ser princesa vestida de hombre, como su madre era un príncipe vestido de mujer. Almanzor y la corte asistirían á la resurrección de la favorita en los rasgos masculinos del heredero.

Á poco de su nacimiento, celebróse la fiesta de los versos. Vinieron mantenedores hasta de las más lejanas provincias, y la madre, ya reina única, con derecho á presidir y mandar: «Ea, dijo; cantad el amor que no da flores». Y entre los poetas estaba Deima, á quien ella amaba, y que la sedujo del todo con su perverso himno y su ruidoso triunfo.

Al día siguiente, no al son de las trompetas con flores de oro, ni entre la voz de los purpúreos heraldos, comentaba el pueblo la huída del cantor y de la soberana. Cuando fueron descubiertos en un bosque, el rey gritó: «No quiero verla. Matadles al instante». Después llamó al chambelán, y lleno de horrible amargura que se le salía en la voz y se le pintaba en el rostro, díjole al oído:

«Cuidad que no entierren juntos sus cadáveres.»

* * *

El príncipe Lydio creció á los ojos del rey, poniendo ardientes hierros en su llaga viva. No sólo eran los rasgos fisonómicos de la favorita: ante palabras, gestos, gustos, murmuraba Almanzor: «Así debía de pensar y decir á los quince años». Otras

veces, creía que aquella mujer fué un niño transformado por la juventud, semejante á ciertas flores que exhalan al sol su venenoso perfume. Y como sus divagaciones, aumentando su dolor, le tenían loco, decidió alejar el niño, salvarlo, y para eso llamó al mago Nekir.

« Oye — dijo en el salón, de bóveda alabastrina y columnas de jaspe, de las audiencias, — oye. Fuiste desterrado por la que hoy causa mi pena, pues me advirtió que tú la amabas. Me arrepiento, perdóname; vivirás aquí lleno de honores y me ayudarás á cuidar al príncipe. Quiero, y escúchalo bien, que estudie la ciencia de los astros, que están por sobre la miseria de los hombres, y que crezca, sabio y fuerte, ignorando el misterio de la vida...» Callóse y quedó flotante la amargura de su acento, y había en la pausa de su silencio tal preocupación, que el mago exclamó sagazmente: « entiendo ». « No ha conocido — prosiguió Almanzor — sino á hombres en las ceremonias del palacio, y deseo que el suyo, cuya construcción dirigirás, pueda distraerlo entre las cosas que él ama, y contentar su vida». «Entiendo», volvió á repetir el mago; agregando con intraducible sonrisa: « Perfumes, colores, sonidos, ¿ no es verdad ? »

Al siguiente día, junto á la torre de Nekir, mil obreros empezaron el palacio. Su parte principal la formó un inmenso invernáculo de cristales: los matices del iris, sobre columnas de jaspe y los frisos de

extraordinarios mármoles, parecían un sueño del mago en un transporte de madjound y en un instante de inspiración por el hechizo de la hierba. Ese sueño de la ebriedad paradisíaca, que hacía de la ventura un color, de la salud un sonido, del júbilo un perfume, reduciendo aspiraciones morales y físicas, á un contorno real, ó á una sensación etérea, se corporizaba en el palacio, donde cada cosa era verso de un poema plástico, sin extrahumanas inquietudes. Las habitaciones del príncipe daban á un extremo de la serre, al lado de la torre en que empezó á descifrar los signos de las estrellas, y camino del palacio de su padre. Al rey dejó de visitarlo poco á poco, olvidándose de la corte, bajo la bóveda de cristal, entre sus flores y sus fuentes, sus pájaros y sus pedrerías.

¡Y qué más pudiera apetecer! ¿No sentía con amor la pompa de los colores y las medias tintas de los matices? Allí, en acuarios de agua diamantina, en salas obscuras, como si realmente se viviera en el fondo del mar, nadaban las especies más ignotas. Todos los corales, el blanco como el negro, el rojo ígneo y el sonrosado de rosa que sueña, construían fantásticos parques. Las madréporas, semejantes á estrellas; las rocas inverosímiles, pintadas por los óxidos; las grutas, misteriosas, para el misterio mismo de la profundidad, confundíanse animadas por as centellas de los peces y por el estremecimiento

del aire entrante, que agitaba las colonias vivas de los arbustos iridiscentes. Y entre el himno vagaroso de los nácares que sacan perlas de la sangre opalizada de sus heridas, y la aspiración del arbusto á convertirse en hombre, del pez á transfigurarse, por el brillo y por la electricidad en nube, en ese transporte de las formas y colores de la entraña hacia el sol desconocido del espacio, las medusas ponían, serenas, su claro de luna contenido, en transparentes gasas de alabastro.

Salíase de la visión de ensueño de las honduras, á otra vida más real, donde las virtudes de las piedras se armonizaban con las bellezas de las aves. Todas las masculinas del Asia, y de Europa, y de África, en el concierto de sus iris, formaban fiestas de plumajes, en arpegios de arrebol, imagen de orquestas de colores. Y como los corales, peces, estrellas, madréporas, flotaban en torno de las medusas; así, faisanes, aves del paraíso y colibríes, en el triunfo de sus alas, y en las cascadas de sus matices, convergían hacia los pavos reales de nieve. Eran, sí, los soberanos, augustos con su blancura de armiño y sus cenizas de plata, bajo la diadema heráldica y abriendo el cetro de su cola: abanico, arpa y manto, donde la brisa juega, el sol se vuelve luna, y la cabeza del ave proyecta su sombra ligera como un espíritu.

Muchos pájaros detenían su vuelo sobre elefantes

de ébano, algunos erguían su gracia sobre largos colmillos de marfil; los más huían del brillo de sus ojos, que Lydio tanto amaba. Hechos de poderosos carbunclos, convertían los rayos del sol en vivo fuego, y transformábanse en retinas de la misma sombra, ya inspirando sueños amables, ya disolviendo rudas pesadillas. El ave embalsamada y descubridora, según la crónica, de la hoja antídoto del veneno de las serpientes, lucía á su vez por ojos, las mejores esmeraldas del reino. Símbolo de la sabiduría, no dejaba camino obscuro, y las almas hallaban en su luz intensa sonda. El ave tenía entre las patas una tercera esmeralda, y el mago enseñaba á ponerla bajo la lengua, para dar á los conceptos sutiles alas, ó para hacerlos caer, según su esencia, más graves y pensativos.

Por todas partes, en macizos, en figuras caprichosas, en cascadas, en ánforas de lapislázuli, aquí en el desorden de un inspirado tumulto, allí obedeciendo á la línea geométrica de un pensamiento fijo, surgían combinándose las más extrañas flores, con las piedras preciosas más cambiantes. Lydio admiraba la corte de sus ágatas, completa, sin excepción de ninguna, desde la cornalina unicolor al heliotropo de venas rojas en carne verde. Había también fuentes cubiertas de lotos, contentos de mecer la maravilla de sus cálices, exhalando ensoñador murmurio. El príncipe, á la canción de las aguas, entregaba su

alma, llena de vagas ideas, deleitándose en las sugestiones sonantes de los hilos de cristal; y esclavos desnudos, simulando estatuas de broncíneos músculos, al pulverizar el aire con los perfumes más delicados, corporizaban casi la mente ideal de esos murmurios. Y bajo tapices de céspedes, oíanse invisibles instrumentos, y, colosal instrumento melodioso, vibraba la serre toda, teniendo por cuerdas las flores y las fuentes, las aves y los cristales. Nekir, en tanto, guardaba en el fondo de su orgullo la vieja herida, y enseñando al príncipe la lengua de los astros, no dejaba de vigilarle. Un buen día, Lydio se adormeció por la tarde, melancólico: en la mañana se despertó acometido de mayor tristeza, y el mago no tuvo que preguntarse si llegaba su venganza.

«Oye — exclamó el discípulo; — abandonemos un instante las constelaciones: ¡ah, como en las noches las miran mis flores, que en la sombra quieren por ellas deshacerse en perfumes! Tú conoces los signos de esos astros; deseas descubrir la piedra que desde un anillo nos hace invisibles, y al fin la encontrarás; tú interpretas las miradas de las bestias y te metes en su alma obscura; tú sabes con el imán curar las neuralgias, y con la lazulita vencer antipatías; eres un sabio, no lo niego. Pero, ¿es posible que no sepas lo íntimo del hombre? Dime, ¿por qué sufro? Cuando, antes, sentía tras ideas vagas aspiraciones indefinibles, el poema que tú recitabas, el sol

que se teñía de color en un vidrio, la extraña sonrisa de una orquídea, un rubí entre dos diamantes como gota de sangre prodigiosa entre dos lágrimas, un detalle cualquiera, bastaba para calmar mi anhelo. Pero, hoy, la presencia de una flor transforma mi anhelo en fiebre; la música no lo adormece, y en un transporte, abrazo el aire pidiendo á su vacío una alma con mucho más que perfume, color y sonido. Creo que la copa de jade, la sagrada copa de mis festines, con su verde claro, reminiscencia de un mar en que se humedecen juveniles sauces, vierte en mí la savia palpitante del árbol y la inquietud insomne de la onda.»

El mago sonrió jubiloso:

«Sí, dejemos á los astros, príncipe mío. Tú no ignoras la belleza de las pedrerías, y que el topacio, por ejemplo, simboliza la salud, mientras el zafiro, más puro que el cielo que imita, pues la nube no lo enturbia, da la paz engendradora de una vida apacible. Pero esas piedras, además, te hablan de la ignorada luz de las vivientes, luz venida de algo que es y no es, y que teniendo un solo color, tiene un alma sutil engendradora de todos. ¿Me preguntas cómo es esto? Yo puedo esclarecer lo que los cometas anuncian, pero no definir la fuerza que los mueve... El misterio, siempre el misterio, en los astros y en los ojos.»

El príncipe miró los del mago, pasóse las manos

por los suyos, y exclamó displicente: «Jamás me han inquietado». Nekir, á su vez, hundióle la mirada en la mirada y respondió como si su voz apartase un mal recuerdo: «Nunca te los has visto». Después continuó:

«Observa los ojos nictálopes del buho y te harán meditar, y por el fuego de los del águila, evocarás espacios abrasados en sol. La expresión estúpida de los de tus peces, maravillosos por sus colores, te recordará que en el fondo de los mares no han oído, al desarrollarse, ni música ni versos. Y ya que las expresiones cambian, pregunta si no hay algunos ojos dulces y temibles como el ópalo. Su símbolo es esa piedra nacida de los volcanes, hija de las profundidades del suelo, que brota como una lágrima que cayera de la luna. Una vez brillante en el día, la lágrima adquiere espíritu de sol, sin perder su blanco melancólico: así, la luna ideal le ha dejado, no un beso, pues no la tocó, pero sí su misterioso influjo. El ópalo vive entonces independiente del volcán, y con su espíritu se le dilata, en consurrección milagrosa, una voz que es la luz cambiante. Sus colores, flúidos, alados, parecen los de un cuerpo inmaterial; sobre fondo lácteo, volatilización de su entraña, ensueño de su dura esencia, siempre inmutable, se piensa por esa lumbre en el fulgor de un *rubí* que muere, ó en el duelo de una amatista que nace. Todas las medias tintas lo singularizan en suti-

les juegos del prisma arrebolado; sus expresiones son fugitivas ó dominantes, y el breve himno de su vida, despierta sueños de infinitas ansiedades, ó forja una voluntad que manda, desde un trono invisible, con un cetro ineluctable.»

Lydio exclamó: «No entiendo». — «Sin embargo, ya lo ves, volvió á repetir Nekir — no sólo hay misterios en los astros y en las piedras; los hay también en los ojos». «No entiendo, no entiendo», dijo aún el príncipe, ya airadamente; y el maestro prosiguió:

«Tú amas los perfumes, y sintiéndolos, cierras los ojos y miras un paisaje. Así, por el ámbar quemado, evocas, entre la nube, al náufrago de la leyenda transformado en planta: ves el arbusto que en el fondo del mar, padeciendo la nostalgia de su primitiva existencia, vierte por su corteza las gotas de aroma, las lágrimas de oro. Pero el paisaje hoy se te borra, y el perfume persiste, inspirándote una imagen desconocida que no se te dibuja. Pregunta si algo que está en un presentimiento, y no en el perfume ni en el aire, exhala un hálito misterioso que no producen ni plantas ni pulverizadores... La excitación de la música, que también amas, te hace abrazar el vacío, porque otra voz habla en tu juventud, con la armonía perfecta de todos los sonidos... Del mismo modo amas el color; pero espera». El mago tomó de un anaquel un prisma de cristal; luego, continuó diciendo:

«Observa este trozo de vidrio; por él y por otra cosa el nombre de tu maestro vivirá entre los mortales más que su alma. Mañana, de día, te mostraré un rayo luminoso, descomponiéndose en los siete colores que te encantan, y los siete colores convirtiéndose en el rayo blanco. Y esa blancura se derrama sobre la suprema palpitante forma, en que se funden todos los matices de la humana imaginación, y todos los perfumes dan quizás su perfume y el rayo blanco de las voces del mundo es su voz maravillosa...»

El príncipe miró al trozo de vidrio con ansiosa curiosidad. «¡Ah! no — murmuró el mago.—El prisma ilumina, pero no habla. Ven, vamos al palacio, no debo decir más; podría costarme la cabeza; mi palabra está empeñada.»

Media hora después, Almanzor anunciaba á los grandes de la corte, que la profunda ciencia de Nekir iba de nuevo á sorprenderles. Dos esclavos recostaron una gran caja, sobre las columnas de pórfido. «Mi rey y señor — exclamó Nekir, — las fuentes y los ríos, ofreciendo temblorosas imágenes, no serán ya para el pastor y el ganado, y para vuestra majestad y corte, sino un pobre cristal de la Naturaleza.»

Nekir levantó el tapiz de lo que parecía caja, y el trono de oro, el rey y la guardia, aparecieron deslumbrantes en el primer espejo de cristal, que brillaba

como un momento glorioso del reinado. El asombro no duró mucho; pues el principe Lydio, acercándose al espejo y estudiando su rostro que subía y bajaba con los movimientos de su cabeza, acabó por imprimir los labios sobre sus labios. «¿Pero no soy yo?— murmuró, con transporte, dirigiéndose á su padre:— «¿quién es? Habla». — «Está loco» — prorrumpieron espantados los nobles.

«No es como vosotros. ¡No es como yo!» — respondía el príncipe, volviéndo con avidez á mirarse.— El rey, hasta entonces mudo, irguióse y lanzó el cetro como una piedra, y el cristal saltó en pedazos. La corte, á la desbandada huyó de la temible real ira, y Lydio sintió cual si el espejo se reconstruyese en su alma con los mil fragmentos, engendrando el sol, al oir que el mago gritaba colérico: «Dime, ¿tengo yo la culpa de que tu hijo se haya creído una mujer?»

UN SUEÑO

Es una pálida mañana de invierno. Las nubes no parecen fugitivas; se aglomeran, inmovilizadas en la desolación y el frío, y se tienden como el verdadero cielo de la tierra. Los esqueletos de los árboles y los triángulos de los faroles, las torres y los tejados, en confusión fantástica, todo lo saliente, resurge blanco y espectral. La nieve no se derrite ni se evapora; amortajar la vida no le basta; desea ser más que un sudario, y convirtiéndose en hielo, refulgir como su tumba de cristales.

El poeta, ante su mesa, mira el espectáculo, á través de la ventana. Fácil le sería pasarse evocando los millones de cisnes desplumados por la noche, en fiesta que dieron los ángeles de Noel en los aires. La ciudad se envuelve en torbellinos de copos, mientras percibe la ilusión, en el cielo, las armonías de los últimos cantos de que habla la leyenda. Pero no: piensa el poeta en sus luchas y le cuesta encerrarse en su trabajo. Vuelve la cabeza al dorso de sus manos, y apoya los codos en el papel, blanco también, y que la pluma no puede manchar con una

idea. ¡Ah! la nieve de esa hoja refulge como su espada conquistadora. La ciudad, abajo, semeja á una muerta, que no oye su voz inspirada. Su numen será un sol, que con hachazos de vida, corte, funda y evapore la adversa cáscara de hielo.

Toma la pluma; la mente soñolienta no responde; á poco se aduerme, y el papel virgen, que indica lo estéril de la hora, conviértese en lámina de un estanque. Es de hielo y tiene ambiente como un cuadro, de modo tal, que interiores imágenes pasan y se borran, en caminos que desorientan. ¿Simula aquello el lienzo de una linterna mágica fantástica hasta lo prodigioso? No; porque las figuras dejan de antojarse reflejadas cuando se las habla. Salen de las entrañas del hielo, atraídas por la voz, y palpitan vivientes. Como un eco de ese acento que las interroga, se despiertan sus voces, y al oírselas ellas mismas se esculpen y se pintan... Un espectro avanza entre las brumosas transparencias; las imágenes, ya transfiguradas en seres, huyen a su paso; el poeta le apostrofa. Al son de su voz, acentúase en el vestiglo la repugnante fealdad de una vieja. La carne redúcese á piel amarillenta, á rugoso pergamino que alumbran sus ojos, fingiendo el efecto de gusanos de luz, moviéndose en las cuencas de un cadáver. La cubren blancas vestiduras, linos de nieve transparente como lirios ideales, que Dios fecundara con un rayo de sol, y la Muerte con una lágrima.

El poeta vuelve á exclamar : « ¿Quién eres tú, que así espantas á los paseantes del lago misterioso ?» La mujer no responde; pero una criatura, oprimida contra su pecho, da un grito, al morder casi los senos sin savia, semejantes á racimos secos de una vid enferma. Se oye al poeta: « ¿Robaste acaso á tu criatura ?...» La vieja se rie y el niño llora. Extraño concierto alucinante, especie de voz de la aridez, de la desolación y el frío.

Al fin, ella contesta: «Los que han huído de mí, son los Deseos, y yo soy el viento que barre las brisas, el trueno que apaga las voces, el sol que eclipsa las estrellas. No he robado á esta criatura; es mi hija; mas no puedo nutrirla. Busca gotas de alimento y necesita amor. Dame tú, ardiente joven, un beso, y mi brote crecerá en tu jardín, y será su boca de leche y miel para tus labios febriles.»

El poeta medita : abrazarse á la vieja repugnante; sentir su aliento para salvar á su engendro... ¡Ah! no, que muera. Mas, sin retroceder, fascinado se inmoviliza, y los ojos de la mujer, que avanza, suplican amorosos y terribles. Dos brazos de hueso le encadenan, un pellejo vibrante como un escalofrío de horror, se le pega al rostro, y dos labios que devoran sus labios, le murmuran: «Gracias, amado mío; mi hija es tuya.»

La tétrica imagen se esfuma. Los Deseos, en ronda gentil, resurgen patinando sobre el estanque. El poeta

va á saludarles, cuando se escapan de nuevo ante un hermoso fantasma. Su discurso cambia: «¿Quién eres tú, morada de la belleza, vestida del esplendor que nace de tu lámpara? Dime, ¿por qué á tu paso los Deseos se desvanecen como ante la vieja, que ha dejado frío en mis huesos?...» Al oir la voz, la joven fulgura, simulando viva llama; y coronándose de laurel, las verdes hojas le brotan de la frente, como en la cumbre de un divino collado.

—«No sabía — responde — que huyeran ante mi madre; en todo caso, más inteligentes que tú, han reconocido á la hija». El poeta tiembla emocionado, cual humilde rosa roja á quien se le mandase encerrar toda la púrpura de una nube del poniente: «¡Cómo! — prorrumpe — tú, tan brillante y bella, ¿eres para mí?»

Ella murmura: «Mi madre me vendió por un beso; el beso la reanimó, y me convirtió en mujer, por la promesa empeñada. Hoy mis labios te pertenecen, sin duda; pero mi virginidad se conquista dominando el mundo; parte». El poeta contesta: «Déjame á las puertas de la mística pagoda, como en la balada india; quiero contemplar tu hermosura, ya que me niegas la intimidad de su misterio, engendradora del loto de infinito perfume». «No — interrumpe la amada, señalando el camino de las ciudades — despídete del lago; te espero en su frío, eterna y fiel divinidad de los hielos. Mis manos prodigan bienes, como el cielo rocío,

como las nubes lluvias; pero pósanse en los cabellos sólo cuando el poeta tiene por pedestal el mundo.»

El conquistador obedece. En sus dramas, poemas, novelas, la realidad persiguiendo el ideal, lo ideal desentrañado de la realidad, el júbilo, el ensueño, el amor, el sufrimiento, la vida, en fin, bulle y palpita, llora y ríe, gime y canta. Eso nace en su mente, al influjo de la fiebre que le inspira la evocación del hada que le espera. Los hombres no oyen su voz, y cuando la oyen la apagan, desdeñosos ó brutales. Frente á su palabra, llena del espíritu creador que flotaba sobre las aguas del primitivo caos, se eleva la esterilidad rabiosa, la envidia artera, la sonrisa irónica, el amor de la destrucción, que es el odio de la impotencia. Y sangrándole las heridas, el poeta un día retorna, y al divisar el lago siente consolado que sus llagas se abren más, pues comprende que va su amada á cubrirle de caricias, con milagrosos besos capaces de convertir esas llagas en rosas.

—«¡Ah! ¡no! No te aproximes — exclama la joven, que parece aun más joven que antes, como si la belleza eterna, sin edad, se hubiese en su cuerpo transformado en mujer.—¿De qué me valen tus dramas, que no sé leer, por prohibición de mi madre, y que si yo los leyera los encontraría malos? Para mí sólo es bueno lo que el mundo aplaude: torna á luchar y triunfa, si deseas el calor de mis labios; adiós, conoces la ruta.»

El poeta, desfalleciendo, replica: «Señora, ha diez años que me fuí, y he vuelto en primavera con el invierno en el alma, y hallo, como si fuese su proyección, ese cristal del hielo. ¿No cambia jamás este lago de estación?» «¿Por qué preguntas — murmura la joven — cosas que sólo mi madre sabe? Sin embargo, he de advertirte, que en el tiempo pasado viví siempre en el invierno, tal como tu alma».—«Me amas, entonces», — prorrumpe el poeta.—«No lo dudes — le responde; — pero el mundo nos separa; he ahí él dolor».—«No entiendo»—añade él, confuso, y después agrega: «¿Vive tu madre?» — «Lo sé yo acaso?» — grita la mujer; y hace nuevamente un gesto de adiós, y variando de tono suspira: «Seré feliz si la encuentras en el camino; no te olvides de ofrecerle un beso.»

El poeta vuelve á la lucha. El esfuerzo de la marcha abre profundamente sus heridas, y cae fatigado junto á una ancha piedra. Reposa la cabeza en la fría almohada, y cree á su contacto en la soledad, que sus cabellos emblanquecen, encontrando en la vida una última fuerza para convertirse en nieve. Nadie acude á derramar sobre sus llagas el bálsamo del Samaritano; su sed lo angustia y no hay quien en el odre santo le ofrezca el agua cristalina; pero siente el murmullo de caminantes que pasan, confundido al de un arroyo que corre... Un beso en sus labios le abre los ojos, y una voz le susurra: «Ábre-

los, sí, para despedirte del sol, de los vivos; canta, mi amado; en el crepúsculo empieza á brillar una estrella. »

La vieja horrorosa lo abraza; y el poeta, dulcemente, le dice: « Allá en el lago, tu hija redujo todo mensaje al recuerdo de un beso». « ¡Oh! dámelo — responde, — y por el frio de mi rugosa piel pasa tú al amor de sus tibios brazos». El poeta, atraído, oculta la cabeza en el pecho opresor, y siente en su boca un aliento insensibilizante de hielo.

Lo que no ve y no siente, es el lago espectral, cubierto de fantásticos patinadores, que conducen á su propio cadáver, y no ve que su amada besa y calienta sus labios, conservándolos sin corromperse por el recuerdo de su verbo alado. Y no ve asimismo que aquella mujer que lo desdeñara hasta matarle, bebe ahora, en su muerte, el soplo de la suprema vida.

El estanque funde los hielos, y el agua sigue como estela surgente, el paso de los patinadores. Llega el séquito á una orilla, donde la primavera estalla, y la joven, coronada de laurel reverdeciente, cubre una tumba de rosas. Sobre la lápida se yergue; con un gesto lleno de gracia se despide de los acompañantes; después, observa el cielo, hierática se inmoviliza, su carne se vuelve mármol y toda ella estatua. El lago pone al pie de la efigie, lamiendo el sepulcro, un encantador murmurio; y fresco y armonioso, re-

fleja en su onda leve el infinito del firmamento....

.....

Un reloj, en la cámara del escritor adormecido, da una hora: el repiqueteo de diez golpes le despierta. La nevada torna á enardecerse en torbellinos de copos. El perezoso se restrega los ojos, y medita: ¡ah! la casualidad es una buena diosa. Si tiene que escribir un poema, ¿por qué no cantar lo fantástico que ha soñado viendo caer la nieve verdadera? Toma la pluma, arregla el papel, y estampa con grandes letras, como título: LA GLORIA...

LA GRACIA

En uno de los ángulos del Canal Mayor con los pequeños canales, elévase el palacio Morosini. En su centro, una escalinata de mármol, recoge en sus balaústres el murmurio de las aguas. Sus columnas corintias sostienen un arco afiligranado, y la flor de su cenit entre hojas cinceladas. La puerta de hierro, con dibujos de rombos y espirales, se antoja la de un palacio del placer, en que todos los habitantes han muerto. Se ha resignado y simula la de un sepulcro. Créese que por allí nadie puede salir ni entrar, si no sobre la purpurescente fúnebre góndola... Cuatro ventanas, de gruesos barrotes, tienden sobre ella, sus formas de nichos profundos, que son las de las prisiones del Silencio y el Misterio. Más arriba, columnas árabes, ajimeces y grandes tréboles de cuatro hojas, sustentan medallones de pórfido rojo y vasos esculpidos en mármol de nieve. Los leones de San Marcos proclaman el esplendor antiguo de Duces y Senadores. El palacio, en su atmósfera ennoblecedora, adquiere la grandeza de un ser fantástico pe-

trificado. Las curvas, los tréboles, los arabescos, encarnaciones de la fantasía y voluptuosidad heredadas; las columnas corintias, su grave serenidad y sus floridos capiteles, que dicen el amor á la forma, en su elegante vigor, y al acanto en su riente gracia; esa mezcla de sentimientos, con evocación del poder político y del lujo señorial, todo se concentra en el mutismo de la arquitectura.

Los gondoleros, torciendo del pequeño canal al grande, lanzan sus peculiares: «¡Apremi! ¡Stali!»; después el rincón entra en el dominio de la calma. Los gritos acentúan más el leve murmurio del agua, que acaricia el soñoliento fulgor de la vetusta mole. Y si no hay por allí otras flores que las glaciales, esculpidas en los mármoles de las fachadas, se adivina en los tibios soplos del aire, cómo la Italia se está llenando de sus matices, bajo el cielo primaveral que tiene en su azul, con la sonrisa de un rostro, la fijeza de una piedra preciosa.

Dentro del palacio viven los tapices persas, las armas del Ghisi, los estucos de Salviati, las mayólicas, las encuadernaciones bizantinas, las fuentes de agua, los frágiles cristales de Murano, los grafitos con picaduras de perlas, los plafones de los maestros, todo lo que parece evocación, siendo realidad, y en realidad gloria de una época muerta. Pero no creáis en el aspecto solitario de la casa por fuera; está habitada por un artista enamorado del recuerdo del Tin-

toreto. Es cierto que su trabajo no produce ruido. Los pinceles visten las fantasías de sus cuadros, en silencio; y en la serenidad del palacio, plásmanse y brotan los colores que en sus gestos y en sus acciones mudas, lucen las turbulencias de la vida. Mas, de vez en cuando el laúd de Sebastián del Piombo suena; la carcajada que arranca la maledicencia del Aretino, despierta ecos familiares; Verónica Franco, reina de las cortesanas, llega del brazo de Rocco Marconi. Así, en esta tarde de Abril, se oyen de pronto, desde el canal, ecos confusos de música.

La puerta está rigurosamente cerrada. Al cabo de un instante, sale un hombre de luengo pelo, vestido de saco, los ojos vidriosos, el ademán incierto. Si le preguntáis qué ha visto, responderá: — «El loco de Rodolfo ha querido resucitar una de las danzas del siglo XVI. Yo acabo de abandonar mi traje de senador. Mi amigo es hombre que sabe hacer las cosas. Ha conservado la costumbre de poner en la mesa, entre plantas odoríferas, la fuente llena de peces policromos ante estatuítas de azúcar; pero comprende que los entusiasmos de Garzoni, eran los de un pinche de cocina. Nada, pues, de los antiguos banquetes; fuera la mortadella de Cremona, las tripas de Treviso, las salchichas de Módena, los gansos de Rogmagnes, el sollo de Ferrara y el resto igualmente pesado y envenenador. Bajo nuestras capas senatoriales, hemos comido el último menú, mandado de

París: el *chef* de Rodolfo admira los peces del Bassano, lamentando no poderlos cocinar, para que reconozcamos que sus salsas están á la altura de los colores del viejo maestro. Al terminarse el festín, doce bellas mujeres, con el cabello prendido por serpentinas de perlas, luciendo el oro del Ticiano, que aun se resucita con la goma arábiga, el jabón duro y el cinario, han bailado la danza del Sombrero. Ya sabéis, aquella que despertó las iras de Zucculo. Después de las aclamaciones, nosotros mismos desgarramos los hilos metálicos, los *vergole,* si hemos de usar el antiguo idioma de Venecia. Cortándolos, caen túnicas sin corsé, de seda y brocado, y las danzantes surgen, como Venus modernas, de la caprichosa y rica envoltura de los trajes patricios...»

El hombre de la larga cabellera se detiene. Contrasta su crónica con su traje. Es verdad, también, que es él el más sorprendido.

Acaba de quitarse el manto de armiño y púrpura, y divisa á varias extranjeras, negación de toda hermosura, con sus carnes enjutas, sus anteojos, sus gorras y sus tapados de viaje. Por eso no quiere asistir á la puesta del sol entre las grandes aguas; de ese sol extraño de Venecia, que se abate miserablemente, en el movimiento de los hombres y las góndolas, y gloriosamente, sobre la inmovilidad de templos y palacios. De ese sol que, con las nubes húmedas, construye sin cesar, mágicas ciudades, San

Marcos de pedrerías, campanilos de nieve y púrpura, fachadas ducales róseas, arabescos, volutas, vibrantes calados; cementerios donde los cuerpos ausentes sólo dejan vagar las almas, que buscan los ángeles de Jacobello dei Fiori; museos fantásticos, donde el Veronés y los Palmas y el Poderdone, hundieron sus ojos, trayéndolos cargados de luz y color, para iluminar los artificiales techos de la tierra. Sol que, expirando, renace en el sudario de las aguas, y muriendo, anima, esculpe, incendia á la ciudad, que antes de fundirse en la sombra, ve la extinción del matiz en las nubes, y enriquece la noche del mundo con los sueños de su piedra pensativa. ¡Ah! no; el escapado de la fiesta no desea asistir a la caída de la tarde en el Gran Canal: fuérale necesario saber que saldrían á recibirle, como á Ranucio Farnesio, tres mil góndolas, rebosantes de patricios, damas y servidores, arrastrando trajes de terciopelo, oro y plata.

Aquel hombre es un bohemio y un artista; se llama Pedro Ziami. Por un canal interior se hace conducir á su casa. La tristeza le abruma; el hastío le corroe como un ácido; cuando camina, la sombra que le sigue, le atrae. Convertirse en ella, he ahí su mejor sueño: ¡poder, sin pensar, sin aspiraciones y sin recuerdos, reposado, tranquilo y leve, sentir que se es, como de luz, siendo de sombra! El suicidio, amorosamente, lo llama á veces; sólo el sabor del ajenjo, sugiriéndole imágenes de otros horizontes, le calma. Y

bebe, como dice él, buscando en esa leche de vida, los ojos verdes animadores, que nacen en el fondo, y que huyen de sus labios, hasta aparecer quiméricos, llenos de fiebre ó de ternura, flotantes como estrellas... Aquel día, después de la fiesta, entre las desoladas expresiones del decaído canal, experimenta la sensación del abandono. Chicuelos zarrapastrosos juegan en el estrecho malecón; y observa la roña, las quebraduras de las paredes, las camisas puestas á secar, de ventana á ventana, sucediendo á las banderas, tapicerías, estandartes que bostezan en la media luz del Museo Cívico. Toda esa triste degradación vergonzosa de los canales internos, no semejante á la augustamente noble del Canal Mayor, gravita sobre el entorpecimiento de sus sentidos, y acrece sus miserias. El artista advierte, allá en sus adentros, algo armonioso reflejando el paisaje. De su juventud radiante, lo poco bueno que pudo cultivar, lo ahogó en los vicios; y sin voluntad, con un último resto de conciencia para comprenderlo, él también no podría ofrecer á la mente de los niños que juegan, cubiertos de los andrajos de sus padres, sino harapos espirituales de ropa sucia en muros corcomidos.

De sus reflexiones le saca la voz de un canto en Santa María dei Mirácoli. Ordena al gondolero detenerse, y entra en el templo. En la nave, revestida de mármoles, varios hombres y mujeres rezan. En torno del altar, bajo la cúpula azul, salmodian los clérigos.

Sobre la cátedra, realzada por dos águilas en el atril de la Epístola, se yergue el Tenebrario. Ziami, contempla los cirios en el triángulo, y se acuerda de lo que no se había acordado en la fiesta de hace un instante: que se está en Viernes Santo. Aquel templo, con las perspectivas de sus curiosos detalles, sumergido en fría luz blanca, es como un paisaje que, aun en pleno estío, por efecto de las vidrieras, parece helado en artificial invierno.

Cortinas negras le quitan hoy su aspecto habitual; sus figuras todas se ocultan tras velos morados; sólo surgen débilmente los profetas, en el plafón de cedro, encuadrándose entre dibujos de oro mortecino. Ya tres velas se han apagado, al concluir de cada salmo; cada resplandor extinguido, significa un apóstol que abandona al Maestro; pero la última, perenne, evocará á la Madre que no se aparta un instante de su Hijo. Ziami, desde la hondura de sus recuerdos, mira dibujarse poco á poco la ceremonia. Los cantos, como tenues auras, ó vientos airados, pasan aventando el polvo de su espíritu; tal, á veces, en las viejas necrópolis, la arena removida sobre las tumbas, deja limpia una inscripción, á los ojos del viajero y á la sonrisa del cielo. Ziami sabe de dónde viene, y no se da bien cuenta de por qué está en el templo.

El coro resonante sigue envolviéndole en la furia luminosa de sus imágenes. Los ancianos de la hija

de Sión, han caído en el silencio, cubiertos de cenizas; las vírgenes de Jerusalén abaten sus cabezas dolorosas; en las plazas de la ciudad desfallecen los párvulos y los niños; el Profeta siente sus ojos cegados de llorar, estremécense sus entrañas y derrama su corazón. Y Ziami ve la tristeza de los palacios sobre los canales desiertos; ve envejecer á Venecia en su piel y en su carne; forma como una multitud de sepulcros, y los que pasan mueven la cabeza ante la reina del Adriático, y se preguntan, como de la hija de Sión: «¿Es ésta la ciudad de perfecta hermosura, la alegría de la tierra?»... Ziami considera aun su alma, sin cosa sana y se le aparecen sus iniquidades como cicatrices corrompidas, y su corazón no se turba, en el oprobio, y no imita á la viuda de las naciones, clamando: «¡Mirad, hombres, si hay dolor semejante á mi dolor!» ¡Ah!, no. Qué le importa eso á un hombre de su fortaleza. Sus acentos en la orgía, fueron los más sonoros. Sobre Venecia decaída, muerta, hay que resucitar el placer... Aquella reflexión cruza como un relámpago, en un movimiento nervioso: él sabe que el fin de toda fiesta crea un principio de dolor, que abandona el alma á su cáncer devorante.

Siguen zumbando las notas: la que llama y la que responde, las dos fundiendo sus ecos en una sola de hermosura. Después, entónase el cántico de Habacuc: «Oí tu voz, y se conmovieron mis entrañas;

á tu voz temblaron mis labios». Y él la oye, no con el grito terrible y augusto de los sagrados montes, sino con un frescor de fuente diáfana, que refleja su rostro de hombre y su espíritu de niño. Antífonas, salmos, trenos, rebosantes de majestad, cantan en la sombra que aumenta, á medida que los cirios se extinguen. Cuando el himno de Zacarías despierta el órgano: «Bendito sea el Señor Dios de Israel», el espíritu que evoca los días de su infancia, mira colocar, tras el velo negro, el cirio que, simbolizando á la Madre en la noche de la prueba, volverá al tenebrario como imagen del Cristo resucitado. En tanto, el pueblo y los sacerdotes se arrodillan y dicen el Padrenuestro. Ziami escucha en ese rezo la voz de su madre, y siente la inquietud de una profanación, pensando que el recuerdo de tal acento pueda pasar por sus labios. Le saca de su idea el simulacro del estruendo del terremoto del Gólgota, que abrió las tumbas y rasgó el velo del santuario. Todos se retiran en silencio, y él parte entre un grupo de mendigos, y sube á su góndola.

La tarde ha caído. Las bujías se encienden tras de los cristales; el soplo templado del aire, se enfría; en el cielo se abren algunas estrellas. Ziami, contemplándolas, calma sus pensamientos. Desciende en un próximo cabaret. Un viejo con barba de modelo, músculos desnudos en brazos de remador, malicioso mirar y un casquete de hule, conociendo al cliente, trae

el astro de una botella de ajenjo y una copa, que denomina el satélite. Ziami, perseguido por la escena del templo, avergonzado de su enternecimiento al oir los salmos, bebe más que nunca, y busca los ojos verdes en el fondo del veneno. Poco á poco, esos ojos seductores, estrellas flotantes desprendidas de un cuerpo, surgen, palpitan y recuerdan un cielo, que debe de tener los misterios de un mar de esmeralda. Van y vienen, fosforecen, los cree luciérnagas escapadas de sus pensamientos. Al fin, para seguirlos, se pone de pie, y se lanza detrás de ellos, hasta encontrarse en un extraño gabinete. Los elefantes penden de los muros en las telas; los pebeteros, en pagodas, exhalan espirales de perfumes; las arañas de luz, que son serpientes de chispeantes piedras, transforman el rincón exótico, en cueva de mago. Le parece que por primera vez entra allí; las máscaras japonesas, posadas en silencio sobre las lacas, le persiguen con sus gestos animados.

Hay una, demonio, de cuernos agudos y dientes sólidos, de faz roja, calenturienta al contacto de una inyección de sangre en Ira. Hay otra, boquiabierta, los ojos semientornados, con escapes de una llama de vino, las narices chatas, resoplantes, alas de un fuelle que alimenta la Lujuria. La que sigue inspira la repulsión de un vómito, y de sus labios corre la baba petrificada en lágrimas de cera, entre los estremecimientos de la Gula. La del lado,

coronada de erguidos pelos, explayando risa sarcástica, quizás imbécil, por lo estéril, y amarga por lo mismo, plasma las miserias de la Envidia. Con los párpados caídos, en la inacción que mata la voluntad, luce la Pereza de muchos años, infiltrada como un sueño de siglos, una quinta, sumergiéndose en ambiente crepuscular que toca los lindes de la bestia. Ziami las siente revivir con cien contorsiones que no producen una palabra. Las ve alejarse, como el séquito de las dos estrellas, de los dos ojos verdes flotantes sobre los mares de ajenjo. Por un momento, piensa cómo rielaría la luna sobre aquella verde lámina que enardece la sed de sus labios. Y cree, en efecto, que el astro fulge; y en el líquido que, al descender á su pecho, calienta su alma, bebe su horrible melancolía.

Entonces, las máscaras se evaporan en el rincón exótico; sobre el mar, convertidas en sirenas, surgen las heroínas de la danza del Sombrero. Y las persigue en vano, porque al darles un beso, resplandecen reviviendo á las máscaras. El juego en que se fatiga, acaba por desesperarle; las mujeres le marean con sus rostros repugnantes. Él huye, y se encuentra en la ciudad, poniendo la llave en la puerta de su cámara. Pero allí, en un salón contiguo, se exhiben las verdaderas máscaras, y tiembla. La lumbre se enciende; busca en los anaqueles, con miedo: ¡cuánta felicidad! ¡qué descanso!; las enemigas han huído. Mas,

en un momento lúcido de inquietud torturante, comprende que no las ve, porque están en su rostro. Sus ojos no son ya sus ojos; su nariz se achata y sopla alientos de fuego; la baba de la Gula se cristaliza en sus labios, y su frente se vuelve la de una bestia adormecida, metamorfoseada por la Pereza!... Sabe que á sus espaldas se yergue un espejo: horrible será su rostro, si se refleja en él con tales expresiones, revelándole físicamente su alma; y quiere huir del peligro de mirarse, y teme afrontarlo, pues en el cristal renace el poder de la antigua Medusa. Cauteloso retrocede, de espaldas al fulgor, de frente al muro, donde mueven las trompas los elefantes sagrados, bajo las serpientes de las piedras preciosas. Retrocede hasta tocar la piel fría del espejo, que simula la real de una de las serpientes figuradas; y alzando un martillo, lo quiebra, contento, como si oyera saltar entre sus pedazos las máscaras deshechas. El ruido le estremece con escalofrío tan intenso, que se pregunta si una ventana no se ha abierto. ¡Corta tregua! Sus pensamientos forcejean por resucitar en su rostro las visiones japonesas, y huyendo de sí mismo, lánzase á la calle.

Quiere y no quiere oir exclamaciones de los transeuntes: va entre el temor y la esperanza de conocer la verdad de su semblante. De pronto tiemblan á sus pies luces derretidas, ve iluminado el palacio de Bianca Capello. « ¿Cómo — se dice — fiesta, y no

estamos en Carnaval, aunque quizás en 5 de Abril de 1590 sean las Carnestolendas? » Las flautas resuenan como las flautas del palacio Morosini, marcando el ritmo de la danza; pero las parejas, al pasar por los vidrios, no producen sombras, incorpóreas, como en una fiesta de espectros. Ziami trasciende el puente, para aproximarse á la puerta, cuando sale un esqueleto: aléjase al son de la música moribunda, y él le sigue, atraído. La luna le baña de lleno, los huesos resplandecen con propio interno fulgor, y se le cree capaz de iluminar el camino en la callejuela obscura. Mas, en lo hondo, al faltarle el astro, el esqueleto se esfuma, palideciente, devorado por la sombra. Y en esa sombra palpita el vértigo imperioso de un abismo que atrae los pies del borracho. Entonces oye un abanico que se abre, y mira, en las manos del esqueleto reapareciente, un farol japonés encendido. Ziami corre tras el rojo chisporroteo, que lame el blancor de la osamenta. Ante un ángulo, ocúrresele que el macabro guía medita por dónde seguir; después ve un brazo ososo, inmenso, levantar el farol hasta el Crucifijo de un retablo. Los labios muertos de Jesús salen de la sombra, rezan, estremeciéndose, y su lividez se anima con golpe de sangre simulado en todo el rostro por la llamarada purpúrea.

El mismo Ziami acabó alguna vez en la siguiente forma este relato:

« Unos marineros me recogieron de la calle y me llevaron á casa. Yo no creo en la mitad de las cosas acaecidas, pero al despertarme encontré el gran espejo de mi gabinete roto, y un martillo en el suelo; y sé también, que desde entonces, no bebo y que estoy por confesarme, y aunque mi caso es muy curioso, he leído en los teólogos que la Gracia toma, para llegar al corazón, los más extraños caminos. »

LOS PAYASOS*

En nuestra existencia, que puede decirse casi trashumante, el destino nos abre á cada momento los interiores más extraños, ó nos mezcla á la vida callejera sin quererlo, y la casualidad nos hace actores de una escena más, en acontecimiento ya para siempre inolvidable. Así, una noche me encontraba en el Hipódromo de París. El payaso, que bebía wisky en una mesa del bar, no pensó sin duda, al verme, en todo lo que yo iba á significarle, y muchas veces evoco su primer mirada, preguntándome cómo no sintió un sobresalto. Le observé desde el principio, con una de esas curiosidades que no han logrado quitarme las vicisitudes de mi profesión. Y como escribo para que me lean después de muerto, ingenuamente lo confieso: me preocupaba saber cómo era la voz natural de los payasos. Frick, en efecto, conversaba con Tony. No sólo deseaba oir el acento, sino también lo que decían; cosas que, siendo futezas, me intrigaban extraordinariamente.

* Capítulo de las *Memorias de un Médico*.

Permitidme un paréntesis. Los que me frecuentan sufrirán un chasco leyendo mis memorias. Me placería sorprender los rostros de mis clientes cuando me conozcan por ellas. Comparar los retratos aparecidos en los diarios, con el verdadero mío, será agradable tarea para el profesor Roux, por ejemplo, que es un hombre espiritual. Tienen las diferencias de una máscara japonesa y el rostro de una estatua griega. Mi espíritu es simple como el mármol blanco. Yo me encargo de ponerle rudas cejas, labios abultados, ojos mentirosos, hacer pálida la frente, untar de vermellón los carrillos, adulterar todo, y muchas veces convertir el cinismo en espada, y la impertinencia en ley. Realmente, me muevo sobre el centro de una sensibilidad enfermiza. Lo comprendí desde temprano: he ahí, me dije, el enemigo, metido dentro de la propia casa en insoportable convivencia. Mi padre, médico, me llevó á la medicina. Debí, sin duda, rehuir tal carrera; pero la creí buen modo de enfrentar al enemigo, de familiarizarme con el dolor y la muerte. Sólo yo sé lo que á veces sufro, pues no ha llegado la armonía á pesar de mis cincuenta años, y de que el oso que usurpa un puesto en mi cara, parece una fiera, rebosante de incompasivo furor.

Es verdad también que mi mala estrella no me abandona; todo el mundo ha oido (cito un caso) que fuí el primero en aplicar aquí los rayos Rœntgen. Mi conferencia sobre los experimentos es la menos

mala de las mías. Y bien, una niña tragóse una aguja: yo la habia visto nacer, sabía como nadie lo que representaba entre los suyos, y le apliqué los rayos poniendo en la investigación parte de mi alma. Breve. La madre, antes que yo, debió de comprender que el órgano herido iba á concluirla; la luz más inteligente del mundo me servía para sentir mejor la muerte. Los que me han conocido pueden ilustrar esta digresión con las anécdotas de los capítulos X y XI; sabrán así mis congojas, ya que oyeron mis palabras; y verán al mismo tiempo la cara y cruz de mi moneda, la circulante por sus hogares y la que hoy ya felizmente no tiene curso.

Iba diciendo de cómo el grave miembro del Instituto, no ha muerto en mí al niño, y de comó me interesaba la plática de Frick y Tony. Después comprendí otra atracción de mi curiosidad; ¿no vivía yo en el mundo un poco cual aquellos hombres en el picadero del circo? ¿No estaban, tranquilamente, bebiendo en el bar, tres payasos, y no me correspondían á mí los honores del mejor y más constante de los disfraces?... Imaginad mi sorpresa cuando Frick evocó el Petronio de *Quo Vadis:* «Ese —decía, —nunca perdió el gesto; he ahí uno que hubiera escapado á tu garra, he ahí un payaso natural y eximio, como es natural y cristalina el agua». «En cambio —respondió Tony—qué admirable modelo el bárbaro Nerón, queriendo ser poeta creador, y sólo

siéndolo cuando destruía; el incendio de Roma tiene salvaje hermosura». «Era un miserable» — exclamó Frick... El Tony había clavado en mis ojos los suyos, después de pasearlos por mi persona con vigilante perspicuidad.

«Señores — dije — dispensadme: mis oídos os incomodan, pero vuestra conversación me interesa». El payaso blanco dió á su voz una dulzura que contrastaba con las miradas del otro, casi feroces: «muy honrados — replicó; — ¿queréis sentaros aquí?» No me hice de rogar y sin preámbulos, agregué, respondiendo á la reflexión de Frick: «Miserable Nerón, no, ¿por qué? La historia nos ofrece un mosaico, superior á todo drama ó comedia; resulta la imaginación vivida. Creo que hay hombres malos ó buenos, como hay cicutas y margaritas en el mismo campo. Unos nacen para hacer el bien y otros para hacer el mal, tan inconscientes los segundos como los primeros. Si todos fuesen buenos, el espectáculo sería monótono: felizmente, el empresario es genial. ¿Por qué enmendarle la plana, mis queridos señores? Ciertos hombres viven en los acontecimientos, como los actores; nosotros les observamos y nuestro único derecho consiste en pedir que realicen un tipo tratando de llegar al arquetipo. César Borgia fué bueno, pero Nerón admirable; Carlos V discreto, pero Juana de Arco sublime. Si no, ved, en este caso el emperador muere en un con-

vento, y la virgen en una hoguera. ¿No es cierto que el espéctaculo de las llamas completa más una vida batalladora?...»

El Tony clavó en mí sus ojos, y con acento de protección, curiosísimo en quien tenía, entre otras cosas, por nariz un irrisorio tomate: «No está mal eso — exclamó — ¿quién sois y qué hacéis aquí?» «Soy — respondí, poniendo mi tono lo más humilde posible, — soy un médico, deseoso de ver *Vercingetórix;* he salido dos horas antes de casa, por temor á una esquela ó al teléfono, y fatigado de errar por las calles, espero en esta mesa la función del circo.»

Probablemente en mi humildad sintió la burla, cosa que advertí en un movimiento suyo reprimido. Bajo las cerdosas cejas, eran extraordinarias las expresiones amenazadoras de sus ojos: poseían realmente una garra y un rayo; inmovilizaban para matar mejor. En cambio, la mirada de Frick, bajo el párpado enharinado, tenía, dulcemente acariciante, como lágrimas ocultas en su brillo. Sin duda, en acecho de los pensamientos de aquel hombre á quien amaba, intervino antes de que me lanzara una rudeza.

« Yo no soy médico — exclamó — pero soy un colaborador. Mi mujer, á quien adoré, murió, dejándome dos niños, enfermos. Estaban tísicos, llenos de mortal tristeza, y para animarles, inventé toda clase de juegos. Perrault no les distraía, se quedaban pensativos. Los cuentos hacen interesarse por las flores,

querer seguir á la Caperucita en el bosque, y despertar á la Bella Durmiente. Esas haderías se deben leer á criaturas que van á vivir, no á las que se mueren. Y mi imaginación se hizo fértil, y engañó sus sufrimientos con alegres farsas, que ocultaban mis dolores. Los dos niños fueron enterrados una tarde junto á su madre; y en la soledad, formulé el voto de prolongar mis penas metamorfoseándolas en risa. Mi amargura me sacó de la pobreza y me libró del hambre: la tarea á veces horrible, es siempre amable. Al decir mis *buenas noches* sé que en el espíritu de las criaturas se levanta el día. »

« Colaborador, dijisteis — respondí yo — y no os equivocáis; más de una vez os he mandado mis convalecientes, eso sí, valiéndome de subterfugios, porque las madres en el médico moderno, han de admirar al hombre de ciencia, que sufre cuando un niño muere, ¡sólo si la autopsia no confirma el diagnóstico!» El Tony, entonces, con voz que era el acento de su dura mirada, dijo: «Luego creéis que el médico debe formarse un tipo, y representarlo, ¿no es cierto? Venid esta noche al circo antes del *Vercingetórix* y representaré para vos: el Tony os regalará su más donosa fantasía... Hace un momento, os habéis casi metido en nuestra charla, creyéndonos payasos, seres inferiores, que vuestra presencia honraba. Sin embargo, os he conocido en uno de los círculos de París, que frecuentaba, y en donde no

pongo los pies desde que trabajo y soy artista. Es inútil me miréis buscando mi fisonomía de entonces: aquel hombre ha muerto para resucitar en su rostro espíritus ajenos ». Al concluir el apóstrofe, alzó bien la cabeza anhelando que yo me contemplara en sus ojos, que, bajo el copete hirsuto, concentraban el desprecio más profundo.

Después prosiguió, exaltándose: « Mi silencio, los juegos de mis músculos, mis expresiones, mis pasos, mis gritos, mis raras palabras, elevan un canto á la estupidez humana. Soy la rebelión del espíritu, que tomando apariencias de imbécil, siente voluptuosidad en la venganza de volverse espejo. Soy la gran potencia en el rebaño de los cerebros mediocres, y adoctrino á mis compañeros: ¿por qué luchar con el genio y por qué con el talento en la forma que lo hacéis? ¿Para sentir al fin la amargura inconfesada?... No, decid claramente: somos imbéciles, somos el arquetipo de una raza; valemos tanto como vosotros; no somos modestos, porque tenemos el talento ó el genio de la estupidez, que equivale, en vigor, al de la inteligencia! ¿Por qué la inteligencia ha de constituir la honra? Nosotros somos más felices, luego somos los más fuertes.

« Y si me preguntáis por mis hermanos, y qué represento, y por qué existo, respondo: Soy la turba ociosa cuyo principal asiento está en los clubs de París, cifra y compendio de todas las ambiciones,

de todas las impotencias, de todos los apetitos contenidos en tristes formas más ó menos elegantes. Cuando el hombre es idiota, su vida no es mala ni agresiva. Pero cuando posee cierta dosis de inteligencia, la estéril ambición hace del eunuco, soñando con los sultanes, el ente moderno más venenoso y más fundamentalmente Tony. Befa y barre su voz, el trabajo, la hermosura, la virtud, la verdad, la poesía, todo aquello que enaltece al que lucha mirando una estrella. Le sirve de arma la chacota inconsciente, amasada con hiel, que tiene por espuma á la sonrisa engañadora. Y son cien, son mil, forman un ejército. Les he visto durante años, y les reveo á menudo en el circo, riéndose del Tony, en vez de aplaudir, sin comprender el esfuerzo de mi talento para corporizar la inutilidad canallesca de sus almas.

«Encarno á casi todos los críticos muertos y vivientes; á los que arrojan sobre la obra de arte su baba espesa. Orondos y satisfechos, se convencen de que su artículo pedante ó irrespetuoso supera al poema, al drama, á la novela: turba de palafreneros sin nada que comentar en la cocina cuando sus patrones no hablan en la sala. Y los retrato así, cual á la chusma acarnerada y envenenadora del aire que respiran los cuadros y las estatuas.

«Soy el grave letrado, para quien el estilo es crimen y la imaginación insulto personal. Soy el profesor que mira en el genio un loco y en el potente

un enfermo. Que debe llamar primer degenerado á Dios, creador del mundo y del sol, de la mujer y de la estrella. ¡Ah! los admirables Tonys, cómo demuestran que la cordura honrosa en el hombre es lo que llaman desequilibrio!

«Soy el tipo de la mediocridad, aspirando, como la rana, á buey y que, sin serlo, lo parece, ayudada por el vidrio de aumento de un filisteísmo indecente. Reproduzco al académico, que considera su uniforme de guacamayo expresión de talento. Encarno á los charlatanes, que fatigan al arte, haciéndose aplaudir de las turbas, con todos los lugares comunes del derecho y la política, en nombre de ideales que no respetan, realizando la más sonora y más repugnante de las farsas mal vestidas. Soy... pero me cansaría de decir todo lo que soy.

«Vedme, cuando me muevo en el circo. Observad cómo contemplo al acróbata, que expone la vida sobre un trapecio, dispuesto á matarse elegantemente. Cómo pirueteo en torno de la mujer cuyo cuerpo, con traje fantasmagórico, resucita estatuas griegas, en el ambiente moderno que la anima. Cómo lo que me rodea: maestría, fuerza, gracia, valor, no escapa á la burla muda de mi rostro. Cómo esos ejercicios se transforman en los reflejos torpes de los míos, y cómo, si quiero imitarlos plenamente, mi salto es lastimoso, mi caída grotesca, y cómo, entonces, me retiro, cubriendo al mundo de importante desprecio.

¡Ah! cuánta ciencia pongo, en mi paso, fruto de una hipertrofia de vanidad al parecer satisfecha, y decidme cuántas veces me habéis visto reproducido en los espejos de vuestros salones y en las vidrieras de vuestras calles.

«Mas, también, mi gesto se deshace en dolor mudo; en el frío dolor de aquellos, hábiles para engañar, pero bastante inteligentes para no engañarse. En la palidez amarga de la envidia, exasperada por los ajenos triunfos. En la inquietud que engendra una golondrina que pasa, trazando surco desconocido en el azul; en el eclipse de decoraciones y uniformes, ante la inmensidad del cielo, que pide alas y no simplezas. En el ímpetu de tirar el traje del guacamayo y cantar como el ruiseñor. En el reconocimiento de ser algo más que un tonto, quien da en un lienzo la sensación de una clara mañana por el esplendor de una rosa, ó quien en cuatro versos encierra con la inmortalidad la primavera... Encarno, así, las tristezas de los que perciben lo que no pueden ejecutar, y deciden menospreciarlo, inflándose á semejanza de los pavos. Mas me encarnizo sin piedad con los destructores. Destructores, no; porque, en realidad, nada destruyen; pero colocan el cristal de sus teorías, cubierto de pez, entre la multitud y la obra. A ellos, cuya risa estalla cuando se habla de titanes del Olimpo, y de fábulas indignas de sus graves personalidades, dedico mis mejores gracias. A ellos, que no creyendo en ti-

tanes, son prometeos de sainete, anhelando subir por ejemplo á los infinitos de Wágner, mientras Wágner les mira, sin dejarles con su sol meridiano, para que nada produzcan, ni siquiera proyectar una sombra.

« Un día, el *Hámlet,* me estremeció luminosamente en la escena de los sepultureros. Me preocupaba ya la creación de Tony, y una frase me quedó en los oídos : *somos nobles,* decía el compadre Socava, *pues ejercemos la profesión desde Adán...* La desnudez del primer sepulturero, ha sido cubierta hoy con un traje negro, como la miseria. Yo deseaba producir en la pantomima un escalofrío de Hoffman, y los desenterradores de Yórick, alejándome de ellos, me iluminaron. El frac que sirve en los entierros como en los banquetes; el frac de las noches de placer, que quita al aspecto del cuerpo toda alegría ; el frac democrático de domésticos é invitados, que iguala al mundo y viste todas las farsas, ese frac, inelegante, librea moderna del espíritu codificado, sería traje del Tony. Así, lo veis sobre mi cuerpo, como la caricatura de sí mismo, acusando la fealdad de su corte, magnífico ornamento de un símbolo; y envuelto en él, á las más nobles facultades humanas, las hago danzar, las hago reir, las hago llorar, las mato, las sepulto, y á veces las desentierro y las profano. ¡Oh deliciosa fruición! Ea, ilustre médico, que representáis un carácter, decid si no soy un gigante, si mi nariz roja no es un sol, que alumbra vuestro

mundo, si no merece estatuas quién ha hecho, tal como Shakespeare, inmortal á Falstaff por la palabra, inmortal á Tony por su silencio!»

El ilustre médico, así denominado, mis queridos amigos que leéis estas memorias, decidió no responder nada. El incorrecto interlocutor, me había interesado vomitando sus improperios. Y como creo que todo tipo debe apurarse, como un cigarro, y no hay mal cigarro, á causa de mi curiosidad inagotable, me disponía á contestar amablemente, para tener el derecho de seguir oyendo, cuando se presentó un payasito. «Es ya la hora» — exclamó el payaso blanco; y levantándose tocó al compañero en el hombro, despidióse de mí afectuosamente, y se fueron los tres, sin que yo lograse de Tony mayores muestras de aprecio. Todo había pasado en un minuto; pagué y salí al pasillo.

Por las alturas de la galería circular, dominábase un callejón, abierto sobre el recinto inmenso del circo. La luz eléctrica caía pálida sobre la muchedumbre del graderío, formando en el espacio una azulada niebla. En las profundidades del ámbito, las bolas de los trapecios parecían reverberos de fantasmagóricos jardines. Decidí no asistir á la primera parte, y pasearme tranquilamente hasta el comienzo del famoso *Vercingetórix*. Se me antojaba que el encuentro con los payasos no iba á parar ahí, y que nuestra conversación era el principio de un nuevo

capítulo. Rozábanme sin cesar hombres vestidos de hirsutas pieles, caballeros bajo yelmos, bailarinas prestas para las fiestas de Roma, después de los combates de Galia, druidas y sacerdotisas, todos hablando un argot de barrera, que pretendía ser nuestro idioma.

Repentinamente, se paró la música de la sala; hubo en el recinto un silencio pavoroso, y luego un movimiento en un clamor. Precipitéme adentro; la mitad del público estaba de pie; oí á mi lado: «parece muerto»; alguien gritó desde la arena: «un médico»; y repitieron varias voces: «¿no hay un médico?» Me abrí camino, y alcancé á Tony, que dirigía la operación de conducir al payaso blanco. Caído desde la altura de una red, su burro le había asestado una coz: tenía una pierna fracturada y hundido el hígado.

Cinco horas más tarde, en un cuarto piso de Batignoles, Frick empeoraba. Tony secundaba mis esfuerzos y yo había comprendido que era su única afección aquel hombre simple y bondadoso, compañero de tantos años. Quizás el rudo artífice, en medio del agrio carácter de su tipo, había encontrado en las gracias del camarada un rincón de ternura. Todo lo que se hizo fué inútil: Frick volvió de su desmayo, para perder el conocimiento en la agonía, y llegar á la muerte.

Le ví arropado en su túnica blanca, rígido sobre el lecho. En su rostro, la palidez horrorosa, tenía

frialdad y angustia. Un penetrante hálito de hielo, cincel de la muerte, esculpía el ungüento enharinado, despojo de la máscara artificial del regocijo. Y el Tony, con su frac, sin haber tenido tiempo de quitarse la peluca, ó sin acordarse de ella, cayó de rodillas: la luz de la emoción encendía sus ojos espirituales, que al simular la estupidez en el circo, se esforzaban en apagarse.

Rompí el silencio: «Es necesario lavarle y amortajarle», dije. Tony le echó una larga mirada cariñosa y exclamó con dura voz, que un ligero temblor dulcificaba: «Duerme, amigo Frick, duerme. Aquel á quien ocultabas la visión de tus trajes, ha llegado luminoso, traído por la gran señora. Tu rostro puede sonreir, porque han muerto tus dolores vestidos de blanco. Se acabaron tus alegrías disfrazadas, y el pan dejará de amasarse en tu amargura. Sonriendo, duerme, tú que diste al inconsciente cascabel un alma gentil. Los niños están de luto. Tu recuerdo será para muchos el sudario de la ilusión; adiós el hada que, sin saber cómo, tenía savia, y sin saber por qué, daba rosas. Y ¡oh! cuántas veces yo mismo me dejé engañar por tus juegos, y reí como un muchacho, sin pensar en tus penas. Perdón, amigo. En paz duerme, que no te sepultarán los del circo como á un payaso, y sólo Tony el Imbécil, con la cara lavada y sin peluca, hará la imbecilidad de llorar al enterrarte». Quedó en si-

lencio. Y vi, en efecto, gruesas lágrimas en sus ojos; y vi derretirse su pintura roja; y así, parecía cubierto de sangre, como si sobre su rostro, el alma, retorciéndose, se exprimiera.

Me pregunté si la forma del estúpido, no corporizaba sentimientos que sufren ante el natural fenómeno de la muerte. Y ya arrepentido de haber pensado como si hubiese público, me sorprendió en el próximo lecho, un nuevo actor que curiosamente miraba. Era el payasito que se acababa de despertar y que al fin, con su voz del circo, gritó alegremente: «Buenas noches». Luego el rostro extraño, embadurnado, grotesco del Tony, le arrancó una carcajada; y esa espontánea risa, tantas veces combatida para que los otros rieran, cayó como un bofetón sobre el llanto del hombre, en presencia del cadáver.

Conmovido le hablé; entonces, pálido, se arrojó del lecho; y á reculones, sin mirar á Frick que parecía dos veces largo, se abrazó á las rodillas de Tony. Su compañero le murmuró algo que no oí, y el niño de una funda de hule sacó un Crucifico, y comprendí las palabras de la fúnebre oración «aquel que ocultabas llega traído por la gran señora». Y vi á la pobre criatura, no como el auxiliar de los juegos del payaso, sino como el mensajero de la niñez, colocando al Dios de la paz sobre el pecho de su alegría muerta.

Un silbato de máquina lejana tendió su prolongado

clamor de angustia, que estremecía dos veces al no erizar el rostro inerte del cadáver. La atmósfera, del cuarto, sofocaba. Adivinábase por el postigo la luz en el horizonte; los pájaros hendían el aire bajo nubes que empezaban á pintarse. Imaginé que si la ventana se abría, el payaso blanco iba á ser un muerto animándose con el alba, y el Tony un espectro, sonámbulo en la luz adversa.

La febril inquietud del insomnio me infundía martirizante lucidez llena de sobresaltos. Experimenté la necesidad de huir. Las horas del principio de la noche, cuando conocí á los payasos, perdíanse lejanas en otra existencia: me sentía víctima de una absurda pesadilla. Y al descender por la escalera, lo que más brilló ante mis ojos, frente al muerto sereno y el dulce Crucifijo, fué la imagen del Tony, sano y fuerte; la imagen de aquel hombre que, soberbio, había enriquecido la imbecilidad humana para mofarse de ella, con su máscara terrible, fundiéndose en lágrimas, abrazado al niño, como si en su débil calor hallase un consuelo!

UN PINTOR EN GANTE

6 Abril 18..

Apenas dos horas de tren, y Bruselas se me aparece al otro lado del mundo. Las cosas que se adhieren á nuestra vida, compañeras de nuestro pensamiento, su fuente á veces, y á veces su brújula entre las olas, hasta son capaces de hacernos cambiar de alma. Lo difícil, sin duda, es cambiar de alma; pero soy pintor y un hombre para quien el mundo visible existe. La frase no es mía, sino de mi buen amigo Gautier, mas puede apropiársela mi temperamento. Gante ha empezado á transformarse á mis ojos; y como no encuentro aquí cosas que me evoquen la corte, mi espíritu tiene que hacer un esfuerzo para animar su cuadro. Huyo de los recuerdos, me paseo en las calles como un convaleciente, nueva vida desciende en la paz, casi con un suave calor de ternura, y la memoria me deja de incomodar cual si cesara de existir. El mundo visible me infunde el hálito que brota de su expresión cargada de pensamiento. Percibo en dulces horas tranquilas, con la

vaguedad de una sensación que no se convierte en palabra, el diálogo del monumento que persiste y del hombre que pasa. Hoy, leyendo una crónica sobre el falso Balduíno, al pie del castillo de los Condes, el sol, cambiando el diálogo en coloquio, añadió el tercer personaje de mi sombra. Y esa sombra obscura y silenciosa, desprendida de un cuerpo cuya sangre corre, cuyo corazón palpita, era sobre las viejas piedras, emanación de mi alma, deseo de perder la capacidad de sentir, ansia de petrificarse. He ahí una forma de la ventura: que el viajero, delante de ella, sueñe por su sueño, sin que ella experimente el sufrimiento de volver á la vida!

7 Abril.

Ayer me asaltó el anhelo imperioso de ser escultura, en un antiguo fuerte. Hoy, en presencia del tríptico de Van Eick, en la Catedral, he sentido, cautivado por los colores, cierto desvío ante la severidad de la piedra. Como si no bastara el ambiente de paz del templo, el rincón de esta capilla concentra la calma del ámbito inmenso en torno de un sepulcro, alba de las resurrecciones, triunfo de la eterna vida. El sol penetra alegremente por la ventana, y el tríptico le ofrece cielos y tierra, hombres y ángeles, céspedes y nubes. Á la Creación se mezclan las visiones extraterrestres: el Padre, arriba, envuelto en su vestidura; el Hijo, á un lado; la paloma nívea

cual centro de un resplandor que es una cruz maravillosa de oro. ¡Quien pone su esperanza en la sombra, pierde su razón en la impaciencia! No olvidemos ese aserto de un místico, y veamos la luz, tal como el pintor la concibe, escapándose del divino triángulo, rayo hecho de tres rayos, donde el espíritu se abisma. La Virgen fulge también, evocada por los matices, con la santa que, interpretando los pensamientos de Dios la llamó « dulce anzuelo ». Adán y Eva, principio de la vida y de la muerte, velan en los últimos términos. Bajo el esplendor de las grandes figuras, la primavera ríe en el prado verde, cubierto de margaritas. El cordero surge sobre el altar, entre las espirales níveas de los incensarios que hamacan los ángeles. De los cuatro puntos del horizonte acuden seráficas procesiones, y á medida que el inmolado Cordero mana sangre, en vez de palidecer, aumenta su divinal blancura. En las dos hojas, los querubes pulsan sus tiorbas, acordándolas á la voz de Santa Cecilia, que canta en la tierra. El íntimo perfume religioso del tríptico, y su magnificencia, concéntranse en esos rostros ingenuos, que exhalan luces arrobadas en los acordes de sus propias armonías. Y no pienso, como ayer, en la ventura inmóvil del cuerpo petrificado, que inspira la meditación, amortajándose en sus propias frialdades, sin que un rayo del sol vivo anime su frente. El éxtasis de estas imágenes me infunde su hálito sutil. El alma con ellas, se

hace color y emoción, oye los sones angélicos, pisa el verde césped, ve al cordero, no levanta, atemorizada, los ojos á la Trinidad, y olvidándose de sí misma, saluda á la felicidad de su sueño.

8 Abril.

Sí, decididamente, mi pobre espíritu se cura. Envenenado y triste, en los últimos rudos meses de la corte, sintió en sus angustias casi el miedo del sudor de sangre. Hoy, su dolor se ha transformado en melancolía; y temiendo vivir de nuevo, medita en los avatares más curiosos. Ya no es escultura inconsciente, ya no es imagen feliz en el éxtasis de sus colores, formas de la oración de un artista inspirado... Vuelvo en este momento del recinto del Beguinaje. Las casitas rojas abren sus puertas á las callejas de la ciudad mística, con postigos ferrados para conversar, bajo los crucifijos que iluminan las lámparas y las vírgenes que miran al cielo. En el gran centro, en torno de la iglesia, el césped aterciopelado cubre las pezuñas de redondas vacas, que tranquilamente pacen, evocando en medio de los altos muros la paz de campos y montes. Una campana suena el *Ángelus:* soy el único intruso en el recinto sagrado, y al retirarme, el guardián, ya un viejo amigo de ayer, me dice: «¿No os quedáis, señor, al saludo de las Beguinas?»... Y á su vez no responde a mi pregunta, porque la procesión me da la respuesta.

Cuando no pueden trabajar en sus encajes, por falta de luz, salen de sus casas las religiosas y elevan en el templo la oración vespertina. Sus ojos, que han permanecido bajos, huyendo casi pudorosamente del sol, se abren en la sombra, como flores de la noche. En los linos blancos de las tocas llevan blancuras de nieve inviolada, y en los monjiles un pedazo de cielo azul. Así envueltas, pasan sin que se las distinga. El fruto marchito va al lado de la naciente flor. La plegaria las transfigurará del todo, confundiendo sus rostros en la misma serenidad; el ángel, que ya surge en ellas, borra las edades, y su resplandor se ríe del Tiempo. Acércanse á unas plantas y cortan lilas, que ponen en vasos al pie de las imágenes. Luego, el órgano suena. La tarde cae moribunda. El color de las ramas palidece, pero las flores aumentan su perfume. Y viendo extinguirse la luz, y oyendo los cantos de las mujeres, se piensa en la gloria de las lilas, en la ventura de ser arbusto, de refulgir en los altares, de sentirse despojado por esas manos y de guardar en las hojas los murmurios de tales himnos.

9 Abril.

He vuelto al Beguinaje. He mirado con interés los arbustos: los creía exhaustos; nada de eso. Amorosamente, las flores se han multiplicado: esperan la tarde para abrirse de nuevo en el recinto miste-

rioso, y dar su carga perfumada á las manos benditas. El *Ángelus* canta la extinción de la luz, entre el murmurio de la plegaria, que la hace morir en un ensueño. Y canta la caída de estas flores, que se marchitan lejos del tallo, aromando los vasos, y poniendo en la palidez del color desfalleciente la melancólica gracia del recuerdo de su cuna.

Después, advertí que una beguina cortaba las más bellas lilas. En el rostro de la joven la dulzura espiritual se corporizaba en belleza; una belleza que vestía sus facciones, enamorada quizás de su sonrisa. El guardián, mi amigo, me murmuró: «Son para su compañera, moribunda, que tiene la pasión de las lilas». Afortunadamente, estamos en Abril, y le llenan la celda, pues el sol se complace en producirlas hasta el derroche.

Recordé que Santa Catalina de Sena, tuvo esa única pasión del mundo, y el pensamiento de la enferma me ha perseguido en la tarde, y me obsesiona. Veo sobre mi mesa dos vasos de lilas; agonizan lánguidamente y siento agonizar á la religiosa que no conozco. Ella también morirá, cual las flores, al amanecer, pero llevándose la savia de las plantas. Aunque el sol prepare sus rayos, tendrá que llorarlas. ¿Lágrimas el sol? Silencio.

10 Abril, mañana.

Evoqué anoche mis sensaciones del día y sentí el peso de mis iniquidades. Mi alma encontró en su fondo viejas palabras, objetos de otra existencia. Se movían fingiéndome gestos amistosos. No se atrevían á venir, como estando en la opuesta ribera de un río, temiendo sumergirse en las aguas. Una garra desconocida apretó mi garganta, le echó un cruel nudo, quería hacerme sollozar. El hálito de mis impurezas pasadas me dejó los labios sedientos. ¿De qué? ¡No sé!; pero mi sueño no pudo crear una visión consoladora.

Al despertarme, aparecen las lilas muertas en los vasos. ¿Habrá expirado la religiosa? El sol entra radiante. La otra dulce, hermosa beguina, ¿la habrá ya cubierto de una lluvia de flores?... El *befroy* vecino da las once de la mañana. ¡Qué terrible va siendo para el alma prisionera de la carne en caduquez, todo nuevo día! El sol no se place, sin duda, en bañar mi viejo lecho flamenco: sus cuatro columnas labradas y su techumbre semejan un sepulcro que imprime al sueño el soplo de una muerte. En cambio, sobre la plata de un cepillo, sobre el arrebol de una miniatura, sobre el rubio carey de un peine, fulgen los rayos deshaciéndose en fútiles chispas.

La luz juvenil abraza al gran espejo del fondo, y calienta su frialdad brillante. El mismo espejo re-

flejó anoche todo el cuarto, con la indecisión de una angustia que tendía en las cosas inconsútil mortaja. Animó los espectros de mi pesadilla, que en su lámina, se besaban misteriosamente, antes de enterrarse en mortecino fulgor. En su fondo real y mentido, luminoso y palpable, surge ahora una lámpara. La espuma de sus encajes, la gracia de sus pliegues, la belleza de sus colores, evocan la alegría de un arbusto florecido. En la antigua severa decoración flamenca, se antoja un pensamiento amable de nuestro siglo entre ceñudos gestos. Simula una fantasía del cristal en sus amores con el sol. Simboliza mi alma de otro tiempo; y su júbilo de arbusto lleno de flores, me recuerda la primavera de las lilas. Me digo que la ventura perfecta es ser lámpara inconsciente, en el fondo de un espejo. En urna invulnerable, libre de todo contacto, quimérica en su vida, verdadera en sus chispeos, hermosa como la infancia inmaculada, es centro diáfano de un círculo de blancura inmaterial... Y ante lo imposible del anhelo, mis nervios, excitados por el insomnio, echan á rodar la lámpara, y un nuevo dolor me agita entre el aceite fétido que de su corazón se escapa como sangre!

10 Abril, noche.

La beguina murió esta mañana. Acabo de verla en el ataúd, entre cirios, ornada de lilas. En vez de estrellas, en la negra tapa que iba á cubrirla aparecían rosas, perfumando esa noche. La curiosidad me impulsó á donde no debía; el alma también; deseaba sorprender la muerte en el rostro de una virgen pura. En la sensación de su perfil, había incorporeidad inexpresable: exhalaba la palidez ensoñadora de un lirio, iluminado por dentro. La consabida religiosa de las flores, sollozaba. Para San Francisco, la tristeza era pecado; las lágrimas no se armonizan con la religión, en su desprecio por el mundo; pero á la tierna joven el dolor, sin consultarla, le revelaba una fuente, y su llanto caía sobre la muerta que, al parecer, lloraba también por la aflicción de su hermana... El órgano suena. Un coro de voces conmueve la nave: dulzura penetrante, llena de majestad, me envuelve, me sacude el alma y la quiere arrancar de mis estremecidos nervios, como suprema nota.

Siento en mí una onda de emociones tan puras como ignoradas. Súbitamente, una voz única entre el rumor de las otras voces, una voz presente, pero lejana, con timbre hecho de dolor y de alegría, se eleva cual un rayo de luz que saliese de un sepulcro y se abismase en el centro del sol. Comprendo que la joven religiosa es la que modula este canto

de la tierra, que refleja, como en espejo espiritual, algo del celeste himno del tránsito del alma. Pienso en la Santa Cecilia del tríptico de Van Eick; se me figura ella misma la muerta; y las notas de la joven resucitan las suyas sobrevivientes, y que libres de su cuerpo, suenan mejor, invitando las divinas tiorbas á sus funerales.

Yo, que he cobrado horror á mi paleta, veo dibujarse y colorearse un cuadro: la voz lo ilumina, y da las pinceladas. Sí, fijaré á Santa Cecilia, en un lecho sangriento, después del martirio, con el recuerdo de ese rostro de religiosa; y los ángeles, tras el alma, repetirán el último canto que le aprendieron, transfigurado por la emoción de su propio acento.

Me fuí del templo cuando desapareció la procesión de las beguinas. Recorrí después las calles, oyendo la voz de la viva y mirando el rostro de la muerta. La visión de mi tela se me antoja mi primer ensueño: me conduce de la mano y me reconstruye la mente, mostrándome paisajes llenos de frescura. Le haré palpitar, y con vida independiente, me hará revivir. Mi emoción animará sus formas, y sus colores darán suave calor á mi espíritu. Será como una vidriera ideal que enseña por su transparencia el infinito inescrutable... He aquí la media noche, mis meditaciones traen en sus pliegues matices, los ponen en silencio en mi paleta, me besan la frente y se alejan sonriéndose.

11 Abril.

En el amanecer de hoy llamé á la puerta de la madre superiora. El timbre de la campana desciende al alma, desde una nube blanca. La religiosa me ha concedido lo que deseaba: pintar los últimos instantes de la virgen tutelar de la música, en un muro del templo. Ya he elegido el sitio; he dado órdenes para prepararlo; en dos días estará dispuesto todo. Al salir del templo crucé por entre los arbustos: igual blancura, igual esplendor, igual gloria de flores; ¡y yo que las creía muertas! Estáis loco, puede decirme la religiosa de la dulce belleza; son más que nunca necesarias para cubrir un sepulcro. Así sea. Las quimeras no hacen mal á nadie; sus alas esparcen la ilusión, y la ilusión es bendita.

11 Abril, tarde.

El inalterable, intenso cielo azul de estos días de Abril, evoca ya los del mes de Junio. La abadía de San Bavón y el fuerte de Carlos V, ofrecen á las tardes en su rara hermosura, una expresión de tristeza viril. En el patio central, los árboles se visten de hojas rientes y triunfales. Sobre la verdura de los céspedes y el azúcar de las margaritas, descienden sus sombras, tan ligeras, que, se cree que acarician, tan espirituales, que parecen diáfanas. Contra los fri-

sos, surgen históricas piedras. Las comparo á mi pobre espíritu, en su tristeza de siglos, diferenciándose en que él, sensible, experimenta dolor ante el júbilo del día. Por el claustro de la entrada, abrumados por la vejez de su propio pensamiento, fingidos por las sombras entre los muros, pasan espectros de frailes, á morir disueltos en los esplendores del sol. Y la luz corta las sombras y las acentúa con rayas en los arcos, y la palabra la mataría, si se empeñase en dar la sensación de esa eterna juventud del aire, tocando la vetustez de la piedra.

El claustro me lleva á la antigua sala del capítulo. Bajo un arco, un derruído altar tiende sus aras al jardín. Solamente el sol y la luna dicen en él su misa de gozo y de melancolía, alzando la idea de Dios, entre resplandores. Y el astro nocturno, al llenar el arco y caer sobre la piedra, proporciona á la blancura un ténue reflejo azul, y es la esperanza que se engendra en la tristeza, con el reflejo del alma visible, pero impalpable, que ponen los rayos en el misterio de la ruina.

Más allá, en el jardín, veo cátedras donde ya no resuena la palabra santa; una Virgen con su Niño y sin manos; un pozo de agua adormeciéndose en un espejo que, en lugar de azogue, encierra algo como betún palpitante; el león de Flandes descabezado; corazas, yelmos, escudos y fragmentos de vidrieras en muros derruídos. Los cerezos se constelan de

flores, alegres y juveniles, en sus nupcias con el sol, poblados de gorriones que saltan y pían. La hiedra ciñe cíngulos y cuelga estolas al torso de los obispos, que han perdido sus mitras; cubre los cascos de guerra, fingiéndoles las viseras ausentes; corona las columnas y substituye los capiteles; presta alfombras á las estériles cátedras; inclínase por el brocal del pozo á mirarse en el espejo entenebrecido; se lanza, trepa y tapiza las vidrieras del gran muro, concentrando, al estremecerse con los aires, la gloria solar en un resplandor de oro. No sólo piensa en el alimento y en el encanto, la madre de fecundo vientre negro como la noche, ofreciendo en vez de estrellas frutos y flores: piadosa infunde en la agonía de las obras humanas, vegetaciones de armónica tristeza que brindan á su miseria, en forma de manto, casi un consuelo. Y yo medito en mi cuadro, me dejo acariciar por mis ideas nuevas, hallo en mis remordimientos una fuerza desconocida y mi dolor hace de mi alma un reflejo de la abadía ruinosa. La primavera no es para mí un soplo dulce que cruza; me penetran sus savias, un estremecimiento suave me sacude, mi emoción vuela semejante á un heraldo de la esperanza, y como en los árboles y en las piedras, hay en los fragmentos de mis viejas cosas nacientes flores que buscan al sol y le presentan con orgullo sus sonrisas.

12 Abril.

He logrado que el guardián me abra las criptas de la abadía. Entre los muros de un salón cuadrado, aparecen, á flor de tierra, sarcófagos. Columnatas truncas, á través de las trepadoras, muestran fragmentos de capiteles en lo alto. En el suelo, sobre lápidas se leen nombres de caballeros, que lucharon por Dios, por su Dama y por su Patria; pero no lucen en los diseños ni corazas de guerra, ni vestidos de corte. En lugar de sus imágenes brillantes en las luchas y en los triunfos, emergen sus esqueletos desplegando filacterias. Así, un salmo, un proverbio, un versículo, complementan las inscripciones. Todo lo que es acción ó simple pensamiento, y que embellece la gloria ó magnifica la muerte, halla en los Libros Santos la palabra que se armoniza con su grandeza. Rotos ó carcomidos, resaltan diversos epitafios que mezclan recuerdos que se tocan sin conocerse, en la confusión de los fragmentos de piedra. Los siglos se complacen en unir los destinos, después de borrar los rostros, confundiendo las osamentas; y el mortal emblema del esqueleto esculpe sobre todas las inscripciones las inmortales palabras: *¡O crux! Ave spes unica.* La muerte fría, enciende con la fe una hoguera, que devora espiritual y pujante, dejando de las pasiones sólo ceniza, para que el viento encuentre un trabajo más sobre la tierra.

Al lado de una inscripción en flamenco leo: *Cy Gîst Messire Philippe Tuest, chevalier fils de Messire Nicolas, aussi chevalier, qui trèpassa le XXIII de Octobre 1691.* Á su izquierda, surgiendo de un montículo, el nombre de una abadesa: Roniana de Schepper, fallecida en 1667. En un rincón, al pie de una urna, con un epitafio alemán, una lápida en español, de Henríquez de Compostela, capitán del castillo, después sacerdote y confesor, «muerto á los 27 años, con aprobación de la vida y dolor general de todos, en 6 de Agosto de 1625». Sobre esas leyendas, se ríe la de la muerte, pues como el beso, como el color, como la nota, no ha menester de traducciones para ser comprendida. Mujeres, monjes, caballeros, han luchado en diversos campos, entre amores y sueños contrarios; la madre, hospitalaria y tierna, se los apropia con igual placer, les da el dulce olvido con la misma calma, y transforma sus cuerpos en plantas y en flores, cubriendo de matices perfumados, los nombres escritos como por ironía en diversas lenguas. Los helechos, las trepadoras, las margaritas, visten los despojos, y algunos árboles, en lo alto de los arquitrabes, atraen los pájaros al recinto, y se agitan, exhalando alegres murmurios en sus estremecimientos de meláncolicas arpas. ¿No es verdad que los escombros son propicios á los gérmenes de las flores? ¿No es cierto que los más profundos cantos brotaron de la amargura humana; y que el poeta se levanta armonioso sobre las ruinas

del hombre?... Vuelvo á leer la inscripción del caballero español. He ahí un joven que luchó hasta los veinte y siete años, y hace hoy trescientos duerme en la paz, y antes de él el mundo había vivido cuarenta siglos: la eternidad los junta, y barre ese instante de vida, menos pesado que una partícula de polvo. El silencio de los sepulcros y la voz de los pájaros infunde á mi alma serenidad contemplativa, desprecia mis agitaciones de otro tiempo, y la ruina murmura: «Mi estado es la verdad; mi tristeza es fuente de la luz; mis piedras rotas señalan el camino.»

13 Abril.

He pasado la mañana en el Beguinaje. En un acceso febril de juventud insólita en mi espíritu cansado, las líneas sucediéronse á las líneas y el esquema quedó concluído. Pensé en el Tintoretto y en el decorado de San Roque, pues cuenta la leyenda, que los colosales cartones los dibujó en menos de treinta días. Pensé por la rapidez, se entiende; ya que la evocación de las fiestas venecianas me incomoda: bastante tengo con mis recuerdos de Bruselas.

He vuelto de tarde á la abadía. El guardián interrumpe mi paseo de lagarto amante de las ruinas y el sol para decirme: «Señor, no habéis visitado el templo de la antigua fortaleza». Sigo a la cripta, desciendo derruídos escalones y doy en inmensa

cámara, que es una prisión de la Sombra. La frialdad de las paredes húmedas, arroja sobre mis hombros sudarios de muerte. En los ángulos, estatuas y bajos relieves no alcanzan á dibujarse. El invierno perdura allí, mientras la primavera triunfal ríe en el espacio. Llego á la nave abandonada, pero no solitaria: la puebla un ejército gris de estatuas.

Jean Van Kleef, sobre un pétreo túmulo, yace al lado de su esposa. La cabellera del hombre se tiende sobre los almohadones; la de la mujer está recogida en un tocado de abadesa. El collar de San Jorge pende del cuello del caballero. La boca les ha desaparecido á ambos; en sus ojos intactos hay la fijeza de un éxtasis. La luz cadente de las vidrieras los anima, y con el júbilo del cielo y la verdura de los árboles, se hiela al filtrarse bajo la bóveda. En los ángulos, de pie en una repisa, dos guerreros causan sensación extraña. Con los ojos cerrados, vestidos de sus arneses, son espectros de piedra, soñando que han muerto, y sin poder escapar á la garra de la alucinación. En un fantástico duermevela, no saben, aunque conscientes de vivir, si en realidad sucumbieron. La coraza les oprime, el yelmo les abruma, sus músculos languidecen, van á desplomarse; pero su espíritu alerta, evocando la muerte, les infunde rigidez inmovilizante. Y así, por los siglos de los siglos, presidirán el polvo de los esqueletos, frente al cadáver que en la cruz se eleva so-

bre la paz de los sepulcros. De ese enorme Cristo han desaparecido las manos, y su rocallosa piedra, hace que se imagine en la penumbra una montaña de donde cae. Se le creería fantástico, si no hubiera en sus ojos dulzura humana al tender sobre el templo la bondad de su sombra. Entre un grupo de cariátides, aúlla una gárgola; las cariátides no la oyen, y su silencio acrecienta la tranquilidad de la muerte, acentuada por el gorjeo de los pájaros, que á través de los muros saludan la vida. ¡La muerte! Ella acaba por ser la soberana, el hada brillante, la novia ideal, sin el horror de sus macabros atavíos. Llega con nueva luz en los ojos; ha despojado el jardín de las beguinas, para derramar lilas á manos llenas sobre las tumbas; la gracia enardece sus dedos tétricos de hielo, perfúmase su aliento, su palidez se transforma en color, y canta sobre la tristeza himnos redentores!

14 Abril.

Mi fresco ha empezado á vivir. La religiosa, en su centro, será Santa Cecilia. Miro el presbiterio donde se alzó su féretro, y la evoco nuevamente con su palidez sagrada, más real que en el croquis de mis apuntes. En su torno, volando sobre el rostro, envueltos en las nubes, mis ángeles, esperan el color para sentir un alma. En los maitines de

hoy oí de pronto en la voz de la joven que lloraba el día de los funerales, la voz de la muerta. Mi paleta recibió el reflejo de una ilusión ultraterrestre, y mis pinceles, bajo ese misterioso acento, procuraron más parecido al semblante, así como una flor humana que por sentir un divino perfume se transformase, en seráfico fruto.

15 Mayo.

Un mes de encarnizado trabajo; un mes de fiebre, de fatiga, de exaltación, de hechizo. Un mes en que, sin advertir la existencia, he puesto en una pared el rostro inmortal de un alma. Creo no equivocarme; la Bélgica cuenta bajo su cielo la obra de un Rubens que hubiese sentido á los Primitivos. Las religiosas han desfilado ante Santa Cecilia; y la superiora me ha dicho que la joven fué tan pura, que la resurrección de su imagen es un milagro del cielo. Los ángeles lloran, no solamente á la reina de la música, sino enternecidos de escuchar en su propio canto los acentos de la muerta.

Al caer de la tarde, hallé en los vasos las últimas lilas del año, al pie de mi fresco. El pueblo desfiló también, con el respeto de quien pasa ante un cadáver verdadero. Y en la media luz del crepúsculo oí otra vez la voz de la religiosa, y la santa, aun más irradiante, hizo callar por un momento á sus ángeles absortos.

16 Mayo.

Hoy dí mi adiós al Beguinaje. Durante dos horas vagué por las callejuelas sin entrar en el templo. El poeta lee siempre sus poemas, el escritor sus novelas, el músico ejecuta sus composiciones. ¡Cuán profunda melancolía exhalan nuestros cuadros en los talleres! El paisaje más riente, pierde su encanto. Pensad, cuando va á terminarse, que se irá quizás á otros países y que no lo reveréis nunca, y el sol de vuestros árboles aparecerá nublado. No me habléis de las fotografías. Miserables, triviales espectros, aun las muy buenas, son, como cartas que os causan sufrimiento por no poder besar á la persona ausente que las escribió con el alma. Pedazos de mi imaginación, sueños de las horas tristes ó felices de mi viaje por el mundo, andan dispersos á los cuatro vientos; pues mis pobres telas, por curiosa fatalidad, han tenido en su suerte algo de las aves que emigran. ¿Habrán encontrado dulces hogares, olvidándose en ellos de mi taller? No os riáis, pero hijas de mi mente y de mi sangre, á veces las llamo criaturas ingratas... En el abandono de todo, en el despego que siento ahora por la vida mundana, sólo conservo ese cariño, que, levantándose sobre el ajetreo de mi existir, es superior á mi vida, con el sello alado de regiones inmaculadas del espíritu. Tiene tal signo

en su expresión más alta y más pura, el fresco que dejo en el recinto del Beguinaje.

Le dije adiós, tan tristemente, que comprendí que mi amor ideal hacia él ocultaba un prestigio símbólico. Señala el fin de una época y el firme propósito de nueva existencia. ¡Quédese en el muro soñando, y haciendo soñar á las santas beguinas! Yo vuelvo á las agitadas olas, seguro de encontrar el puerto de elección; pues el rostro de la muerta será una flotante estrella, por encima de mis ojos, cual si no hubiese nacido de mis manos!

París, 30 Mayo.

Heme en París, después de haber arreglado mis asuntos en Bruselas: he venido á saludar á varios amigos, antes de instalarme en el campo. Voy á dedicarme á los paisajes y anhelo que tengan en su sol la alegría de mi espíritu convaleciente. Los quehaceres me han impedido continuar mi diario. Voy á añadirle una nota, que pondrá fin á mi retiro de Gante. Imaginad mi dolor: acabo de saber por un periódico el incendío de la iglesia de las Beguinas. El muro ha quedado en pie, pero sin mi fresco. Al leerlo sentí frío. Después quemé la fotografía del cuadro, único recuerdo material de mi obra. Sí, extraño frío, y supersticioso temor: el fuego ha purificado el templo, porque los colores de la paleta de un artista quisieron tocar en él á la voz que cantaba!

ÍNDICE

	Página
Un cigarrillo	5
Brujas la Viva	11
La lira maravillosa	27
El mármol maldito	36
El naranjo	51
Á propósito de Sada Yaco	56
Las arañas y el piano	66
Una visión de Luis XVI	73
Las monedas	79
La mano	82
Van Gooch	87
Tríptico profano	92
El castillo de la Ventura	97
La sepultura del galo	102
El clavicordio	105
El reloj de Beauvais	109
La cariátide de Leda	113
El museo Grévin	119
Dibujos de Ingres	124
La mariposa de turquesa	128
Un reloj de sol	134
El altar de las sirenas	144
El pierrot fúnebre	148
Trofeos de Soldi	153
El monumento de Bartolomé	157
Manufacturas de Beauvais	161
La Diana Borghese	164

	Página
El Moisés	167
Las cavas de Pommery	171
La tragedia	176
Las hadas	179
Las nubes	186
La isla de Juvencio	191
El alfanje de nácar	198
El pozo de sombra	203
El rayo verde	205
La última prueba	209
Muérdago	211
El bonzo	214
El hijo pródigo	216
Madrigal melancólico	220
En la isla de San Luis	222
El bosque armonioso	225
La sombra	229
El bucle	232
El llanto corrosivo	236
El ruiseñor indiscreto	241
La chimenea trágica	247
Nocturno	252
El caballero de las flores	256
Cendrillón	262
Agua fuerte	272
Libélula	276
El carillón y el poeta	279
La momia	292
El inútil secreto	297
Un sueño	310
La Gracia	318
Los payasos	332
Un pintor en Gante	348